

**JULIO C. TRONCOSO**

(JULIO PICO)



# ODIO Y SANGRE

---

---

373.2860

LA DESCALIFICACION DEL Sr. NEPTALI BONIFAZ  
Y LA BATALLA DE LOS CUATRO DIAS EN QUITO

Hombres y Hechos de la Epoca

---

Esbozo Histórico - Biográfico de los Presidentes  
del Ecuador de 1830 a 1958.

Prólogo de José Rafael Bustamante

---

---

## ODIO Y SANGRE

*La Descalificación del Sr. Neptalí Bonifaz  
y la Batalla de los Cuatro Días en Quito.*

## Galante Insinuación

Quito, a 3 de enero de 1958

Señor Don  
Julio C. Troncoso.  
Ciudad.

Mi distinguido amigo:

En nuestras conversaciones acerca de aspectos de la historia contemporánea, hemos tratado de una etapa ecuatoriana digna de ser estudiada con desapasionamiento y justicia: la de las elecciones libres en las cuales triunfó para obtener la primera magistratura de la República el señor don Neptalí Bonifaz y de los sucesos que siguieron a tales democráticos comicios, en la oposición del Congreso y de parte de la prensa, de la lucha enconada de partidos políticos y, por fin, de la descalificación por la Legislatura que dio origen a la lucha armada que se conoce tradicionalmente con el nombre de los cuatro días.

Especiales sentimientos de consideración y afecto me unieron al distinguido caballero señor don Neptalí Bonifaz. Admiré siempre la rectitud de su espíritu, sus capacidades administrativas, especialmente en lo que se refiere a la Hacienda Pública, así como también su espíritu delicado, no obstante el continente de severidad en que sabía demostrarse y hasta sus gustos artísticos, la distinción de sus preferencias de lector y amigo de las bellas artes.

En las conversaciones a las que me refiero me permití insinuarle que, Ud. escribiera una relación histórica, imparcial y justa acerca de ese momento de nuestra historia en el que destaca el señor Bonifaz. Dije a Ud. entonces que por sus cualidades de escritor, especialmente de periodista, pudiera Ud. salir con el mejor de los éxitos de la empresa de ofrecernos un libro animado acerca de los acontecimientos de que trato, con más que su amor por la Historia, sus estudios de esta materia y su claro criterio partirían de una necesaria perspectiva de antecedentes para situar en su verdadero valor a la época política de la que se han derivado también necesarias consecuencias para la vida nacional. Ahora me ratifico en tal pedido y estoy seguro de que su inteligente visión, su analista concepto de hombre de la prensa probada en el comentario cotidiano, en el editorial sereno y en la justicia distributiva de juicios y opiniones que constituye la mayor influencia del periodista, sabrá corresponder a la necesidad de ese libro histórico, como aporte a nuestra historia

general, como capítulo de necesarias advertencias que deberían ser conocidas y ponderadas por todos los ecuatorianos.

Crea Ud., distinguido amigo, en la sinceridad de la estima de quien se honra en decirse de Ud. atento y seguro servidor,

**Leonardo Cobo Donoso.**

000

Quito, febrero 10 de 1958

Señor Don  
Leonardo Cobo Donoso  
Ciudad.

Muy apreciado amigo:

He sido honrado con la suya de 3 de enero último en la cual se refiere Ud. a las conversaciones que tuviéramos, hace poco en esta ciudad, respecto a puntos histórico-políticos acaecidos en el pretérito de la Patria, especialmente a los días trágicos que sobrevinieron a raíz de la descalificación del señor Neptali Bonifaz el año 1932, y a la sugestión que se sirviera hacerme entonces para que escribiese "una relación histórica, imparcial y justa, acerca de ese momento de nuestra historia en el que destaca al señor Bonifaz".

Al agradecer a Ud. los benévolos conceptos que tiene para mi persona y, especialmente, su galante ratificación del pedido —expresión de justicia con hondo sentido cívico— con motivo de haberse cumplido recientemente los 25 años de esos hechos fatales que dividiendo a los ecuatorianos hasta el rencor y el odio entre sí, enlutaron las páginas de la Historia, dejando huellas indelebles de amargura en el corazón de la ciudadanía toda, no puedo menos que aceptar la patriótica sugestión de Ud., —entendido que ya es posible hablar de ellos, en análisis sereno y justo, lejos de la pasión política y de las conveniencias personales— tanto más que mis labores intelectivas actuales están de acuerdo con la gentil insinuación de Ud. en el afán de dar a la República el relieve de nuestros valores nacionales en aspectos relacionados con su vida pública y con hechos de historia —muchos de ellos desconocidos— como lo vengo haciendo en las ediciones de "El Año Ecuatoriano" desde hace cinco años, como un aporte de buena voluntad en el haber de la Patria.

Aprovecho la oportunidad para reiterar a Ud., distinguido amigo, la seguridad de mi especial consideración, suscribiéndome atto. y s.s.

**Julio C. Troncoso**

## A modo de Presentación

Mi querido amigo y correligionario, don Julio Troncoso (Julio Pico), cuyo agudo ingenio hemos podido apreciar muchos en los escauceos de su pluma donairoso y picaresca, se reviste hoy de seriedad y nos regala con un libro histórico en que enjuicia con severo pensamiento y sensibilidad lastimada la política ecuatoriana desde los tiempos de la independencia.

Impresionado por la rememoración que se ha hecho en la prensa de los acontecimientos luctuosos de hace veinticinco años que, con motivo de la descalificación del señor Bonifaz, se produjeron en Quito y en los cuales Julio Troncoso fue testigo presencial, casi actor, no ha podido menos de decirnos sus impresiones, narrando los hechos de que está llena su memoria y su archivo.

Y me toca la honra de presentar este libro, quizá porque el autor ha visto en mí, en mis ideas y opiniones, algo que concuerda con su modo de pensar, quizá porque malicia que yo puedo lamentar como él la barbarie elemental de nuestra historia, donde si hay alguna grandeza, es grandeza en que predomina el empleo de la fuerza bruta, grandeza bárbara por lo tanto.

Para echar una ojeada rápida a toda nuestra vida de país autónomo, esboza en galería de presidentes la semblanza de cada uno de ellos, su curriculum vitae, y después relata con brío el episodio de la descalificación y la batalla de los cuatro días en plena capital. Su lectura despierta el más vivo interés y tanto en las breves semblanzas aquellas como en la detenida relación de los acontecimientos, materia principal del libro, se aprehende el fondo de esa realidad en que la ola de la pasión política lo arrolla todo, derramando inútilmente la sangre de las generaciones, manteniendo al país en la más grande inestabilidad gubernativa que pueda concebirse. Se podría decir, con el filósofo Heráclito, que lo único estable en la política ecuatoriana ha sido la inestabilidad. Instituciones no se han logrado cimentar en el Ecuador.

La guerra de la independencia, como toda guerra, dejó el sedimento de un militarismo arrogante que se creyó diputado para for-

jar las nuevas patrias en América. Los caudillos militares y los hombres fuertes se enseñorearon del Gobierno y el poder y entablaron en el terreno de la fuerza la lucha sempiterna que todavía se deja sentir aunque parece a ratos que se halla en las últimas boqueadas. El pueblo ecuatoriano, rebelde e insurrecto, ha dado fin trágicamente con todas las tiranías, siquiera sus rebeliones hayan sido aprovechadas para alimentar al nuevo déspota en ciernes. Los hombres que tímidamente, con semejante oleaje en torno, trataron de aplacar la turbulencia y ensayar lo que se llama política civilizada y de derecho, fueron abatidos y menospreciados. Y los fuertes, hicieron la historia y la llenaron de su humanidad fiera, creadora de la patria pero asesina de la libertad. Desde 1830 hemos vivido en perenne revolución, dice el autor, y según el donoso decir de un funcionario a quien cita, "toda la vida dando bala". Desde el pueblo para derrocar al gobierno y desde el poder para sofocar la insurrección, la bala ha sido el signo y el instrumento de nuestra existencia y la fuerza armada, por consiguiente, el sólo árbitro de la cosa pública. La revolución libertadora condujo fatalmente a nueva era despótica, "último día del despotismo y primero de lo mismo". Y yo, pensando como el inteligente escritor Troncoso, no me he cansado, no me canso de recalcar esta fórmula sintética que resume, según mi concepto, el ritmo tragi-cómico de nuestro vivir. La política ecuatoriana, he dicho varias veces, oscila entre dos crímenes: el despotismo en los gobernantes y la revolución en los gobernados; y los mismos hombres que cuando están abajo invocan la libertad para cohonestar la revolución, cuando están arriba se valen del despotismo para defender el orden.

Me satisface en lo íntimo que mi amigo haya cumplido en este libro y creo que en todos sus escritos de tantas reminiscencias históricas, con la misión y el deber del escritor, tal como lo acaba de definir Albert Camus al agradecer a la Academia Sueca el premio nóbel de literatura. Dice Camus que las dos tareas que constituyen la grandeza del oficio de escritor son el servicio de la verdad y el servicio de la libertad, "No puede acomodarse a la mentira ni a la servidumbre y la nobleza de su vocación arraiga en dos imperativos difíciles de mantener: la negativa a mentir respecto de lo que se sabe y la resistencia a la opresión".

Julio Troncoso observa fielmente, creo yo, estos dos preceptos por espontánea disposición de su espíritu honrado. Palpitan en su relato las verdades históricas que suministran lecciones provechosas y ejemplificadoras para el porvenir de hombres y pueblos. El sentimiento de la libertad alienta allí con pujanza y jamás fue Troncoso turiferario de déspotas ni atizador de revoluciones. Fluyen las pági-

nas de su libro en tono elevado y lenguaje ceñido que no excluyen las notas chispeantes y de leve ironía con que salpica de vez en cuando la relación, sin mucho riesgo de caer en lo pedestre y chabacano.

Cuando traza la semblanza de los presidentes, me permito una observación respecto a la que dedica a don Javier Espinosa. Hechura fue éste de García Moreno con el objeto de convertirlo en maniquí, pero el doctor Espinosa con visión clara y entereza de ánimo se propuso garantizar plenamente la libertad electoral. Se veía que el triunfo había de corresponder a don Francisco Javier Aguirre, patricio guayaquileño, liberal de brillantes ejecutorias, a quien patrocinaban los liberales y los conservadores ecucanicos, adversos a García. Y entonces éste, para frustrar la libertad de sufragio que le arrebataría la victoria, se tomó audazmente los cuarteles, depuso al Presidente, cometiendo una de las mayores infamias de su vida pública. Tal suceso, que pone de relieve a la vez la integridad de Espinosa y el crimen grotesco de García Moreno, no consta en la semblanza respectiva limitándose el autor a decir compasivamente que el doctor Javierito fue mandado a paseo en cuanto hubo de incomodarle a don Gabriel.

Pienso que estos hechos deben ser escrupulosamente consignados y examinados porque señalan dos corrientes harto significativas en la vida política ecuatoriana. La una, timorata acaso, impotente quizá pero que apunta un conato claramente civilizador, liberador, ordenador, que surge por entre el pelear casi salvaje de la animalidad primitiva que la otra corriente representa. Los historiadores no deben ponerla en ridículo mientras se erigen pedestales para glorificar, divinizar, canonizar casi a los grandes hombres que dominaron en nombre de Dios o sin Dios, siempre sin ley ni conciencia, desatando el odio y la pasión, fieros señores, creadores de la patria, que es para la libertad —Ubi libertas, ibi patria— y que ellos la volvieron "un mito sanguinario y cruel".

Yo que admiro al Montalvo de la "dictadura perpetua" y "mi pluma le mató", al de las "Catilinarías" y la "Mercurial eclesiástica", no encuentro al escritor que sirve a la libertad y a la verdad en el Montalvo que se ensaña con el bueno de Borrero abultando o desfigurando sus errores y debilidades. Con ello, favoreció el artero golpe de Veintemilla para luego, en vista del gobierno desastroso del tiranuelo, tener que decir: "Para lo que ha pasado en el Ecuador después de la muerte de García Moreno, yo de buena gana le resucitaría al gran tirano". Montalvo pudo escribir libremente en el gobierno de Espinosa y de Borrero y esa sola circunstancia le obligaba a ser más ecuaníme y considerado con ellos.

Leo y releo con afán, en el presente libro, lo que se refiere a la descalificación de Bonifaz y la batalla de los cuatro días. Narrados están esos hechos con fidelidad y viveza. Los juicios y comentarios se ajustan a un discernimiento razonable.

La aparición de la candidatura presidencial del señor Bonifaz en nuestro escenario político, por los relieves que tuvo y por sus trágicas consecuencias, bien merece que se le dediquen páginas como las que ha escrito Julio Troncoso. Despejado el ambiente, desembarazado de dictaduras, se levantaba la aspiración popular a gozar de una elección libre. Los conservadores, muchos liberales, uno que otro socialista, impacientes ya tras la época de las descaradas imposiciones oficiales, alentaban la esperanza de poder elegir libremente. De años atrás, la figura de don Neptalí Bonifaz cobraba prestigio por actuaciones suyas en la presidencia del Banco Central. Los conservadores veían en él algo así como un nuevo García Moreno por su honradez, rectitud y energía. Los liberales simpatizaban con quien afirmaba que daría lustre al liberalismo corrigiendo sus quebras y fallas. Sus adversarios eran, en cambio, la plana mayor del partido que había monopolizado el poder por espacio de mucho tiempo, prontos a defenderlo con extraordinario ahinco; eran hombres aguerridos, harto diestros y hábiles para la ardua lucha política. Bonifaz, en realidad hombre de merecimientos y capacidades, era de carácter terco, despectivo, pontifical, dogmatizador y tajante en sus pensamientos y palabras, condensados en sentencias breves y rígidas, lo que había de enajenarle simpatías de mucha gente. Julio Troncoso lo dibuja así en su encuentro con él y Sixto M. Durán.

Pues bien, dado aquel temperamento de ostensible orgullo de superioridad aristocrática, viendo en él sus émulos una amenaza grave para la hegemonía casi ya institucional de los liberales en la administración, no bien se descubrió el énfasis con que Neptalí Bonifaz había declarado su nacionalidad peruana en solemnes ocasiones de su "despreocupada juventud", la impresión que tal cosa produjo en el público fue de tan honda y fatal trascendencia que no se necesitaba ser un profeta para dar por perdida su candidatura y vaticinar el completo fracaso.

Hubo intentos revolucionarios reiterados, la prensa exaltó los tonos de un lado y otro y en la atmósfera así caldeada, con los grupos políticos apercebidos a chocar y batirse en las calles, se ventiló el asunto de la calificación en el Congreso.

El punto jurídico, estrictamente considerado, era favorable al señor Bonifaz; pero el arma que esgrimían sus adversarios —peruano por voluntad propia, por predilección manifiesta— fué de tal poder moral que cambió a muchos congresistas adictos a su candidatura y



barrió a todas las argumentaciones de sus defensores. Bonifaz fué descalificado. El Congreso, la autoridad legal para ello, lo resolvió así. Pero había que apelar—¿cuándo no?—al tribunal supremo, donde no se discute con palabras y razones sino con balas y metralla, para obtener el fallo terminante. Y ese tribunal, al través de la cruenta batalla de los cuatro días en las calles de Quito, ratificó la decisión del cuerpo legislativo.

Y los lectores pueden ver en las páginas que siguen cómo el ágil y regocijado periodista que con el seudónimo de Julio Pico nos ha recreado con sus plumadas ligeras y picantes, se alza hoy gallardamente a historiador y pinta con verdad prolija y emoción humana la triste comedia y el drama horrendo de esos días y, lo que más vale, sirviendo eficazmente a la causa de la libertad, la moral y el derecho y también, como lo piensa Camus, no "al servicio de quienes hacen la historia, sino al servicio de quienes la sufren", rebelde al odio y a la opresión.

JOSE RAFAEL BUSTAMANTE.

## Palabras Iniciales

Del torbellino de la vida que va llevándose existencias vallosas y hechos emocionales en su marcha convulsionada hacia lo desconocido, hemos querido arrancar un jalón de realidades para reunir las en este libro —penosas y duras, es verdad, pero realidades que formaron un tormentoso capítulo de nuestra historia— en palpitante recuerdo de hombres y hechos que intervinieron en él.

Los sucesos del año 1932 amasados al calor de ambiciones personales y conciliábulos antidemocráticos que van perdiéndose en el espejismo del tiempo, precisan de un retoque oportuno para que no sean desfigurados ni tergiversados por la maledicencia o el interés político de círculo. La historia de un pueblo se escribe o debe escribirse a base de hechos reales, de datos precisos y elocuentes —por muy amargos que ellos sean— pero siempre datos y hechos de verdad, porque sólo la verdad educa y conmueve y al conmover enseña el camino que el dolor y la incomprensión trazaron con amarga experiencia. He ahí la razón de este libro.

“Odio y Sangre”, indudablemente un titular de escándalo que asustará a muchas gentes, pero también un titular exacto para juzgar el caso dramático que ensangrentando el suelo de la Patria inútilmente con la batalla de los cuatro días, se puso en descubierto la insensatez, la irresponsabilidad y el engaño con que se procedió en esa ciclón de odio y de pasiones irrefrenables de aquellos días de duelo y sangre.

De entonces acá han pasado 25 años. Y ese cuarto de siglo está perdiéndose entre la voracidad del tiempo que nos deja solo el penoso recuerdo de nuestro perenne revoltijo político. Han pasado 25 años de esos hechos consumados al calor de emociones prendidas en el altar de la nada, como antes hubo de pasar una centuria entre el galopar de las caballadas represoras de la conmoción armada o la trampa adocenada de gobiernos que hicieron de la República un predio de esclavos y de serviles a sueldo con menoscabo de la ley y de los derechos populares.

Gobiernos títeres que se levantan de la noche a la mañana, sobre un pueblo convulsionado que padece de ceguera y falta de responsabilidad, para caer sonoramente a los pocos meses en forma trágica. Gobiernos y pueblos con odiosidades y venganzas de tara fatal que no aciertan a encontrar el camino de su marcha futura y siguen la tortuosa del sendero suicida. Caudillos que asaltan el Palacio Nacional por la fuerza de las armas y se pasan la vida sofocando revoluciones; pueblos que no piensan sino en botar del Poder al gobierno,— sea cual fuese el gobierno que esté mandando— no han hecho otra cosa sino dejar que los años nos ganen —irreflexiva y simplemente— con la irreflexión y simpleza de procedimientos del imberbe que no alcanza a ver más allá de las narices....

Ciclón y demagogia en afanes de puritanismo doctrinario, prédica de loros insinceros e insustanciales, con resultado siempre igual: masas enfervorizadas que botan gobiernos y gobiernos que se defienden de ellas a balazos. Desde 1830 a 1940 hemos tenido nada menos que 134 Ministros de Gobierno, casi un Ministro cada seis meses.... De los 28 ciudadanos que pasaron por el ejercicio de la Presidencia de de la República, sólo 9 terminaron bien sus períodos; los demás cayeron por revolución, antes o después del ejercicio constitucional...

Preciso era una mirada retrospectiva a las cosas de la República para enfocar, luego, los sucesos del año 32 —enlace grotesco de esa interminable sucesión de hechos consumados, a través de nuestra penosa vida republicana— y darles forma en este esbozo histórico a base de algunos hechos notables ocurridos en cada época. Hemos acudido a nuestros apuntamientos personales, a nuestro recuerdo de cosas vividas que siguen palpitantes en la mente, a nuestras investigaciones personales, a toda la documentación y reseñas periodísticas que ha puesto a nuestra vista el señor General Angel Isaac Chiriboga, Comandante en Jefe de las fuerzas constitucionales; al diario íntimo de la campaña, escrito por el jefe de operaciones del Norte y jefe del Batallón Pichincha, señor Comandante Miguel A. Tapia quien, incluso, puso en nuestras manos el folleto "Evocaciones de una Tragedia", narración fidedigna y sencilla del militar del batallón mencionado que escribe con el seudónimo de Tupac-Yupanqui; y a las Memorias escritas por el Sr. Caronel Carlos Salvador, jefe de operaciones de las tropas que actuaban en Quito con el regimiento "Bolívar".

Con la imparcialidad que siempre inspiró nuestro comentario hemos tomado de esos documentos el detalle que llega a la verdad de

los hechos, descartando la parte humana y por humana, la que podía ser interesada de cada uno. Para ellos, nuestro agradecimiento más cumplido por su vallosa cooperación.

Y para don José Rafael Bustamante, uno de los valores intelectuales de mayor relieve, por su honradez política de repúblico de alta valía espiritual con largos años de acción en favor de la Patria, nuestro agradecimiento especialísimo y emocionado por las vallosas líneas de su Prólogo a esta obra que, indudablemente, debe tener muchas fallas que nuestros lectores han de saber disculpar a cambio de un sólo mérito: la sinceridad que ella inspira en sus concepciones y comentarlos.

EL AUTOR.

Quito, Julio de 1958.

PRIMERA PARTE

POR LOS CAMPOS DE MONTIEL

*Esbozo Histórico-Biográfico de la República y de los  
Presidentes que la gobernaron desde 1830 a 1958*

## Al Margen de la Historia

Los sucesos del año 1932 que se produjeron por la declaratoria del Congreso Nacional de inhabilidad del señor Neptalí Bonifaz para que pudiese ejercer la Presidencia de la República, la cual produjo el sangriento drama de los Cuatro Días, no fueron sino un eslabón más en la desenfrenada carrera política que ha seguido nuestra República desde el mismo año 1830 en que se separó de la Gran Colombia. Una carrera política de incomprensión, de prejuicios, de odiosidades, de sangre y de escándalo a través de los años.

Hombres que alcanzan el Poder mediante la asechanza y el conciliábulo entre grupillos audaces que atisbaron la oportunidad para el asalto, a sangre y fuego, e hicieron gobiernos de minúscula o ninguna responsabilidad al margen de la ley, no dejaron sino huellas de abuso y tropelía, aumentando cada vez rencores y anhelos de venganza contra los actores del bandalismo constituido en institución de Estado. La Ley del Talión fue la mejor ley en algunas épocas y cada cual hizo su vida como mejor se le presentaron las circunstancias.

No somos ególatras ni pesimistas, nos gusta apreciar las cosas de acuerdo con la sinceridad y el estolicismo que requiere todo análisis de aspecto humano. No creemos tampoco que sólo nuestra nación habría llegado a la vida con el sino fatal de la incomprensión y la tragedia, porque sería apartarse de la visión sensata y justa de quien se coloca en el sitio espectador del observador para verter maldiciones o gemidos en relación con el desenlace de los acontecimientos, que no siempre llevan el camino de rosas que todo ciudadano desearía para los de su Patria. De ninguna manera. Todos los pueblos del

orbe tienen páginas de historia no siempre con la blancura de la sinceridad. Especialmente la historia de pueblos de incipiente cultura, los pueblos que se inician a la vida sin la experiencia que aconseja dar con cautela todo paso de reforma o de afirmación de propósitos, tiene grandes dificultades en su marcha autónoma, tiene que tropezar con escollos tremendos en la vía, para vencer los cuales ha de necesitar de voluntades disciplinadas y de corazones bien puestos. Y ha de seguir vencéndolos sin queja y sin espanto, con abnegación y esperanza. El camino del triunfo no está sembrado de rosas, sino de abrojos y vericuetos. Y hay que seguir por ese camino, porque es el que conduce justamente a la conquista del futuro mejor con que viven soñando hombres y naciones.

Los pueblos de América han sido el blanco de grandes pruebas que les puso el destino, con circunstancias aterrantas, a ver cómo salen de sus propios conflictos, a ver cómo desenvuelven en la acción el tropicalismo de sus ideas brotadas en horas de emoción desenfrenada y fácil, a ver cómo pueden alcanzar los castillos de oropelia a tantos kilómetros de la bóveda celeste. Y claro, muchos pueblos que se perdieron en la fantasía de las concepciones luminicas y los propósitos descabellados, encauzaron el pensamiento y la acción hacia realidades efectivas y alcanzaron, luego, el anhelo acariciado de sus justas y efectivas esperanzas. Para ello, sumidos los hombres pensantes de América en grandes meditaciones, trazaron sendas a sus pueblos, —después de amargo balance de cosas pasadas que no hablaron bien de sensatez, ecuanimidad ni prestigio colectivo,— para que el mañana fuese alumbrado con regueros de luz espiritual y material en la marcha de sus destinos.

Por eso siempre juzgamos que para enderezar la ruta anormal de pueblos y personas, lo primero es conocer las faltas, poner a flote los errores, descubrir al desnudo todo aquello que se oculta por miedo o anhelo de aparecer mejores ante los ojos del mundo. Lo interesante en este aspecto no es la crítica descosida e insustancial, lo bueno está en remover lo que fue malo para que la experiencia nos enseñe el camino, apartando todo aquello que nos abochornó paralizándolo, a la vez, nuestras energías perdidas en la vocinglería o la estulticia del medio fatal en que actuamos, cuando bien habríamos podido emplearlas en la labor constructiva que la República exige en todo momento a sus buenos hijos. Buena orientación del pensamiento para la acción, esfuerzo con fe y confianza en sí mismo: esa debe ser la clave del buen ciudadano. "Todo cuanto hagas hazlo con fe—aconseja Unamuno—, porque sólo la fe es capaz de volver perfectas nuestras obras, buenas o malas".

\* \* \*

Desde 1830 acá hemos vivido en perenne revolución. O como dijo alguna vez, con frase exacta, cierto funcionario público: "toda la vida dando bala". Caudillos subidos a mayores que no tuvieron jamás las dotes que necesita el estadista para el manejo de una república —especialmente de estas repúblicas nuestras, tan pequeñitas y tan quisquillosas— escalaron por la revolución o el fraude el Capitolio nacional, se sostuvieron a sangre y fuego; pero, al fin, tuvieron que caer al peso de la opinión pública, dejando en el camino solo desengaño y el recuerdo de sus tropelías. De la caída del caudillo hizo leña otro caudillo, otro caudillo con diversa bandera política—y a veces ni siquiera con ella, sino amparado en la bandera de su propio partido—; y luego asalto al poder, y luego otra vez la actuación al margen de la ley, el abuso, la tropelía igual al anterior foragido, hasta incitar al pueblo a la protesta, a la revolución nuevamente, a la defensa armada de la vida y de los intereses personales injustamente atacados. Tejiendo y destejiendo nos hemos pasado la vida. Tejiendo no siquiera el capullo del gusano de seda que sirve para provecho humano, sino la red incipiente e inútil de la haraña que se cuelga de los rincones de las piezas destartadas y sucias.

La ciencia del Estado es, sin duda alguna, la más difícil de las ciencias. Poseer la ciencia del Estado es saber gobernar. Saber gobernar es hacerlo con tolerancia, sensatez, conocimiento de la psicología humana. Saber gobernar es olvidar que existe la fuerza armada para el castigo, porque hay otros medios para corregir lo que anda mal sin necesidad de la represión de las armas. Saber gobernar es poner la mano sobre el propio corazón y dejarle actuar con mentalidad serena, como si no fuese gobernante, en la seguridad que brotando la razón ha de darle el camino para la solución del problema que trata de vencer.

El desasosiego colectivo no siempre comienza por la voz interesada del que soslaya el Poder. Es en muchos casos la actitud grotesca de los gobiernos la que enciende la protesta de los pueblos. El autoritarismo de los gobiernos, el que incita y desafía la quietud de las masas; y las masas, lastimadas en su amor propio, contestan el reto, el desafío inconsulto de los de arriba con la conculcación de derechos y actitudes desafiantes de la fuerza pública. Las caballadas y las actitudes de puño cerrado, nunca dieron los mejores resultados para la paz y la garantía del orden público. En no pocos casos, la revolución salió del mismo Palacio de Gobierno con orden de atropello, de espaldas a la Constitución y a las leyes.

Si el ciudadano sabe que el Estado es institución creada para la



defensa de la ley y la seguridad personal, sabe también que cuando se ataca a la ley para imponer la voluntad de sus mandatarios, el derecho que se basa en el respeto a las garantías individuales desaparece y se torna el abuso como sistema administrativo. Y la desaparición de la ley y de las garantías del hombre, se llama dictadura. Pero la dictadura que es espada de doble filo, se la ejerce no sólo por la opresión de carácter político, en ejercicio de la fuerza que impone con las armas la obediencia ciega a los que mandan. El otro filo de la espada está en la opresión económica, y ésta es la más peligrosa.

Con la primera se aprisiona, se flagela, se encarcela, se mata en definitiva. Con la segunda, se defrauda los intereses del pueblo, se derrocha las contribuciones del pueblo, fruto de su sangre y de sus lágrimas en el esfuerzo del trabajo cotidiano; se roba por donde le place al mandón y se enriquece con los suyos sin que nadie le pueda tomar cuentas. No tiene sino el decálogo de ese pobre señor rey que le llamaron Luis XIV y que fuera difundido para pauta de dictadores mediocres e irresponsables.

Y lo triste, lo penoso para un pueblo que se guía con estatutos democráticos, es que la dictadura se ha ejercido y se ejerce aún en nuestros tiempos en los mismos regímenes constitucionales. La habilidad legislativa de nuestros tiempos ha dado leyes hasta para justificar actitudes dictatoriales, especialmente en lo económico. La República que sigue una marcha correcta tiene un Congreso que dicta las leyes. Y entre esas leyes, la más importante porque señala los gastos y los ingresos del Estado, es la Ley de Presupuesto. De ella no puede apartarse el Ejecutivo, el Ejecutivo tiene que encuadrar sus acciones a esa ley, el Ejecutivo tiene que gastar de acuerdo con las entradas efectivas de la nación.

Cuando un Congreso no deja la pauta económica balanceada al Ejecutivo, cuando no le deja un presupuesto equilibrado y justo al Ejecutivo, no hace otra cosa que abrirle una ventana al abuso, una ventana para el escape de situaciones muchas veces anómalas. Las leyes de emergencia pueden ser una necesidad imperiosa a los ojos de algunas personas, pero por muy de necesidad que sean no se encuadran ellas al espíritu rectilíneo que la nación exige en la expedición de la Ley de Presupuesto. Y en el análisis de nuestra vida republicana, según anotará el lector en las líneas que siguen, hemos tenido ambas dictaduras: la política y la económica confabuladas.

## Juan José Flores

Nace en Puerto Cabello (Venezuela) el 19 de julio de 1800. De Alférez en 1815 asciende, en escala rigurosa, hasta General de División en 1829.— Cargos civiles: gobernador de Pasto 1823, Comandante General del Departamento del Sur de Colombia en 1824 al 25, Prefecto de Guayaquil el 22 de julio de 1829.— Jefe Supremo del Ecuador, el 13 de mayo de 1830, y, luego, Presidente de la República, el 11 de setiembre de 1830.—General en Jefe del Ejército el 30 de julio de 1835.— Presidente de la Cámara del Senado, 1837.— Presidente de la República, 31 de enero de 1839 a 22 de enero de 1843 y del 1º de abril de 1843 al 6 de marzo de 1845.— Diputado por Manabí en 1861 y luego Presidente de la Convención Nacional en el mismo año.—General en Jefe del Ejército en 1853.— Murió el 1º de octubre de 1864.

El Ecuador se separa de la Gran Colombia en 1830. El pueblo apoya este paso político en anhelo de ser nación libre y soberana, pero bien pronto tiene que sufrir la más grande de las decepciones. Con el general Flores llegan al Palacio Nacional ciertos deshechos del militarismo sin ocupación, que el final de la guerra de la independencia había dejado al margen de la vida. Ese militarismo elevado a cargos de responsabilidad, especialmente militar, hace gobierno con desfreno de pasiones y abusos, se entrega a la tropelía y a los excesos en poblaciones indefensas y tranquilas.

El pueblo huye de las acometidas, se refugia en las casas cerrando sus portones y asegurándolos como la iniciativa se le ocurre a cada quien. Mas, pronto reacciona y se enfrenta a la soldadesca extranjera, rechazando a los genizaros. La oposición a Flores crece y se difunde por todas partes, bajo un grito de guerra: "último día del despotismo y el primero de lo mismo".

Los jóvenes de corazón grande y puño cerrado se agrupan para rechazar el ultraje militarista de los floreanos, bajo el nombre de "El Quiteño Libre", sociedad que la dirige ese valiente soldado de la lucha por la libertad que fue el coronel irlandés Hall. Don Pedro Moncayo redacta el periódico que lleva el mismo nombre y junto a él, están los generales José María Sáenz y Matheu, y los señores Ignacio Zaldumbide, Manuel y Roberto Ascázubi, etc.

La revolución estalla y Flores llega a imponerse matando rebeldes por todas partes. El engaño y la delación constituyen arma poderosa del gobierno. Un sargento Medina, venezolano, se presenta

ante los jóvenes de "El Quiteño Libre" como enemigo de Flores. Les tiende el lazo y les atrae hasta la puerta del cuartel, donde son apresados. "En la noche del 19 de Octubre las tropas mercenarias —dice don Pedro Moncayo— asesinaban en las calles de Quito a otros jóvenes partidarios de la sociedad de "El Quiteño Libre", que fueron mañosamente atraídos a una emboscada. A la mañana del día siguiente, el pueblo de Quito se sorprendía con el espectáculo de un cadáver desnudo colgado de un poste. Ese cadáver era del austero inglés Hall. Tirados por el suelo también otros muertos desnudos. La carnicería de esa noche había sido preparada alevosamente; pues hasta los caballos del regimiento destinados a la persecución de los que huiesen, fueron cuidadosamente forrados con paños en los cascos para que al acercarse a los incautos jóvenes no hiciesen ruido". "El Fundador" estaba, pues, disciplinando con la celada y la muerte a los rebeldes que defendían el honor y la dignidad ecuatoriana!...

Los hechos de tan tremenda tiranía aumentaron la indignación ciudadana por todas partes. En Guayaquil, como en Loja, Cuenca e Ibarra se había prendido la tea revolucionaria con claridades bien definidas. El General Sáenz y don Ignacio Zaldumbide caían en Imbabura asesinados por las balas del extranjerismo dominante. El general Otamendi —figura negroide de uno de los chacales que pinta Salgari en sus dramas novelados— brazo derecho de Flores, era un cazador de cabezas humanas. Por donde él iba, hacía fusilar sin fórmula de juicio. Respiraba odio y se gozaba con la sangre de sus víctimas.

Uno de los apoyadores de la cruzada de "El Quiteño Libre" fue Vicente Rocafuerte y también empuñó las armas para expulsar del territorio nacional "al intruso". Tuvo la debilidad de aceptar la colaboración militar de un venezolano Mena, jefe de las tropas acantonadas en Guayaquil. Mena explotaba a Rocafuerte de manera escandalosa, sacándole el dinero que podía a cambio de la promesa de triunfo. Cierta ocasión le sacó 800 pesos "para espionaje", igual que a otros guayaquileños sumas considerables.

Rocafuerte a la cabeza de los revolucionarios del Puerto estableció su gobierno en la isla Puná y esperó los resultados del bloqueo de Guayaquil. Como era de esperarse Mena le traccionó y, un buen día, le comunicó que estaba preso. Mas, ocurrió lo inesperado: Flores no quiso fusilarlo y le envió un emisario "con los saludos más atentos, invitándole a entrar en arreglos". Rocafuerte al recibir el recado se quedó perplejo. Estaba vencido, preso, traccionado y Flores quería entrar en arreglos...

El astuto venezolano sabía de la influencia social y política de Rocafuerte y quiso tenerlo a su lado. De las conversaciones poste-

riores, brotó la amistad entre Flores y Rocafuerte. El rebelde "chihuahuano" guayaquileño habrá de caer bien pronto en el garlito constituyéndose, luego, en el pupilo del mandarin guerrero. Las ideas cayeron en el vacío ante el avizoramiento de la mariposa dorada que ya flotaba en la imaginación de los dos....

Y vino el pacto: Rocafuerte sería el segundo presidente de la República, mientras Flores se contentaría con una pequeña cosa: sería nada más que el general en jefe del Ejército... Desde ese instante Flores le tuvo a Rocafuerte, le tuvo al más prestigioso de los jefes nacionalistas bajo la suela de su zapato.

Llegó el 18 de enero de 1834. Ese día horrible de la cobarde manzanza de los rendidos en Miñarica, cuando los vencidos, arrodillados en los arenales y con las manos en alto, pedían clemencia y fueron lanceados sin compasión por los sicarios del tirano, episodio que impresionara tan favorablemente al divino Olmedo para su Canto al general Flores....

Para 1844 la República era una hoguera de odios y venganzas y sangre que seguía derramándose por todas partes. Terminada la presidencia de Rocafuerte, Flores se hizo elegir nuevamente por el Congreso. Su amigo Rocafuerte fue a la gobernación del Guayas y el audaz venezolano hizo que "su Congreso" dictara una nueva Constitución en que se le daba mayores facultades, cargó de impuestos al pueblo y estableció el gravamen directo de tres pesos cuatro reales que cada ciudadano habría de pagar anualmente. Esto exasperó más a la ciudadanía que calificó a dicha Constitución como "la Carta de Esclavitud".

La revolución estalló en Guayaquil el 6 de marzo de 1845. El pueblo guayaquileño se batió con la soldadesca de Flores y la dominó, estableciéndose el triunvirato de José Joaquín Olmedo, Vicente Ramón Roca y Diego Ncboa. Flores se atrincheró en la hacienda La Elvira con sus negros, pero al fin cedió. Pidió la capitulación y se la concedieron, dándole 20.000 pesos para que se marchase enseguida fuera del país.

La agitada vida política de Flores no le permitió dejar obras materiales de significación en su gobierno. Levantó una columna mal presentada en la plaza de la Recoleta de Quito, como un simbolismo a la Libertad el año 1841 (que felizmente desapareció hace unos pocos años). En el ramo de Educación Pública hizo algo. El Colegio Vicente León de Latacunga fue fundado el 24 de Mayo de 1842 y la Escuela Mercedaria San Pedro Pascual de Quito, dos años antes. En 1844 se estableció la cátedra de Cirugía en la Universidad Central.

## Vicente Rocafuerte

Nace en Guayaquil el 1º de Mayo de 1783.— Alcalde de Guayaquil en 1810.— Procurador en 1811.— Diputado a las Cortes Españolas en 1812 a 1814.— Encargado de Negocios de Méjico en Inglaterra 1824.— Jefe Supremo del Guayas, el 10 de setiembre de 1834 y antes Diputado por Pichincha el mismo año.— Presidente de la República del 8 de agosto de 1835 al 31 de enero de 1839.— Gobernador del Guayas de 1839 a 1842.— Diputado por Pichincha en 1843.— Encargado de Negocios en el Perú en 1845.— Presidente de la Convención Nacional de 1845 al 46.— Presidente del Senado, en 1846.— Ministro Plenipotenciario ante los Gobiernos del Perú, Bolivia y Chile en 1846.— Murió el 16 de mayo de 1847.

Vicente Rocafuerte, vástago querido de una de las familias más socialmente consideradas de Guayaquil, es enviado a educarse en Europa. Pasa 7 años en Inglaterra, Francia, España y Suiza y luego va a Estados Unidos y retorna a la Patria el año 1807, después de haber hecho amistades valiosas en esas naciones. Retorna Rocafuerte trayendo en su ser las ideas de ese liberalismo inglés, tan comentado entonces, y que se basa en una finalidad sustancial: el respeto de la dignidad humana, mediante el ejercicio de las libertades públicas.

Ya en el país establece relaciones políticas con los principales gestores del movimiento de agitación contra el colonia'e y en 1812, sale electo Diputado a las Cortes de Cádiz y se marcha. Retorna en 1817 y acciona con los propulsores de la revolución octubrina; pero la madre, queriendo alejar a su hijo de las consecuencias de ese movimiento subterráneo, le manda al Perú y viaja luego a La Habana y Méjico, donde actúa en gestiones revolucionarias, mereciendo honores y distinciones de los gobiernos.

De regreso nuevamente Rocafuerte es electo Diputado al Congreso de 1833, al cual, en uno de sus discursos, le califica de "servil", refiriéndose a la actuación aduladora de sus componentes para el general Flores. El Congreso protesta por el calificativo y lo expulsa y Rocafuerte se pone a la faena revolucionaria junto a los "chihuahuas". Está, pues, definida una vez más la vibrante situación rebelde del joven guayaquileño que, como ya hemos visto, fracasa desgraciadamente al dejarse caer en el plan de cooperación del dictador.

Desbrozado el camino después de la matanza de Miñarica, Flores acciona para el cumplimiento del pacto hecho con Rocafuerte; mas, la Convención de Ambato, se niega a aceptar la sugestión de Flores, pues quiere que él mismo siga en el mando. Habría tenido que intervenir el mismo Flores para convencer a sus áulicos de la

necesidad de elegir a Rocafuerte para la segunda Presidencia. Y Rocafuerte tomó el mando supremo de la República como Presidente Constitucional.

Ya en el mando Rocafuerte dio espaldas a la Carta Política y las reformas que en ella introdujera dicha convención. El pensó: el país está plagado de una soldadesca insolente y de conspradores profesionales, y precisa de procedimientos menos engorrosos que los que señala la ley. En activa correspondencia con Flores —el General en Jefe del Ejército— siguió su gobierno por el mismo camino de extorsión que aquél, advirtiendo que "los tribunales y trabas legales detienen el castigo de los facinerosos, la impunidad los alienta y fomentan la misma revolución que es interés de todos exterminar cuanto antes"....

"Siento que Ud. —le decía a Flores en carta de 16 de marzo de 1836— haya empeñado una polémica contra Vivero; palo y más palo, es el único modo de gobernar estos países plagados de inmoralidad, de vicios y de toda lepra social; lo demás es bufonada. Portales en Chile, ha fijado la paz y el orden en su país a punta de látigo y de rigor, ese es el medio más positivo de organizar estas atrasadas regiones"... Y Flores, naturalmente, se frotaba las manos de contento con cada una de estas cartas de su protegido. Su actuación habrá de quedar pálida ante los arrestos "disciplinarios" de Rocafuerte....

A un oficial extranjero llamado Maldonado que se puso a la cabeza de una montonera, le hizo fusilar sin Consejo de Guerra. También fueron fusilados en grupo los prisioneros tomados en otra montonera. Sólo al negro Otamendi que capitaneó una montonera contra Rocafuerte, no pudo mandarle al otro barrio, porque intervino Flores en su favor y hubo de quedarse con las manos quietas....

La mano dura que manejó Rocafuerte para limpiar de abrojos el camino, tiene un atenuante: el territorio nacional estaba sembrado de elementos malsanos que llegaron a la República y que cometían toda clase de atropellos con el nombre de revolución. La mano dura del Presidente guayaquileño suprimió estorbos y pudo hacer obra constructiva, dentro de lo que las circunstancias se lo permitieron. Organizó la hacienda pública estableciendo por primera vez la contabilidad fiscal; dio impulso a la agricultura, aboliendo los impuestos de aduana sobre implementos, semillas etc.; quiso disciplinar al Ejército para que sus componentes no fuesen el producto de la recluta o del bandidaje, pero no pudo porque Flores se le opuso, a insinuación de los jefes de batallones. En el ramo de Educación, secularizó el colegio San Fernando y en la Universidad de Santo Tomás (Universidad Central) creó cátedras nuevas como la de Derecho Civil Ecuatoriano y la de Derecho Internacional.

## Vicente Ramón Roca

Nace en Guayaquil el 2 de setiembre de 1792.— Jefe de Policía en Guayaquil en 1829.— Diputado en 1830.— Prefecto de Guayaquil en 1831 y el 34.— Consejero de Estado, 1832.— Vicepresidente del Congreso, 1833.— Gobernador del Guayas, 1835. Senador, 1837 al 39.— Consejero Municipal, 1840.— Miembro del Gobierno Provisorio, 1845.— Presidente de la República del 8 de diciembre de 1845 al 10 de junio de 1850.— Murió el 23 de febrero de 1858.

El poeta Olmedo dijo alguna vez: "Del libro del destino, nadie puede leer sino la línea en que está escrito el presente".

En el calendario del tiempo estaba escrito que con la caída de Flores debía surgir uno del triunvirato guayaquileño —que no fue Olmedo, a pesar de haber estado él en primera línea, por razones obvias —sino don Vicente Ramón Roca, quien tiene una situación más o menos estable en el gobierno, esforzándose por hacer cuanto le era posible por la colectividad. Fue un Presidente inofensivo y fue de paz su período constitucional.

Al terminar se vio envuelto en una grave dificultad: la de no tener a quien entregar el mando. El Congreso que debía conocer de las elecciones presidenciales para la sucesión, no pudo ponerse de acuerdo y, en 12 días de sesión permanente con 104 votaciones, terminó resolviendo, conforme a la Constitución vigente de 1845, encarar el ejercicio del Poder Ejecutivo, al Vicepresidente de la República, don Manuel de Ascázubi, quien lo ejerció por un año dos meses.

Don Vicente Ramón Roca fue el Presidente de la construcción de puentes y de las capillas parroquiales. Sólo en Quito se construyeron en 1848, ocho puentes en algunas calles que eran cruzadas por acequias. Además construyó puentes sobre los ríos Cutuchi, Matadero, Choquehuanca, Yanayaco, del Socavón de Ambato, Pillaro, de Guapante, Chaquilhuayco y Patate, todos en 1848; y sobre el Cutuchi en 1849. También en su época fueron empedradas las calles de Quito, pero sólo las que estaban al rededor de los conventos y monasterios, año 1849. Construyó pequeñas iglesias en Cangonamá y Catacocha, en Loja, 1848, y comenzó la construcción de la Iglesia Matriz de Latacunga el 16 de octubre de 1849, año en el cual fueron construidos cinco puentes más en las calles de Quito. En Guayaquil se estableció el alumbrado público y comenzaron los trabajos del Malecón en 1847.

## Diego Noboa

Nace en Guayaquil el 15 de abril de 1789.— Tesorero fiscal de su provincia, 1820 al 22.— Administrador de Alcabalas, 1823.— Comisario de Guerra y Marina, 1824 al 25.— Intendente del Departamento de Guayaquil, 1827.— Ministro en el Perú, 1831.— Presidente del Senado, 1839.— Miembro del Gobierno Provisorio, 6 de marzo de 1845.— Senador y Presidente del Senado, 1848.— Jefe Supremo de Guayaquil, el 2 de marzo de 1850 y en Quito el 10 de junio del mismo año.— Presidente interino de la República, el 8 de diciembre de 1850.— Presidente de la República del 26 de febrero a setiembre 13 de 1851.—Presidente de la Junta Provincial del Guayas 1863.—Murió el 3 de noviembre de 1870.

Don Diego Noboa fue nada más que un buen señor en su vida pública. Hombre impecable que tuvo el apoyo del general Urbina contra las aspiraciones del general Elizalde. Se puso Urbina al frente de la guarnición de Guayaquil y se pronunció por Noboa. Era el mejor un civil que un militar. Sencillamente, porque al civil era más fácil botarlo....

Hombre honrado, de costumbres austeras, gozó de las simpatías sociales guayaquilleñas; pero no supo de los vericuetos de la política. Urbina se cansó del "santurrón civilista", como le llamaba, y lo derrocó: "Noboa pasó —dice Oscar Efrén Reyes— en un abrir y cerrar de ojos, de la Presidencia a un buque de pasajeros que debía salir de Guayaquil con la mayor celeridad".

Seis meses quince días fueron suficientes para que el general Urbina pudiera apreciar los quillates de mandatario de su amigo don Diego. Y como don Diego no inventó las uvas —según decían las malas gentes de la época— el general echó mano a la empuñadura de la espada y ordenó que Su Excelencia fuese llevado a bordo para que recibiese de inmediato las brisas purísimas y saludables del mar en viaje hacia puerto desconocido....

Y todo esto, naturalmente, porque donde manda capitán no manda marinero....

Y con lo bueno y virtuoso que era el señor Noboíta, incapaz de rebelarse contra el mandato de las espadas, salió de Guayaquil sin una lágrima en los ojos, pero seguramente pensando en ese gran capítulo de todos los tiempos que se llama la política de las sorpresas en la vida de los pueblos y se perdió en la lejanía....

Años después regresó al País y ocupó la presidencia de la Junta Provincial del Guayas, cargo que lo desempeñó con prestancia y devoción patriótica, pero ya lejos de las mordeduras y los espaldarazos de la política de trastienda.



## José María Urbina

Nace en Quito el 19 de marzo de 1808.— Alférez de Fragata 1227 y de Navío en 1828.— Coronel de Ejército, 1835.— Diputado por Loja, 1843.— Gobernador de Manabí, General de Brigada y Ministro General en 1845.— Diputado por Pichincha, 1846.— Jefe de Estado Mayor, 1847.— Presidente de la Cámara de Diputados, 1849.— Jefe Civil y Militar de Guayaquil, General en Jefe del Ejército y Diputado en 1850.— Jefe Supremo de la República, 1851.— Presidente de la República del 6 de setiembre de 1852 al 10 de octubre de 1856.— General en Jefe del Ejército y Director de la Guerra en 1876.— Diputado por el Guayas y Presidente de la Convención, 1878.— Ministro en Chile, 1879.— Comandante en Jefe del Ejército, 1880.— Murió el 4 de setiembre de 1891.

El general José María Urbina era un modesto joven marino que sirvió bajo las órdenes del general Illingworth y luego del general Juan José Flores, de quien fue su edecán. Dicen que Urbina tenía don de gentes e impresionaba bien. Con todo, el advenimiento de este militar a la actuación política activa de la República, habría sido un golpe duro para los idealistas del civilismo político que creyeron en la desaparición definitiva del militarismo con la revolución del 6 de marzo de 1845. Efectivamente, si con ella murió el militarismo extranjero, con Urbina se entronizaba el militarismo nacionalista que habrá de actuar con Robles en días posteriores, contra el anhelo popular de darse sus propios mandatarios mediante el sufragio.

No obstante es preciso aclarar que Urbina, liberal escarlata y anticlerical, trajo al Poder una notable reforma social: la liberación de los negros esclavos. Si la República garantiza la igualdad de todos los ciudadanos en el cumplimiento de sus deberes cívicos—postulado de la doctrina liberal—no puede haber amos ni esclavos, se dijo, y entró de hecho a la reforma. Aprovechó su jefatura suprema y expidió el decreto de liberación, que fue recibido con la consiguiente protesta de quienes se creían lesionados en sus intereses.

La alta clase social del país le hizo a Urbina una campaña insistente, juntamente con el clero. Expulsó a los jesuitas, pero la medida que pudo haber sido eficaz para sus intereses políticos no lo fue para la cultura, porque olvidó de reemplazar a los profesores religiosos con laicos para que el colegio no sufriese las consecuencias.

Para el año 1852 asomó como pacificador el general Juan José Flores. Conmovidó por la anarquía que reinara en el Ecuador, quiso

ponerlo en paz y organizó una expedición de mercenarios en el Perú. Flores, con la juventud universitaria a la cabeza. Se formaron batallones y apoyaron al gobierno de Urbina que actuaba desde su jefatura suprema. Pero no hubo necesidad de atacar a Flores, porque las cosas sucedieron de distinta manera de lo que se sospechaba podían suceder.

El coronel Pedro Mena —que traicionó antes a Rocafuerte— actuaba en Galápagos como gobernador. Flores le comunicó su plan y le dio instrucciones para que organizara fuerzas de apoyo en ese lugar. Mena actuaba en la isla Chatam y Manuel Briones con varios de sus amigos —todos criminales que cumplían condena en las islas— atacó a Mena y lo mató. Luego, en el mismo buque americano en que viajaban a la Chatam y que fuera previamente capturado por ellos, el "George Howland", se lanzaron por la costa ecuatoriana y sorprendieron a las dos goletas con enganchados que formaban la vanguardia de Flores. Briones los atacó con fiereza e hizo con ellos una terrible carnicería.

Por otra parte Urbina se valió de una treta inteligente para desbaratar los entusiasmos del pacificador. Consiguió comprar a los enganchados de Flores, con sujeción a un decreto que expidiera desde Guayaquil, por el cual "todo individuo que abandone las filas del invasor, recibirá 100 pesos en dinero, una caballería de tierra en la provincia que elija, la herramienta de labor necesaria, 2 vacas y un toro; y el que trajera consigo cualquier elemento de guerra, buque, embarcación menor o lo que fuere, recibirá, además, el valor justipreciado de la cosa traída y entregada al Gobierno".

El ejército floreano materialmente quedó desbaratado con tales ofertas a los mercenarios. El buque "Chile" fue entregado al gobierno por sus mismos tripulantes y pagó a los aventureros el general Urbina la suma de 35.000 pesos. Y el "pacificador" desapareció entre el polvo del camino....

Entre las obras realizadas en este período administrativo que tuvo a la cabeza a un militar, se anota no la construcción de cuarteles, sino, como paradoja, la de varias escuelas. Efectivamente, Urbina estableció escuelas en Portoviejo, escuela Náutica en Guayaquil, escuela del hospital de Ibarra, escuelas en Río Chico, en Canuto, en Paján, Piccaza, Santa Ana, Tosagua, San Lorenzo, Atacames, La Tola, Caranquí, Urcuquí, Puntal y Arenal en Cotacachi. Además se construyó el año 1855 en Guayaquil el teatro y la gobernación; y el cuartel de artillería en 1856. En dicho año se terminó también el puente sobre el río Machángara de Quito.

## Francisco Robles

Nace en Guayaquil el 5 de marzo de 1811.— Guardia Marina, Capitán de Fragata, 1845.— Comandante del Distrito del Guayas y Gobernador, 1847.— General de Brigada, 1851.— Diputado por Manabí, 1852 y al año siguiente Comandante General de Guayaquil.— Gobernador del Guayas de 1854 al 56.— Presidente de la República del 16 de octubre de 1856 al 19 de mayo de 1859.— Comandante General de División, 1876.— Murió el 11 de marzo de 1893.

El general Francisco Robles no anduvo feliz en su breve gobierno, sin embargo de haber sido electo para cuatro años. En 1857 fue acusado de estar en ciertos negocios oscuros para adquirir un empréstito con la garantía del archipiélago de Galápagos, a la vez que transfirió extensas zonas del territorio nacional en el Oriente. Además concedió terrenos en el Pailón para los tenedores de bonos de la deuda inglesa, negociación que habrá de pesar sobre la suerte de la República por toda su existencia.

El gobierno peruano creyó del caso explotar con la cacareada transferencia de tierras en el Oriente. Ese gobierno se creyó perjudicado en sus intereses y envió la escuadra para bloquear a Guayaquil. Cuando el Presidente Castilla creyó encontrarse con un ejército que le resistiese duramente, los marinos presenciaban un cuadro de anarquía manifiesta en el Puerto entre los componentes militares: golpes minúsculos de cuartel, explosión de odios entre los jefes que hacían uso de armas de fuego, etc.

En el interior de la República la anarquía había hecho su aparición funesta. Sublevación de batallones contra el Presidente, protesta civil de grupos respetables. En 1859 se formó un gobierno provisorio en Quito, presidido por un triunvirato de tres distinguidos ciudadanos: Gabriel García Moreno, Jerónimo Carrión y Pacífico Chiriboga. El Presidente Robles se dirigió a Cuenca para contrarrestar la revolución que había estallado también por ese sector y Urbina, como general en jefe del Ejército, se vino a Quito para disolver el go-

bierno del triunvirato. Mas, para que no faltase nada en la convulsión anárquica de ese año, el general Guillermo Franco, desconoció a Robles y a Urbina haciéndose proclamar jefe supremo en Guayaquil. Tres generales en grandes apuros disponiendo, cada cual a su antojo, de los destinos de la Patria....

El general Franco, como jefe Supremo del Guayas, entra en conciliábulos con los atacantes peruanos y celebra el Tratado de Mapasingue, por el cual se reconocía como de pertenencia peruana gran parte del Oriente, "inclusive Canelos y los antiguos territorios de Quijos, tomando como base la desautorizada Cédula de 1802".

El Presidente Robles abandona el país y le sigue luego el general Urbina. La contienda se establece entonces entre Franco y García Moreno, que es el jefe del gobierno de Quito. Juan José Flores estaba en Lima con renta del gobierno peruano, pero desaprobó el llamado Tratado de Mapasingue y ofreció sus servicios al gobierno provisorio. García Moreno llamó a Flores y, luego, los dos, avanzaron sobre Guayaquil, logrando tomar la ciudad cuando Franco hacía firmar a varios guayaquileños una acta de sometimiento al Perú....

Guillermo Franco tuvo que huir y así pudo evitar el seguro fusilamiento que le esperaba su acción.

En este período se funda el Colegio Bolívar de Ambato en 1859 y continúa la construcción de locales escolares en Quito, Pintag, Guayllabamba, San Antonio de Pichincha, Sangolquí, Tulcán, Cotacachi, Pujilí, San Andrés, Puela, Ilapo, Alausí, Macas, etc.

## Gabriel García Moreno

Nace en Guayaquil el 24 de diciembre de 1821.— Doctor en Jurisprudencia el 26 de octubre de 1844.— Comisario de Guerra de la División del Norte, 1847.— Periodista y Concejero Municipal en 1846.— Gobernador del Guayas, 1847.— Alcalde Municipal de Quito, 1856-57.— Rector de la Universidad Central, 1857-58.— Miembro del Gobierno Provisorio, mayo 1º de 1859.— Presidente de la República, del 2 de abril de 1861 al 30 de agosto de 1865.— Ministro en Chile en 1866.— Jefe Civil y Militar de Imbabura, 1868. Ministro de Hacienda en 1869 y Jefe Supremo de la República el 17 de enero de 1869.— General en Jefe del Ejército y Presidente de la República del 10 de agosto de 1869 al 6 de agosto de 1875.— Murió asesinado en Quito el 6 de agosto de 1875.

El Dr. Gabriel García Moreno y el general Eloy Alfaro han sido, indudablemente, los dos mandatarios más discutidos que ha tenido la República. Cada uno con bandera política diversa; pero los dos, constructores y hombres fuertes para el castigo. Valientes los dos, la vida pública y privada de ambos está repleta de anécdotas que dan tema de actualidad perenne. Los dos fueron tachados de tiranos, siguieron por el atajo, muchas veces de espaldas a la ley, y los dos también murieron trágicamente, como si el destino hubiese querido poner ese epílogo en la vida de estos dos grandes ecuatorianos para inmortalizarlos.

En 1844 funcionaba la Sociedad Filotécnica, integrada por elementos adversos al general Flores, uno de ellos vibrante, apasionado y violento en la concepción de los fenómenos y en las resoluciones. Una noche este joven lanzó un discurso tremendo, invocó las más altas figuras humanas del orbe, hizo una apasionante apología de Bruto, el romano, y concluyó así: "En el Ecuador tampoco hay otro medio de librarse del déspota que el puñal asesino", advirtiendo que a Flores lo mataría él, si otros, cobardes, no tenían valor para matarlo! Este joven apasionado y violento era nada menos que Gabriel García Moreno... Quién hubiese dicho que, años después, un discurso más o menos parecido se pronunciaba en una sala de Quito,

refiriéndose a él, en vísperas de su asesinato. ¡Sarcasmo de la vida...!

Revolucionario por temperamento actuó en varios movimientos y se impuso. Y cuando estuvo en el Poder castigó con el fusilamiento a quienes hacían revolución. Al general Manuel Tomás Maldonado le hizo fusilar por revolucionario, por encima de lágrimas y clamores de propios y extraños. Al Dr. Juan Borja, flagelado y con grilletes, le había hecho conducir a que presenciara el fusilamiento de su amigo Maldonado en la plaza de Santo Domingo, mientras él contemplaba desde su casa los detalles del hecho.

El día que inauguraba el Panóptico paseaba por los corredores del edificio, contrato en mano, y al pasar por el patio vio que en la ventana de una celdilla faltaba un barro de hierro. Y esto ¿qué significa?, preguntó al contratista. Le contestó que había faltado un pedazo de hierro para trabajar el barrote, pero que sería arreglado al día siguiente. El terco mandatario repuso: pues Ud. se queda preso hasta que lo coloque. Y así fue. El primero en inaugurar el presidio fue el mismo contratista que lo construyó. Tal era el hombre.

Alguna vez le dijeron que la revolución estaba hecha en Guayaquil contra su gobierno y que el foco había de encontrarlo en el cuartel de artillería, cuyo primer jefe era el principal comprometido. Disfrazó su personalidad con traje humilde y salió enseguida en buena cabalgadura que la reemplazaba con animales frescos en cada jornada. Sorprendió al regimiento cuando la oficialidad estaba terminando la comida con su jefe a la cabeza. "¿Qué hay de revolución, señor coronel?" —le soltó al jefe a boca de jarro. Este, turbado, no supo qué contestar al Presidente. Y sin más interrogantes, el tremendo don Gabriel, levantó la mano y le propinó una cachetada en cada mejilla, a la vez que le decía: "la revolución, señor coronel, está terminada y Ud. en la prisión..." De inmediato, él mismo, introdujo al jefe mencionado en un cuarto y lo puso llave con centinela de vista. Este detalle —como tradición de ese hecho en que se pinta al desnudo la violencia del mandatario— ha sido repetido de generación en generación.

Apresó y desterró periodistas y clausuró imprentas. Larga es la lista de nombres de personas y de imprentas clausuradas. Una de ellas fue la del periódico "La Nueva Era" que fundaran en Guayaquil, en 1873, don Miguel Valverde y don Federico Proaño. Era un diario bien presentado y mejor escrito de ideología liberal y censuraba los actos dictatoriales del señor García Moreno. Miguel Valverde era violento, a veces tempestuoso; Federico Proaño, el polo opuesto, pero caballeroso, valiente y noble periodista. Muchas veces los puntos de vista del uno hubieron de estar en pugna con los del otro. Proaño se separó del diario y sólo quedó al frente Valverde. En una de las

ediciones posteriores se publicó una correspondencia de tono airado y el Dr. García Moreno ordenó la prisión de los dos. Los dos fueron a la cárcel y luego enjuiciados por trastornadores del orden público. Se llenaron los trámites y el juez, no encontrando materia para la condena, absolvió a los acusados y la Corte aprobó la resolución del inferior. Se extendió la boleta de libertad; mas, en vez de cumplir con la orden, el gobierno los hizo traer a Quito y cuando estuvieron frente a la autoridad encargada de ajustar el tornillo, se les puso esta disyuntiva: la libertad inmediata si denunciaban al autor de la correspondencia o el confinamiento en las selvas del Oriente si no lo hacían. Los dos se miraron las caras y prefirieron el confinio, a donde salieron a pies, con grandes molestias y sacrificios. Años más tarde don Juan Murillo llegó a saber que el autor de esa correspondencia había sido el Dr. Antonio Borrero que, luego, llegara a la Presidencia de la República.

\* \* \*

En todas las épocas se han hecho presentes los aduladores de un régimen, los apasionados admiradores del mandatario, a quien habrán de llevarlo muchas veces hasta el ridículo. García Moreno los tuvo, no obstante su despotismo. El año 1867 los miembros de la Junta Provincial de Pichincha que calificaba a los legisladores mediante la realización de los escrutinios, le llevaron al Dr. García Moreno al Senado de la República sin haber obtenido mayoría de votos. Presentada la queja al Senado la comisión respectiva hizo las indagaciones del caso con las papeletas y las actas sobre la mesa y comprobó, efectivamente, que don Gabriel había obtenido sólo 442 votos mientras que el Dr. Manuel Angulo alcanzaba 1.136. Descorrido el velo, don Gabriel no tuvo más remedio que dejar su asiento de Senador, mientras era llamado por el Senado el Dr. Angulo para que lo ocupase. Ese memorable Congreso estuvo presidido por don Pedro Carbo.

En la vida del gobernante conservador pasó con caracteres graves esa aventura tremenda de Cuaspud que constituyó una gran vergüenza nacional. Fue una guerra injusta con Colombia con una derrota humillante para el mismo señor García Moreno que había caído preso en Tulcán. Los hechos son tan conocidos que no hace falta recordarlos.

Y luego, esa entrega sin beneficio de inventario que fue la propuesta al gobierno francés, sometiéndose a un protectorado bajo sus banderas. La independencia que costó a la República tanta sangre y lágrimas para obtenerla, habría de quedar en la nada por el querer, nervioso y violento, de su mismo primer mandatario, si el país no

hubiese reaccionado inmediatamente. "Yo no me propongo —decía García Moreno al Ministro de Francia en una carta— un protectorado honorario, que sería sin duda gravoso para Francia... Se trata del interés de este país que quiere librarse del azote de las revoluciones perpetuas.... Se trata también del interés de Francia, pues que ella sería la dueña de estas bellas regiones que no le serían inútiles..."

La carta que le escribiera, luego, don Juan Montalvo, cuando llegaba de París fue un anatema fulminante. "La patria necesita rehabilitación y usted, señor García, la necesita también.... En su conducta pasada —le decía Montalvo a don Gabriel— hay un rasgo atroz, que Ud. tiene que borrar a costa de sangre... La acción fue traidora, no lo dude Ud.; mas, creo que si la intención fue pura, solo hubo crimen en el hecho... Pero nunca pensó Ud. vender a su patria, ¿es esto cierto? ¡Oh!, dígalo Ud., repítalo Ud. mil veces! Hay más virtud en reparar una falta que en no haberla cometido... Borre Ud. un paso indigno con un proceder noble y valeroso..." Y el Dr. García Moreno no pudo borrar el hecho, desgraciadamente.

\* \* \*

El fantasma de las revoluciones le fatigaba. Era una obsesión fatídica que él la calmaba con el fusilamiento. Por eso hizo fusilar de una tanda a 27 revolucionarios en el canal de Jambelí y al médico Dr. Santiago Viela.

Pero donde se puede apreciar en toda su desnudez la virulencia de García Moreno con los revolucionarios es en el caso del general Ayarza, del negro Fernando Ayarza que, negro y todo lo que se quiera, era, al fin, un héroe de la Independencia. En 1860 apareció comprometido en una montonera el general Ayarza. Cayó prisionero y fue encerrado en el cuartel de artillería de Quito (cuartel de la calle Espejo) a pocos pasos de la Casa Presidencial. Fuese don Gabriel al cuartel, le hizo desnudar al prisionero y ordenó que le diesen 500 azotes. No fueron tantos, porque el negro cayó exánime y a los tres días había muerto. Un amigo de García Moreno al saber la noticia le escribió incrédulo. "Por más que se me ha asegurado— le decía el coronel Secundino Darquea— no he podido creer que S.E. le haya hecho dar de latigazos al General Ayarza, y en caso de ser cierto, quemaría mi uniforme y mis charreteras". García Moreno le contestó: "No ha debido dudarle. Es cierto que al negro Ayarza, como a traidor, lo he mandado dar latigazos para escarmiento de los demás. Puede Ud. pedir al Gobernador de esa plaza la leña que sea necesaria para la hoguera en que debe usted quemar sus charreteras y su uniforme".



La actitud de García Moreno, patriótica y viril, al enfrentar con todo éxito la campaña de enero de 1860 para castigar al general Guillermo Franco, proclamado Jefe supremo de Guayaquil con apoyo del general peruano Castilla que tomó posesión del Puerto, le honra sobremanera. García Moreno venció a las huestes franquistas del centro, rechazó el Tratado de Mapasingue celebrado entre los señores Franco y Castilla, rechazó la mediación ofrecida por el general peruano para que hicieran las paces los gobiernos de Quito y Guayaquil y, por fin, logró desalojar del territorio nacional a las huestes peruanas de la invasión, devolviendo a la Patria su integridad en todas las zonas del territorio nacional. Siempre que la historia nos recuerde estos hechos viriles, la memoria del Dr. García Moreno será venerada por todos los ecuatorianos, porque, entonces, el gobernante de la mano dura, el hombre de los despotismos irritantes, se creció enormemente ante el ultraje de la traición y la venció en toda la línea.

\* \* \*

Y si García Moreno tiranizó como mandatario y fue tremendo como político, como constructor se vio al hombre formidable. Hizo más de lo que cualquiera hubiese podido hacer aun con rentas superiores. Algunas de las más importantes obras dejadas por García Moreno son: la carretera de Guayaquil a Quito, el Observatorio Astronómico en 1871, iniciación de los trabajos del Ferrocarril del Sur en la sección Sibambe-Milagro; le tocó inaugurar el teatro Olmedo en Guayaquil, comenzar el trabajo de caminos de las grandes ciudades a los sitios de producción, construyó puentes sobre ríos caudalosos, etc. En el ramo de Educación, especialmente, García Moreno puso todo interés estableciendo desde la Escuela Politécnica hasta colegios de Segunda Enseñanza como el San Gabriel, los Sagrados Corazones en varias ciudades del país, el Protectorado de Artes y Oficios, Escuelas de los Hermanos Cristianos y otras escuelas primarias en varios lugares de la República, también instaló en Guayaquil el alumbrado de gas. Bien se podría decir que en esta época floreció el interés constructivo en las diversas actividades de la administración pública y la nación cobró realce en sus afanes de mejor presentación material.

## Jerónimo Carrión

Nace en Loja.—Concejal en Cuenca, 1828.—Gobernador del Azuay, 1845 al 47.—Diputado, 1845 y 1852.— Senador, 1847 al 49.— Miembro del Gobierno Provisorio, mayo de 1859.— Vicepresidente de la República, 1859.— Presidente del Ayuntamiento de Cuenca, 1862.— Presidente de la República del 7 de setiembre de 1865 al 6 de noviembre de 1867.— General de División del Ejército de Chile, 1866.— Murió el 5 de mayo de 1873.

La presencia de don Jerónimo Carrión en el Capitolio no deja relieve para la historia. Fue un buen señor que hizo todo lo que pudo para no disgustar al Dr. García Moreno. Sin embargo el señor García Moreno se cansó de él y le hizo que presentase la renuncia del cargo.

"A pesar de todo —dice Oscar Efrén Reyes— García Moreno gobernó al Ecuador durante 15 años, con los breves paréntesis —de meses apenas— de las presidencias de don Jerónimo Carrión (1865-1867), y del doctor Javier Espinosa (1868-1869), personajes que le sirven a García Moreno únicamente de figurones para ponerse en conexión con el fantasma legalista de la alternabilidad. El espíritu de García Moreno domina, en todo este período con fiereza. Cuando los figurones no corresponden a él, son desalojados violentamente: Carrión renuncia la presidencia, presionado, y Espinosa es destituido por un golpe de cuartel, dirigido personalmente por García Moreno".

El señor Carrión tuvo, no obstante, un gesto patriótico que mereció el aplauso de la República y del continente. La escuadra española en forma violenta y audaz bombardeó el puerto de Valparaíso el 31 de Marzo de 1866. Don Jerónimo que presidía entonces los destinos de la nación, protestó airadamente contra ese acto de fuerza y desafío que atentaba a la autonomía continental y se adhirió al tratado de alianza que habían formado para su defensa Chile, Perú y Bolivia, que era, a la vez, la defensa de la libertad americana. El gobierno de Chile en agradecimiento nombró al señor Carrión General de División de su Ejército y el del Perú, le condecoró con una vallosa medalla el año 1867.

Obras realizadas en el corto tiempo del señor Carrión: apertura de la Casa de Huérfanos de Quito, creación del Colegio Nacional Maldonado de Riobamba, terminación del puente de Jambelí, colocación del reloj en el Palacio de Gobierno de Quito.

## Javier Espinosa

Nace en Quito en 1815.— Doctor en Jurisprudencia, 1838.— Oficial Mayor del Ministerio de Gobierno y Secretario de la Comisión Permanente, 1845.— Cónsul en Lima, 1849.— Fiscal de la Corte Suprema, 1865.— Presidente de la República del 20 de enero de 1868 al 17 de enero de 1869.— Murió el 4 de setiembre de 1870.

El Dr. Javier Espinosa fue también un servicial amigo de García Moreno. El historiador Reyes llamó a los señores Carrión y Espinosa "figurones para ponerse en conexión con el fantasma legalista de la alternabilidad".

Al Dr. Espinosa le tocó afrontar la situación del terremoto de Imbabura, catástrofe tremenda que cegara 10.000 vidas en la ciudad de Ibarra con más de 10 millones de sueros perdidos. Los pocos sobrevivientes que deambulaban con gritos de dolor y desesperación, tuvieron que afrontar una nueva fatalidad: el pillaje que se desatara en una forma agresiva y espeluznante. Ladrones y asesinos en cuadrillas por las calles de la ciudad, sin temor de nada ni a nadie, desbalijaban a los transeuntes apesadumbrados quitándoles hasta el pobre vestido que llevaban. El señor Espinosa puso el palo en manos del Dr. García Moreno, encareciéndole que pegara duro con él. Le nombró gobernador de Imbabura con facultades omnímodas. El flamante gobernador se presentó en Ibarra y comenzó a fusilar foragidos y restableció el orden a balazos y pescozones, removió los escombros, procuró la curación de enfermos en los hospitales, dio garantías a los honrados y ordenó el levantamiento de la nueva ciudad en el mismo sitio en que Cristóbal de Troya en 1606 la fundara. Fue tan diligente y tan prolijo don Gabriel que, personalmente, tomó en cuenta hasta la anchura de las calles, seleccionando, a la vez, los materiales para la construcción.

Cuando regresó a Quito don Gabriel entregó el palo a su dueño, se secó el sudor que le había producido la fatiga y luego, le mandó de paseo a don Javierito. Un golpe militar dio buena cuenta de él.

En la época del señor Espinosa quedó terminada la carretera entre Quito y Latacunga el 14 de marzo de 1868, comenzando de inmediato los trabajos a San Miguel. El 5 de noviembre de dicho año se fundó en Guayaquil el Banco del Ecuador y se trabajó también el camino de Chillotallo en la provincia de Pichincha.

## Antonio Borrero

Nace en Cuenca el 28 de octubre de 1827.— Doctor en Jurisprudencia, 1856.— Ministro General, 1859.— Vicepresidente de la República, 1863.— Secretario del Obispado de Cuenca, 1872.— Ministro de la Corte Superior del Azuay y luego Presidente de la República del 9 de diciembre de 1875 al 6 de diciembre de 1876.— Gobernador del Azuay de 1888 a 1892.— Murió el 9 de octubre de 1911.

Decía André Guide que el que sube a la poltrona presidencial ya no es individuo, es colectividad porque representa un gobierno y una nación; y, al frente de una nación, jamás se deja contentos a todos. Certero el pensamiento de Guide para el caso del Dr. Antonio Borrero y Cortázar. Hombre bien intencionado y conciliador, el Dr. Borrero trató de unir a todos los ecuatorianos en una misma voluntad cívica, pero no pudo cumplir tan noble postulado.

Ambos partidos tradicionales apoyaron la elección del Dr. Borrero. El partido conservador le apoyó, porque confiaba en que seguiría gobernando con los métodos garcianos. El partido liberal le apoyó también, porque le hizo entrever —y dicen que hasta lo dijo en cierta ocasión— que no estaría sujeto a la Constitución Política dejada por el señor García Moreno. El Dr. Borrero alcanzó, pues, una popularidad como jamás registró la historia política de la República. Llegaron las elecciones y está demás decir que Borrero alcanzó un triunfo sin parecido.

Ya electo el Dr. Borrero viajó a Quito para prepararse a la recepción del mando. Vino acompañado de una plana mayor selecta de la morlaquía, en ella el Dr. Federico Malo. Cuando entró a la plaza de Santo Domingo fue aclamado por enorme muchedumbre que, enardecida, lo vitoreaba frenéticamente. Se hizo el silencio y el Dr. Borrero, acercándose al oído del Dr. Malo, le dijo:

—Y ¿habrá empleo para tanta gente?

—Lo dudo, señor, le contestó el interrogado.

—Entonces, ya sé lo que me espera!... —dicen que replicó el Dr. Borrero con melancolía.

Y no se hubo equivocado. A los pocos meses, comenzó una tremenda oposición en toda la línea. Conservadores y liberales abrieron los fuegos. Ambos bandos le acusaban de haberlos traicionado. Y el Dr. Borrero cayó por el golpe dictatorial del general Ignacio de Veintemilla en forma estrepitosa. La popularidad en política no es sino un engaño. Los pueblos son siempre susceptibles al encomio como al rechazo. Con la misma facilidad que encomian y levantan a los hombres, los vituperan y los botan del poder.

El señor doctor Borrero y Cortázar no alcanzó a dejar recuerdo de obras públicas importantes en su administración.

## Ignacio de Veintemilla

Nace en Quito el 31 de julio de 1828.— Subteniente y Capitán en 1847 y 1851.— Jefe de Lanceros en 1863 y Coronel en 1865.— Ministro de Guerra de 1865 al 67.— Inspector del Ejército, 1866.— General de Brigada, 1867.— Comandante General de Guayaquil, 1876.— Jefe Supremo del 8 de setiembre de 1876 al 26 de enero de 1878.— Presidente de la República del 21 de abril de 1878 al 6 de marzo de 1882.— Jefe Supremo del 26 de marzo de 1882 al 6 de julio de 1883.— Murió el 19 de julio de 1908.

Uno de los más discutidos mandatarios ecuatorianos fue el general Ignacio de Veintemilla. Hombre de mundo con especial don de gentes, dicen que solía impresionar bien a quienes lo trataban por primera vez. Valiente y audaz hizo carrera política como militar y como civil. Como todo militar especialmente de aquellas épocas, no dio muestras de ser muy apegado a los preceptos legales y cuando pudo irse por la tangente, se fue cabeza adentro. Lo dice el caso con el Dr. Borrero que trató de repetir el milagro de aquel santo que hiciera comer —según dicen las buenas gentes— al perro, al gato y al ratón en un mismo plato. De comandante de armas en Guayaquil se trepó, de un solo golpe, al Palacio Nacional, constituyéndose Jefe Supremo y luego Presidente de la República.

Se acercaba el término de su período presidencial. Unos cuantos ganápiros que veían escapárseles de las manos la prebenda, adujeron peligro para las ideas liberales con la entrega del poder. Convencieron al caudillo de la necesidad de que continuase en el mando y el único medio para tal fin, no era otro, pues, que el tránsito del período constitucional a la dictadura. Ambicioso y lleno de vanidad, Veintemilla aceptó la insinuación: el ejército habría de hacer el resto.

El caudillo viajó a Guayaquil para atornillar la situación allá; ya que en Quito los ministros se encargarían de la forma. Marieta de Veintemilla, valerosa, bella e inteligente mujer, sobrina del caudillo militar, y columna de firme sostén de su causa, declaró: "si en

nombre de la Constitución se ha fusilado a muchos inocentes, con Veintemilla no ha muerto nadie por su orden, la reelección será un imperativo”.

\* \* \*

A principios de marzo de 1882 el caudillo dejó encargado el poder al primer Designado, don Leopoldo Salvador, nombrando como comandante en jefe del Ejército del Interior al Ministro de la Guerra, general Cornelio E. Vernaza. Denunciado entre el público el plan de Veintemilla, los conservadores comenzaron a coquetear al general Vernaza, metiéndole el hombro en el ombligo para llevarle a la presidencia. Y Vernaza que hubo de sentir bien de cerca la gloria del Poder, se había dicho para sí: lo que se ha de comer el moro que se coma el cristiano....

Y una madrugada, la del 26 de marzo de ese año, las tropas comenzaron a desfilar de puntillas por las calles y estacionábanse en la plaza de la Independencia de Quito, con fines enigmáticos. La sobrina del caudillo estaba en vela. Mujer de pelo en pecho como era, salió de la casa presidencial, seguida de dos soldados de la guardia. Vestía de blanco y estaba encantadora. Dicen que cuando los soldados veían de cerca a la “generalita”, se ponían vizcos de emoción y ella les sonreía, coquetona, pero digna siempre.

Ella habría desfilado por delante de las tropas en la plaza de la Independencia, despertando la curiosidad de éstas. Y al pasar, con voz queda habría dicho a los soldados: “vengo a prevenirles que Vernaza es un traidor: todo esto no es sino una indigna farsa”. Luego, un murmullo sordo entre las tropas y un grito sonoro: ¡viva Veintemilla!....

El plan de Vernaza estaba deshecho. Marieta buscó a Vernaza en el mismo lugar y delante de jefes y oficiales hubo de increparle:

—Con qué orden ha hecho Ud. salir al Ejército?

—Con órdenes secretas— respondió Vernaza, entrecortado.

—Mentira, es Ud. un falsario— replicó ella.

—Es a Veintemilla, a quien proclamo. Muchachos: viva Veintemilla!....

Tal fue el cuarto de conversión de Vernaza. Pero después de pocos momentos, el Designado firmó la destitución del Ministro de Guerra.

\* \* \*

La República se convulsionó pronto con el golpe dictatorial de Veintemilla. Liberales y conservadores estrecharon filas con las

huestes restauradoras de Sur y Norte. Los generales Sarasti y Salazar actuaban con las fuerzas del Centro y el general Landázuri con las del Norte. En la costa accionaba el general Eloy Alfaro con varios de sus amigos. Los combates se sucedían con éxito para las tropas restauradoras.

El 8 de enero fue el caos en Quito. Las tropas del Sur atacaron la ciudad. Las tropas del gobierno se batían desde las torres de las iglesias y desde los vericuetos y trincheras de la ciudad, bajo la dirección de Marieta de Veintemilla. Donde flaqueaba la resistencia, allí estaba ella, fusil en mano, para dar ánimo a los soldados. Los atacantes eran en mayor número y tenían armas iguales a éstos. La noche cerró la vorágine de odio y sangre, para que la matanza continuase al día siguiente. Marieta, mujer fuerte que jamás conoció el miedo, se pasó andando las calles esa noche, sin cansancio y sin sueño, desafiando uno que otro disparo que hacían los atacantes ya en buenas posiciones. Al día siguiente las tropas de gobierno silenciaron a las atacantes; mas, con la nueva aurora, el fuego recrudeció: había llegado la división revolucionaria de Landázuri, con fuerzas norteñas, que era esperada por momentos.

Marieta quemó el último cartucho con sus tropas y fue tomada prisionera y conducida en el coche de don José María Lasso, gentilmente cedido por este caballero al Ayuntamiento, en cuya casa fue encarcelada en unión de sus tías. La guapa mujer hubo de aceptar el brazo del señor Rafael Pérez Pareja, advirtiéndolo con voz clara: "acepto el brazo de quien fue gratuito enemigo mío".

"Al llegar a mi encierro parecióme una tumba ese rincón aislado —escribe Marieta en sus "Páginas del Ecuador"—, nuestro lecho reducíase a las revueltas baldosas del pavimento. Una vela de cebo colocada en el hueco de un ladrillo, completaba el mobiliario de esa mansión lóbrega".

Entre los jóvenes que llegaron del Norte para combatir la dictadura estaba Julio Andrade, estudiante universitario que más tarde habrá de alcanzar el grado de general y tener tan destacada actuación en la política del país. La hermosa figura de la prisionera, le prendió el alma; y presa de un hondo romanticismo, gustaba de acercarse al calabozo de Marieta para cantarle sus endechas. En la negrura de su pena, quizá tuvo esta gran mujer el consuelo de la canción de su valiente admirador.

Qué de cosas tuvo que vencer la heroína durante los 8 meses de su prisión... Cómo tuvo que erguirse cual pantera para rechazar a algún pazuato que abusando de su alto mando habría tratado de penetrar a su calabozo, ebrio de licor y de pasión banal. Heroína en



el campo de batalla y heroína también en cualquier situación personal suya, puso a raya todo plan preconcebido.... El 2 de setiembre de 1883 salió de la prisión Marieta con sus tías a la Legación de Francia, hospedaje gentilmente ofrecido por el conde de Boutaud y, poco después, abandonaba la patria con dirección al Sur.

La junta de gobierno revolucionario se compuso de los señores Rafael Pérez Pareja, Luis Cordero, José María Plácido Caamaño, Agustín Guerrero y Dr. Pablo Herrera y el depuesto dictador salió al extranjero. Jefe Supremo del Guayas fue proclamado don Pedro Carbo y Jefe Supremo de Manabí y Esmeraldas, el general Eloy Alfaro.

Las principales obras construidas en esta época, son las siguientes: en el año 1880: inauguración de la estatua de Rocafuerte en Guayaquil, inauguración del Ferrocarril del Sur en el puente de Chimbo, terminación del camino de Malchingui a Otavalo, consagración de la Catedral de Riobamba, establecimiento del hospital de Ibarra, comienzo de los trabajos de la carretera a Pomasquí, construcción del Teatro Sucre de Quito, consagración del templo de San Alfonso en Riobamba 1881, construcción de la Aduana en Guayaquil 1880, y del lazareto en Cuenca, 1882, inauguración de la línea del cable en el Ecuador 1882, inauguración del edificio de la gobernación en Guayaquil 1882. En el ramo de Educación, Veintemilla trabajó algunos locales escolares y para colegios, como el del Colegio San Pedro de Guaranda 1878, Colegio Municipal de Machala en 1879, el edificio del Buen Pastor en Quito 1881, etc.

## José María Plácido Caamaño

Nace en Guayaquil el 5 de octubre de 1838.— Miembro del Gobierno de Quito en 1883.— Comandante de la Segunda División, 1883.—Presidente de la República del 10 de febrero de 1884 al 30 de junio de 1888.— Gobernador del Guayas de 1888 a 1895.— Además, representación diplomática del país en varias épocas y distinciones del exterior.— Murió en Sevilla, el 31 de diciembre de 1901.

La caída de Veintemilla hubo de traer una gran complicación política: la formación de tres gobiernos, como ya dejamos indicado. Fue necesario de grandes gestiones y de promesas repetidas de respeto y oferta de garantías a todos en las próximas elecciones a la Convención Nacional, para que los dirigentes de tales grupos aceptasen un aparente entendimiento, a fin de que la anarquía no estallase en la República. Liberales y conservadores, por medio de sus dirigentes, habíanse prometido respeto mutuo en las elecciones y apoyo de ambos sectores a quienes resultaren electos.

Se organizaron de parte y parte clubes electorales en toda la República. En la carrera Chile, casa de las señoras Luz y Dolores Echanque, esquina de San Agustín, funcionaba la Sociedad Radical con la flor y nata de los liberales quiteños. Allí estuvieron los doctores Alejandro y Lino Cárdenas, Roberto Andrade, Belisario Albán Mestanza, Daniel Burbano de Lara, Rafael Portilla, Julio Andrade, Rafael María Mata y otros. Las elecciones comenzaron el 2 de setiembre y en la noche, cuando menos se esperaba, los clubes conservadores atacaron a los liberales. En escandalosa manifestación se lanzaron a las calles e hicieron alto frente a la Sociedad Radical con gritos de desafío. Luego invadieron la casa, penetraron al local, destruyeron los muebles y atacaron a garrotazos a los liberales que estaban sesionando. El ataque dejó algunos heridos, entre ellos Rafael María Mata que fue sacado del club, casi en estado agónico. También fue atacado el local de los obreros liberales que funcionaba en el barrio de la Loma, bajo la presidencia del artesano Daniel Yépez Jácome y la dirección del señor Benjamín N. Pazmiño, sastre.

La manifestación estaba encabezada por el mismo intendente de policía, coronel Ramón Aguirre quien, uniformado y cabalgando hermoso corcel, autorizaba el anatema contra Alfaro —que había contribuido al derrocamiento de la dictadura de Veintemilla —y los liberales. Al pasar la manifestación por la plaza del Teatro, Máximo Terán y el joven Julio Andrade que desde una esquina contemplaban el desarrollo de la manifestación, se indignan y Terán increpa duramente al intendente su parcialidad. Uno de los hijos del intendente

se lanza contra Julio Andrade y trata de golpearlo, pero el agredido pega duro y lo bota al suelo. La muchedumbre se lanza contra los dos liberales y Terán recibe una puñalada. Andrade se refugia en su casa, a pocos pasos del lugar, pero el intendente Aguirre le sigue descargándole sablazos y empujándolo con su caballo. Andrade cae herido en el patio de su casa y Aguirre no ha terminado la faena. De pronto aparece Manuel Moreno, más tarde coronel de la República, y, revólver en mano, defiende al joven Andrade, obligando a Aguirre a abandonar precipitadamente el lugar.

\* \* \*

Las elecciones hubieron de realizarse en este ambiente y la Convención se instaló en octubre de 1883. La mayoría conservadora fue elocuente en esa Convención y no había por qué averiguarlo. Salió electo Presidente don José María Plácido Caamaño. Y volvió el dolo y la sangre a infestar el ambiente de la República. Caamaño comienza una persecución tremenda contra todo lo que huele a liberal y los liberales se defienden. Se levantan montoneras liberales en el Azuay, en la costa, en el centro y en el norte. Caamaño persigue y fusila a todo prisionero liberal que cae en la faena. El patibulo juega papel importante en las principales ciudades de la Nación. Entre los fusilados caen Sepúlveda y otros; y el 20 de marzo de 1887, se fusila a todo un valiente, a ese heroico ciudadano que fue el coronel Luis Vargas Torres, pues no quiso solicitar indulto de la pena que le impusiera un consejo de guerra ad-hoc. Vargas Torres llega al lugar del sacrificio y no permite que le vendasen los ojos. Se abre el chaleco enseñando a la escolta el pecho limpio y da, él mismo, la orden de que le disparen. Muere después de haber dirigido una carta a su amorosa madre. Se entregó a la muerte sin miedo. Con el corazón en su sitio.

Don José María Plácido Caamaño completó su período presidencial, pero le fue muy azaroso y difícil. Las principales obras de esta administración fueron: inauguración de la línea telegráfica de Guayaquil a Quito, el 9 de julio de 1884 con la cual quedaba unida la costa y la sierra por este medio de comunicación, construcción de la estación del ferrocarril en Yaguachi 1884, inauguración del telégrafo en Cuenca en 1885, fundación del Colegio Teodoro Gómez de la Torre, en Ibarra, 28 de octubre de 1885; inauguración del hospital de Ambato y del telégrafo en Daule 1885 y en Cañar e Ibarra, Otavalo, Tulcán, Jujan, en 1886; y en Collmes, Vinces y Baba en 1887; en Bahía y Portoviejo, Rocafuerte, Riobamba, Guaranda, Zaruma, Portoviejo y Jipijapa en 1888. En el ramo de Educación también se realizaron algunas mejoras y el 10 de julio de 1888, se colocó la primera piedra para la Basílica de Quito.

## Antonio Flores Jijón

Nace en Quito el 23 de octubre de 1833.— Doctor en Jurisprudencia.— Cargos diplomáticos desempeñados en Colombia, Francia e Inglaterra, la Santa Sede, el Perú y España desde 1863 a 1885.— Vicepresidente de la Cámara de Diputados en 1867.— Comandante General de División de Reservas, 1883.— Diputado de 1883 al 84.— Vicepresidente de la Convención, 1884.— Presidente de la República del 17 de agosto de 1888 al 19 de julio de 1892.— Murió el 30 de agosto de 1915.

El Dr. Antonio Flores Jijón ha pasado a la historia como uno de los mejores gobernantes de la República. En medio de ese torbellino de incompreensiones y odiosidades infinitas de los regímenes que le antecedieron, él procuró mantenerse en un sitio de respeto y circunspección. No fue conservador ni liberal. Como Borrero subió también con la simpatía de ambos partidos históricos. Y la china se rompió porque los conservadores trataron de meterle al bolsillo, obligándole a gobernar con los sistemas garcianos; y los liberales, por su parte, le echaron el lance halando la veta por su lado. Pero ni lo uno ni lo otro, Flores preconizó la formación de un tercer partido que viniese a neutralizar las exigencias de los unos y los otros y formó el grupo conocido por Unión Republicana, que no fue sino un mal ensayo de Progresismo.

Hombre de temple fue el Presidente Flores Jijón, con actuación honrada y limpia muy recomendable. Tuvo que luchar con un Congreso conservador de exageradas pasiones. El gobierno francés invitó al del Ecuador para que interviniese en la Exposición de París, en conmemoración del primer centenario de la toma de la Bastilla. El Dr. Flores se dirigió al Senado pidiéndole facultad para dicha intervención que, por otra parte, es de rigor en la vida protocolaria de las naciones. Y el Senado le negó la facultad: juzgó que el Ecuador no debía hacerse presente en "ese concurso que apoyaba el libertinaje de la revolución francesa", cuando todas las naciones ha-

bían aceptado la invitación. El Dr. Flores lanzó una catilinaria contra el Senado, poniéndole de oro y azul. "Ni los mismos franceses quieren celebrar la guillotina —les dijo el Dr. Flores— ni el Calendario republicano ni el culto de la razón, ni ningún otro exceso revolucionario; para que se hayan escandalizado tanto en el Ecuador con el proyecto inocente de tomar parte en un concurso universal de la Industria y el Trabajo". El país aprobó la conducta del Presidente y censuró duramente a ese Congreso de meollo cerrado.

El conservadorismo siguió combatiendo duramente al Presidente Flores Jijón. En carta de 14 de noviembre de 1888, le dice a su amigo Juan León Mera: "Ud. sabe que soy católico sincero y que acato, por consiguiente, las disposiciones del Santo Padre con el respeto que se merecen... Lo que sí deseo, lo que la prudencia y la civilización aconsejan, es que no se confundan los asuntos religiosos con los meramente políticos o civiles y que no se tome la Religión por arma de partido. A Ud. que es ciudadano honrado y de principios, le disgustarán también estas exageraciones, hijas únicas de la ignorancia o la mala fe".

Los conservadores acusaron, luego, al Dr. Flores de estar entregándose en manos liberales y de haber gestionado ante el Vaticano para que trazara puntos de acción a los conservadores en el derecho popular, prohibiendo a los clérigos intervenir con actitudes contra el gobierno y menos desde el púlpito. En carta de febrero 2 de 1889 —le decía al poeta ambateño: "Además, existe la gran anomalía de que el partido católico y aún clerical, está en abierta oposición contra las órdenes del Papa; y puedo probarle a Ud. esta aserción con los tres asuntos importantes de actualidad: el diezmo, la Exposición y las elecciones, porque hasta el último punto ha de saber Ud. que el Papa hizo un telegrama prohibiendo al Clero que tomase parte en las elecciones en contra del gobierno. Ud. cuya buena fe es conocida, ¿puede concebir un partido católico en rebelión contra el Papa?..."

El Dr. Flores Jijón tuvo un gesto de mucha delicadeza cuando se negó a ser candidato —según era costumbre del Presidente de la República— cuando se produjo la vacante del canónigo Dr. Leopoldo Freire y aceptó la sugestión del Arzobispo Ordóñez de que la ocupase el Dr. Federico González Suárez. El mejor apologista del Presidente Flores Jijón, fue el Dr. Remigio Crespo Toral.

Obras de importancia en la administración del Dr. Antonio Flores Jijón, fueron las siguientes. En 1888: inauguración de la línea férrea del Sur en Durán, instalación en Guayaquil de la Compañía inglesa de teléfonos, inauguración del monumento a Bolívar en Gua-

yaquil, del tráfico ferroviario de Durán a Yaguachi, del telégrafo entre Guayaquil y Manabí y entre Machala y Santa Rosa. En 1890: del Manicomio en Quito, de la Biblioteca Municipal de Quito el 9 de agosto, de la oficina de telégrafos en San Gabriel, de la casa de gobierno y también del cuartel en Tulcán, construcción de la casa municipal de Ambato. En 1891: se comienza en Cañar la carretera a Cuenca, se inaugura en Guayaquil el Hospital Militar, se delinea y coloca la primera piedra para la fundación de la parroquia de Santo Domingo de los Colorados, llega el puente de hierro para Babahoyo, se comienza a construir el hospital de Riobamba, inauguración en Machala de una parte del Colegio Nueve de Octubre. En 1892: inauguración del manicomio en Guayaquil y otros servicios especialmente en el ramo de educación.

## Luis Cordero

Nace en Cuenca el 6 de abril de 1833.— Intendente de Cuenca en 1859.— Doctor en Jurisprudencia, 1862.— Jefe político de Cuenca, 1876.— Miembro del Gobierno Provisorio de Quito, 1883.— Presidente del Senado y Senador por el Azuay, 1885.— Senador por Bolívar y Azuay, 1892.— Presidente de la República del 19 de julio 1892 al 16 de abril de 1895.— Ministro en Chile, 1910.— Rector de la Universidad del Azuay, 1911.— Miembro de varias sociedades científicas y culturales en diversos años.— Murió el 30 de enero de 1912.

El Dr. Luis Cordero fue otro de los mandatarios que tomó el camino del medio para su gobierno; mas, escrito estaba que el progresismo no habría de dar los mejores resultados como sistema de unificación nacional. Subió a la presidencia con la oposición del conservadorismo recalcitrante que no gustaba de las medias aguas y que lo encabezaba el Dr. Camilo Ponce. Y el Dr. Ponce no se dio tregua hasta sacarlo del mando.

A poco se produjo la rebelión de la Columna Flores en la memorable noche del 10 de abril, cuya tropa se entregó a los excesos al grito de ¡Viva Ponce! y que de no haber sido por la artillería Bolívar que le sometiera al orden a balazos, cuando iniciaba el más escandaloso saqueo, rompiendo puertas de almacenes y casas de familias pudientes de la urbe, Quito habría quedado convertido en un campo de desolación y crimen.

Fracasada la aventura revolucionaria la campaña opositorista contra Cordero siguió adelante, como si el destino hubiese señalado, inexorablemente, el final del régimen conservador por destrucción, en gran parte, por sus mismos elementos. Producido el escándalo de la bandera, el poncismo metió mucha leña en esa hornilla para que el fuego lo consumiera.

En guerra estaban el Japón y China y los neutrales no querían vender elementos bélicos a los contendores, respetando los preceptos internacionales. Chile había manifestado su neutralidad, pero quería vender el buque "Esmeraldas" al Japón por una apreciable cantidad; y como no podía hacerlo directamente, gestionó ante el gobierno del Ecuador para que fuese su intermediario. Vinieron las gestiones secretas y se arregló la fórmula con la sugestión talentosa del incorruptible señor José María Plácido Caamaño, ex-Presidente de la República y a la sazón gobernador del Guayas. Don Plácido —de tan

grata recordación para la juventud liberal por sus exacciones y abusos— arregló el asunto de la bandera con mucha placidez, como para que nadie se diese cuenta del bonito negocio. Y el negocio consistía en que Ecuador compraba el Esmeralda, cambiaba luego de bandera lejos del continente y se lo entregaba al comprador, cogiendo la plaita de la comisión a dos manos.

Dicho y hecho, el señor Caamaño arregló el asunto admirablemente, como de puntillas y sin meter el remo. El Esmeralda salió de aguas chilenas con rumbo a Galápagos. Allí se efectuó el cambio de bandera; y con el tricolor ecuatoriano, siguió el barco al Japón; allí vino el segundo cambio de bandera y el Japón se quedó con lo que anhelaba. Luego retornó a aguas ecuatorianas el cañonero Cotopaxi que había ido sigulendo, muy de cerca, al Esmeralda para allmentarle con el combustible necesario.

El negocio estaba terminado y no había pasado nada en el país de las bablecas... Sí, señores, no había pasado nada. Era una operación muy comercial. Ecuador había roto los postulados del derecho internacional, alquillando su bandera por mil libras... Era bien poquita cosa...

Mas, a poco saltá la liebre, cuando la prensa chilena pregunta si era verdad que Ecuador había comprado el buque Esmeralda. Ante el silencio del gobierno ecuatoriano, la opinión pública recogió la pregunta y conminó al Dr. Cordero para que respondiese. Comunicaciones van y comunicaciones vienen. Y luego el informe con tremendo reto de la comisión investigadora para que el gobierno dijese toda la verdad. Esa comisión estuvo compuesta de los patricios Pedro Carbo, José Luis Tamayo, Luis F. Carbo, José Elizalde Vera, Felicísimo López y Francisco Fernández Madrid. La República rugió de coraje y el Dr. Cordero tuvo que renunciar, poniendo un puntal: la asunción del Poder por el Vicepresidente de la República, Dr. Vicente Lucio Salazar. El señor Plácido Caamaño, dejó también la gobernación del Guayas, con esa placidez muy suya para saber escapar a tiempo de los trances más difíciles...

La situación era ya de una tragedia amenazante e inevitable y no admitía combinaciones ni puntales. El 12 de febrero de 1895, el Milagro reta a los alquiladores de la bandera desconociendo su gobierno, bajo la dirección de Pedro J. Montero, Enrique Valdez y Pedro Concha Torres. Seis días después un grupo de jóvenes guayaquileños se traba a balazos en Daule con la guarnición militar, muriendo un hijo del general Urbina. El general Eloy Alfaro hace oír su voz de protesta desde Managua y termina su proclama así: "marcho, pues, en vuestro auxilio para participar en las penalidades de la campaña y tener la honra de conducirlos al combate y a la victoria".



La proclama de Alfaro cae como una bomba. Los pronunciamientos se intensifican en distintos lugares de la República. Emillo M. Terán y Julio Andrade, a la cabeza de un grupo de valientes jóvenes, atacan Latacunga, el 18 de marzo, siendo rechazados por las tropas oficiales. Reorganizados con nuevos contingentes de Quito, Ambato y Riobamba atacan Guaranda a las órdenes del coronel Francisco Hipólito Moncayo. En el Norte, patriotas carchenses unidos a los atacantes de Guaranda que luego tomaron la cordillera, abalean a la guarnición de Tulcán el 26 del mismo mes. Machala desconoce al gobierno el 9 de mayo, bajo las órdenes del coronel Manuel Serrano. El día 29 hace lo mismo Alausí, bajo el comando del coronel Victor Fiallos. El general Plutarco Bowen, enviado por Alfaro desde Centro América insurrecciona en Babahoyo.

Tal es la situación. Y en Guayaquil, el comandante general de la zona, general Reinaldo Flores, se encuentra atado de pies y manos sin poder comunicarse con Quito, y tiene, al fin, que entregar la plaza al presidente del Comité Patriótico Nacional doctor Rafael Pólit, en la noche del 4 de junio de 1895. Al día siguiente se firma el acta de desconocimiento del gobierno de Quito y de la Constitución garciana de 1883, se nombra jefe supremo de la República y general en jefe del Ejército al general Eloy Alfaro, se pide la convocatoria de una Convención Nacional y se reconoce a don Ignacio Robles como Jefe civil y militar de la provincia del Guayas.

Obras realizadas en esta administración, las principales fueron: En 1892: inauguración del monumento al general Antonio José de Sucre en la Plaza de Santo Domingo de Quito el 10 de agosto, de la estatua de Olmedo en Guayaquil, del Colegio Militar en Quito el 12 de octubre, en Guayaquil de la Escuela Naval, de la llegada a Guayaquil del agua potable, terminación de la Audana de Puerto Bolívar. En 1894: inauguración de los primeros cuatro focos de arco en la plaza de la Independencia de Quito, con la pequeña planta eléctrica que trajera el señor Manuel Jijón para su botica, el 1º de agosto del Hospital de Guaranda, de los primeros carros construidos en Guayaquil por la Empresa de Carros Urbanos el 9 de octubre, establecimiento del telégrafo nacional en Atuntaqui, San Miguel de Latacunga, Mocha, Colta, Guano y Guamote, en 1892, y Gualaceo, Tabacundo, Pujilí, San Pablo, Libertad, Potrero de la Virgen en 1893, y en Catacocha, Cariamanga y Celica en 1894; se inauguran escuelas en San Pedro de Piquer, la Concepción, Chalgvar, Morro, Ligua, Alangasí, Chimbacalle, Tambo, Telimbela, San Miguel de Chimbo en 1893 y en Cotocollao una escuela de niñas en 1894.

## Eloy Alfaro

Nace en Montecristi el 25 de junio de 1842.— Grado de Coronel en 1876.— Jefe Civil y Militar de Esmeraldas, 1880.— Encargado del mando en Manabí y Esmeraldas, 1883.— General de Brigada, 1884.— Jefe Supremo de la República el 5 de junio de 1895. General de División en Nicaragua, 1895.— General de División en el Ecuador, 22 de agosto de 1895.— Presidente de la República el 17 de enero de 1897 al 31 de agosto de 1901.— Miembro de la Comisión Codificadora Militar, 1905.— Jefe Supremo de la República, el 16 de enero de 1906.— Presidente de la República del 19 de enero de 1907 al 11 de agosto de 1911.— Condecoraciones: Gran Cordón de la Real Orden de Isabel la Católica en 1898 y Cordón de la Gran Cruz de la Corona de Italia en 1909.— Murió trágicamente en el Panóptico de Quito el 28 de enero de 1912.

Con Rocafuerte y García Moreno, Eloy Alfaro forma la trilogía de gobernantes que dejaron gran relieve en la historia nacional. Discutidos los tres, fuertemente censurados los tres por sus actos de fuerza y de violencia ejecutados al margen de la ley, bien se podría decir de ellos que fueron los tres tiranos que dejaron, aun para nuestros tiempos, palpitantes de emoción las páginas de la historia, porque fueron tres tiranos constructores, cada cual en nombre sus postulados políticos. Y ellos, estos tres tiranos, alcanzaron la inmortalidad que es luz eterna prendida en la conciencia de las generaciones de todos los tiempos.

Llamado por el pueblo de Guayaquil, el general Alfaro desembarcó el 18 de junio de 1895, en medio de una manifestación como jamás hubo presenciado el primer puerto del Ecuador. Al día siguiente asumió la jefatura suprema de la Nación y declaró vigente la carta política de 1878. Formó su gabinete así: Ministro de lo Interior y RR. EE., Dr. Luis F. Carbo; de Hacienda y OO. PP., don Lizardo García; y de Guerra y Marina, general Cornelio E. Vernaza. Organizó el Ejército en tres divisiones, para cuyas jefaturas designó al general Plutarco Bowen y a los coroneles Francisco Hipólito Moncayo y Enrique Avellán.

Antes de abrir campaña sobre el interior envió una comisión para que convenciera al gobierno de Quito; y otra a Cuenca, ante las autoridades conservadoras del lugar, a fin de que les hiciesen ver la inutilidad de la resistencia y evitar el derramamiento de sangre. Las comisiones fueron rechazadas y entonces Alfaro movilizó sus tropas. Después de la batalla de Gatazo y otros combates que favorecieron a las armas de Alfaro, el gobierno de Quito se replegó al Norte y los liberales nombraron jefe civil y militar al Dr. Belisario Albán Mes-

tanza. El general Alfaro entró con sus tropas a la Capital el 4 de setiembre de ese año. El Dr. Luis F. Borja le dio el saludo en nombre del pueblo de Quito, y, especialmente, de la juventud que le aclamaba. Al poco tiempo de estar ejerciendo la jefatura suprema y como los conservadores se atrincherasen en Cuenca, salió él mismo a dirigir esa campaña y tomó la ciudad.

\* \* \*

La primera administración del general Alfaro fue de intenso batallar. El partido conservador no le dejó en paz. La guerra de montoneras estuvo latente por todas partes, ya en el centro, ya en el norte. Se sostuvo en el Poder sólo gracias al gran afecto que le tenían sus soldados. La reforma liberal fue lenta por tal motivo, y, en cuanto a legislación, quedó escrito lo que podía hacerse y el ejecutor fue el general Leonidas Plaza en la segunda administración liberal.

Al terminar la primera administración los amigos de Alfaro ponen los ojos para la sucesión presidencial en uno de los más audaces jefes alfaristas: en el general Manuel Antonio Franco. El general Franco, radical hasta la médula, no mereció la sonrisa oficial. Franco va ganando terreno especialmente en los cuarteles. Bien se podría decir que todo el Ejército es franquista, pero la esfinge ni condena ni aprueba, va dejando pasar el tiempo.

En tal estado de cosas se produce la invasión conservadora colombiana con los enganchados que consiguieran Sarastí y Ribadeneira, que actuaban en Pasto abiertamente con las buenas onzas de oro y soles de plata que les enviaran de Quito y otras ciudades los dirigentes del partido revolucionario con la ayuda de una buena parte del clero, al cual fustigara con dureza por tal actitud, el obispo de Ibarra doctor González Suárez.

Las tropas ecuatorianas en aquellos días aciagos y tempestuosos del año 1900 tienen que hacer prodigios de valor para enfrentarse y contener la avalancha conservadora de allende el Sur de Colombia, compuesta de varios miles de soldados y reclutas ya preparados. Esas tropas hechas a los combates continuados, saben cómo se pelea y se bate al enemigo. El ataque del mes de mayo de 1900 a Tulcán fue tremendo y sangriento. Las tropas alfaristas contratacaron a los invasores al grito de ¡viva el Partido Liberal, viva Franco!, y las vencieron. Vino el reposo. Durante varios meses los conservadores no dieron señales de vida después de esa gran aventura. Pero en Quito, la cosa se puso chillona, como se dice, de casa adentro. Y la esfinge tuvo que hablar y decidir la situación.

Don Juan Murillo, liberal honrado y sincero y escritor de buena

cepa, era a la sazón, director de la Escuela de Artes y Oficios de Quito y actuaba de regente de la imprenta, el señor Ricardo Jaramillo, circunspecto profesional y hombre de las confianzas del director. Una tarde llamó de urgencia al director el Presidente de la República. Cuando don Juan retornó al plantel, después de dos horas, llamó al señor Jaramillo y le dijo: "Mire, Ricardo, el futuro Presidente es el general Leonidas Plaza y el viejo me ha llamado para encargarme que con los amigos formemos un Comité postulando a Placita; salga Ud. inmediatamente y procure reunir al mayor número de amigos para sesionar mañana por la noche y dar cumplimiento al encargo".

Efectivamente, a la noche siguiente se reunen en la llamada Casa de la Academia, junto a la plaza de la Merced, unas dos docenas de amigos que andaban pobres de plata y pobres de campanillas sociales y lanzan la candidatura de Plaza, colocando en las primeras horas de la mañana un buen retrato del candidato en las paredes esquineras de las principales calles de la ciudad.

El lanzamiento de la candidatura Plaza, así pobremente, fue objeto de alguna mofa de parte de los más encopetados alfaristas. Nadie daba una higa por el éxito de tal candidatura. Mas, a medio día, las cosas habían cambiado: al general Alfaro no le disgustaba la candidatura Plaza y así se lo dijo a los muchos preguntones que fueron ese día al besamanos. Cuando el general Franco visitó al Viejo, éste le destripó con una sola frase: "tú no serás el Presidente, Manuel Antonio, porque el clero y los godos te botarían inmediatamente; Plaza tiene menos resistencia y es más tolerante, el Presidente será pues Plaza"...

El general Franco salió de la casa presidencial más rojo que un ají de monte. Momentos después la casa de Franco habría estado repleta de militares amigos que llegaban hasta a tentarle con un golpecito de estado. Al día siguiente Franco declaró a la prensa "que si no toma el Poder por la puerta lo tomará por la ventana..." Al viejo Alfaro se le subió la mostaza a la nariz y sin hacerle mella los gritos que a favor de Franco se daban en uno que otro cuartel, de una plumada mandó de paseo, en la Orden General, a 150 jefes y oficiales conocidos como franquistas. En días sucesivos siguieron nuevas bajas y hubo de ser reemplazada la oficialidad franquista con elementos amigos de Plaza, medida aventurada, por otra parte, ya que habrá de pesarle al caudillo muy pronto... El general Franco quedó, pues, al margen y Plaza fue el sucesor de Alfaro.

Para la segunda administración Alfaro sube al Poder después de la revolución contra don Lizardo García el año 1906. El empeño decidido de Alfaro fue reunir la Convención y hacer aprobar una carta política que interpretara la reforma legislativa dentro de los postulados de la doctrina liberal y diese a la República el nuevo cauce que debiera seguir.

El general Alfaro llamó al Dr. Juan Benigno Vela y le encargó que trabajase el proyecto de Constitución. El ilustre ciego de Ambato aceptó el encargo y conforme terminaba un capítulo, se lo presentaba al Presidente; él observaba e introducía en el texto enmiendas o simples añadiduras que creía eran necesarias. Terminado el proyecto el Dr. Vela se lo entregó al gobierno y éste lo pasó a la asamblea, que aprobó con muy ligeras modificaciones.

Hablando de la Constitución de 1906 tenemos que decir una verdad. Esta Constitución no salló con grandes deformaciones, como salieron otras, y fue la tabla de salvación de todos los gobiernos que se vieron en duros trances políticos años después.

También en su segunda administración el general Alfaro no las tuvo todas consigo. Además del conservadorismo, tuvo otro frente de lucha que atender: el placismo, que desde la administración de don Leonidas había quebrado el palito con los secuaces de Don Eloy. Y por si esto fuese poco, el problema internacional con el Perú, agravado el año 1910 hasta el peligro de guerra inminente, se le presentó como un gran gigantón que amenazaba la paz e integridad nacionales, de cuyo trance difícil se salvó la República, gracias a la decisión del pueblo que con el general Alfaro a la cabeza estuvo dispuesto a la lucha.

Al general Alfaro como caudillo liberal se le acusó siempre de ejercer una política de contemporalización especialmente con sus amigos íntimos, la política censurable del dejar hacer, del dejar pasar.... Y razón que hubo para ello, porque, en verdad, los abusos y exacciones de sus íntimos se quedaban sin sanción. Tanto en su primera como en la segunda administración, se cometieron muchos abusos bajo el nombre de Alfaro. Se destruyeron imprentas, se apresaron y desterraron periodistas y el abuso y el crimen hicieron su agosto por dóquiera. El ataque a la imprenta del Clero el año 1896, el ataque y destrucción de la imprenta de La Prensa, año 1911, por una cuadrilla

de garroteros armados y a sueldo, y de otras y otras imprentas, jamás tendrá disimulo alguno y menos cuando tales crímenes se justificaban con la defensa del liberalismo. Jamás tendrá justificación tampoco ese crimen sin nombre, esa cobardía inaudita que se cometió fusilando teatralmente al periodista conservador Víctor León Vivar, por haber combatido la política alfarista.

Lo mismo que con los montuvios alfaristas que llegaron a Quito con la revolución de 1895 y que tantos desafueros cometieron en la ciudad, el año 1906, los generales Arellano que apoyaron la revolución por el norte, trajeron entre sus tropas a la Columna Alfaro, compuesta de guerreros del Tolima. Y los "tolimas" se entregaron a las delicias del triunfo, cometiendo toda clase de tropelías. De talla gigantesca, poncho corto, alpargatas y un enorme sombrero de paja que se perdía en las nubes, luciendo en su copa cinta roja con visible distintivo de "Columna Alfaro", deambulaban en bandadas por estas calles de Dios, haciendo abrir cantinas, machete en mano. Bebían sin pagar, asechaban a las mujeres, perseguían desde las 6 de la tarde a todo bicho que usaba camisa con cuello tieso. Al que capturaban le imponían el grito de ¡viva Alfaro! y ¡ay! de aquel que se negase a dar el grito...

Mas, llegó un día que el pueblo de Quito se cansó de los tolimas y resolvió ponerlos a raya. La faena fue iniciada por los muchachos de los barrios. Donde encontraban los granujas a los tolimas, piedra con ellos; y luego, a la fuga. Un día los tolimas allanaron una casa del barrio La Chilena para sacar a un adolescente. La barriada se reunió y puso en fuga a los tolimas; mas, éstos, en número considerable, volvieron a la carga, y dejaron tres muertos y varios heridos. Aquí la cosa fue grande. Se reunieron los barrios de Quito, la ciudad toda se puso en movimiento y los tolimas refugiados en su cuartel, no podían sacar pelo al aire. El general Alfaro aprovechó una madrugada y los despachó para que el lío no creciese.

\* \* \*

El general Alfaro estaba en vísperas de terminar su segundo periodo presidencial. Había sido electo para sucederle don Víctor Emilio Estrada; mas, con Estrada, sucedió lo mismo que con Plaza; don Eloy se arrepintió de haberlo hecho elegir y trató de birlarle la mamadera. Se habló de que los jefes de las unidades militares iban a dar el golpe dictatorial en favor del mismo general Alfaro, pero entonces la china se puso resposdona. Se cohechó a unos cuantos sargentos y el golpe que había de darse el 10 de agosto de 1911 durante la

parada militar en el ejido, se lo dió al día siguiente y el general Alfaro cayó del Poder, salvando su vida gracias a la protección de los Ministros de Chile y del Brasil. El Presidente depuesto quedó alojado en la Legación de Chile, entonces a cargo de ese querido chileno de nacimiento, pero ecuatoriano de corazón que fue el Dr. Victor Eastman Cox.

Tres días duró ese tiroteo inútil del 11 al 13 de agosto de 1911 y sus hechos nada bueno dijeron de los gestores de esa acción. La soldadesca insubordinada, en causa común con el pueblo en armas. El alcohol hizo su obra delictiva en varios sectores de la ciudad, pues soldados y paisanos hacían abrir cantinas en familiaridades incontraladas. El 12 de agosto la ciudad estaba a merced de cualquiera. No había un solo soldado ni policía en los cuarteles: todos andaban por las calles embriagados y haciendo disparos sin control ni enemigo alguno. Nadie se entendía con nadie y por la noche la ciudad vivía en tinieblas, sorteando inmensos peligros.

En tal situación se supo que el general Ulpiano Páez, Jefe de la Segunda Zona Militar, avanzaba sobre Quito con las tres unidades de línea que tenía a su cargo. Eran tres batallones bien disciplinados con un total de 1.200 hombres, que venían dejando sus acantonamientos de Latacunga, Ambato y Riobamba.

¿Por qué no atacó Páez? Por un hecho inesperado que se produjo. Al saber que Páez avanzaba sobre Quito, el general Alfaro presentó la dimisión del cargo de Presidente de la República y suplicó al Ministro del Brasil le diese encuentro y le convenciera de la suspensión de hostilidades. El general Páez contestó al diplomático que estaba resuelto a la toma de Quito y que sólo la palabra de Alfaro podría hacerle cambiar de parecer. Entonces el general Alfaro le envió una carta urgente a Latacunga, pues Páez ya había llegado a esa ciudad con sus tropas. El general Alfaro le decía a Páez: "El nuevo gobierno está dando confianza al partido liberal y paréceme que no debemos serle hostil de ninguna manera. Por mi parte, olvido en aras de la felicidad de la Patria, la grave ofensa que se me ha irrogado y deseo que se consolide la paz continuando el régimen liberal. De acuerdo con estas ideas, te aconsejo atiendas la solicitud del señor Ministro del Brasil y del Dr. Octavio Díaz, pues hoy he presentado mi renuncia del cargo de Presidente de la República".

El nuevo gobierno está dando confianza al partido liberal!... ¡Cuánta nobleza del Viejo Alfaro, aun apelando a la mentira!... Olvido en aras de la felicidad de la Patria la grave ofensa que se me ha irrogado... Nobleza y espíritu de sacrificio. Y amor a Quito para que no cayese en los rigores de la guerra. Amor por la paz y desinterés de su persona, que es preciso reconocer en justicia.

El general Páez pudo haber entrado a Quito directamente al Palacio de Gobierno y restaurar la noche del 13 de agosto al general Alfaro en el Capitolio. Podía haberlo hecho sin resistencia, ya que la tropa de Quito andaba borracha, no había en los cuarteles un solo hombre. El general Páez, después de leer la carta de don Eloy, regresó con sus batallones al acantonamiento de cada cual. Una carta como una espada de dos filos: evitó la guerra a Quito y con ella se quitó la vida el mismo general Alfaro.

Los hechos que vinieron después son del dominio de todos hasta cuando, de salto en salto, fueron encerrados en el Panóptico y luego masacrados en torbellino inaudito que ennegreció el cielo de la Patria, el jefe del liberalismo ecuatoriano y sus principales tenientes.

. . .

Las principales obras realizadas en las dos administraciones del general Eloy Alfaro, son las siguientes: Inauguración en Chimbacalle del ferrocarril de Guayaquil a Quito, 25 de junio de 1908; del Parque Seminario en Guayaquil, 1895; del servicio de alumbrado eléctrico, 24 de junio de 1895 en Guayaquil; fundación del Banco Comercial y Agrícola en Guayaquil, setiembre 2 de 1895; inauguración de la primera locomotora del ferrocarril de El Oro, 1896; se establece en Tulcán el alumbrado público 1896; inauguración de los trabajos de adentamiento urbanístico de la Plaza Sucre, en Quito, 24 de mayo de 1897; bautizo e iniciación de trabajos del Ingenio San Carlos, 1897; inauguración de la plaza Garalcoa en Yaguachi, 1897; de la plaza de Mercado en Babahoyo, 1898; de la Casa de Artes y Oficios en Portoviejo, 1898; de servicios en Puerto Bolívar, 1898; en Guayaquil del edificio del Banco del Ecuador, 1898; en Quito del motor de luz eléctrica, 21 de marzo de 1899; de la luz eléctrica en Loja, 19 de abril de 1899; comienza el trabajo de explotación de minas de la South American Development Company, 1899; comienzan los trabajos del camino de Ibarra a Quito, 1899; inauguración de trabajos de la línea férrea a Sibambe partiendo de Chimbo, 1899; inauguración en Cuenca de la Plaza Franco 1899; y de la biblioteca Municipal en Esmeraldas, 1899; se termina el Hospital de Baños, 1899; se instala en Quito el servicio de teléfonos, 22 de enero de 1900; inauguración en Quito de la Escuela de Clases para la mejor preparación militar de la juventud, 8 de enero de 1901; de la vía férrea de Puerto Bolívar, 1900; del servicio telefónico en Ibarra, 1900; del Teatro Olmedo en Guayaquil, 1900; de la biblioteca Municipal de Loja, 1900; del alumbrado público en Portoviejo, 1901; de la Casa de Gobierno en Latacunga, 1901; se instala



el servicio de luz eléctrica en Riobamba, 1906; inauguración en Quito del Monumento a los Próceres del 10 de agosto de 1809, agosto 10 de 1906; del Teatro Edén en Guayaquil, 1907; de la luz eléctrica en Latacunga, 1908; en Loja de la estatua de Bernardo Valdivieso, 1909; de la Exposición Nacional en Quito y de su gran edificio, donde hoy funciona el Ministerio de Defensa Nacional, 10 de agosto de 1909; de la estatua de don Pedro Carbo en Guayaquil, 1909; del Hospital de Latacunga, 1909 y del de Pujilí en el mismo año; en Guayaquil del manicomio Lorenzo Ponce, 1910; de la Casa de Gobierno en Guaranda, 1911; del Lazareto en Pifo, 2 de agosto de 1911; en Ambato del parque y estatua de Montalvo, 10 de agosto de 1911; en Quito del servicio de agua potable a domicilio, 10 de agosto de 1911; se termina la Casa de Gobierno en Riobamba, 1911; y otras obras que sería largo seguir enumerándolas.

El general Eloy Alfaro mereció el calificativo de Mandatario de la Educación Pública, por el crecido número de establecimientos que fundó él o fueron fundados en sus épocas, en muchos casos, construyendo edificios para ellos. Así el edificio de la Universidad de Guayaquil fue inaugurado el 31 de diciembre de 1898. Y en cuanto a Colegios, recordamos de los siguientes con sus fechas de fundación: Colegio San Luis Gonzaga en Guayaquil, 1896; inauguración del Colegio Bolívar de Tulcán, 1º de octubre de 1896; Colegio Nacional Mejía, de Quito, 11 de junio de 1897; Colegio Olmedo, de Guayaquil, 10 de agosto de 1897; Colegio de Bethlemitas, de Tulcán, iniciación de labores 1º de octubre de 1898; organización definitiva del Colegio Militar Eloy Alfaro, diciembre 11 de 1899; Conservatorio Nacional de Música, en Quito, 26 de abril de 1900; Instituto Salesiano de La Tola, en Quito, 24 de mayo de 1900; Colegio Eloy Alfaro, Babahoyo, 1900; Instituto Normal de Señoritas, Quito, 14 de febrero de 1901, habiéndose adquirido previamente, el 25 de enero de dicho año, el local para dicho establecimiento; Instituto Normal Juan Montalvo, Quito, 25 de mayo de 1901; Colegio Nacional Vicente Rocafuerte, Guayaquil, inauguración del edificio, 10 de agosto de 1900; Colegio Rita Lecumberry, Guayaquil, 17 de mayo de 1906; Instituto Nacional Vicente Piedrahita, Daule, 9 de agosto de 1900; Colegio Eloy Alfaro, Montecristi, agosto de 1906; Liceo Juan Montalvo, Chone, 1º de setiembre de 1906; Instituto Normal de Varones, Ibarra, 10 de octubre de 1906; Instituto Pedro Moncayo, Ibarra, marzo de 1907; Colegio Babahoyo, Babahoyo, 9 de octubre de 1908; Colegio Nacional de Señoritas, Guaranda, 17 de diciembre de 1908; Colegio de Niñas Eloy Alfaro, Babahoyo, 30 de abril de 1909.

Escuelas inauguradas durante las dos administraciones del general Eloy Alfaro hay tantas que, para mencionarlas con la fecha de fundación y, luego, los locales escolares construidos en cantones y parroquias, necesitaríamos de varias páginas.

Pero lo interesante en este análisis de la obra constructiva en la época de la administración liberal que se inicia el año 1895, es dejar constancia de los templos e iglesias parroquiales que fueron levantados en fechas diversas, lo cual prueba que si Alfaro no las construyó —no obstante que sí dio erogaciones para algunas de ellas, especialmente cuando el óbolo era solicitado por damas— por lo menos no puso obstáculo alguno para su edificación. Las iglesias levantadas en la dominación alfarista, fueron las siguientes: inauguración de la iglesia de Nuestra Señora del Carmen, Loja, 1895; terminación de la Iglesia del Carmen, Babahoyo, 1896; primera piedra y trabajos para el Santuario ed Nuestra Señora de la Nube, (Turo) Cuenca, 23 de marzo de 1897; bendición de estantes para la Iglesia de la Merced de Guayaquil, 19 de setiembre de 1897; inauguración y bendición de la Capilla de San Antonio, Daule, 9 de octubre de 1897; bendición de la Capilla de Tenguel, 2 de enero de 1898; construcción de la Capilla de Nuestra Señora del Rosario y bendición de las campanas, Guayaquil, mayo 15 de 1898; bendición de las torres y campanas, de la iglesia Corazón de María, Guayaquil, 8 de diciembre de 1898; inauguración del templo de La Concepción, Riobamba, 1898; construcción de la Iglesia, Atuntaqui, 1898; comienza la construcción de la iglesia Matriz, Guaranda, mayo 8 de 1899; se inicia la construcción de la Iglesia, Sibambe, mayo 12 de 1899; conclusión de las torres de la iglesia de Santa Bárbara, Quito, mayo de 1899; construcción de la iglesia Matriz, Chone, junio de 1899; se inicia la reedificación del templo de San Agustín, Guayaquil, 9 de julio de 1899; construcción de las torres de la iglesia, Daule, julio 27 de 1899; inauguración del nuevo templo de San Francisco, Guayaquil, julio 30 de 1899; inauguración de la iglesia La Victoria, Guayaquil, 1899; iniciación de los trabajos de la nueva iglesia matriz, Ambato, 1º de enero de 1900; inauguración de una capilla en los talleres salesianos Don Bosco, Quito, mayo 1º de 1900; bendición de la iglesia, Pallatanga, setiembre 28 de 1900; bendición del templo del Santo Cenáculo, Cuenca, diciembre 31 de 1900; iniciación de trabajos para el convento de Santo Domingo, Ambato, enero 1º de 1901; fundación del Seminario Mayor, Ibarra, febrero 3 de 1901; comienza la construcción de la iglesia, Salinas, marzo de 1901; bendición de la capilla de la Tercera Orden, Guayaquil, julio 28 de 1901; bendición de las torres de San Francisco, Guayaquil, agosto 25 de 1901; inauguración de la iglesia, Alangasí, mayo 25 de 1906; inauguración de la iglesia de la Merced, Riobamba, 1906; se inician los

trabajos de la iglesia de San Roque, Quito, abril 7 de 1907; inauguración de la primera nave lateral del templo de San José, Guayaquil, agosto 25 de 1907; inauguración de la iglesia parroquial, Huigra, diciembre 20 de 1908; inauguración de la iglesia, Aloasi, 1908; se inicia la construcción de la iglesia parroquial, San Miguelito, marzo 19 de 1909; consagración de la Capilla de La Inmaculada en la Basílica Nacional, Quito, diciembre 13 de 1909; se bendice e inaugura la Capilla del Noviciado de los HH.CC., Cuenca, febrero de 1911; bendición del nuevo templo, Chimbacalle, junio 11 de 1911.

Además, el general Alfaro, tuvo deferencias especiales para la Comunidad de Hermanas de la Caridad, a quienes ayudó mucho; y para la de Mercedarios, en Quito, a cuyo templo, acudían a diario la esposa del Presidente, doña Ana Paredes de Alfaro, respetable matrona panameña, con sus hijas, en goce de la entera libertad que les daba el jefe de familia para sus sentimientos religiosos, inclusive enviaba una banda militar para la misa de los domingos y días de fiesta religiosa.

## Leonidas Plaza G.

Nace en Charapotó, Manabí, el 18 de abril de 1865.— Sargento Mayor en 1884.— General de División en Costa Rica, 1893.— Gobernador del Azuay, 1896.— Comandante en Jefe de las Provincias del Sur y, luego, del Ejército del Litoral en 1900.— Diputado por Tungurahua y Presidente de la Cámara, 1900-1901.— Presidente de la República del 1º de setiembre de 1901 al 31 de agosto de 1905.— Ministro de Hacienda, 1911.— Diputado por Esmeraldas, 1911.— General en Jefe del Ejército, 1911 a 1912.— Presidente de la República del 1º de setiembre de 1912 al 31 de agosto de 1916.— Condecoraciones: Gran Cruz del Mérito Militar de España en 1903 y Medalla al Mérito de Chile en 1924.— Murió en Huigra el 18 de setiembre de 1932.

Triunfante la candidatura del general Leonidas Plaza Gutiérrez el conservadorismo silenció sus tiros. Guardó prudente silencio hasta ver qué pasaba en los días subsiguientes. En todo caso entre Franco o Plaza, preferible era el segundo. Los conservadores odiaban al general Franco. Y había una razón poderosa para ello, la herida estaba fresca y sangrante.

La revolución conservadora que, como ya hemos dicho, estuvo patrocinada por el Dr. Aparicio Ribadeneira y el general José María Sarasti el año 1900 en el norte de la República, parece ser que tuvo en los frailes capuchinos —cuya casa madre estaba en Colombia— a sus mejores simpatizantes y colaboradores y el gobierno cogió los hilos de esa cooperación de los que actuaban en el convento de Ibarra. Alfaro llamó a Franco y le dijo: "Manuel Antonio: necesito que me arregles lo de los frailes capuchinos...".

Y sin más, Franco se trasladó a Ibarra y una hora después de su llegada, mandó a decir al superior de los capuchinos que se marchasen del país en el término de 48 horas; si no lo hacían, él los sacaría del convento con tropa armada. El aludido religioso fue al palacio episcopal y contó al Obispo, Dr. González Suárez, los pormenores del ultimatum que acababa de recibir. El Obispo visitó al general Franco y le suplicó desistiera de la orden, por lo menos hasta entenderse con el Presidente de la República. Franco se negó rotun-

damente y el Obispo salió indignado de la gobernación. Efectivamente, a la noche subsiguiente, Franco hizo formar el batallón que guarnecía la plaza de Ibarra delante del convento de capuchinos y él mismo con varios oficiales, forzaron la puerta del convento y sacaron a los religiosos en medio de la protesta y lloriqueo de la muchedumbre. Una escolta custodió a los presos y los dejó en la frontera colombiana. Y esto, los conservadores no le perdonaron nunca al general Franco....

\* \* \*

El general Plaza recibió felicitaciones a millares por su triunfo electoral. Pero en Colombia había algo así como un compás de espera. Destacado político del hermano país instruyó a un pariente del candidato triunfante para que le tirase de la lengua en un asunto que, efectivamente, tenía mucha miga de aspecto internacional.

El general Alfaro habría prometido apoyar a los liberales de Colombia para la toma del Poder, en gracia de un acuerdo previo de apoyo mutuo con el Presidente de Venezuela y los de dos países centroamericanos; pero Alfaro terminó el período sin que hubiese llegado el momento de efectivizar dicho compromiso y creyó que Plaza lo haría. Y al ser requerido para que expusiese su modo de pensar en tan vidrioso asunto, Plaza habría declarado que él no podría fomentar la revolución colombiana y que más bien estaba dispuesto a guardar la más estricta neutralidad.

La declaración de Plaza es comunicada de inmediato al jefe del liberalismo colombiano, general Benjamín Herrera; éste se queja amargamente al general Alfaro de la conducta del sucesor. Alfaro indignadísimo censura a Plaza en términos duros y le insinúa que renuncie a la toma del Poder. Plaza se niega a la insinuación y el Viejo Luchador trata de buscar la forma de burlarle la presidencia. Sondea el sentir de los cuarteles, pero se da cuenta que los cuarteles eran ya placistas, desde cuando él mismo cambiara a los oficiales partidarios de Franco por los de Plaza. Luego mete las narices por el Congreso y se convence que la mayoría legislativa era placista también. Alfaro estaba, pues, plenamente derrotado en sus planes políticos.

El general Plaza se ha impuesto. Sube al Poder y desde ya, el alfarismo se le va a la oposición. Los tiempos corren y el liberalismo está ya definitivamente dividido en dos fracciones: la alfarista y la placista, división funesta que nabrá de repercutir a través de los años con odiosidades implacables.

Plaza se encoge de hombros y se va de frente a hacer gobierno con la cooperación del Congreso y del Ejército. Introduce reformas notables en la legislación con sustancia esencialmente liberal y democrática. Entre las nuevas leyes se destacan la Ley de Matrimonio Civil, la Ley de Divorcio consensual, etc. La Ley de Manos Muertas que consiste en apartar a las comunidades religiosas de sus bienes terrenales, destinando el valor de los arrendamientos al sostenimiento de hospitales y asilos de niños y de mendigos, ocasiona la protesta airada del clero y de los conservadores que acusan a Plaza de haber dado una ley, por la cual los bienes de manos muertas pasan al manejo de manos vivas.... Alguna razón hubo para ello, porque muchos arrendatarios de esos bienes se convirtieron en ricos de la noche a la mañana. La mejor lotería era, en verdad, arrendar una hacienda de la Beneficencia para salir de apuros...

Sin embargo de la campaña opositorista, Plaza siguió adelante en sus reformas; y después de las de carácter político, se dedicó a las de orden económico. Tuvo mucha suerte en su gestión administrativa, porque la hacienda pública fue por buen camino, los negocios se movían y durante su administración se hicieron algunas obras de interés, con su característica de encogerse de hombros aun en los trances más apurados de la política: todo lo arreglaba con su risa suelta, cuajada de grandes ironías...

\* \* \*

En la primera administración de Alfaro la revolución conservadora se presentó amenazante en el centro del país, bajo el comando del coronel Pedro Lizaraburu. El viejo caudillo llamó a Plaza y le confió el comando en jefe de las tropas de gobierno; pero, a su vez, le nombró subjefe de Estado Mayor al mayor Pedro Concha Torres, su hombre de confianza. Cuando fue a despedirse la víspera del viaje, le dijo a Concha el general Alfaro: que te vaya bien, pero sígueme de cerca a Placita...

El general Plaza acampó con sus tropas en un sitio contiguo a la hacienda del jefe revolucionario, en los alrededores de Riobamba, desde donde se dominaba todo lo que en ella sucedía. En las primeras horas de una hermosa noche de luna ilena, el general Plaza paseaba echando ojo al predio enemigo. De pronto al ver un buen hato de ovejas llamó al oficial ranchero y le ordenó que fuese al sitio indicado con varios hombres de tropa y trajese algunos borregos.

La orden fue cumplida a maravilla y oficiales y tropas se frotaban las manos con la idea de engullir ese día un buen rancho con

los animales que tenían a la vista. Mas, el general les dejó con las ganas, porque, ya bien entrado el sol, fuese a una mesa y escribió una carta. Luego llamó a un subalterno y le dijo: coge unos cuantos hombres y arreen estos animales que han traído aquí indebidamente y los entregas con la carta a la familia Lizarzburu. . . .

Alguien que supo de la orden del día anterior y oyó la nueva orden de entrega de los animales, se paseaba meciéndose los cabellos sin dar con el quid de la cosa. Decididamente el general Plaza estaba loco. . . . En la carta le decía al coronel Lizarzburu que soldados de su mando habían tenido la ligereza de sustraerse esas cabezas de ganado lanar y traerlas al campamento; pero, como las fuerzas liberales tienen como principio la honradez y el respeto a la propiedad ajena, las devolvía de inmediato, pidiéndole mil perdones.

A la mañana siguiente el jefe liberal recibió una carta en su campamento. La abrió y leyó: "Sr. general Plaza: correspondo con gratitud a la suya de ayer, por la cual se sirve devolver a esta hacienda las ovejas que indebidamente las habían sustraído soldados de su mando. Si todos los liberales fuesen como Ud., la Patria estaría salvada. (f.) Pedro Lizarzburu".

\* \* \*

El general Plaza tuvo un mote: era el Presidente de la libertad de imprenta. Naturalmente quitando una que otra travesurilla que hubo de producirse fuera de los ojos del señor general. . . . según decían. Pero la verdad, la oposición, si es que la hubo, fue respetada. Un semanario que apareció en forma virulenta contra el general Plaza y su gobierno, fue "Fray Gerundio", de don Vicente Nieto Otoya. Dicen que Plaza gozaba con las ocurrencias del periodiquito cuando estaban dedicadas a él. Y que mientras más duro era el reproche, él reía con más gana. El periódico circulaba los sábados por la tarde o los domingos en la mañana y un empleado de la Casa Presidencial estaba listo para comprar dos ejemplares y ponerlos en la recámara del emocionado lector.

Una semana no salió "Fray Gerundio" y cuando el general Plaza lo reclamó con interés al empleado, éste le contestó que no había salido. El Presidente quedó meditando en ello. Y en la tarde de ese mismo día domingo, Plaza —que siempre iba solo— caminaba por el portal arzobispal y encontró también solo al amigo Vicente Nieto. Este al ver al general Plaza se habría puesto un tanto nervioso, pero Plaza, muy suelto de huesos, dirigiéndose al periodista, le acosó:

—Hola, amigo Nieto, qué es de Fray Gerundio que no nos ha visitado hoy? Créame que he extrañado mucho el no leerlo.

—No ha salido, general, porque se me acabó el papel —repuso el interrogado.

—Lo siento mucho y que pronto me dé el gusto de volverlo a ver.

Plaza continuó su camino y Nieto también el suyo, sin más cuestionario.

Al día siguiente, el Presidente llamó de urgencia a su despacho al jefe de la Sección de Especies, que lo era el señor Ricardo Jaramillo, y le ordenó que inmediatamente mandase a dejar unas cuantas resmas de papel a la casa del señor Nieto para la impresión de "Fray Gerundio". El señor Jaramillo utilizó varios cargadores y cumplió enseguida con la orden presidencial.

El señor Nieto arrendaba una casita chica frente al Hospicio. Cuando los cargadores anunciaron que era papel y que le mandaban a dejar para "Fray Gerundio", les abrió la puerta de calle; dejaron las resmas de papel en uno de los corredores y salieron sin dar al preguntón mayores detalles. Y "Fray Gerundio" circuló el domingo siguiente, impreso en el papel que le hubo enviado el general Plaza. . . .

Una noche, por el año 1911, tuve ocasión de presenciar la amena charla anecdótica que mantenía ese gran periodista que se llamó Ricardo Cornejo, Director de "El Ecuatoriano" de Guayaquil, en el local en que se editaba la edición quiteña —casa de la familia Espinosa Roditti, frente al Circulo Militar de Quito—; y conversando sus aventuras con el señor Vicente Nieto, éste le contaba también las suyas. Y Nieto decía: claro que recibí el papel, pues yo supuse que alguna de las señoras de esta ciudad, al darse cuenta que no había circulado el periódico, me enviaba esas resmas en obsequio de la causa que defendemos; pero nunca, jamás, podía suponerme siquiera que Plaza me las hubiese enviado. Que me las pegó el panzón en toda la coronilla, me las pegó. . . .".

\* \* \*

Rumores insistentes de un golpe de Estado corrían por la ciudad. Informaciones oficiales —como siempre suele suceder así— desmintieron la versión, no obstante que hasta se daba al caudillo de la revolución: el general Flavio E. Alfaro, Ministro de Guerra, a la sazón.

El Presidente reunió a los Ministros en su Gabinete "para tratar de asuntos administrativos". Y terminada la sesión, invitó a comer a su compadre Flavio. Terminada la comida pasaron al salón



de fumar y echaron una manito de tresillo que les detuvo hasta media noche.

—Compadre, veo que Ud. no se duerme en sus trabajos, pero antes debe renunciar —le sopló a boca de jarro el Presidente a su Ministro de Guerra.

—No he pensado en renunciar compadre —le repuso Flavio, con no disimulada sorpresa, ante embestida tan furibunda.

—Entonces, compadre, me veré en el caso de destituirle —arguyó severamente Plaza.

—Si puede hacerlo, destitúyame, compadre —repuso Flavio irguiéndose como una fiera.

—Pues ya está destituido, compadre, le dijo el interlocutor cuando el visitante franqueaba la puerta.

Decían que el Presidente había recibido una carta comprometedora para el Ministro. Pero la verdad es que, efectivamente, esa misma noche se hubo leído en los cuarteles la orden general, sacando del Ejército al general Flavio Alfaro. Parece que fue el general Rafael Arellano quien reemplazó en el Ministerio a don Flavio. Pero el incidente dejó época, porque entre los compadres se dijeron las verdades.... Verdades dichas por cada cual con el corazón bien puesto.

\* \* \*

El amigo Octaviano de la Torre acompañó al general Plaza en la Jefatura de Investigaciones y Pesquisas. Se ganó merecida fama porque, en verdad, donde Octaviano ponía el ojo severo, la pepita salía chillando.... Gozaba, por lo mismo, de gran confianza del Presidente, a quien lo visitaba cada mañana para darle cuenta de lo que pasaba y se decía en el mentidero público.

—Y qué tiene ahora, señor Jefe de Pesquisas? —le interrógó el Presidente con tono burlón una mañana.

—Nada, señor Presidente. No hay nada que valga la pena comentar. Todo anda tranquilo, ya ni los pájaros siquiera hacen oír sus voces....

—Mala cosa, señor Jefe de Pesquisas —le dijo seriamente el general Plaza.

—Pero si todo está tranquilo, mi general....

—Justamente, por eso es que debe estar pasando algo entre bastidores y el ojo de Ud. no llega hasta allá. Cuando el pueblo sale a la Plaza Grande y grita abajo el Gobierno, no hay cuidado porque se sabe lo que quiere o lo que pide, si el grito es otro, el peligro está en el silencio....

Y el general Plaza despidió a su amigo y colaborador, encargándole abrir bien el ojo por todas partes.

\* \* \*

En su segunda administración no tuvo suerte el general Plaza, sin duda, porque, como dicen los cuencanos, nunca segundas partes fueron buenas...

Subió a la Presidencia en un ambiente preñado de odiosidades, cuando estaba aún humeante la hoguera en que fueron sacrificados Alfaro y sus tenientes. Si en la primera administración gozó de una paz admirable; en la segunda, tuvo una revolución permanente y sangrienta, la revolución de Esmeraldas, capitaneada por el coronel Carlos Concha Torres, que causó tantas víctimas en el Ejército Nacional.

Dejó el Poder en medio de muchos enemigos y resentidos políticos. Se retiró a su hogar en el campo, de donde le sacaron los gestores de la revolución jullana para enviarle al exterior como desterrado político. Regresó de Estados Unidos pocos años después y falleció en Hulgura en setiembre de 1932.

Entre las principales obras de las dos administraciones del general Plaza, se recuerda a las siguientes: año 1902: inauguración de los trabajos de ensanchamiento de la vía férrea del Sur para evitar los descarrilamientos; del Muelle de Puerto Bolívar, del agua potable en Zaruma, de los servicios de Registro Civil, del servicio de agua potable en Guayaquil con la nueva cañería en 27 de julio, de la Casa de Artes y Oficios en Cañar en agosto 1º, de la biblioteca municipal de Loja, fundación de la biblioteca municipal de Otavalo, terminación de los trabajos de la Casa Municipal de Daule e inauguración del nuevo cementerio de Guayaquil. En 1903: inauguración del nuevo Colegio Militar en la quinta La Josefina, El Ejido de Quito enero 20, de la Maternidad de Guayaquil, instalación del alumbrado público en San Miguel de Bolívar abril 25, se inician los trabajos de la canalización de Ibarra en abril, iniciación de la carretera de Ambato a Pelleo, iniciación de los trabajos para la luz eléctrica en Cuenca, instalación en Guayaquil de la Compañía Nacional de Teléfonos. En 1904: inauguración en Quito de la plaza de Mercado de Santa Clara 1º de enero, fundación en Quito de la Escuela Nacional de Bellas Artes el 1º de enero y cuya inauguración de servicios tuvo lugar el 24 de mayo de dicho año; inauguración del Hospital General en Guayaquil el 10 de agosto, se funda en Ambato la Quinta Agronómica de Agricultura. En 1905: inauguración en Guayaquil del

Asilo José Domingo Santistevan; de la Avenida 24 de Mayo en Quito, 10 de agosto; en Guayaquil de la Escuela Naval, 10 de agosto; fundación del Banco del Azuay, enero 5. En 1913: terminación de la obra de agua potable de Pujilí, enero 24; terminación del parque Montalvo en Ambato, 5 de abril; se termina la instalación inalámbrica de la Capitania del Puerto de Guayaquil, el 11 de abril; inauguración de la Biblioteca de Autores Nacionales en Guayaquil; del Parque Bolívar, en Quito, 24 de mayo; de los servicios de agua potable en Riobamba, 29 de junio; del Liceo Fernández Madrid, en Quito, en julio; en Quito del monumento a los Académicos Franceses, 10 de agosto; del Hospital de Cayambe, setiembre 19; de trabajos del Instituto Normal en Ibarra, octubre 9. En 1914: inauguración del Hospital de Portoviejo, enero 12; instalación del servicio de luz eléctrica en Guaranda, abril 12; inauguración en Quito del Teatro Variedades, abril 12; de la Casa de Artes y Oficios en Guaranda; del servicio de tranvías eléctricos en Quito, octubre 8; del Teatro Edén, en Quito, noviembre 16 de 1914. En 1915: inauguración del alumbrado eléctrico en Ibarra, mayo 23; de la Basílica de Riobamba, junio 11; comienzo de la construcción del ferrocarril del Norte, julio 21; del servicio eléctrico en Ambato, setiembre 30; comienzan los trabajos del ferrocarril Sibambe-Cuenca, setiembre. Año 1916: inauguración en Cuenca de los servicios de luz eléctrica municipal, julio 3; comienzan los trabajos del ferrocarril Quito-Esmeraldas, julio 21; terminación de la Casa de Gobierno de Loja, etc.

Puentes, escuelas y locales escolares, oficinas de telégrafos, caminos vecinales y otras obras completan el aporte creador realizado durante las dos administraciones del general Plaza.

## Lizardo García

Nace en Guayaquil el 26 de abril de 1842.— Miembro de la Cámara de Comercio de Guayaquil de 1889 a 1905.— Ministro de Hacienda, 1895.— Vicepresidente del Senado, 1898 y Senador por el Guayas de 1898 a 1904.— Presidente del Cabildo guayaquileño, 1899.— Vicedirector de la Junta de Beneficencia de Guayaquil, 1902.— Gerente del Banco Comercial y Agrícola, Comisionado Fiscal y Visitador de Consulados, 1903.— Presidente de la República, del 19 de setiembre de 1905 al 15 de enero de 1906.

Don Lizardo García, caballeroso y conocido comerciante guayaquileño intervino, en mala hora para él, en los complejos problemas de la pequeña política ecuatoriana. Subió a la Presidencia por el querer del general Plaza y el alfarismo se le fue encima. Fue acusado de realizar gestiones ante los tenedores de bonos del Ferrocarril del Sur para echar abajo esta obra, gestión a la que se le llamó el peculado de Londres.

La revolución se inició con la peonada de la hacienda de Mercelino Maridueña en Yaguachi y la cooperación de varios ciudadanos del Milagro. El general Alfaro estaba en Guayaquil sin un cobre para los gastos de la revolución y una persona muy íntima del viejo caudillo nos contaba que doña Anita, la respetable matrona que uniera sus destinos a la vida del caudillo ecuatoriano, puso en manos de su marido el valioso cofre de joyas para que lo dispusiese convenientemente. Alfaro se negó a recibir el cofre de su mujer, pero lo aceptó, luego, ante insistencia de ella. Fuese con él al Banco del Ecuador y lo dejó en prenda a cambio de unos pocos miles de suéres.

Inmediatamente salió de Guayaquil con varios amigos y se dirigió al centro para abrir operaciones. Mientras tanto en Riobamba Emilio M. Terán, acompañado de los coroneles Julio Román y Ricardo Zambrano y un capitán Delgado que salió herido, tomaban el cuartel del batallón Quito que hacía la guarnición de la plaza, la noche del 31 de diciembre de 1905, sin mayor problema. Terán había comprometido para el caso a un oficial y a uno que otro clase. Penetró a la prevención después de herir al centinela y subió a las cuadras donde descansaba la tropa. Unos cuantos disparos al aire y el pronunciamiento estaba terminado. De seguida el coronel Terán acudió

a las oficinas del telégrafo y envió a Quito el siguiente parte: "Sr. Lizardo García: saludo a Ud. y le deseo un feliz año nuevo, comunicándole, a la vez, que la guarnición de Riobamba está a mis órdenes, porque acaba de proclamar Jefe Supremo de la Nación al Sr. General Eloy Alfaro".

En la Casa Presidencial, a esas horas, se desarrollaba un elegante baile de disfraces con la concurrencia de los mejores círculos sociales. Cuando el Presidente recibió el telegrama, se hizo el cataclismo y el baile terminó trágicamente, porque cada quien procuró poner los pies en polvorosa lo antes posible.

Momentos después salió la caballería Yaguachi rumbo al Sur, al mando del recordado y valiente mayor Julio Uribe, a fin de batir a los rebeldes; mas, al llegar a Latacunga, los soldados se pronunciaron en favor de Alfaro y el jefe tuvo que salvar milagrosamente la vida. Al día siguiente salió también el batallón Carchi y al enfrentarse con las fuerzas del Viejo Luchador, por quien ya estaban el Quito, el Pichincha, el Yaguachi, etc., también gritó ¡viva Alfaro! y se pasó a sus filas sin dar un tiro.

De Quito salió una parte de la artillería Bolívar, el batallón Guardia de Honor y otras unidades, incluso civiles que se habían formado en esos días para ir al combate. Esas fuerzas fueron confiadas al comando del coronel Tomás Larrea, pero como no había medios de movilización, lanzáronse en marchas forzadas a contener el avance del enemigo que estaba ya en el Chasqui. Los dos ejércitos estuvieron frente a frente dispuestos a batirse en la tarde del 14 de enero. Las tropas de Quito, rendidas de cansancio y de hambre porque no habían comido, se mantuvieron sobre las armas, temerosas de que el enemigo les diese una sorpresa; mas, el general Alfaro ordenó que las suyas descansaran plenamente, pues juzgaba que el combate habría de empeñarse al día siguiente. Y así fue. La mañana radiante de sol y tranquilidad ambiental, fue sacudida en las primeras horas por el disparo de cañón hecho desde el campamento alfarista. El combate se empeñó, pero después de dos horas el triunfo de Alfaro era rotundo.

El gobierno abandonó materialmente el Palacio con la noticia del triunfo de Alfaro en el Chasqui. Cada cual procuraba ponerse a buen recaudo. Los presos políticos del Panóptico, jefes y oficiales amigos de Alfaro que habían sido capturados días antes, atacaron a la guardia y salieron sin mayor resistencia. Fueron al cuartel de Policía y lo tomaron, también sin resistencia, y quedó hecho el pronunciamiento de Quito en favor del caudillo revolucionario. El general Alfaro entró, pues, a la Capital al día siguiente.

## Emilio Estrada

Nace en Quito el 28 de mayo de 1855.— Gobernador del Guayas en 1895, 1909 y 1910.— Jefe Político y Administrador del Muelle de Guayaquil, 1896.— Vicepresidente de la Cámara de Diputados 1899-1900.— Concejero Municipal, 1900.— Y además de otros cargos menores en varias épocas, Visitador fiscal de Consulados en 1906. Presidente de la República del 19 de setiembre de 1911 al 21 de diciembre de dicho año, fecha en que murió.

El caso de la asunción del Poder por don Emilio Estrada tiene un antecedente que no se puede pasar por alto. Por aquellos días de chismecillos y zozobra, se aseguraba en visperas de que el general Alfaro terminara su segunda administración que la rumorada dictadura en su favor que habrían estado gestando los amigos, altos jefes militares en favor del caudillo, no tendría ejecución alguna, porque la revolución estaba hecha en favor del presidente electo, señor Estrada, a quien se habría insinuado que renunciase por cuanto adolecía de enfermedad que le impedía permanecer en la sierra: era cardíaco.

Malas lenguas aseguraban que esa revolución estaba dirigida por el general Emilio Terán, profundamente distanciado ya con Alfaro, y que tenía asegurado el éxito dadas sus vinculaciones con la tropa. A poco se produjo un drama pasional que conmovió profundamente a la sociedad: el querido general Terán era asesinado en la puerta del hotel Froment por su ex-compañero de armas y amigo íntimo, el coronel Luis Quirola. Quienes conocíamos a Quirola nunca pudimos aceptar la versión de que el gobierno, al enterarse de la conspiración de Terán, le habría tomado de instrumento oficial para dar muerte a su amigo. Quizá más bien podía aceptarse otra versión, aunque nacida de la perversidad de gentes que no miden la voracidad de la lengua cuando se trata de hacer el mal, y que llegaron con su baba venenosa a intoxicar el corazón del querido loco Quirola, predisponiéndole a la consecución del hecho conmovedor...

Muerto el general Terán, Quirola fue encerrado en el Panóptico y la cuartelada del 11 de agosto trajo el último acto del drama: un grupo de cocheros armado asaltó el presidio y dio muerte al coronel Quirola, anheloso de vengar a su querido chagra Terán.

\* \* \*

El general Emilio María Terán era, efectivamente, el político más popular de la época por su don de gentes, su amplitud de criterio con esencia profunda y ampliamente democrática; su risa franca, sonora, despertaba simpatía en toda persona que le trataba por primera vez. Su vida estaba llena de anécdotas, fruto de su especial y envidiable talento.

Actuaba en su primera administración el general Plaza y en Quito se publicaba el diario alfarista "El Tiempo", bajo la dirección de don Luciano Coral que tenía en Guayaquil sus ediciones principales. Gerente de la edición quiteña de "El Tiempo" era don Miguel Angel Endara y una tarde, recibió un sobre cerrado, lo abrió y se encontró con un pasquin en contra del general Terán. Colérico Endara pidió a los subalternos que siguiesen al muchacho que había entregado la carta a fin de investigar el origen de ella; mas, el muchacho había emprendido las de Villadiego vertiginosamente, siguiendo las instrucciones que se le había dado.

Pero, qué grosería, no? Pensar que en "El Tiempo" se puede publicar algo en contra de Terán... Con ese gran cariño que le tenemos... Comentaba el gerente del diario con sus compañeros. Y la misma tarde, fuese Endara en busca de Terán para contarle lo que había pasado. El gran guerrero liberal de otras épocas pasaba días tranquilos de hogar en su quinta, frente a la iglesia de San Juan; pero, hombre de actividades intensas como era, le fastidiaba esa ya larga temporada de paz y sosiego campestre. Y sobre todo, no se avenía con el olvido político y social a que se le había condenado, por obra del cambio de frente político operado en la República.

El general Terán había oído silenciosamente la lectura de la carta política y sin protestar por los insultos que se le endilgara. Se le desconocía todos sus triunfos y se le decía que siempre fue un cobarde. El gerente de "El Tiempo" terminó la lectura con protestas de adhesión para su amigo. Mas, vino lo inesperado: el general le pedía que diera publicidad al pasquin. Endara creyó que Terán había perdido el juicio y al ponerse de pies para marcharse le dijo que "El Tiempo" jamás haría eso.

—No, Endara, le ruego que la publique —Insistió el general.

—Jamás, mi general, porque han de creer que Plaza hasta nos ha pagado para que le deshonremos a Ud.

Terán se incorporó y con aire severo le dijo a Endara: "si Ud. es amigo, va ahora a darme una prueba de esa amistad. Si publica mañana esa carta, yo le mandaré inmediatamente mi contestación".

Y en esa forma Endara aceptó publicarla.

Al día siguiente la edición de "El Tiempo" se agotó en pocos minutos. La respuesta de Terán vino, efectivamente, al día siguiente. El atacante dio su contraréplica y Terán volvió a la defensa. Los hechos tomaron vitalidad y al general Terán le faltaba casa para recibir tantas visitas que iban por presentarle su adhesión. Volvió Terán a la actividad que deseaba, con el recuento de sus luchas y glorias y Plaza, comprendiendo que era un hombre peligroso, llamó a su ex-compañero de luchas, le dio un almuerzo y le envió al exterior con un cargo diplomático. Pero en visperas del viaje, el general Terán brindó un agasajo a los principales de "El Tiempo" y les recorrió el velo: eran una misma persona atacante y defendido, y esa persona era él.

—Pero Ud. mismo se atacaba en esa forma, general?

—Sí, Miguel Angel. Me fastidiaba la soledad y yo vivo cuando actúo. Les agradezco la cooperación de ustedes.

\* \* \*

Si la revolución estuvo preparada por Terán el año 1911, a su muerte la tomó por su cuenta el señor Victor Emilio Estrada, hijo del candidato triunfante, y con la cooperación decidida de una noble dama quiteña —que fue el alma de ese movimiento político— se produjo la caída de Alfaro el 11 de agosto de 1911. Asumió el poder el presidente del Senado, doctor Carlos Freile Zaldumbide, como Encargado, y luego, como Presidente Constitucional el 1º de setiembre don Emilio Estrada, a quien le sorprendió la muerte en el ejercicio de un gobierno de apenas 100 días.

\* \* \*

A la muerte del señor Estrada vuelve como Encargado del Poder el señor Carlos Freile Zaldumbide y se inicia entonces el desbarajuste más completo en la República con una interminable secuela de alarmas y revoluciones que terminan en bochornosos deslaves para la historia nacional.

A poco de la muerte del señor Estrada el Jefe de Zona de Guayaquil, coronel Pedro J. Montero, se proclama jefe supremo de la Nación y, a su vez, el general Flavio E. Alfaro, hace lo mismo para sí en Esmeraldas y Manabí, de manera que con el de Quito hay tres gobiernos, en loca fermentación del odio y la sangre que pronto habrá de ser derramada en raudales de ingrato recuerdo.

Montero llama al general Eloy Alfaro que está radicado en



Panamá. Le llama para que venga a poner paz en la división liberal reinante. El Viejo Luchador se viene como mediador y, ya en Guayaquil, forman todos una sola fuerza con la finalidad de que Plaza no vuelva a subir al Poder, ya que es voz generalizada que el Encargado del Mando apoyará a su candidato. El gobierno de Quito se apresta a debelar la revolución de la costa y designa al general Plaza para Comandante en Jefe del Ejército y al general Julio Andrade, Jefe de Estado Mayor. Y salen a la campaña y después de los combates de Huigra, Naranjito y Yaguachi que dan el triunfo a las fuerzas constitucionales, Plaza entra con sus tropas en Guayaquil y reduce a prisión a los generales Alfaro y sus cooperadores que han sido identificados como jefes de la revolución.

Funciona en Guayaquil un Consejo de Guerra para juzgar al general Montero y, antes de que terminase la audiencia, el populacho se lanza contra el preso, lo arroja del balcón del edificio a la calle y es ultimado trágicamente. El gobierno de Quito insta que los presos sean enviados con las seguridades del caso para el juzgamiento. Plaza se opone al envío de los presos y da pormenores de lo ocurrido con el general Montero. El gobierno insiste en el envío y, al fin, Plaza acepta y remite a los presos a Quito bajo la custodia del batallón Marañón, cuyo primer jefe es el coronel Alejandro Sierra. Los presos llegan a Quito a medio día del 28 de enero de 1912, en medio de un torbellino popular que les es adverso. Momentos después el Panóptico es atacado por las masas enfurecidas y victimados los prisioneros. . . .

\* \* \*

Las tropas constitucionales han regresado de la campaña. Plaza y Julio Andrade son recibidos apoteósicamente; pero Andrade, al agradecer, tiene la voz dolorida y llora al recordar el trágico fin de los jefes liberales. Vienen otros días y en ellos, síguese fomentando el odio personal y político. A mediados de febrero ya se dejará notar un cambio de simpatías en el gobierno. Los amigos de Plaza habrían de seguir manteniendo su candidatura con fervor, no obstante que acaba de ser lanzada la candidatura de don Carlos R. Tobar, destacado hombre de letras y gran internacionalista, la cual visiblemente tiene ahora la simpatía oficial y el apoyo decidido de los conservadores.

En medio de un ambiente preñado de odiosidades incontrolables y de amenazas de tragedia, llega el 4 de marzo de ese año trágico de 1912. El general Andrade se ha puesto abiertamente contra la candidatura del general Plaza y apoya a Tobar. Y entre una olea-

da de rumores contradictorios, llega al gobierno la noticia de que esa noche Plaza daría un golpe militar para proclamarse, aprovechando de que aun retiene el cargo de comandante en jefe del Ejército. Para contrarrestarlo, el tobarismo resuelve hacerse fuerte en el cuartel de Policía con la cooperación del general Andrade que asiste también a la cita.

Efectivamente, a la medianoche, la guarnición de Quito proclama al general Plaza para jefe supremo de la República y cae, en el cuartel de Policía, el general Andrade, víctima de un "armarriazo".... Es decir que a un armario grande que existió en la Intendencia de Policía de Pichincha le entró la gana de caerse ese rato —sin duda asustado por el baleo del pronunciamiento— sobre la personalidad del querido Julio Andrade.

El general Plaza —hombre ducho en política— no aceptó la sugestión de que se encargase del poder inmediatamente y prefirió, "a fin de que siguiese el orden constitucional", lo hiciera el Dr. Francisco Andrade Marín, entonces presidente de la Cámara de Diputados.

El bueno de don Francisco dormía la placidez de su honorable ancianidad. En horas de la madrugada —como lo hiciera el Dr. Antonio Ante con el conde Ruiz de Castilla— gentes afiebradas por sus planes políticos cayeron en el hogar del Dr. Andrade Marín y quitándole el gorrito de dormir le incorporaron, no obstante sus protestas airadas, y cataplún, al automóvil y luego al Palacio Nacional. No hubo qué tratar y todo fue cuestión de minutos. Cuando los pobres mortales que habitamos este valle de las sorpresas y los atracos políticos, despertamos con el sol del 5 de marzo, corría la noticia de que estaba en el Poder el Dr. Andrade Marín y que el general Plaza había librado al Palacio de Gobierno de caer en manos de los conservadores con el Dr. Carlos Tobar a la cabeza.... Al menos así se dijo en un telegrama circular a los gobernadores y jefes de zona militares.

El Dr. Andrade Marín se desempeñó correctamente en la Presidencia de la República. Convocó a elecciones y ellas, como era de suponer, sacaron sin mancha al general Plaza.

El Presidente Plaza fue abatido desde los primeros meses de su segunda administración por una campaña tenaz, que culminó en la revolución conchista de Esmeraldas y que no cesó sino con el abandono de la presidencia por el acusado cuando hubo terminado el periodo constitucional y asumido el Poder el Dr. Alfredo Baquerizo Moreno.

## Alfredo Baquerizo Moreno

Nace en Guayaquil el 28 de setiembre de 1859.— Doctor en Jurisprudencia en 1884.— Desde Secretario de la Corte Superior en 1884 hasta Ministro de ella en Guayaquil, 1894 a 1901.— Juez Consular de Comercio, Director de la Biblioteca Municipal y Alcalde de Guayaquil, 1890 a 1896.— Profesor del Vicente Rocafuerte y de la Universidad de Guayaquil, 1894.— Ministro de Relaciones Exteriores, 1902-1912.— Ministro en Cuba y en Colombia y Embajador Especial en el Perú, 1924.— Vicepresidente de la República, 1903 a 1907.— Senador por el Guayas, 1912 a 1916 y Presidente de la misma Cámara en dicho tiempo.— Presidente de la República del 1º de setiembre de 1916 al 31 de agosto de 1920.— Presidente de la Comisión Revisora de la Constitución y Leyes, 1925.— Presidente del Consejo de Estado y muchas otras distinciones.— Murió el 20 de marzo de 1951.

El Gobierno del Dr. Alfredo Baquerizo Moreno fue de paz octaviana y terminó sin protestas El Dr. Baquerizo Moreno fue el presidente de los discursos filosóficos y las recetas sentenciosas. "Un puente más es un abismo menos", dijo cierta ocasión cuando acababa de inaugurar cierto puente de un camino cercano.

"Unos antes otros después, todos vamos pasando", exclamó alguna ocasión al tratarse de un discurso necrológico; pero las malas gentes de Quito que en todo gustan de ponerle un poquitín de aji serrano, identificaron la frase dándole una trayectoria diferente. Decían que el Dr. Baquerizo no quiso referirse al muerto, sino a los políticos ansiosos por llegar al gobierno. "Unos antes otros después, todos vamos pasando". Es decir: espérense un poquito que para todos hay....

El Dr. Baquerizo Moreno tuvo en el Puente Rumichaca una entrevista con el Presidente de Colombia Dr. Marco Fidel Suárez, recuerdo del tratado de límites entre los dos países....

Las obras principales de la época del Dr. Alfredo Baquerizo Moreno, son las siguientes: Año 1916: inauguración del hospital de

Cayambe, de la carretera Milagro a Naranjito, de la luz eléctrica en Vinces, y compra de una casa en Latacunga para cuartel de caballería.

El año 1917: inauguraciones: del teatro Maldonado en Riobamba, abril 8; del alumbrado eléctrico en Pujilí en el mes de abril y en Machachi el 8 de mayo, en Babahoyo el 24 de mayo; del Colegio Espejo de Babahoyo, el 20 de mayo; del Hospital de Milagro; de la cárcel de Babahoyo; en Otavalo de los trabajos del ferrocarril Quito-Esmeraldas, el 10 de julio; de la nueva planta de teléfonos de Quito, el 1º de setiembre; en Ibarra, las mingas para el trabajo de terraplenes del ferrocarril a Esmeraldas, agosto 10; en Santa Elena, la estación inalámbrica, en noviembre; del monumento a los próceres del nueve de octubre en Guayaquil, obra de la casa White.

El año 1918: inauguraciones: del busto de don Luis A. Martínez, en Ambato, febrero 17; de la luz eléctrica en Guano, febrero 20; del Palacio Municipal de Latacunga, mayo 24; del Asilo de Huérfanos, en Latacunga, mayo 24; del empalme de la línea férrea a Cuenca con la del ferrocarril del Sur, junio 17; de los trabajos de rectificación de la línea férrea en Riobamba, el 8 de julio; en Guayaquil de la Columna a los Próceres del Nueve de Octubre de 1820, en octubre 9; de la instalación de grifos de agua en Durán por la Compañía del Ferrocarril del Sur, octubre; de la luz eléctrica en San Bartolomé y Tisaleo, Tungurahua; en Tulcán el monumento a la Libertad.

El año 1919: inauguraciones: del Hospital Militar en Quito, 4 de enero; del empalme de la carretera de Cañar a Azogues, marzo 14; de la Clínica Guayaquil, en la misma ciudad, abril 12; del servicio de teléfonos en Riobamba, mayo 15; en Quito, del Museo Militar, mayo 31; en Guayaquil, del camal de ganado menor.

El año 1920: inauguraciones: del servicio inalámbrico entre Quito y Guayaquil, abril 16; en Guayaquil, del Teatro Parisiana, mayo 1º; en Guayaquil, del Banco La Previsora, mayo 3; en Quito, de la estación del Ferrocarril en Chimbacalle, mayo 24; en Guayaquil, de la estación inalámbrica, mayo 24; en Quito, de la estación inalámbrica, mayo 24; en Loja, del agua potable, mayo 24; de la luz eléctrica en Alóag, Tambillo y Uyumbicho, en Pichincha, y en Jipijapa, Manabí; del Hospital de Zaruma, agosto 10; en Ambato, del Teatro Viteri, agosto 11; en Guayaquil, del Banco de Descuento, agosto.

Además nuevas oficinas de telégrafos, locales escolares y nuevas escuelas en diversas secciones del país; y un número apreciable de puentes en las diversas zonas de la República, siendo uno de los principales, el puente de Cutuchi, cuya inauguración tuvo lugar el 22 de agosto de 1920.

## José Luis Tamayo

Nace en Guayaquil el 29 de julio de 1858.— Doctor en Jurisprudencia el 1º de julio de 1886.— Vocal de la Sociedad Filantrópica del Guayas, 1892 a 1920.— En 1895, Jefe Civil y Militar de Manabí, Secretario de la Gobernación del Guayas, Subsecretario de Relaciones Exteriores y, luego, Ministro de lo Interior.— Presidente de la Cámara de Diputados de 1898 al 99.— Senador por Esmeraldas, 1902 a 1905 y Presidente de dicha Cámara este último año.— Presidente de la República del 1º de setiembre de 1920 al 31 de agosto de 1924.— Muchos otros cargos y no pocos honoríficos en Guayaquil.— Condecoraciones: Caballero Gran Cruz de la Orden Isabel la Católica, 1924; Caballero de la Orden del Sol; Orden del Libertador; Cruz de Boyacá.— Murió el 8 de julio de 1947.

El señor doctor José Luis Tamayo fue en la historia ecuatoriana el mejor exponente del hombre que alcanza alta situación social y política por su propio esfuerzo. Ciudadano de moral rectilínea ocupó situaciones espectantes y supo salir airoso de todas ellas. Pudo haber sido Presidente de la República antes del año 1920 y se excusó de aceptar la candidatura. Vino a ella en el indicado año trayendo un gran aporte de honradez y su gran prestigio jurídico, como que tuvo en Guayaquil sin discusión alguna el más alto bufete profesional. En el ejercicio de la Presidencia perdió su clientela, selecta y prestigiosa; a la noble matrona que fue la compañera de su vida, porque la muerte le arrancó de su lado. Dejó la Presidencia con las manos limpias, más pobre que nunca y se retiró a su soledad de filósofo, desengañado de la política y con el juramento de no volver a aceptar ningún cargo público, promesa que supo cumplir hasta la muerte.

El Presidente Tamayo, viejo liberal doctrinario, llegó a la primera magistratura anheloso de hacer un gobierno de unificación nacional con altos exponentes en sus carteras. Por eso la de Gobierno confió a un gran radical de bien ganado prestigio, como el general Delfín B. Treviño; y la de Relaciones Exteriores, a un conservador talentoso y de altos quilates, como el Dr. N. Clemente Ponce. No obstante las buenas intenciones, el Presidente Tamayo tuvo muchos contratiempos en su administración. Sin duda el mayor de ellos, el movimiento politiquero de Guayaquil que culminara con el drama sangriento del 15 de noviembre de 1922.

El señor Enrique Baquerizo Moreno, hermano del ex-Presidente, patrocinó en Guayaquil, ayudado de un grupo de conocidos politicastros e intelectuales arribistas ansiosos del puchero oficial, la oposición más injusta contra el nuevo mandatario. Este grupo conocido

con el motete de "enriquismo" no perdió ocasión de tratar de llevar el agua a su molino. Soliviantaron al pueblo guayaquileño contra el gobierno con un pretexto o con otro. El mes de noviembre del año indicado fue de gran agitación política en el Puerto. Las manifestaciones callejeras se pusieron a la orden del día. Hoy se solicitaba una cosa y el gobierno accedía. Mañana era otra, y luego otra, hasta que se llegó a pedir la rebaja inmediata del tipo de cambio, porque éste había subido a \$/ 3,50 por dólar....

Y como el gobierno manifestase que estaba estudiando el problema cambiario, se empujó a las masas porteñas a ciertas actitudes desafiantes. El populacho amotinado frente a la gobernación gritaba: ¡abajo el gobierno!, ¡viva el señor gobernador!.... Y el señor gobernador inclinaba la cabeza agradeciendo el piropo desde uno de los balcones donde presenciaba el bochinche. La multitud se dirigió entonces a la Intendencia para obsequiar al jefe de Policía también con su partecita almibarada. Y cuando los manifestantes atronaban el espacio a los gritos de ¡abajo el gobierno!, ¡viva el señor intendente!, el señor intendente agradeció el homenaje con una sonrisa....

Tanto el Presidente de la República directamente, como el Ministro de Gobierno ordenaron a las autoridades del Guayas la prohibición absoluta de que siguieran las manifestaciones; pero esas pobres autoridades estaban sufriendo el tremendo complejo del miedo, del miedo que contemporiza con todo a sabiendas de que no se puede jugar con la belicosidad de los pueblos, en sus horas más tremendas de engaño político. No contestaban a las órdenes que se les daba desde Quito, ni proporcionaban ya informe alguno al gobierno.

Y mientras tanto las manifestaciones seguían cada vez más amenazantes. Uno de los oradores, ofrecido de antemano como defensor jurídico de los obreros, dijo el 14 de noviembre en su discurso: "hoy sois borregos, pero mañana seréis tigres si el gobierno no expide esta noche el decreto sobre baja del cambio". Y al día siguiente, efectivamente, lanzaron a las masas furiosas contra la Policía, mientras gente maleante, partícipe o adueñada del bochinche, se entregaba a romper las puertas de almacenes y casas respetables para dedicarse al pillaje.

Las autoridades no asomaban el bulto. La Policía se gastaba una actitud contemplativa lamentable. Entonces tuvo que actuar el Jefe de Zona con la fuerza y reprimir con ella los desmanes, aun a trueque de mucha sangre....

Y cuando todos se lavaban las manos tratando de rehuir responsabilidades por los sucesos del 15 de noviembre, saltó un hombre y dijo con voz sonora: "yo soy el único responsable de esos suce-

sos". Y ese hombre, todo un hombre, en verdad, fue el Jefe de Zona, general Enrique Barriga, el blanco de la censura perenne, que la sociedad guayaquileña, a través del tiempo, no ha tenido por menos que justificar su actitud irremediable, porque con ella salvó el honor de las familias y la propiedad privada, mientras los verdaderos causantes de esa tragedia habrán tenido que hundir su miseria humana en los suburbios de la incomprensión populachera, tan abrazada al engaño político.

\* \* \*

Al finalizar el tercer año de la administración del Dr. Tamayo, comenzaron a moverse las frutas para la sucesión presidencial. El general Treviño fue candidatizado por elementos militares y civiles; entre ellos, imprudentemente, le manifestaron su apoyo los jefes de los batallones que guarnecían la Capital. Esto le causó al noble candidato un gran dolor de cabeza, porque fue intrigado ante el Presidente, como que habría estado tratando de irse a mayores con los soldados.

Una noche le soltó el Presidente la saeta a su Ministro de Gobierno. "Sr. Ministro —le dijo sarcástico y tronante el Dr. Tamayo al general Treviño— le vendo el silloncito y a crédito.... o si desea, se lo regalo....". El Ministro, rojo como un ají piquiucho, le replicó: "está muy bien en su poder, señor Presidente".... Pero tres meses después, el general Treviño estuvo marchándose como Ministro a Italia y ocupó su cartera el Dr. Francisco Ochoa Ortiz.

El nuevo Ministro de Gobierno entró con pie derecho a la solución del problema electoral. Designó un Intendente *manu militare* y aporreó a los ciudadanos que lanzaron la candidatura del coronel Juan Manuel Lasso. Luego pactó un "pacto diplomático" con los dirigentes del cordovismo, comprometiéndose a limpiar de alimañas el camino para el paso triunfal de la candidatura Córdova. Y como se pensó se hizo y el Dr. Gonzalo S. Córdova fue electo candidato para el nuevo período gubernativo.

\* \* \*

Las principales obras realizadas en la administración del Dr. Tamayo, fueron las siguientes:

Año 1920: inauguraciones: en Yaguachi, de la luz eléctrica; en Riobamba, el parque Centenario, noviembre 11; en Ambato, el monumento conmemorativo del establecimiento de la primera Imprenta en el Ecuador, noviembre 12.

Año 1921: inauguraciones: en Esmeraldas, el inalámbrico, enero 1º; de los trabajos de colocación de la nueva cañería de agua potable en Guayaquil, febrero 9; en Guayaquil, el servicio de autobuses abril 10; inauguración de talleres y una buena biblioteca en el Panoptico, incluso la industria de cortinas de cabuya, mayo 24; del Campo de Aviación El Cóndor en Eloy Alfaro, junio 12; de la luz eléctrica en Salitre, Zaruma y Guano; del Banco del Tungurahua, en Ambato, agosto 10; en Quito, del primer carro de gasolina de fabricación nacional, agosto 24; de los trabajos del Colegio Maldonado en Riobamba, octubre 3.

Año 1922: inauguraciones: en Riobamba, de la Sociedad Bancaria del Chimborazo, marzo 15; en Riobamba, de la Columna conmemorativa del 21 de abril; en Quito, del Obelisco en la Cima de la Libertad, mayo 26; del edificio de la Escuela 24 de Mayo, en Quito, que luego se convirtió en el Colegio de este nombre, mayo 26; del edificio del Teatro Edén en Guayaquil, junio 26; en Guayaquil, de la Escuela Técnica de Aviación, julio 30; del Teatro Bolívar, en Babahoyo, setiembre 8; en Quito, del monumento a Dante, en el parque de mayo, noviembre 4; en Ambato, de la Columna de la Independencia, noviembre 12; en Quito, de la planta eléctrica de Los Chillos, diciembre 1º.

Año 1923: inauguraciones: en Quito, de la Avenida 24 de Mayo, mayo 24; en Quito, de la Fábrica de Tejidos La Internacional, agosto 24; en Guayaquil, del busto de Francisco de Orellana, octubre 12; en Tulcán, de la luz eléctrica, noviembre 4; de la luz eléctrica en Cubijes, Naranjito, Sangolquí y Tixán.

Año 1924: inauguraciones: en Quito, de la Fábrica de la Sociedad de Crédito La Internacional, definitivamente, enero 27; en Guayaquil, del Banco Italiano, febrero; en Guayaquil, de la Policlínica Nacional, abril 3; en Quito, de las bombas de provisión de agua potable, abril 5; en Guayaquil, del Hospital Civil, construcción de cemento, julio 6; en Quito, del nuevo edificio del Instituto Juan Montalvo, julio 7; en Riobamba, del Teatro Maldonado, julio 8; en Latacunga, de la estatua de Vicente León, agosto 10; de los trabajos de la ciudadela Bellavista de Riobamba, agosto; en San Gabriel, del servicio de luz eléctrica, setiembre; en Montecristi, del busto del general Eloy Alfaro, diciembre 7.



## Gonzalo S. Córdova

Nace en Cuenca el 15 de julio de 1863.— Abogado, Secretario de la Gobernación del Guayas, 1891.— Diputado por Cañar, 1892 y del 96 al 97.— Gobernador del Cañar, 1898 a 1902.— Ministro de lo Interior, 1903 a 1906.— Senador por el Carchi y Vicepresidente de la Cámara del Senado, 1912.— Ministro en Chile, Argentina y Estados Unidos, 1911 al 13.— Ministro en Venezuela, 1922.— Otros cargos y representaciones en el exterior en diversas épocas.— Presidente de la República del 1º de setiembre de 1924 al 9 de julio de 1925.— Condecoración: Gran Oficial de la Orden del Libertador, 1924.— Murió el 13 de abril de 1928.

Cuando quieren ponderar una cosa las gentes, dicen que "para muestra basta un botón". El Dr. Gonzalo S. Córdova era, efectivamente, el botón de rosa del selecto Gabinete de la primera administración del general Plaza, como Ministro de lo Interior; pero el año 1924, ya no era el Gonzalo Córdova de los años 1903 a 1906. La naturaleza habría hecho su obra devastadora en la personalidad física del talentoso ecuatoriano.

El Dr. Córdova dio lo que pudo en los 10 meses y 9 días de su Presidencia, pero desde el segundo mes de 1925, los médicos habrán de aconsejarle descanso augurándole no mucho tiempo de vida al ilustre paciente. Sin duda todo esto tuvo en cuenta la Liga Militar de jóvenes que actuaba secretamente desde hacía tiempo, buscando oportunidad para la trastada homérica de soñadas reivindicaciones.... Y el Dr. Córdova cayó del Poder en aquel 9 de julio de 1925, mediante un astuto y audaz plan combinado de los dirigentes del movimiento. Pero antes ya hubo un intento revolucionario: ese intento grotesco de San José, dirigido por don Jacinto Jijón....

Una de las obras de relieve de la administración Córdova fue la nacionalización del Ferrocarril del Sur por compra de acciones a los tenedores de bonos de Londres, invirtiendo más de dos millones de sucrés en la operación, que fue afrontada decididamente por su

Ministro de Hacienda don Miguel Angel Albornoz, a fin de evitar el descrédito permanente que ocasionaban los poseedores de esos papeles, por falta de pago de intereses y amortización. La compra se la hizo sin acudir a préstamo alguno, sino con los mismos fondos del presupuesto fiscal.

El arreglo y equilibrio de la hacienda pública fue el norte de las actividades que ensayó el Gobierno del Dr. Córdova. "Hay actualmente implantado un plan hacendario —dice el Ministro de Hacienda, señor Albornoz, en su Exposición de 1925— que si tuvo origen en algunas de las pocas leyes económicas dictadas por el Congreso de 1924, ha venido completándose posteriormente, gracias a una intensa, constante y eficaz labor administrativa, no menos laudable por haber sido silenciosa y haber permanecido lejos del aplauso de la opinión, que, si en lo general es justa, tiene a veces, incomprensibles desviaciones. Así, pues, y aun cuando pretendan desconocerlo quienes tienen ante sí el velo de la pasión y el odio políticos, ahora se puede afirmar que la administración de la Hacienda Pública ecuatoriana, ha tomado un rumbo muy diferente del que tuvo antes y que sigue firme, segura, con la plena confianza de que el primer impulso recibido, ha de conducirle a la más completa y eficiente organización".

Algunas pocas obras que se realizaron en los meses de esa administración son las siguientes: Año 1924: inauguraciones: en Guayaquil, del Campo Deportivo Municipal, octubre 8; del Hospital de Santa Rosa, octubre 10; en Quito, de la Casa Cuna, noviembre 11; en Riobamba, del Parque Sucre, noviembre 11.

Año 1925: inauguraciones: en Riobamba, de la nueva estación ferroviaria, enero 1º; en Ibarra, de la instalación moderna del servicio de luz eléctrica, mayo 1º; en Ibarra, del servicio de agua potable, mayo 24; en Loja, de los trabajos de la carretera Loja a Portovelo, mayo 4; en Guayaquil, del teatro, cine y otros espectáculos en el American Park, mayo 24; en Loja, la Casa de Ancianos, junio 19.

\* \* \*

El gobierno juliano plural estuvo bien intencionado, pero los jóvenes militares no encontraron el camino. Tuvieron un acierto: el de conocerse a sí mismos y retirarse a tiempo de los dolores de cabeza y mareos que producen las alturas....

## Isidro Ayora

Nace en Loja el 31 de agosto de 1879.— Profesor del Instituto Mejía, 1901 a 1902.— Doctor en Medicina, 21 de enero de 1905.— Profesor de la Universidad Central, 1912.— Rector de la Universidad Central, 1925.— Presidente del I. Concejo Municipal de Quito, 1925.— Ministro de Previsión Social, 1926.— Jefe Supremo, 3 de abril de 1926.— Presidente Interino de la República, 9 de octubre de 1928.— Presidente Constitucional de la Nación del 17 de abril de 1929 hasta agosto 24 de 1931.

Después de los tres periodos constitucionales completos de Plaza, Baquerizo y Tamayo, en el de Córdova se partió nuevamente el eje con la revolución juliana, en cuyo gobierno plural tomará parte el Dr. Isidro Ayora; pero los jóvenes militares tuvieron el buen acuerdo de dejar las vicisitudes del Poder a un civil, antes de que se encontrasen en un callejón sin salida o envueltos en las incómprensiones de una torre de Babel. Entregaron el 3 de abril de 1926 al Dr. Isidro Ayora, la cartilla de gobierno de las emociones homéricas con que habían soñado en hermosas noches de plenilunio y se fueron a casita.

El Dr. Ayora hizo labor de reforma en su administración, correspondiendo así a los anhelos de los jóvenes militares, en cuanto se relacionaba con la nueva organización bancaria y financiera del país. Contrató a la Misión Kemmerer para que trazara la nueva ruta económica en sus diversos aspectos y cuando ella entregó su voluminoso trabajo, lo puso en práctica por medio de decretos especiales de aplicación forzosa.

Una de las leyes sustanciales de la reforma financiera, hubo de ser la Ley de Bancos, por la cual las instituciones de carácter privado, ya no tenían la facultad para emitir billetes bancarios, sino una entidad con atribuciones únicas, y ésta era el Banco Central del Ecuador, que habría de ser en el futuro el banco de bancos, cuya misión fundamental sería la regulación del cambio monetario que con tanto interés se perseguía. Esta legislación, con algunas refor-

mas que se hicieron años después, está ahora en vigencia y ha logrado, efectivamente, librar al sucre de las tremendas arremetidas que antes experimentara en el mercado de divisas.

En medio del ejercicio de sus actividades creadoras el Dr. Isidro Ayora también perdió el control de magistrado y se fue por el atajo. Hubo persecuciones y carcelazos para quienes no estaban de acuerdo con su actuación y no aguantó la censura que le lanzaba la prensa. Por eso clausuró el diario "El Día", manchando su actuación liberal de antaño con ese paso que fuera condenado por la opinión pública.

Después de sus ensayos dictatoriales la asamblea constituyente lo eligió presidente constitucional de la República el 17 de abril de 1929 y gobernó hasta el 24 de agosto de 1931, en que tuvo que renunciar por presión militar.

Obras principales de la época del Dr. Isidro Ayora o sea las realizadas en esa época, son las siguientes:

Año 1926: inauguraciones: de los trabajos de enrieldura del ferrocarril Quito-Ibarra-Esmeraldas, mayo 24; en Guayaquil, de la Clínica Nueve de Octubre, junio 7; en Guayaquil, de la Escuela de Artes e Industrias para Mujeres, julio 9; de los servicios de luz eléctrica en Alausi, agosto 10; en Quito, del edificio del Banco de Préstamos, agosto 10.

Año 1927: inauguraciones: en Quito, de la Casa de Correos, mayo 23; de los trabajos de la carretera de Loja a Zaruma, junio 17; en Riobamba, del monumento a don Pedro Vicente Maldonado, junio 29; en Riobamba, del edificio del Colegio Maldonado, junio 29; del Banco Central del Ecuador, en Quito, el 10 de agosto; en Cotacachi, del Palacio Municipal, octubre 9; en Quito, de la planta pasteurizadora de leches, diciembre 24; en Quito, del Instituto Pérez Pallares, diciembre 31.

Año 1928: inauguraciones: en Quito, del Banco Hipotecario del Ecuador, febrero 9; en Quito, de la Caja de Pensiones, mayo 19; en Cayambe, del Ferrocarril del Norte, julio 8; en Riobamba, de los trabajos de canalización, julio 10; del servicio de luz eléctrica, en Machala, Pasaje y Puerto Bolívar, setiembre 24; en Otavalo, del Ferrocarril del Norte, octubre 31; en Riobamba, de la luz eléctrica popular, noviembre 11; en Riobamba, del Colegio Magdalena Dávalos.

Año 1929: inauguraciones: en Huigra, de la estatua del general Eloy Alfaro, febrero 17; en Guayaquil, del Palacio Municipal, febrero 27; en Ibarra, de la estatua de Federico González Suárez, abril 13; en Quito, de la nueva planta de teléfonos, abril 16; en Babahoyo, del nuevo hospital, mayo 27; en Ibarra, del Ferrocarril Quito-Esmeraldas, julio 17; en Ambato, de la nueva estación del Ferrocarril del

Sur, agosto 3; en Latacunga, del teatro de esa ciudad, agosto 10; en Pifo, de la luz eléctrica, agosto 22; en Quito, de los servicios higiénicos en varios lugares públicos, octubre 9; en Guayaquil, del muelle de pasajeros, octubre 12; en Quito, de los trabajos de la carretera Esmeraldas-Tiaone-Quinindé, noviembre 18.

Año 1930: inauguraciones: de la carretera de Pelileo a Baños, febrero 23; en Piñas, del servicio de luz eléctrica, febrero 19; de los servicios de luz eléctrica en Portoviejo, marzo 6.

\* \* \*

El Dr. Isidro Ayora deja el Poder el 24 de agosto de 1931 y lo asume, como Encargado, el coronel Luis Larrea Alba, quien es nombrado Ministro de Gobierno ante las circunstancias, a fin de que siguese el orden constitucional...

Larrea Alba ejerce la jefatura del gobierno hasta el 15 de octubre de dicho año, día en que también presenta la renuncia, después del fracaso de su aventura cuartelaria. Sube a la poltrona presidencial el nuevo Ministro de Gobierno, Dr. Alfredo Baquerizo Moreno, y actúa hasta el 27 de agosto de 1932, en que cae por el cuartelazo que proclama al señor Neptalí Bonifaz, desconociendo la resolución descalificadora del Congreso Nacional.

Y la pelota sigue pasándose, de mano en mano, en "encargos" de pocos meses o de pocos días, pero siempre manteniendo el orden constitucional, que no se desordena ni a balazos... Nombrado Ministro de Gobierno el señor Carlos Freile Larrea por el Dr. Baquerizo Moreno en agosto 28 de 1932, dura pocas horas en el mando y se separa tres días después o sea el 19 de setiembre, en plena batalla de los cuatro días. Terminada esta lucha sangrienta, asume el Poder el Dr. Alberto Guerrero Martínez, como último presidente de la Cámara del Senado, gobernando hasta el 4 de diciembre del mencionado año. La administración pública en pleno fandango de ambiciones, desvergüenzas, odios y sangre por todas partes.

## Juan de Dios Martínez Mera

Nace en Guayaquil el 9 de marzo de 1875.— Bachiller en 1895 en el Colegio Vicente Rocafuerte.— Terminó sus estudios de Jurisprudencia en la Universidad del Guayas.— Hombre de grandes merecimientos personales social y políticamente.— Secretario del Concejo de Guayaquil.— Concejal de dicho ayuntamiento en más de una ocasión.— Colector y Tesorero de Hacienda del Guayas.— Profesor y Vicerrector del Colegio Vicente Rocafuerte.— Gerente de Estancos.— Presidente de la Cámara de Diputados.— Ministro de Hacienda.—Presidente de la República del 5 de diciembre de 1932 al 19 de octubre de 1933.

Don Juan de Dios Martínez Mera llegó a la Presidencia de la República el 5 de diciembre del trágico año 1932, después de las elecciones que le dieran el mayor número de votos para el nuevo período constitucional.

El señor Martínez Mera habría sido un buen mandatario dados los conocimientos de que estaba adornado para ejercer el Poder a conciencia y con responsabilidad.

Desgraciadamente lo asumió en la época de asfixiante odiosidad multitudinaria que se dejaba sentir por todas partes. Era el rescoldo con fuego oculto que se encargaban de atizar manos interesadas o rencorosas, después de la batalla de los cuatro días.

El Congreso Nacional declaró permanente campaña al Presidente Martínez Mera, cuyo líder principal era el presidente de la Cámara de Diputados, Dr. José María Velasco Ibarra, quien hubo de acusar al señor Martínez Mera de ser producto de la última farsa electoral que le había dado 72.000 votos. No obstante, este mismo Congreso reconoció al Sr. Martínez como Presidente de la República. Por eso, el mandatario en su Mensaje a la Legislatura, decía: "... Al tomar posesión del mando el 5 de diciembre de 1932, con el asentimiento expreso vuestro, me reafirmo en los conceptos de mi Manifiesto Político a la Nación".

Las acusaciones contra el Ejecutivo menudearon a diario en el seno del Congreso Nacional. Se le acusó por ineficacia administrativa de no haber resuelto ninguno de los angustiosos problemas que afligen a la República; se le acusó de no haber dirigido con responsa-

bilidad la política internacional, ya que no debía haber tomado el camino de la neutralidad total tratándose del conflicto de Leticia, entre Colombia y el Perú. Y se le acusó hasta porque no asomaba a su cuartel un sargento de uno de los batallones que hacían la guarnición en Quito....

Por dos ocasiones se le insinuó la renuncia de su alto cargo, que el Presidente las rechazó por decoro personal y por no ser de ingerencia del Poder Legislativo tales sugerencias. Entonces el Congreso escogió el camino del boche diario: los votos de censura a los Ministros de Estado, ya individual, ya también colectivamente. El Congreso daba el voto de censura contra los Ministros y al día siguiente el Presidente designaba otros Ministros, flores de un día, para caer en la tarde del siguiente. Era el jueguito del quita y pon entre dos Poderes en pugna, con escándalo y vergüenza continental.

Prestigiosos ciudadanos pasaron por las horcas caudinas del Gabinete del señor Martínez Mera, que le dieron su apoyo en esta lucha demagógica del Congreso. Para no mencionar sino la Cartera de Gobierno, hemos de recordar algunos nombres como Manuel R. Balarezo, José María Ayora, Abelardo Montalvo, Enrique Gallegos Anda, Luis Enrique Escudero, Pedro L. Núñez, generales Francisco Gómez de la Torre y Luis A. Jaramillo, coronel Alberto C. Romero y otros.

Y como el Presidente se negara a toda insinuación para dejar vacante la Presidencia y los votos de censura no dieran ya el resultado que anhelaban los dirigentes de esa política de eliminación diaria de cabezas humanas, cambiaron de escenario y afrontaron el caso a fondo. Se fueron a la destitución y, en esta vez, acusándole de haber intentado un golpe dictatorial para disolver al Congreso. Mientras tanto el país iba convulsionándose, en arrebatos de un nuevo derramamiento de sangre.

El 17 de mayo se insurreccionaban en Riobamba tres batallones, que fueron sometidos a la disciplina después de breve tiroteo con las tropas que salieron de Quito. En el Colegio Militar se presenta un movimiento de rebelión y el Ejecutivo tiene que disolverlo. También en Alausi, el 21 de setiembre, se produce un intento revolucionario sin ramificaciones que fenece ante la presencia de la tropa armada. No había pasado un año de la batalla de los cuatro días y nuevamente la política hacía su obra destructora en la conciencia nacional.

Y al fin el Senado que estaba presidido por el Dr. José Vicente Trujillo, aprobó, el día 17 de octubre de 1933, a las 11 de la noche, la siguiente moción: "El Senado del Ecuador, en vista de la aprobación de los informes de las comisiones que han estudiado las acusacio-

nes interpuestas contra el Presidente de la República, señor Juan de Dios Martínez Mera, por el diputado doctor Joaquín Dávila, las mismas que fueron aceptadas por la honorable Cámara de Diputados, y atentas las disposiciones contenidas en los artículos 30, numeral 2, 40, 80, 84 y 85, priva legalmente del cargo de Presidente de la República al señor Juan de Dios Martínez Mera, y, en consecuencia, declara vacante el indicado cargo, particular que se comunicará al señor Ministro de Gobierno para los efectos previstos en el artículo 81 de la Constitución de la República". Acto seguido, el Presidente del Congreso, dijo: "En nombre del Senado de la República, declaro vacante el cargo de Presidente de la República".

El Senado instruyó de inmediato al Ministro de Gobierno, Dr. Abelardo Montalvo, para que se posesionara enseguida de la Presidencia de la República, como encargado, de acuerdo con el precepto constitucional.

Fueron legales los votos que llevaron a la Presidencia al señor Martínez Mera? Si lo fueron, nada tenía el Congreso que hacer con el Ejecutivo para tratar de sacarlo de su alta situación, pues no tenía facultad para ello. Si no lo fueron, el Congreso debió haber conocido esa situación antes de que tomara posesión y él mismo lo aceptase como a Presidente de la República.

Sea cualquiera el ciudadano a quien se descalifique, jamás estaremos por estas medidas drásticas de ciertos congresos que se salen de las normas legales para conmocionar a la República, a guisa de puritanismos personales que padecen insinceridad en el fondo y que no significan otra cosa que el aprovechamiento de situaciones especulantes para el logro de ambiciones deslayadas, a cambio de escándalo y desasosiego general.



## José María Velasco Ibarra

Nace en Quito el 19 de marzo de 1894.— Doctor en Jurisprudencia, egresado de la Universidad Central.— Periodista y escritor, popularizó el seudónimo de Labriolle.— Autor de varios libros de orientación filosófica y política.— Profesor universitario, actúa no sólo en el país sino en varios centros de importancia en América.— Diputado por Pichincha en 1932.— Presidente de la Cámara de Diputados en 1933.— Presidente de la República del 19 de setiembre de 1934 al 20 de agosto de 1935; de mayo 31 de 1944 al 23 de agosto de 1947; y de setiembre 19 de 1952 al 31 de agosto de 1956.

Después de los sucesos del año 1933 un grupo de ciudadanos lanza su postulación para la Presidencia de la República y el Dr. Velasco la acepta y se dedica a la propaganda con el apoyo del partido conservador que resuelve, por tal motivo, no lanzar candidato propio. Realizanse las elecciones en los días 14 y 15 de diciembre de 1933, obteniendo mayoría de votos sobre sus contendores don Carlos Zambrano Orejuela por el socialismo y Ricardo Paredes por el sector comunista. En Guayaquil se lanza la candidatura del Dr. Carlos Arroyo del Río por algunos liberales, pero luego la retira el mismo candidato, es decir que ese año no tuvo candidato alguno el partido liberal. Las elecciones se han realizado en toda la República con entera libertad, mereciendo las más entusiastas felicitaciones el Dr. Abelardo Montalvo, prestigioso ciudadano liberal, que actúa como Encargado del Poder, desde la caída del señor Martínez Mera.

El Dr. Velasco Ibarra lleva a la Presidencia el aporte de su prestigio intelectual. Hombre de ideas, hará en el Poder una administración rectilínea afianzando los conceptos de libertad y de respeto al pensamiento del hombre, sea cual fuese su modo de pensar. Mas, si a poco manifiéstase bien intencionado para afrontar los más grandes problemas nacionales, su temperamento violento, emotivo, lo confunde y lo pierde muchas veces. En todo caso ya se ha manifestado así a la ciudadanía y aunque rectifica, luego, los pasos precipitados, no todos puede rectificar y dejará la huella de su violencia para el comentario público.

\* \* \*

Y así pasa el tiempo. El Presidente Velasco Ibarra está haciendo obra, pero la está haciendo con el un pie en régimen de facto y con el otro en régimen constitucional. Para el 20 de agosto de 1935, ya se ha producido un acto inesperado y audaz de parte del Presidente Velasco. Con la concurrencia del batallón Chimborazo se corre un bando con texto de decreto hábilmente disimulado en la forma y de no fácil comprensión inmediata, por el cual se le ocurre asumir todos los poderes del Estado para el mejor desarrollo de los problemas de reconstrucción nacional en que está empeñado el gobierno.

Desde el primer balcón del Palacio da lectura del instrumento oficial el notario señor Carlos A. Moya. Y esto, ¿qué es?, se preguntan los civiles que lo escuchan, mientras los soldados lanzan miradas escrutadoras por todas partes. Termina la lectura el notario y el público comenta de inmediato que lo que acaba de leerse no es otra cosa que la asunción de poderes dictatoriales. El batallón da vuelta a la plaza, como es costumbre en tales casos; pero no se detiene en la esquina, frente a la casa municipal, para una segunda lectura y el escribano Moya se queda plantado en ella sin poder cumplir con este requisito. El batallón sigue su marcha por la calle Venezuela con rumbo al norte, mientras le sigue un numeroso grupo de obreros con sello oficial que da vivas al Ejército y al "hombre sin mancha", refiriéndose al Presidente Velasco.

Mas, al llegar el batallón frente al edificio del diario "El Día", donde veíamos el desfile militar, desde uno de los balcones con el Director del diario, señor Ricardo Jaramillo, el Teniente Coronel Carlos Suárez, nos mira y saluda con una venia de cabeza, levanta la espada en alto y dando cara a la unidad, grita con voz sonora: "Batallón, viva la Constitución, abajo la dictadura"!.... Oficiales y tropa secundan el grito con manifiesta emoción y suben, con los fusiles cargados y llevándolos en balanza, la pendiente de la calle Venezuela que se dirige por la basilica rumbo al cuartel, en el Sanatorio Rocafuerte. Los manifestantes que seguían las pisadas de los soldados vivándoles, se esfuman y cada cual toma precipitadamente el camino que le conviene.

Horas más tarde el Dr. Velasco había caído del Poder, porque todas las unidades de la guarnición de Quito hubieron de secundar el rechazo público que diera al decreto dictatorial el batallón Chimborazo.

\* \* \*

El Dr. Antonio Pons asumió la Presidencia de la República, en

su situación de Ministro de Gobierno y renunció a ella el 25 de setiembre de 1935, entregando el Poder en manos del Ejército, como guardián del orden público, a fin de que pusiese paz en el torbellino político que amenazaba sumir a la República en torbellino de ambiciones desenfrenadas.

Como los representantes del Ejército ofrecieran al Dr. Pons su decidido apoyo para que asumiese las funciones supremas del Estado y él se negara a ello, insistentemente, se convocó una junta de civiles y militares que hubo de reunirse al día siguiente para considerar la situación. Después de analizar a varios ciudadanos, la junta dio su apoyo para que se encargase del Poder el ingeniero Federico Páez. El señor Páez aceptó el encargo y se posesionó inmediatamente del mando supremo de la República.

Al señor ingeniero no le sentaron bien las alturas. Hombre conflado y complaciente, dio a sus amigos la manga ancha de la túnica, con derroche manifiesto de fondos públicos y se fue por el atajo del abuso: prisiones, destierros y coerción y mordaza a la prensa. Clausuró dos diarios de gran prestigio nacional y continental: "El Día" de Quito y "El Universo" de Guayaquil, con fútiles pretextos. Y el 22 de octubre de 1937, su Ministro de Defensa Nacional, coronel Alberto Enriquez, dio buena cuenta de él botándolo del Poder.

\* \* \*

El general Enriquez subió con grandes pujos democráticos, dejó el Código del Trabajo, un anhelo y una defensa para la estabilidad de los trabajadores y empleados, pero también una ley que ha sido objeto de grandes censuras, porque se ha prestado a la consecución de muchos abusos. Tuvo un gesto desinteresado y republicano, que se le reconoce hasta ahora: no quiso alargarse en el Poder y lo entregó a la Convención que fuera convocada y reunida por él.

Luego pasan por la jefatura del Estado el Dr. Aurelio Mosquera Narváez, el Dr. Carlos Arroyo del Río que termina con la revolución del 28 de Mayo de 1944 y nuevamente el Dr. José María Velasco Ibarra que se encontraba en Colombia y que fuera llamado por el pueblo para entregarle el gobierno de la Patria.

\* \* \*

El Dr. Velasco Ibarra sube esta segunda vez al solio presidencial el 31 de mayo de 1944, como encargado del Mando. Es recibido con grandes aclamaciones por todos los partidos políticos y se presenta como hombre tolerante para todas las ideologías. Tiene la

frase de consolación y aplauso para conservadores, como para liberales, socialistas o comunistas. El Dr. Velasco habría podido hacer en esta ocasión un gobierno excelente, escogiendo los mejores hombres de entre todos los partidos, pero no fue feliz en la selección y volvió a la práctica de algunas intemperancias, dado su carácter fosfórico y ligero.

Así y todo no se puede negar que el Dr. Velasco Ibarra siguió haciendo obra constructiva: vialidad, educación pública, fuerzas armadas, fueron su norte. Y entre las fuerzas armadas la aviación, porque el Dr. Velasco es hombre de las alturas. El Dr. Velasco goza con la altura. Su meta está a muchos kilómetros sobre la cresta andina, no le teme ni al soroche. Le gusta volar, no importe que el aparato sea primitivo o con las seguridades modernas, vuela en cualquier aparato sin medir el peligro....

En esta vez el Dr. Velasco por poco se queda al margen después de breve interinazgo, porque el Dr. Manuel Elicio Flor, candidato de los conservadores y de ciertos independientes en el seno de la Convención Nacional que debía elegir Presidente de la República, tenía amarrada la cabalgadura. Mas, sucedió que los soldados hicieron sonar las culatas de los fusiles en el sagrado recinto, los tanques se dieron un paseito por las calles de Quito y, nerviosos los señores conservadores, dieron sus votos por el Dr. Velasco, dejando al Dr. Flor con las narices largas y su gabinete listo a entrar en funciones, no obstante el juramento que habían prestado a puerta cerrada en una tenida amigable la víspera de la fiesta. El pobre Dr. Flor, desde entonces, no tuvo sino que buscar un rinconcito en una oscura sala de la Corte Suprema de Justicia....

El Dr. Velasco tampoco terminó esta vez el período presidencial, no porque hubiese intentado el vuelo dictatorial de la vez anterior, sino porque el Ministro de Defensa, coronel Carlos Mancheno, resolvió "darle por terminadas sus funciones". Cayó de la Presidencia el 23 de agosto de 1947.

\* \* \*

El coronel Mancheno que asumió el Poder en la fecha indicada no duró sino pocos días. Las frutas se le movieron antes de que estuviesen maduras. Y él pudo repetir a conciencia aquello de "nos vemos las caras menos los corazones", y hubo de renunciar el 3 de setiembre del mencionado año.

Por precepto constitucional se encargó del Poder el Dr. Mariano Suárez Veintimilla en un gobierno pígameo de 14 días, es decir del 3 al 16 de setiembre.

Y como no quiso dar ocasión para que se dijese que los conservadores habían captado el Poder, el Dr. Suárez Veintimilla lo entregó al señor Carlos Julio Arosemena en setiembre 17 de 1947, gobernando dicho caballero hasta agosto de 1948, que lo recibió el señor Galo Plaza Lasso.

\* \* \*

Concluida la administración del señor Plaza, vuelve al Poder por elección popular el Dr. Velasco Ibarra, el 1º de setiembre de 1952, terminando en paz el periodo completo, es decir el 31 de agosto de 1956.

Para juzgar la obra de conjunto realizada por el Dr. Velasco Ibarra en el Poder será necesario del análisis sereno, meditado y justo. Y ese análisis habrá de decir que su obra total fue bien intencionada y constructiva, no obstante sus deslices y atropellos a la libertad de expresión, que siempre habrán de ser condenados severamente, como el ataque al periodista Lic. Alejandro Carrión y la clausura de periódicos. Si en su administración anterior fue empastelada la imprenta del diario socialista "La Tierra", en la última fueron silenciados, aunque temporalmente, "El Comercio", "Ultimas Noticias" y Radio Quito, en nuestra Capital, y "La Nación" y "La Hora" en Guayaquil. Estas medidas de violencia resultaron inútiles y contraproducentes para los fines que habriase propuesto el gobierno con tales hechos.

Las obras de relieve realizadas por el régimen velasquista en sus administraciones habrán de encontrarse, como ya lo dijimos, especialmente en los ramos de vialidad, educación y fuerzas armadas.

Dos carreteras principiadas y terminadas por el Dr. Velasco Ibarra fueron la Girón-Pasaje y la Durán-Tambo, las cuales, luego, han sido sometidas a trabajos de perfeccionamiento. Y resumiendo la obra vial de 1952 a 1956 —según detalle del mismo Presidente— tenemos los siguientes datos: construcción nueva no asfaltada, 160 kilómetros; mejoramiento, 750 kilómetros; caminos pilotós, 437 kilómetros. El programa total del Plan Vial comprende lo siguiente: construcción nueva no asfaltada, 775 kilómetros; construcción nueva asfaltada, 631 kilómetros; mejoramiento, 1.039 kilómetros. Se han terminado 24 puentes con una longitud total de 1.132 metros". Y se añade que "hasta el año de 1952 el total de carreteras construídas en 120 años fue de 2.400 kilómetros" y en la administración que nos ocupa el total de kilometraje construído en las diversas carreteras del país, llegó a 491. El Ministro de Economía del Dr. Velasco, señor Federico Intrilago Arrata, en su opúsculo "Una medida económica de

gran alcance nacional", afirma que "el total de tierras incultas incorporadas a la producción, como resultado del Plan Vial, asciende a 185.200 hectáreas con un valor permanente del suelo incorporado de s. 77'280.000. Estas tierras producirán en banano, café, cacao, arroz en un futuro promedial de cinco años, a partir del primer cultivo, la suma mínima de 1.852 millones de sucres".

En el ramo de Educación de 440 escuelas proyectadas, se terminaron hasta agosto de 1956, 346 y tres grandes locales en construcción: para el Colegio 24 de Mayo de señoritas en Quito, con un costo de 7 millones de sucres; para el de señoritas, Ambato, con el de 4 millones; y para el Eloy Alfaro de Bahía, con el costo de 2 millones de sucres. Desde 1952 hasta 1956 fueron aumentados 600 profesores al plan oficial de Educación registrándose, además, el aumento de sus remuneraciones.

En cuanto al Ejército se anota la construcción de nuevas dependencias, un pabellón completo en el Hospital Territorial N° 2, campamentos militares con un total de 30.000 metros cuadrados de construcción; compra de dos unidades navales para la defensa de nuestros mares y de 6 lanchas patrulleras; construcción de locales para la Escuela de Especialidades Navales, de la gobernación marítima del Archipiélago de Colón, dos pabellones para la Escuela Naval; y ampliación con talleres del Arsenal Naval; compra de aviones Douglas C-47 de transporte, de bombarderos "Camberra" de propulsión a chorro, de aviones "Meteor" de propulsión a chorro; luego construcción de hangares, plataformas, dos aeropuertos militares, etc. Además, se ha dotado de armamento moderno de toda clase al Ejército y se les ha asignado apreciables remuneraciones a jefes, oficiales y soldados, quienes cuentan ahora con mejores rentas para el retiro y, especialmente, con el Seguro de Cesantía Militar que constituye, francamente, una prebenda especialísima para la clase militar por las grandes cantidades que recibe cualquier miembro del Ejército o de la Policía que se retira del servicio, las cuales tienen una desproporción considerable con las limitadas y pobres que recibe el ciudadano civil que deja su empleo.

## Aurelio Mosquera Narváez

Nace en Quito en agosto 2 de 1883.— Bachillerato en 1899.— Doctor en Medicina, el 13 de enero de 1906.— Profesor universitario, 1907 y 1912.— Diputado por Pichincha, 1914-1915 y 1928-1929.— Consejero de Estado, 1925.— Rector de la Universidad Central, 1929 al '32.— Presidente del Sindicato Médico de Quito, 1928.— Diputado y Vicepresidente de la Cámara de Diputados, 1930 al 31.— Vicepresidente del Senado, 1935.— Presidente de la Junta Provincial Liberal de Pichincha, 1932 al 36 y de la Junta Suprema en 1935.— Presidente de la República del 2 de diciembre de 1938 al 17 de noviembre de 1939.— Murió en Quito el 17 de noviembre 1939.

La Asamblea Constituyente reunida a raíz de la dictadura breve del general Alberto Enriquez inició sesiones el 10 de agosto de 1938 y estuvo integrada por 19 liberales, 14 conservadores y 20 socialistas, es decir, de 53 diputados que estuvieron presididos por el Dr. Francisco Arizaga Luque.

Uno de los primeros actos de dicha Asamblea fue designar para Presidente interino de la Nación al doctor Manuel María Borrero, quien duró cuatro meses en tal ejercicio y tuvo que presentar la renuncia el 1º de diciembre del mencionado año "por el estado de intranquilidad política en que se encuentra el País". El Dr. Borrero tuvo un gesto loable de desprendimiento, pero no quiso concretamente decir cuál era, en verdad, la razón para separarse del cargo. Y la razón hemos de encontrarla en las sesiones demagógicas e insustanciales de la misma Asamblea que se dedicó a hacer política en una forma inconducente y necia, con planes verbalistas y rencorosos donde florecía solo el afán de imponer cada grupo su criterio predominante sobre el contrario.

La renuncia del Dr. Borrero provocó una borrascosa sesión de carácter permanente o sea "hasta dejar terminado el problema político". Entre gallos y medianoche, brotó un desplante grotesco de uno de los oradores y el bloque conservador abandonó la sala. La comisión nombrada para hacerle volver, no tuvo resultado alguno y los señores conservadores no regresaron. Y continuó la sesión para designar Presidente. El bloque socialista tenía mayoría a esas horas

y de haber sido un partido organizado y preparado, esa noche habría tocado clarinadas de triunfo en el Poder; pero resultó que, en definitiva, hubo mucha palabra y pocas nueces... Dos candidatos flotaban en el ambiente: el Dr. Carlos Arroyo del Río y el general Enriquez. A la hora del segundo canto del gallo, fueron rechazados ambos: aquél por ser abogado de compañías extranjeras; éste, por haber sido dictador....

Mientras tanto el tiempo avanzaba y los flamantes legisladores, después de tanto hablar y hablar, ni siquiera habían encontrado coco propio para ese hueco... De pronto alguien suelta el nombre del Dr. Aurelio Mosquera Narváez y todos dicen amén... Las 3 de la madrugada entre un poquitín de garúa y otro de viento helado, después de dar fuertes golpes al portón de la casa del distinguido médico quiteño, los comisionados para dar la buena nueva logran que se les abra y penetran al dormitorio para despertarlo a grandes gritos y exclamaciones y pedirle que se vistiese ya mismito, porque le esperan de urgencia en el Palacio para posesionarle de Presidente de la República.

El Dr. Mosquera cree estar soñando y trata de volverse al costado opuesto para continuar el sueño... Mas, le hacen incorporar, se viste y no deja de mirar a los visitantes madrugadores, como tratando de interrogarles con la vista si es broma de inocentes o secuestro mal intencionado. Y cuando minutos después se encuentra ya en la sala de las sorpresas, no tiene más remedio que prestar en ese instante la promesa constitucional y luego, expedir el primer decreto de su gobierno, asumiendo las funciones del Poder Ejecutivo en el carácter de Presidente Constitucional de la República.

Pero la paz no ha sido asegurada ni el orden ha encontrado cauce propicio para hacer buen gobierno. La Asamblea sigue dando fuego a troche y moche y expidiendo decretos a su antojo con dedicatoria. El Presidente Mosquera, a poco, rechaza un decreto y pide a la Asamblea un poco de orden y de respeto a las leyes vigentes. Los "honorables" se enfadan con el Presidente y le amenazan, pero el Presidente se enfunda y los disuelve con fuerza armada, a los 12 días de haber tomado el Poder. En esa misma fecha convoca a elecciones de Senadores y Diputados para los días 15 y 16 de enero próximo. El Congreso Nacional se reúne el 1º de febrero de 1939 y declara vigente la Constitución de 1906. Este Congreso que tuvo el carácter de Extraordinario, en 28 días de sesiones aprobó varias leyes pendientes y fueron enviadas al Ejecutivo para su sanción. Entre ellas: la Ley de Elecciones, Ley Orgánica de las Fuerzas Armadas, Ley Orgánica de Carabineros, Reformatoria de la de Escalafón del Magisterio, la que crea fondos para las Municipalidades de la Re-



pública, la de reforma a la de Pensiones de Militares Retirados y la de reforma de las pensiones de Montepío Militar, reforma del Código de Menores, etc.

En los pocos meses de gobierno el Dr. Mosquera aumentó el número de Normales Rurales, creó 135 escuelas primarias. En vialidad continuó prestando atención a la carretera troncal en la sección Cuenca-Cajabamba, Santo Domingo-Chone, así como a la infraestructura de los ferrocarriles Ibarra-San Lorenzo y Tambo-Cuenca. Las dictaduras habían dejado al país esquilmo y sólo se podía contar con la buena voluntad y los pocos recursos que caían en el Tesoro para poder hacer algo.

La vida del apreciado médico quiteño se eclipsó en las primeras horas del 17 de noviembre de 1939, a consecuencia de grave dolencia que le produjera su agotamiento orgánico, y en pleno ejercicio del Poder.

## Carlos Arroyo del Río

Guayaquileño de nacimiento.— Estudios secundarios y superiores en Guayaquil.— Doctor en Jurisprudencia en agosto 3 de 1914.— Secretario de la Dirección de Estudios y de la Gobernación del Guayas.— Secretario del Concejo Municipal de Guayaquil de 1917 al 18.— Presidente del Ayuntamiento de Guayaquil, 1921-1922.— Profesor de la Universidad de Guayaquil.— Diputado 1922-1923.— Presidente de dicha Cámara 1923.— Presidente del Senado, 1939.— Presidente de la República del 1º de setiembre de 1940 al 28 de Mayo de 1944.

Vigente la Constitución Política de 1906 que dispone que el último Presidente del Senado subrogará al Presidente de la República en caso de vacancia, a la muerte del Dr. Aurelio Mosquera Narváez, se encarga del Poder el Dr. Carlos Alberto Arroyo del Río, quien está en el ejercicio de ese alto cargo y actúa desde noviembre 17 a diciembre 10 de 1939. Se separa en esa fecha por renuncia, encargándose del Ejecutivo el Presidente de la Cámara de Diputados, Dr. Andrés F. Córdova, durando en tales funciones hasta el 9 de agosto de 1940.

Instalado el Congreso Nacional y electo Presidente del Senado el señor Julio E. Moreno, asume el ejercicio del Poder Ejecutivo en agosto 10 y lo ejerce hasta el 31 de agosto de 1940, en que vence tal facultad por precepto constitucional.

El Dr. Carlos A. Arroyo del Río que ha obtenido el mayor número de sufragios en las últimas elecciones ha sido calificado por el Congreso Nacional y asume las funciones de Presidente Constitucional de la República el 1º de setiembre de 1940 y cae del Poder el 28 de Mayo de 1944 por el golpe revolucionario militar que estalla en Guayaquil en esa fecha, en combinación con elementos civiles de ralgambre popular.

• • •

El señor doctor Carlos Arroyo del Río, gran orador, poeta fecundo y escritor elocuente y castizo de bien ganada fama en la República y en el exterior, no resultó, sin embargo, un modelo de gobernante. Hombre de temperamento agrío, cobrado de sí mismo,

despótico con la generalidad de las gentes no gozó en la Presidencia de simpatías populares. La campechanería, el don de gentes suelen impresionar bien donde quiera y el Dr. Arroyo del Río no poseyó estas cualidades.

Gobernó con las facultades omnímodas y la prensa no gozó de completa libertad, porque estableció el control de publicaciones, muchas de las cuales si no eran rechazadas al menos pasaban por el matiz de la observación y el pulimento. La Policía Nacional fue militarizada con desmedro de sus funciones específicas, sin duda con buena intención inicial; pero, luego, se convirtió con el nombre de unidades de Carabineros, en otra fuerza armada que produjo recelos y resistencias en el Ejército. Para los días sucesivos la antipatía será manifiesta entre sí y habrán de producirse rozamientos visibles entre las dos instituciones armadas. La revolución que estallara en Guayaquil el 28 de Mayo de 1944, en que las unidades militares de la plaza batieran a las de Carabineros en esa ciudad, con el saldo de numerosos muertos y heridos, nos releva de hacer mayores consideraciones al respecto.

\* \* \*

El Dr. Arroyo del Río vino a la Presidencia en una época difícil para hacer buen gobierno. Pesado ambiente político interior con intereses personales que se jugaban la primacía del Poder, en una campaña insensata de odiosidades y ambiciones mezquinas. Trató de ser el disciplinador de mano fuerte y no consiguió sino la agravación del problema interno.

Pocos meses habían transcurrido desde la toma del Poder por el Dr. Arroyo, y ya se presentaba, amenazante y tremendo, el problema internacional. El militarismo peruano que venía acechando la situación de trastorno casi permanente desde la batalla de los cuatro días, creyó llegada la oportunidad de imponer con las armas una solución definitiva al viejo conflicto fronterizo. Comenzó a movillar sus tropas astuta y periódicamente a los sitios fronterizos con Ecuador, estableciendo cuarteles generales en Tumbes y Paíta. Había movillización peruana de tropas y elementos bélicos de toda clase y esa movillización, harto visible y sospechosa, no llegó a intranquilizar siquiera al gobierno ecuatoriano, por mucho que la prensa la denunció repetidamente.

Y un buen día se supo desde la Argentina que el ejército peruano invadiría al Ecuador en el mes de mayo próximo, es decir en el mismo año 1941. El gobierno ecuatoriano no sabía nada, aunque en América se comentó el rumor. Los países mediadores interroga-

ron y la agresión fue aplazada para fecha próxima. El plazo fue corto. El gobierno peruano no iba a quedarse con el gasto hecho y habría dado instrucciones para que se formaren los incidentes que son ya de todos conocidos en determinados sitios de la frontera de El Oro y Loja en el mes de junio y en los primeros días de julio del año indicado.

El ejército peruano abrió los fuegos, efectivamente, el día 5 de julio sobre las guarniciones ecuatorianas de la frontera, compuestas de soldados mal armados y desnutridos, sin contar siquiera con las medicinas del caso para curar a sus enfermos. El paludismo y la disentería diezaban por momentos la vitalidad de esos pobres hombres que contestaron los fuegos, no obstante, y se mantuvieron firmes por varios días, peleando con un ejército que atacaba con toda clase de armas y que era en número enormemente superior.

La vigilia fue larga y sin descanso para la tropa ecuatoriana que defendía sus posiciones, sin retaguardia que la reemplazara en la lucha. El contingente anunciado de tropas frescas no llegó nunca a la frontera. Lo que llegó a El Oro no fue sino un batallón de reservistas y carabineros de Guayaquil para reemplazar a los combatientes, ya agotados en la acción de vanguardia. Mientras tanto en las ciudades principales del país, seguían haciendo las guarniciones de paz, como si nada estuviese pasando en la República, varias unidades de línea que ansiosamente habían solicitado la facultad de marchar a la frontera para luchar con el enemigo. Ante el mutismo del gobierno, se produjo en uno de esos batallones un conato de sublevación para obligar a la superioridad dictase la orden de marcha. Pero nada pudo conseguirse, porque esas tropas veteranas sólo estaban para cuidar el orden público....

En Quito las cosas eran de una penuria que horrorizaba. Producida la invasión, el gobierno designó al coronel César Aníbal Maldonado para Intendente del Ejército y con la consigna de preparar inmediatamente lo necesario para 10.000 hombres. Maldonado fue al Parque Militar y solo encontró un terno kaki y varios cascos de acero. El Parque Militar de Quito estaba vacío. Y con el inicio de una guerra internacional.... En esos días un batallón rindió en la plaza de la Independencia los honores reglamentarios en la presentación de credenciales de un diplomático. Llevaban todos los soldados buenos cascos de acero, pero unos tenían chaquetas azules y pantalones de color kaki, otros vestían chaquetas kakis y pantalones azules. Era la mejor manifestación de la miseria que confrontaba el Ejército Nacional, porque, además, varios pantalones llevaban parches visibles en las rodillas y en las partes de atrás....

El coronel Maldonado cayó vehemente y enérgico sobre las fá-

bricas de tejidos de la ciudad y cargó con toda la tela que pudo para cumplir la orden recibida, girando comprobantes bajo su responsabilidad. Tomó por su cuenta varios centenares de costureras de los diversos barrios y los uniformes fueron entregados a las pocas horas de haber recibido las telas. Esos uniformes de diverso matiz vistieron algunas unidades llamadas al servicio, las cuales fueron disueltas de inmediato por exigencia de los gobiernos mediadores que comenzaban a actuar para que no continuase el conflicto.

\* \* \*

Dura campaña se hizo al Presidente Arroyo por el desastre fronterizo, que culminó el año siguiente con la imposición del Protocolo de Río de Janeiro. Ceñura merecida en parte, pero no totalmente. El desastre fronterizo fue el fruto de la imprevisión, de la indolencia de muchos dirigentes de la cosa pública que vino arrastrándose desde años anteriores. Nadie en este país pensaba que en pleno siglo XX podía producirse una agresión militar en América, después de que en varias conferencias Panamericanas se había condenado la conquista de territorios por medio de la fuerza y se rubricaba, cada vez, en esos documentos, el respeto al derecho y a la herencia territorial de los pueblos pequeños. Y, sin embargo, para baldón de América, el hecho se consumó, y con la amenaza de las bayonetas enemigas, se obligó al Ecuador a que firmara en Itamarati la cesión de extensos territorios que habrían de pasar al dominio de los invasores.

La defensa nacional tuvo en el Congreso de 1939 la suma de s/. 29'414.044,00. Desde entonces siguió bajando la partida en los años sucesivos, hasta que en 1941, bajó a s/. 24'676.930,00. Esa cantidad era para el sostenimiento del personal, equipo, compra de material bélico, etc. De esa cantidad, s/. 200.000,00 fueron destinados para las guarniciones de El Oro, cuyos soldados hasta carecían de zapatos...

La Escuela Naval había sido suprimida por economía y la situación de nuestros buques en 1941 era la siguiente: el "Alfaro" estaba en malas condiciones; el "Calderón" (antiguo "Cotopaxi") cargaba a sus espaldas 50 años de edad; y el pequeño aviso "Atahualpa" fue incorporado a la "Armada", a pesar de que no tenía siquiera completas sus instalaciones. El "Alfaro" fue reparado en Panamá a fines de 1940 con "el gasto de algunos miles de dólares".

Y en aviación, ¿cuál era el aporte del País el año 1941 para enfrentar a las escuadrillas peruanas que atacaban a mansalva? "El material aéreo se encontraba en condiciones de deterioro absoluto —dice el Mensaje Presidencial al Congreso de 1942—, no había aparatos de entrenamiento, menos de combate"...

Tal era la situación de las fuerzas armadas del Ecuador el año de la agresión peruana. Pero es preciso dejar constancia que el gobierno del Presidente Arroyo del Río sí gestionó la adquisición de material bélico en los Estados Unidos. El Embajador Colón Alfaro, en 30 de abril de 1941, comunicaba al Presidente de la República que de conformidad con las recomendaciones hechas por las Misiones, se había resuelto señalar para el Ecuador una suma apreciable con aplicación a la Ley de Ayuda para obtener elementos bélicos destinados a la defensa continental. Mas, los días se pasaron y el armamento ofrecido desde Estados Unidos no llegaba, "porque no estaban listos los aspectos de trámite"...

Las gestiones para obtenerlo seguían en Washington. Se consumó la invasión peruana y, luego, la imposición de las armas vencedoras y el soñado armamento de yanquilandia no se lo vio por ninguna parte... En carta de 16 de setiembre del año fatal, el embajador Alfaro, decía al Presidente Arroyo del Río: "No solamente hasta el 12 de setiembre, fecha de su carta, sino hasta este momento, las diez de la noche del 16, no se ha podido obtener nada de armamento, a cuenta de este préstamo". Esa cuota por razón de Lend Lease que se conformaba en la tal Ley de Ayuda de Estados Unidos, nos resultó la carabina de Ambrosio, porque no sirvió para defendernos de la agresión. Los puntales llegaron cuando ya la casa estaba en el suelo...

"Mi discreción —dice en su Mensaje de 1942 el Presidente Arroyo— no me permite decir más. Quiero, únicamente, agregar que las listas definitivas del material bélico que solicitamos por razón de Lend Lease, estuvieron concluidas cuando era Ministro de Defensa el señor coronel Guerrero y Comandante Superior el señor coronel Romero".

El Presidente Arroyo tuvo que afrontar otros graves problemas como consecuencia del conflicto armado con el Perú. El principal fue el de los refugiados de El Oro, como consecuencia de la invasión militar peruana a esa provincia. El Gobierno tuvo que atenderlos con alojamiento, vestuario, viveres, etc. Fueron \$ 2'085.582,22 los gastos en atender a los refugiados.

Y, luego, otro suceso inesperado que tuvo que afrontar ese gobierno, fue el del terremoto que conmovió a Esmeraldas, Manabí, Guayas, Imbabura y Bolívar, con inmediata demanda de gastos para los damnificados. Más de un millón de sucres fueron destinados para tal finalidad.

No obstante, es preciso reconocer que ese gobierno entró con pie derecho en el arreglo de la Hacienda Pública. Los Presupuestos de

1938 y 1939 cerraron con apreciables déficits de varios millones de sucres, pero en 1940 y 1941 esos déficits bajaron apreciablemente. Al 30 de junio de 1942, se informaba que lo recaudado llegaba a s/ . . . 58'227.144,42 y lo gastado a s/ 55'888.385,72, "de manera que existe siempre un saldo que se cuida de conservar en favor de las recaudaciones y éstas se aproximan en el semestre, a la parte proporcional del monto a que asciende el Presupuesto para el año 1942", decía el informe oficial.

\* \* \*

Entre las obras que merecieron la atención especial del gobierno que nos ocupa, precisa mencionar las siguientes: la reforma de la Ley del Seguro Social, dándole la solidez y buen servicio que antes no tenía por errores de financiación y de cálculos actuariales. Adquirió o construyó edificios para los Ministerios del Tesoro y de Economía, también para el Museo Nacional de Bellas Artes y creó el Instituto Cultural Ecuatoriano, que luego tomó el nombre de Casa de la Cultura Ecuatoriana.

En el ramo de Educación Pública, se destaca la Universidad de Loja y la creación de los Colegios Juan Pío Montúfar en Quito y Colegio Nacional de Señoritas, en Riobamba; dio local independiente al Instituto de Pedagogía de Guayaquil, que antes funcionaba anexo al Colegio Vicente Rocafuerte; local adquirido, así mismo, para el Colegio de Esmeraldas; apoyó con 100.000,00 sucres a los talleres de la Escuela Central Técnica de Quito; también fueron creados los Colegios de Atuntaqui y de Zaruma. De 1942 a 1943 fueron creados más de 30 establecimientos de educación primaria y en este último año fue destinada la suma de un millón y medio de sucres para construcción de edificios para escuelas rurales.

Se planificó la construcción de cuarteles para las unidades militares y se inició al norte de la ciudad, en Quito, la construcción del primer cuartel modelo, que hoy es ocupado por el batallón de infantería Vencedores; el nuevo local para Escuela de Aviación, totalmente terminado con la ayuda de la Misión norteamericana; incremento de la marina con adquisición de las naves "Diez de Agosto", "Nueve de Octubre" y "Cinco de Junio".

En el ramo de vialidad se registra lo siguiente: trabajo del tramo de la carretera Panamericana, entre Cuenca y Loja; trabajos de la carretera Piedras-Buenaventura; trabajos de la vía Durán-Tambo.

Una mejora de especial importancia para el País fue la inauguración del servicio radiotelefónico internacional; así como el estudio de las propuestas para el establecimiento de nuevas plantas te-

telefónicas. El establecimiento de la Caja de Amortización fue también un paso de evidente importancia, Según el acuerdo respectivo, como fondo destinado a la estabilización de la moneda, el gobierno obtuvo cinco millones de dólares, de los cuales fueron destinados dos millones para obras sanitarias de Quito y Guayaquil y 500.000 dólares para la reconstrucción de El Oro. Se dio vitalidad al Servicio Químico Militar; ahora produce acetileno y también quinina y otros artículos de necesidad.

Y para cerrar estos acápites de un difícil capítulo de historia nacional, no habremos de pasar por alto los progresos de la aviación civil ecuatoriana, anotando los siguientes detalles: ampliación del campo de aviación de Quito; inauguración del nuevo aeródromo en Cuenca; inauguración del campo de aviación en Riobamba; mejora del campo de aviación de Esmeraldas; estudios en Tulcán y en Chone para dotar a estas poblaciones de servicio de tanta utilidad en la vida moderna y comercial de la República.



## Galo Plaza Lasso

Nace el 17 de febrero de 1906 en Nueva York, cuando era Ministro del Ecuador su padre, el general Leonidas Plaza G.— Estudios: primaria en la escuela del Dr. Pedro Pablo Borja; secundaria, en el Colegio Mejía, bachillerato en 1925.— Estudios especiales de agricultura, economía y diplomacia en Estados Unidos.— Agregado Civil a la Legación en Washington, 1929 al 30.— Presidente del Ayuntamiento de Quito, 1937 al 38.— Ministro de Defensa en 1938 hasta agosto de 1940.— Embajador en Washington de 1944 a abril de 1946.— Presidente de la República del 19 de setiembre de 1948 al 31 de agosto de 1952.

El señor Galo Plaza Lasso tomó el Poder de manos del señor Carlos Julio Arosemena, quien supo manejar el interinazgo de pocos meses con sensatez y ecuanimidad. Galo Plaza fue el fruto de una elección popular libre y llegó al gobierno con simpatía general la noche del 31 de agosto de 1948 con la concurrencia de 37 Misiones Diplomáticas Especiales acreditadas para la transmisión del Mando.

Hombre sencillo, modesto y con un don de gentes que le hace persona grata para cualquier mortal que lo trata a primera vista, Plaza se presentó al Congreso esa noche, porque la ciudadanía había borrado fronteras ideológicas "para elegir a un modesto hombre del campo, ajeno a la beligerancia política y que no puede exhibir presencias oratorias ni altas capacidades académicas, sino una sincera, arraigada y humana aptitud para el trabajo, y una larga experiencia en el trato desnudo con la realidad del agro..." Y estas palabras ingenuas "del modesto hombre del campo" fueron recibidas con una salva de aplausos por la selecta concurrencia que llenaba la sala.

¿Su programa de Gobierno? También sencillo y franco. Trajo un clima de optimismo democrático y alentó la seguridad de que dentro del sistema republicano no tiene significado ni valor alguno el providencialismo. "Creo sinceramente —dijo Plaza— que el Ecuador necesita remozar el espíritu liberal, dar impulso y energía permanente a los postulados esenciales del liberalismo, e imprimirles una dirección firme hacia la justicia social".

El de Galo Plaza fue un gobierno tranquilo. Sin aspavientos de grandeza, pero afianzando cada vez su programa de respeto a la

libertad del hombre, de respeto a las garantías ciudadanas. Si alguna vez marcó el termómetro político unos grados de calor más de lo ordinario, él fue estoico y supo conjurar cualquier situación sin los alardes de fuerza que tanto pierden a los hombres del Poder.

Hombre dotado de grandes energías físicas y morales, el año 1947 dirigió con dinamismo la campaña contra la langosta que se presentara en forma amenazante en Loja, especialmente en el valle de Catamayo, con la ayuda del técnico norteamericano, señor Hamblenton. Y esa fortaleza mental y física del Presidente Galo Plaza habrá redundado en obras provechosas, cuya síntesis, en breve enumeración, lo da él mismo en su Mensaje al Congreso Nacional de 1952.

“La producción exportable ecuatoriana —dice— en los últimos cuatro años ha duplicado la de los cuatro años anteriores; se ha mantenido firme el valor del sucre en una saludable estabilidad del tipo de cambio; se han sentado las bases de un inventario general de problemas, de recursos y de realizaciones; se ha procedido con orden y planeación técnica y se ha hecho el Censo de la República y el Mapa Nacional; se han formulado numerosos estudios científicos con ayuda internacional, sobre múltiples posibilidades del país, casi sin costo para el Erario, planteando así las bases de nuestro desarrollo futuro; se han dado pasos para el restablecimiento del crédito externo de la Nación; se ha fomentado la producción gracias a inyecciones crediticias internas y externas sin precedentes que se han reflejado con ventaja en el ritmo, volumen y diversificación de la producción actual; se ha progresado en buena proporción en las obras públicas; se han desarrollado campañas de defensa del capital humano que ya nos permiten decir que están en retirada, flagelos como el paludismo, la tuberculosis y las enfermedades venéreas; se ha fomentado y modernizado la educación pública, se ha iniciado una gran reforma fiscal y aduanera; se ha afrontado la más grande calamidad natural de este siglo en el terremoto de 1949, con los resultados de una floreciente realidad...”

En las líneas que anteceden puede haber, naturalmente, tinta muy pronunciada; mas, lo evidente es que se ha trabajado, incluso sentando las bases para estudios de mejor encarrilamiento de actividades generales y de la producción con técnicos extranjeros que, con tal motivo, hicieron repetidos viajes al Ecuador durante este período gubernativo.

En vialidad el régimen aludido declara que en los cuatro años se terminaron 440 kilómetros de carreteras y 554 de terraplenes; de ellas pudo asfaltar 88 kilómetros. En cuanto a Ferrocarriles, en esta época fue firmado el contrato (3 de marzo de 1952) con la Compañía

CIAVE y la Junta respectiva para la terminación de la obra hasta San Lorenzo, desde la estación Carchi, así como la habilitación del puerto terminal con un costo de 157 y medio millones de sucres.

En cuanto a Educación en el período que se menciona fueron inaugurados 123 planteles con 1.751 nuevos profesores y un aumento de 54.294 alumnos. Se edificaron 213 locales escolares en diversas provincias, dotando de equipos, además, a los establecimientos profesionales, especialmente al Colegio Central Técnico de Quito. El Presupuesto de Educación de 18 millones de sucres que tenía en 1940, subió a 91 millones en 1952.

En el análisis institucional puede anotarse, tratándose de las Fuerzas Armadas, las siguientes obras: construcción del Hospital Militar de Guayaquil, obra ya bastante adelantada; instalación de la fábrica de calzado para el servicio militar, Casa Cuna Militar, Seguro de Cesantía Militar para oficiales y tropa y creación de una Ciudadela Militar. A la Policía se le devolvió su carácter específico, quitándole el sello militar que tanto daño le hiciera.

Otras obras de importancia son: construcción y equipamiento de la nueva Maternidad de Quito, obra iniciada en 1944 y terminada en 1951, aporte del Servicio Cooperativo Interamericano de Salud Pública de EE UU. con sus técnicos y el 25% de gastos, y la contribución del Estado Ecuatoriano con el 75 por ciento; construcción del moderno manicomio de Conocoto, terminado en junio de 1953; inauguración del Centro de Salud de Guayaquil, cuyos trabajos se iniciaron en junio de 1951; inauguración del moderno Hospital de Riobamba en mayo de 1952; terminación del Hospital de Otavalo; trabajos de canalización y agua potable en varias ciudades del País, etc.

Y al comentar la bella exposición filosófica del Dr. Alfredo Bāquerizo Moreno cuando habló de "El dolor del Mando", el señor Galo Plaza, terminó con otra frase sentenciosa: "... si hay honra en llegar al Poder, más la hay en dejarlo con honor".

## Camilo Ponce Enríquez

Nace en Quito el año 1912.— Estudios: primarios en el Pensionado Pedro Pablo Borja y secundarios en el Colegio San Gabriel; bachillerato.— Abogado, Universidad Central, 1938.— Vicepresidente del Concejo de Quito, 1943.— Ministro de Relaciones Exteriores, mayo de 1944 a 1945.— Presidente de las Comisiones de Chapultepec, en México, y de San Francisco, año 1945.— Vicepresidente de la Constituyente en 1946.— Ministro de Obras Públicas del 3 al 16 de setiembre de 1947.— Ministro de Gobierno de 1955 a 1956.— Senador por la Agricultura 1956. Presidente de la República, 19 de setiembre de 1956, terminará el 31 de agosto de 1960.

El Dr. Camilo Ponce Enríquez como dirigente de la fracción política de derecha llamada Movimiento Social Cristiano, ha tenido actuaciones destacadas en varias épocas de nuestra vida pública. Formó parte como dirigente del bureau político de ADE, con otros de diversa ideología política contra el gobierno del Dr. Arroyo del Río, movimiento que culminó con la revolución del 28 de Mayo de 1944. Antes fundó una nueva organización política, llamada Frente Democrático Nacional y de la cual fue su dirigente máximo, en anhelo de constituirse en Partido Demócrata —un mixturiado de doctrina entre liberal y conservador— que no tuvo buen resultado ni acogida alguna en el ambiente nacional.

Ministro de Gobierno del Dr. Velasco Ibarra tuvo algunas actuaciones de violencia y atropello a las libertades públicas; y cuando el Congreso Nacional lo interpeló, el Dr. Ponce —hábil político en la defensa de sus puntos de vista— rebatió las acusaciones de sus adversarios con lucimiento y en vez del esperado voto de censura, terminó con el de aplauso que le diera el Congreso. El Dr. Ponce es maestro en el manejo del sofisma político....

Subió a la Presidencia de la República con el apoyo de todas las fracciones de derecha, encabezadas por el partido conservador. Los sectores independientes se mostraron pesimistas del anunciado buen gobierno del Dr. Ponce, en atención a los hechos de violencia que consumara como Ministro de Gobierno; pero ya en la Presidencia, pudo hacer cambiar ese concepto desfavorable mediante un comportamien-

to de tolerancia y respeto a las libertades públicas con que está actuando hasta el instante que escribimos estas líneas: marzo de 1958.

El Dr. Ponce al tomar el Poder dijo: "Mi Gobierno no puede ser plataforma de un solo partido o sector político: me siento Presidente de conservadores, liberales y socialistas... No he llegado al Poder para oprimir a nadie ni para tomar venganza política de nadie... Hoy comenzamos en una labor de concordia y desde mañana mismo, daré comienzo a la obra de servicio del pueblo"...

Al hablar de aspectos generales de la política ecuatoriana, el Dr. Ponce dijo una gran verdad en su Mensaje de Año Nuevo, en frase de censura, como dirigida al Tribunal Supremo Electoral, el cual ha sido objeto de graves acusaciones los últimos meses. "Lo que evidentemente está fallando —dijo el Presidente Ponce en dicho Mensaje— es la mecánica electoral de la República y, posiblemente, es verdadero cierto ánimo de fraude y anulación de votos, cuando no de alteración punible de la voluntad popular. Será posible acometer una reforma importante, mecanizando el acto de votar y el recuento de votos, como se practica en otros países? Dígalo el Tribunal Supremo Electoral y cuente con mi apoyo, caso de admitirlo..."

Es muy temprano para juzgar de la obra material que realiza el gobierno actual. El tiempo ha de señalar al margen de los días lo que hubiese hecho. El mismo Presidente Ponce dijo: "durante 1957, el año de los sacrificios, el Gobierno casi no dispuso de medios para acometer su plan de obras públicas". Pero anunció que 1958 sería un año revolucionario, activo y realizador. Su optimismo habrá de fundarse en el empréstito por 14 y medio millones de dólares acordado para el País por el Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento, como accionista que es el Ecuador. Con ese dinero habrá de construirse las carreteras Quito-Alóag-Santo Domingo-Quevedo-Guayaquil, la Bahía-Chone-Santo Domingo, y la Durán-Cochancay. Tres millones y medio del monto total de ese préstamo, serán destinados al mantenimiento de las carreteras ya construídas.

Vale la pena, no obstante, dejar constancia de que el gobierno actual ha podido afrontar la tremenda crisis del Ferrocarril del Sur, empresa del Estado que, al 3 de mayo de 1957, tenía una deuda de 250 millones de sucres. Esta vía férrea habría registrado hasta mediados del año pasado una pérdida mensual de tres millones de sucres en su giro de operación y actuaba en ella "un personal tres veces superior al necesario"— Según el plan de reconstrucción que se trazara, el gobierno aportó dos millones de sucres y consiguió un préstamo del Banco Central por igual cantidad para atender a los pagos de sueldos atrasados e indemnizaciones de trabajo, pues hubo de separarse a varios centenares de empleados y obreros. La deuda

del Ferrocarril a la Caja del Seguro, de más o menos unos 60 millones de sucres, se habría cubierto con una emisión de bonos por igual cantidad, amortizable en 25 años. Para reforzar la reconstrucción de dicho ferrocarril se cuenta con la oferta del Banco Mundial de un préstamo por 600 mil dólares.

\* \* \*

Y aquí cerramos este breve análisis del panorama que ofrece la República, a través de los años, en sus aspectos político y social. Un recado histórico en análisis sereno y doloroso de nuestro desbarajuste republicano de más de una centuria, preñado de ambiciones y odiosidades, de vergüenza, lágrimas y sangre. Un recado histórico para los hombres de estudio a base del dato responsable y cierto, aporte vivido en los jalones de nuestro bandolerismo político. Un recado histórico tanto más indispensable cuanto que precisaba como antecedente psicológico señalar hechos y vicios para entrar de lleno al conocimiento de pormenores que llegaron a una meta de circunstancias, aglomeradas sin punto alguno de escape, hasta la consumación de ese tremendo drama de la historia que fue la batalla de los cuatro días en Quito.

## Cronología de Presidentes Ecuatorianos

### CIUDADANOS QUE HAN EJERCIDO LA PRESIDENCIA DE LA REPUBLICA DESDE EL AÑO 1830 HASTA 1958

Nombres	Toma del Poder (1)	Terminación del Mando
General Juan José Flores	Mayo 13 de 1830	Setiembre 10 de 1834
Don Vicente Rocafuerte	Setiembre 10 de 1834	Enero 31 de 1839
General Juan José Flores	Enero 31 de 1839	Enero 22 de 1843
General Juan José Flores	Abril 1º de 1843	Marzo 6 de 1845
Don Vicente Ramón Roca	Diciembre 8 de 1845	Junio 10 de 1850
Don Diego Noboa	Junio 10 de 1850	Setiembre 13 de 1851
General José María Urbina	Julio 24 de 1851	Octubre 16 de 1856
General Francisco Robles	Octubre 16 de 1856	Mayo 1º de 1859
Dr. Gabriel García Moreno	Enero 17 de 1861	Agosto 30 de 1865
Don Jerónimo Carrión	Setiembre 7 de 1865	Noviembre 6 de 1867
Dr. Javier Espinosa	Enero 20 de 1868	Enero 17 de 1869
Dr. Gabriel García Moreno	Agosto 10 de 1869	Agosto 6 de 1875
Dr. Antonio Borrero	Diciembre 9 de 1875	Diciembre 6 de 1876
Gral. Ignacio de Veintemilla	Setiembre 8 de 1876	Julio 9 de 1883
Dr. José M. Plácido Caamaño	Octubre 11 de 1883	Junio 30 de 1888
Dr. Antonio Flores Jijón	Agosto 17 de 1888	Julio 1º de 1892
Dr. Luis Cordero	Julio 1º de 1892	Abril 16 de 1895
General Eloy Alfaro	Setiembre 4 de 1895	Agosto 31 de 1901
General Leonidas Plaza G.	Setiembre 1º de 1901	Agosto 31 de 1905
Don Lizardo García	Setiembre 1º de 1905	Enero 15 de 1906
General Eloy Alfaro	Enero 6 de 1906	Agosto 11 de 1911
Don Emilio Estrada	Setiembre 1º de 1911	Diciembre 21 de 1911

(1).— El concepto de "Toma del Poder" ha de entenderse que la fecha se refiere a la iniciación del mando en la República, no sólo como Presidente Constitucional, sino también en su interinazgo, —como ha sucedido en muchos casos— para luego entrar al régimen legal. Las fechas señaladas indican, pues, las en que el ciudadano tomó a su cargo la dirección del gobierno en cualquier forma y lo dejó, una vez terminado el mandato constitucional o por fuerza mayor: revolución, renuncia o muerte.

Nombres	Toma del Poder	Terminación del Mando
General Leonidas Plaza G. ....	Setiembre 1º de 1912	Agosto 31 de 1916
Dr. Alfredo Baquerizo Moreno .....	Setiembre 1º de 1916	Agosto 31 de 1920
Dr. José Luis Tamayo .....	Setiembre 1º de 1920	Agosto 31 de 1924
Dr. Gonzalo S. Córdova .....	Setiembre 1º de 1924	Julio 9 de 1925
Dr. Isidro Ayora .....	Abril 3 de 1926	Agosto 24 de 1931
Don Juan de Dios Martínez Me- ra .....	Diciembre 5 de 1932	Octubre 19 de 1933
Dr. José María Velasco Ibarra .....	Setiembre 1º de 1934	Agosto 20 de 1935
Dr. Aurelio Mosquera Narváez .....	Diciembre 2 de 1938	Noviembre 17 de 1939
Dr. Carlos Arroyo del Río .....	Setiembre 1º de 1940	Mayo 28 de 1944
Dr. José María Velasco Ibarra .....	Mayo 31 de 1944	Agosto 28 de 1947
Don Galo Plaza Lasso .....	Setiembre 1º de 1948	Agosto 31 de 1952
Dr. José María Velasco Ibarra .....	Setiembre 1º de 1952	Agosto 31 de 1956
Dr. Camilo Ponce Enríquez .....	Setiembre 1º de 1956	Terminará el 31 de Agosto de 1960.

Desde el año 1830 hasta 1958, es decir desde el general Juan José Flores hasta el Dr. Camilo Ponce Enríquez, han pasado por la Presidencia de la República 28 ciudadanos, que la han ocupado por elección popular o por elección de Asambleas Constituyentes, en todo caso con sujeción a preceptos constitucionales. En el cuadro que antecede no constan los Encargados del Poder o Presidentes Interinos.

De los 28 Presidentes Constitucionales, han terminado el período completo para el que fueran elegidos, sólo 9 Presidentes que son: Vicente Rocafuerte, Vicente Ramón Roca, general José María Urbina, José M. Plácido Caamaño, Antonio Flores Jijón, general Leonidas Plaza G., Alfredo Baquerizo Moreno, José Luis Tamayo, y Galo Plaza Lasso, excluyendo al Dr. Camilo Ponce Enríquez que gobierna hoy.

Las 18 personas que ejercieron el Poder y cayeron de él por una razón u otra, o por tratar de continuar en el mando, son: general Juan José Flores, Diego Noboa, general Francisco Robles, Gabriel García Moreno (murió asesinado), Jerónimo Carrión, Javier Espinosa, Antonio Borrero, general Ignacio de Veintemilla (cayó en la dictadura), Luis Cordero, general Eloy Alfaro (cayó al final de su segundo período), Lizardo García, Emilio Estrada (murió en el ejercicio de la Presidencia), Gonzalo Córdova, Isidro Ayora, Juan de Dios Martínez Mera (cayó por destitución legislativa), José María Velasco Ibarra (cayó en sus dos primeros períodos), Aurelio Mosquera Narváez (murió en el ejercicio de la Presidencia) y Carlos Arroyo del Río.



SEGUNDA PARTE

COMEDIA Y DRAMA EN 1932

*(Desealificación del Sr. Neptali Bonifaz  
y batalla de los Cuatro Días en Quito).*

## Los Antecedentes

La Ley Moratoria y el Banco Agrícola.— Incubación de magistrados.— La bomba que lanzara Luis N. Dillon.— Entusiasmos de la revolución juliana.— Cuartelazos y trincas políticas. El Dr. Isidro Ayora en el gobierno que sucedió a las espadas.— Cosas de la época.— La candidatura Bonifaz.— Condiciones que puso Don Neptalí para aceptarla.— Manifiesta que no es conservador.— Exposición de sus ideas políticas.— El Sr. Bonifaz en las elecciones.

Nada más elocuente que el tiempo para eliminar prejuicios, sepultar odiosidades, mitigar pesares y olvidar ambiciones. El tiempo, brazo ejecutor terrible de ese semidiós que se llama el destino, tiene en la planta de su mano al hombre para manejarlo a su íntimo querer.

Gigantón de luengas barbas y músculos de hierro, lleva en sus alas poderosas hombres y hechos de una época y a sus espaldas el balance inexorable de la humanidad entera. De la trayectoria que a cada país y a cada hombre le ha trazado el destino, nadie escapa. Su sentencia es sin apelación. Los hombres son apenas instrumentos volátiles en la vida de las naciones. Seres que hoy nacen para dejar de existir mañana, al ímpetu de la encrucijada que el destino ha señalado en el camino de cada cual; pero la encrucijada no es el decálogo al que tendrá que sujetarse irremediabilmente el hombre en su marcha ineludible y tortuosa, ella es la prueba que el destino puso en la capacidad del ser, a fin de auscultar hasta donde puede ir en sus ímpetus de lucha contra la naturaleza de las cosas. Hay que defender la vida del hombre saltando las vallas del sendero hasta llegar al final de la jornada. Y con la vida del hombre, la coexistencia del espíritu, la idea que crea y fecundiza el alma de las cosas, a través del tiempo y de los avatares del destino.

Los sucesos ocurridos en el Ecuador el año 1932 están ya muy lejos y tan cerca. Tan lejos porque, al fin y al cabo, un cuarto de siglo que media de entonces acá, ya es tiempo. Y tan cerca porque, apesar de haber transcurrido una generación, esos hechos viven en nuestra intimidad, fueron tan nuestros que los años no lograrán

hacernos olvidar. Por eso, dejemos correr la pluma en el recuento de ese pretérito que vive palpitante en nuestras ciudades, especialmente en las calles, plazas y montes de Quito.

\* \* \*

La revolución militar que depuso al presidente constitucional Dr. Gonzalo S. Córdova el 9 de Julio de 1925, al conmover la disciplina institucional conmovió también la disciplina del elemento civil, despertando ambiciones ocultas en elementos que asechaban el cambio de situaciones políticas para su medro personal. Una revolución sin experiencia, una revolución de dirigentes soñadores que hablan en verso en sus programas de acción, pero que están lejos de la realidad de las cosas y más lejos todavía del difícil arte de gobernar, no pudo menos que llegar al sitio donde llegó: al fracaso más rotundo, con grave peligro de que la anarquía echara sus raíces profundas entre los mismos gestores del movimiento, conmoviendo los cuarteles. El primero que rompió el nexo del conciliábulo oficialista juliano, fue el comandante Idefonso Mendoza, declarándose caudillo y alzándose a mayores, en reto público a la junta de gobierno militar, con un batallón de línea, con el batallón Marañón del cual había sido su antiguo jefe.

En la vida de los pueblos cada ciudadano tiene funciones específicas, a las cuales dedicó su anhelo y sus capacidades. Es natural que el hombre que estudió jurisprudencia, ha de servir para el ejercicio de la abogacía; que el que estudió medicina, para curar a los enfermos; el ingeniero, para la construcción de puentes, carreteras, ferrocarriles; el clérigo, para la misión evangélica entre las muchedumbres. Pero cuando el clérigo se dedica a curar enfermos, el médico se enfunda en los vericuetos del papel sellado, el abogado cree que puede dirigir la construcción de puentes y el militar se torna en estadista, embadurnando leyes y dictando decretos que conmueven el organismo jurídico integral, el país está perdido. El cataclismo no se hará esperar en obedicimiento a esa ley inamovible que es la ley de la gravedad y sobre la cual descansa todo el andamiaje de una nación. El mayor daño que puede hacer un militar a su Patria, es tornarse en estadista, en salvador de ella...

Los jóvenes militares julianos sin duda dándose cuenta del peligro que entrañaba su presencia en el poder, soltaron el trapo y fueron retirándose del mando, después de encargar a elementos civiles capacitados las principales funciones del Estado. El gobierno provisional que se iniciara con el golpe militar del 9 de julio de 1925, terminó el 31 de marzo de 1926, después de entregar el mando supremo al Dr.

Isidro Ayora, quien entra en el estatuto jurídico, luego de su breve interinazgo dictatorial, el 9 de Octubre de 1928, como Presidente interino, gobernando en tal situación hasta el 17 de Abril de 1929. Efecto por la asamblea constituyente para el nuevo período legal, gobierna hasta el 24 de Agosto de 1931, en que un movimiento de desobediencia militar le depone del mando.

La Constitución Política de entonces —que no señalaba el nombramiento de Vicepresidente de la República para el encargo del Poder por vacancia del principal— estipuló que quien habría de reemplazar al primer mandatario sería el Ministro de Gobierno. Sabía disposición para conservar el nexo constitucional en un país de arremetidas revolucionarias y cuartelazos. De acuerdo con tal precepto, el Presidente Ayora al dejar el cargo designó para Ministro de Gobierno al coronel Larrea Alba.

Con cada golpe militar se rompía la Constitución, pero ella se enteraba por sí misma el instante en que era designado el nuevo Ministro por arte de birle birloque. El nexo constitucional seguía y cualquier mortal podía decir muy ufano y poncho al hombro: ¡aquí no ha pasado nada!...

El coronel Larrea Alba con un interinazgo de 53 días es depuesto el 15 de Octubre del mismo año 1931, al fallarle el intento dictatorial apoyado por el batallón Carchí, que es acosado duramente por el pueblo de Quito y la artillería Bolívar. Larrea Alba para que siguese el orden constitucional tiene que hacer lo mismo que hiciera Ayora: designar Ministro de Gobierno, cargo que hubo de aceptar, a instancias de prestantes caballeros de la localidad y en defensa de la paz ya perturbada en Quito con los sucesos militares de esa mañana, el ex-Presidente doctor Alfredo Baquerizo Moreno, a quien, en los días sucesivos, habrá de tocarle actuar en ese torbellino de pasiones desenfrenadas que estallara con motivo de las elecciones presidenciales.

\* \* \*

El Dr. Alfredo Baquerizo Moreno se encontró muy incómodo en la situación de mando a que le habían llevado las circunstancias, toda vez que las elecciones para Presidente de la República debían tener lugar el 21 de octubre de ese mismo año o sea una semana después.

Liberal de convicciones profundas el Dr. Baquerizo Moreno, dedicó todo su afán para que las elecciones se llevasen a cabo con plena garantía del Poder. No tuvo candidato oficial ni era posible tenerlo. Sólo anhelaba salir del paso con garantía absoluta para los partidos y grupos políticos que habrían de intervenir en la función electoral.

La noticia de la oferta presidencial fue recibida con gran satisfacción por la ciudadanía. La prensa ratificó luego las declaraciones; y los líderes y personeros políticos que llegaron hasta el Gabinete Presidencial, retornaban a las agrupaciones para decir a sus coldearios que el Dr. Baquerizo Moreno estaba decidido a observar la más absoluta neutralidad durante las elecciones y respetar la voluntad del pueblo, quienquiera que triunfase en los comicios.

Era el reverso de la medalla lo que venía anunciándose, habida cuenta de la forma cómo entonces se efectuaban los comicios para la designación del primer magistrado. Un conocido grupo de plutócratas guayaquileños, en los atardeceres del periodo presidencial, se reunía en conciliábulo, bajo el techo que abrigaba las grandes finanzas del Banco Comercial y Agrícola, y señalaba al ungido para la sucesión. Este, citado ya para el efecto, tomaba parte en otra sesión del conciliábulo y aceptaba la designación. Desde ese momento comenzaba la propaganda electoral, exhibiendo al nuevo César en toda la República. Los políticos profesionales echaban cartas a la fija y el jueguito conocido que no se hacía esperar: formación de comités, adhesiones y mítines en favor del ungido. Y a la hora de la hora, triunfo rotundo en las mesas con intervención de la tropa, y empleo asegurado para cuatro años más...

\* \* \*

Cuando el estallido de la primera guerra mundial, año 1914, estaba en el poder el general Leonidas Plaza. Producido el conflicto el Presidente Plaza decretó la inconvertibilidad monetaria, a fin de defender el oro que en las arcas de los bancos de emisión respaldaba la circulación de billetes. Medida aplaudida generalmente que el Congreso Nacional ratificó, luego, con todas las de ley. Las demás naciones hicieron lo mismo y cada cual se aprestaba a defender su propia economía, poniéndose en guardia ante los sucesos conmocionales que podían desprenderse del conflicto.

Estamos, pues, en pleno régimen de la ley Moratoria. Al amparo de ella, los bancos Comercial y Agrícola y del Ecuador crecieron sus emisiones de billetes, especialmente el primero que hubo de hacer fuertes préstamos a los gobiernos que actuaban con sus presupuestos inflados y, en todo caso, con abuso de la realidad nacional.

Los años seguían la ruta de su destino. Los presidentes seguían también, como en sucesión hereditaria, al margen de la indiferencia popular o el desengaño cívico. Y el Banco Comercial y Agrícola no se daba reposo en la obra de incubar presidentes y darles, luego, todo el respaldo posible para su sostenimiento en el Poder. El Gran Caballe-

ro Don Dinero, andaba activo por todos los sectores del país. Los congresos, tan celosos de la estabilidad monetaria, prorrogaban la vigencia de la ley de inconvertibilidad y la máquina impresora de billetes del Agrícola no se daba reposo. El dinero se repartía a manos llenas, generalmente en forma de préstamos, cuyos capitales no retornaban a las cajas del banco sino en cantidades limitadas.

Gerente de la Sucursal del Banco Comercial y Agrícola en Quito, era ese distinguido caballero guayaquileño que se llamó Modesto Sánchez Carbo, de tan grata recordación por su don de gentes y elevada cultura de hombre de mundo, así también por el apoyo que dio con oportunos préstamos a muchas instituciones locales para su desarrollo. Don Modesto me honró con su amistad, no obstante los puntos de vista divergentes que teníamos, ya que yo —como periodista—, fustigaba el *modus operandi* de los dirigentes de su Banco; nos veíamos continuamente las mañanas en el Parque de la Independencia y charlábamos de muchas cosas.

Una de esas mañanas soleadas, mañanas primaverales de nuestro Quito, enfocamos la charla sobre la cartera del Banco Agrícola. El señor Sánchez se manifestaba un tanto preocupado con cierta noticia venida de Guayaquil para nuestros diarios. Ella decía que la cartera congelada de dicho Banco subía a varios millones de sucres, merced a la generosidad de su gerente general don Francisco Urbina Jado.

Y luego, aceptando en principio la acusación, opinó don Modesto: la verdad es que Pancho es muy suelto en los préstamos y los campesinos le adoran por eso; los aspectos del pagaré no son sino mera fórmula; pero el montuvio que solicita dinero para su trabajo, nunca sale del banco con las manos vacías...

—Entonces, así se entiende el volumen de cartera congelada —le repuse.

—Oh, no! La cartera congelada es de la buena gente. De la gente que usa cuello y perfumes. ¡El campesino paga su crédito con puntualidad!....

Y la verdad era esa.

—Don Pancho, me han dicho que uté etá dando platica pa la cosecha de arró y el venio pa que me la dé también a mí— le enfrentaba el montuvio al gerente del Agrícola.

—¿Y dónde queda tu terreno?

—Pue queda, patrón, en Pascuales, juntico al e mi compare Hermelindo Quiñónez. Mire no más, que si no me da la platica se me daña mi arró...

—¿Y cuánto necesitas?

—Con unos cinco mil fuertes me queda bien, patrón.

El señor Urbina apretaba un timbre y de inmediato se le presentaba el empleado para recibir órdenes.

—Ponga un pagaré por s/ 5.000,00 a la orden de este hombre, 90 días plazo.

—¿Y el garante, señor?

—Es Ud.

—Pero yo, señor, si nunca le he conocido a este hombre, ni siquiera sé como se llama!...

—Le he dicho que el garante es Ud. y a trabajar, señor.

El empleado giraba sobre los talones y se marchaba con rapidez. Con el señor Urbina no era posible entablar diálogos largos y menos podían hacerlo sus empleados. Era hombre de pocas pulgas y no gustaba de extender la mano a nadie para el saludo. Momentos después el montuvio salía del banco feliz con el préstamo. Hacía los gastos indispensables para el trabajo y antes del plazo, generalmente, estaba en la gerencia para devolverlo.

Así fue don Francisco Urbina Jado. Solía manejar muchos timbres, no sólo para ordenar a sus empleados sino aún para manejar la política... Hizo presidentes, levantó a mucha gente, inundó el mercado con billetes de su banco al margen de la ley, pero impulsó los trabajos agrícolas de la costa dando facilidades económicas al campesino, creó riqueza para la exportación y fue así —con abuso y todo— un factor poderosísimo del progreso nacional.

La revolución del 9 de Julio de 1925 cerró el Banco Comercial y Agrícola y lo llevó a la liquidación. Apresó al señor Urbina Jado y lo desterró: murió al poco tiempo de su caída. Con la fundación del Banco Central del Ecuador —anhelo de la revolución julliana y obra del régimen ayorista —se quitó a los bancos comerciales la facultad de emitir billetes, ya que, según la ley kemmeriana, podía hacerlo exclusivamente el Central, que era el Banco de Bancos.

\* \* \*

La guerra europea terminó con el armisticio de 1918. Todos los países de América enfocaron sus propios recursos para afrontar la crisis producida por ella; y poco a poco, fueron alcanzando el camino de su recuperación con la estabilidad de las cosas. El Ecuador seguía con la Ley Moratoria. Seguía teniendo a la libra esterlina bajo sótanos para que no se evaporase. Al oro le habían crecido alas, como a los ratones viejos que, según dicen las brujas, por ellas se convierten en murciélagos. Había que cerrar toda ventana, que condenar toda abertura. El oro de los bancos podía aprovechar un des-

cuido y largarse a respirar mejores aires... Y la verdad era una sola: si se levantaba la moratoria, adiós banco Agrícola! Y esto no le convenía a ningún gobierno...

La ley de inconvertibilidad seguía en su sitio, seguía alentando el bailoteo del tipo de cambio con grave desmedro de los intereses populares, seguía alentando los intereses de círculo y los intereses personales y políticos; pero el país iba cansándose cada vez de tal situación. La prensa independiente agudizó los ataques contra tal orden de cosas y la protesta comenzaba ya a hacerse sentir en instituciones respetables, especialmente contra el sistema económico y la forma de elección dominante.

El malestar había penetrado ya a los cuarteles. En la artillería Bolívar se produjo un hecho muy revelador en las postrimerías del gobierno del Dr. Baquerizo Moreno. El jefe del regimiento, para cumplir órdenes superiores, dispuso que la tropa saliese a las mesas a dar el voto para unas elecciones de senadores y diputados previo el reparto de las papeletas correspondientes con nombres de los agraciados con la simpatía oficial. La primera batería se negó a salir a la calle para el cumplimiento de la disposición. La desobediencia cundió de inmediato en las demás baterías y nadie salió a votar. La noticia llegó a la prensa, se la dio al público con seña y contraseña. La superioridad militar desmintió el hecho, pero el hecho fue cierto, significativo, elocuente. A los pocos días se formó en Quito un comité destinado a recoger fondos para premiar ese gesto de la artillería Bolívar. Y pocos meses después, en forma disimulada, se galardonó al pabellón de dicha unidad con una medalla "por las grandes cualidades cívicas del Regimiento". Ese hecho elocuente fue sin duda, la génesis para la formación de la Liga Militar, cuyas actividades secretas culminaron con la revolución del año 25 y luego con la eliminación del voto militar.

Entre el elemento civil el hecho formidable de protesta contra el régimen de la Moratoria, se produjo en el Teatro Sucre de Quito el año 1921, cuando daba una conferencia ese gran periodista y orador de fuste que se llamó Luis N. Dillon, anatematizando en los términos más vibrantes el régimen monetario de entonces. Dillon, esa noche, logró inflamar los corazones de los asistentes al Sucre, que se echaron a las calles con gritos de protesta contra la Moratoria, habiendo tenido que intervenir la fuerza pública para despejar a los manifestantes. Las frases quemantes de Dillon contra el capitalismo plutocrático fueron tomadas por sus enemigos políticos como la más tremenda expresión del bolchevismo que asechaba para el estallido de la revolución social en el Ecuador. Al día siguiente acclonistas de la Compañía de Préstamos y Construcciones, de la cual era gerente



el señor Dillon, amenazaron con retirar sus capitales si no se cambiaba del cargo al orador bolchevique. La disyuntiva era fatal: salía el señor Dillon de la gerencia o se liquidaba la compañía. Y Dillon, sin mayor insinuación del directorio, dejó el cargo y de inmediato organizó con acciones de suscripción popular la Sociedad de Crédito Internacional, que de nueva institución de crédito se convirtió en la fábrica de tejidos La Internacional, cuyo primer gerente fue justamente el señor Dillon, quien, el año 1925, actuó como primer ministro de Hacienda del gobierno militar juliano.

\* \* \*

El panorama que ofrecía la República el año 1931 no era tranquilizador ni preludiva tolerancia entre los ciudadanos hacia el futuro electoral. Tres candidatos estaban en la palestra: el señor Neptali Bonifaz, el señor Modesto Larrea Jijón y el comandante Ildefonso Mendoza, líder de la revolución juliana. El más discutido era el señor Bonifaz y el que tenía mayores posibilidades de triunfo por el apoyo que le dieran diversas fuerzas sociales, incluso esa formidable fuerza popular que se llamó la Compactación Obrera y que tuvo tan destacada actuación en los sucesos posteriores.

Al señor Neptali Bonifaz se le conocía en Quito como hombre terco. Cerca de la hora meridiana se le veía en su paseo matinal por el portal de Salinas de la Plaza Mayor. Casi siempre estaba solo y contestaba el saludo de las gentes sin emoción alguna, a regañadientes como dicen. Nacido en Quito el 29 de Diciembre de 1870 fue llevado a Lima cuando apenas tenía cinco meses de edad. A los cinco años regresó a Quito, recibió educación en el colegio de los Jesuitas y luego partió a Europa a la edad de 15 años. Continuó estudios en Ginebra y en la Sorbona de París. Retornó al Ecuador cuando frisaba en los 25 años de edad. Cuatro años después contrajo matrimonio con doña Antonia Jijón Ascázubi y en 1908 volvió a Europa con su señora esposa que murió cuatro años después, en su residencia de los Pirineos. Para el año 1926 ponía nuevamente sus plantas en el Ecuador el señor Bonifaz, después de haber visitado toda Europa. Vivió, pues, fuera del país la mayor parte de su vida.

Una mañana el señor Bonifaz estaba de paseo en el parque de la Independencia con mi gran amigo Dr. Sixto M. Durán. Al ofrecerle mi salutación Durán se insinuó para que me acercase y vino la presentación a don Neptali. Dicho señor me extendió la mano con unas palabras de cortesía que no despertaron en mí interés alguno. No hablamos casi nada. Mi despedida no se hizo esperar.

Al día siguiente encontrándome por el mismo sitio, el Dr. Durán soltó la pepita: "ve, cholito, parece que no te impresionó bien el Neptali no. El es así un tanto terco, no te preocupes por ello, pues si lo tratas íntimamente cambiarás de impresión, sobre todo si conversas con él de los problemas de la Patria".

Semanas después visitábamos con el Dr. Durán en su casa al señor Bonifaz, quien, al decir del amigo Sixto, quería enseñarme una comunicación de mucho interés. El señor Bonifaz actuaba en la presidencia del Banco Central y habiendo sorprendido en una infidencia al asesor técnico del banco Mr. Schultz —miembro de la Misión Kemmerer que actuaba en el país— lo concuró duramente y comunicó el hecho al Presidente de la República y su Ministro de Hacienda; mas, ellos, parece que dudaron de la aseveración del presidente del banco y apoyaron al gringo. Bonifaz, con toda entereza, comprobó la falta cometida por Mr. Schultz, obligándole a reconocerla. Aquella mañana el señor Bonifaz me puso al corriente de los sucesos, enseñándome una carta que le había dirigido al Presidente Ayora. Qué cartita, Dios santo! Estaba escrita hasta con pólvora... Yo le dije que había que tomarle por las puntas al papel para no quemarse los dedos... El señor Bonifaz sonrió, mientras el Dr. Durán soltaba su carcajada llena. Y confieso: fue la primera y única vez que yo ví sonreír al señor Bonifaz...

A pesar de los empeños en contrario el señor Schultz salió del banco mediante la rescisión de su contrato y el señor Bonifaz, desde la presidencia, fulminaba los abusos que se cometía con la aplicación del presupuesto inflado. En un informe sobre la necesidad de mantener la balanza de pagos, le decía al Gobierno: "...Creo que la causa permanente de la desigualdad en la balanza de pagos, la produce el Presupuesto, más de cuya mitad se va en sueldos"... Y no fue la única comunicación, hubo otras con la misma tinta. Decididamente el señor Bonifaz en la presidencia del Banco Central, fue para el gobierno lo que el grano de la nariz para el buen Cyrano... El señor Bonifaz terminó separándose del cargo y fue reemplazado en la presidencia por una persona que, por lazos familiares, tenía que estar en situación más armónica con el gobierno...

\* \* \*

Respetables ciudadanos de diverso matiz político crearon Unión Patriótica Nacional y exhibieron la candidatura de don Neptali Bonifaz para la Presidencia de la República. Formaron filas en ella o simpatizaron con tal candidatura liberales conocidos como Carlos Freile Larrea, José Vicente Trujillo, Rosendo Santos Alarcón, Luis

Robalino Dávila, Guillermo Guarderas, Jorge Huerta, Enrique Gargotena Jijón, Leopoldo Izquieta Pérez, Guillermo Ramos, Gonzalo Ruiz Calisto, Comandante Tomás Yépez, Ingeniero Federico Péez, Ricardo del Hierro, Alberto Andrade Cevallos, Medardo A. Cevallos, Francisco Guarderas, Jorge Montero Vela, Julio Teodoro Salem y otros que no recordamos de momento. Socialistas o de tendencia socialista como Hugo Moncayo, Luis F. Veloz y algunos otros de este partido entonces en formación. Conservadores y hombres de la derecha como Alfredo Coloma, Fernando Pérez Pallares, Cristóbal Tobar Subía, Alfredo Burneo, Rosalino Guerrón, Alfredo Silva del Pozo, Mariano Suárez Veintimilla, Nicanor Correa, Ricardo Fernández Salvador, Alfonso Eguiguren, Eduardo Daste, Alfonso Pérez Pallares, Julio Zaldumbide, Rafael Villota Zarama, Rafael Arteta García, Eduardo Zaldumbide, Jorge Araujo Luna, Alejandro Calisto, Luis Alberto Ribadeneira, Alejandro P. Egúez, Aparicio Rivadeneira, Alfredo Pallares, Carlos Mercado, Alfonso Villavicencio, Carlos Alarcón Mena, Segundo Calisto y muchos otros que se me escapan.

El señor Bonifaz en carta de 18 de setiembre de 1931, contestaba al Dr. Guillermo Ramos el telegrama en que le anunciaba que Unión Patriótica Nacional había resuelto lanzar su candidatura y le pedía autorización. En dicha carta, el aludido agradecía por el empeño y aceptaba siempre que también aceptasen los postulantes sus puntos de vista. "Juzgo que actualmente —decía el agraciado— ninguno de los partidos políticos, aún cuando estuviesen organizados, tendría fuerzas suficientes para salvar al país. Tan magna empresa no puede llevarse a cabo sino mediante la colaboración de todos los hombres honrados, sea cual fuere el partido a que pertenecieren. Por lo mismo, en ningún caso, aceptaría el ser elegido por un círculo político determinado. El sacrificio que se me pide exige como compensación, el abandono de todo sectarismo. Si no hay la abnegación necesaria para olvidar en aras de la patria moribunda, los odios y las rencillas que tan desgraciada la han hecho, es inútil trabajar por mi candidatura. Jamás me prestaría a ser el maniquí de partido alguno, llámese este conservador, liberal, radical, militar o socialista".

La candidatura Bonifaz siguió con buen pie, pero los adversarios a ella no eran tampoco escasos en número ni en prestigio social. En la República se prendió la emoción política como no se pudo haber conocido otra época igual. Se dividió, pues, en dos formidables bandos políticos. Para los unos, la candidatura Bonifaz significaba el resurgimiento cívico de la Patria con un hombre de antecedentes puritanos de honradez para la Presidencia, que habría de hacer un gobierno sin trincas ni intereses creados, mediante la garantía del

derecho de sufragio. Para los otros, el señor Bonifaz representaba la reacción conservadora que se encaminaba a la toma del Poder, empujada por la aristocracia plutocrática y el clero y a la cual había que cortarle la marcha.

La campaña fue formidable, decidida y rencorosa de parte y parte. La prensa chica brotó como por encanto, en su casi totalidad adversa al señor de Guachalá. La falta de don de gentes, tan característica en el señor Bonifaz, le restó simpatías; pues era el polo opuesto de otros candidatos que gustan, en tales circunstancias, de presentarse ante las muchedumbres con la sonrisa y promesas a flor de labios. El señor Bonifaz era el hombre de la cáscara amarga. Sus partidarios decían que justamente por ser así, se habían fijado en él y le apoyaban. Un distinguido político liberal que fue candidato en oposición, llamó al señor Bonifaz: el García Moreno del portal. Un órgano bonifacista recogió el guante y dijo: agradecemos el epíteto, porque, en realidad, hoy necesitamos de un García Moreno que rompa los intereses creados y enderece la marcha de la República por buen sendero. Un periódico diminuto que disparaba con toda clase de desperdicios, llamó a Bonifaz: el Señor de Horca y Cuchillo.... Así estaba de furibunda y mordaz la campaña política.

\* \* \*

Después de tantos años, yo me pregunto: ¿fue un reaccionario el señor Bonifaz? ¿Fue conservador el candidato exhibido por Unión Patriótica Nacional? Yo no creo que fue conservador el señor Bonifaz. Hay un hecho evidente que lo denuncia. Un personaje conservador emitió en enero de 1929 ciertos conceptos, en la ciudad de Guayaquil, que el señor Bonifaz los estimó injuriosos para él. Inmediatamente designó padrinos y exigió explicaciones o la reparación en el campo del honor. "Si el señor Fulano —decía el señor Bonifaz— no aceptare el duelo por sus creencias religiosas, quede en libertad para castigar la ofensa en la forma que yo estimare conveniente". El ciudadano conservador no reta a duelo a nadie y menos puede referirse, en forma un tanto despectiva, a las ideas religiosas del contrincante, como lo hiciera en tal ocasión el mencionado señor.

El señor Bonifaz reiteradamente había manifestado que sus ideas políticas eran liberales y no pocas veces se manifestó así: El 3 de junio de 1932, dedicó el siguiente autógrafo al diario "El Telégrafo" de Guayaquil, a petición de parte: "Desde las columnas del Decario en Homenaje a las 16.000 firmas que Guayaquil puso al pie

del Manifiesto del 5 de Junio, reitero mi propósito de dar lustre al Liberalismo, tantas veces empañado por los que sólo buscan medrar a la sombra de sus altos principios".

En carta dirigida al señor Carlos Freile Larrea, en 30 de septiembre de 1.931, entre otros términos, el señor Bonifaz apuntaba: "...se hace una campaña de mala fe para probar que soy conservador. Si lo fuera, no tendría empacho alguno en declararlo. Por mi palabra de honor, jamás desmentida, vuelvo a declarar que no tengo conexión alguna con ese partido. No es vergüenza el ser conservador, como no lo es el ser liberal, radical o socialista. Lo vergonzoso es ampararse en uno de esos partidos para medrar. Lo ruín es tratar a puntapiés a los que no están en el Poder. Independiente y libre desde que tuve uso de razón, no tolero imposiciones de ningún género, vengan éstas de donde vinieren".

\* \* \*

Y al fin, llegó el 21 de octubre del mencionado año 1.931. El pueblo vibrando en la más grande emoción, acudió a las urnas y depositó con entera libertad, sus votos por las personas de la simpatía de cada cual. Realizados los escrutinios de los dos días de elecciones, el señor Neptalí Bonifaz tuvo 26.062 votos; el señor Modesto Larrea Jijón, 15.630; el Comandante Ildefonso Mendoza Vera, 12.628. El total en la República, fue de 54.320 votos.

El triunfo bonifacista dio lugar a manifestaciones en pro y en contra. Naturalmente que más numerosas y entusiastas fueron las del sector bonifacista.

Los partidarios del señor Bonifaz, presididos por los personeros de sus comités respectivos, expidieron un Acuerdo con varios considerandos en los cuales se condenaba la imposición oficial de elecciones pasadas. La parte resolutive, decía: "Acuerda: Dejar constancia de la admiración y gratitud hacia el Primer Magistrado de la Nación, Doctor Alfredo Baquerizo Moreno, por su gesto de marcado respeto a la libertad electoral, base primordial de la Suprema Ley de la República, ya que, sin ella, ésta sólo existe de nombre".

Efectivamente, las elecciones se efectuaron en todas partes con entera libertad, tal como lo había prometido el Presidente. Sólo en Guayaquil hubo disturbios: "un grupo de mendocistas, armado de palos y rajas de leña, fue engrosando poco a poco y cuando sumaba unos mil individuos, fueron hasta las mesas electorales y sacaron a los delegados de los comités bonifacistas, sin que pudiera impedirlo la policía". Tal era la información que se envió de Guayaquil, en donde obtuvo Mendoza el mayor número de votos.

El término de las elecciones en vez de producir ya quietud en los ánimos, incitó a una lucha más desenfrenada con el triunfo del señor Bonifaz, a quien acusaban de ser ciudadano peruano. Bien se podría decir que se iniciaba una época candente de desórdenes callejeros, a fin de impedir la ascensión de dicho señor al Poder. Y naturalmente, todo giraba ya no en derredor del aspecto propiamente electoral, sino en el de la nacionalidad del electo. La situación era amenazante para la paz de la República.

## Nacionalidad del Sr. Bonifaz

Acusación de peruanidad al candidato electo señor Bonifaz.— Cosas de su "despreocupada juventud".....— El poeta Olmedo "peruano de nacimiento".....— El nacimiento del señor Bonifaz.— Los abogados discuten el caso.— Lo que dicen las Constituciones de Ecuador y Perú sobre nacionalidad.— La carta del señor Bonifaz al Cónsul del Ecuador en París.— Pasaporte que le otorgara el Cónsul en Londres.

La versión de que el señor Neptalí Bonifaz era peruano, se extendió como una mancha de aceite por toda la República. El pueblo ecuatoriano habría sido vilmente engañado. El país habría caído en el más infamante de los engaños políticos, al haber elegido a un individuo de la nación más ingrata de América para su futuro gobernante. Las gentes comentaban el hecho masticando los más duros adjetivos, como si a todas las hubiera contaminado ese terrible mal del agnosticismo.

Los más decididos bonifacistas silenciaron sus emociones y avizoraban el horizonte anhelando el despeje de la incógnita. Algunos se preguntaban, ¿pero será posible que el señor Bonifaz haya engañado así al pueblo? Será posible que los caballeros que exhibieron su candidatura se hubieren prestado para semejante engaño? No, no puede ser verdad esto. El señor Bonifaz es ecuatoriano, porque en sus venas lleva sangre de nuestros héroes —repetían otros—. Y agregaban los más entendidos en historia: la madre de don Neptalí Bonifaz fue hija de don Manuel Ascásubi y Matheu, célebre por sus hechos heroicos en favor de la República y don Manuel fue hijo del prócer José Javier de Ascásubi, quien casó con doña Carmen Salinas, hija del Capitán Juan de Salinas y Zenitagoya, héroe inmortal en la tragedia del 2 de Agosto de 1810. Un descendiente de héroes no puede traicionar a su pueblo.

Los partidarios de Bonifaz, con euforia manifiesta, pidieron a sus enemigos las pruebas de la acusación. Y los oponentes las dieron agitando las prensas de las ciudades del país. El señor Bonifaz había hecho bautizar a sus hijos con el mote de "hijo de padre peruano" en cada uno de los casos. Además, cuando el Municipio de

Quito designara al señor Bonifaz —hace años— para miembro del Jurado de Imprenta, el agraciado se habría excusado de aceptar la distinción alegando que era ciudadano peruano....

La oposición al bonifacismo iba ganando terreno visiblemente en el ambiente público. Casi toda la prensa nacional lo repudiaba. El bonifacismo era algo así como un monónfalo que venía gravitando en la conciencia nacional. Los dirigentes tomaron entonces a serio la cosa y resolvieron defenderse decididamente. Salló "El Diario de la Tarde" en Quito, bajo la dirección del doctor Enrique Arroyo Delgado; luego la asumió el señor J. Ricardo Barrera, conocido periodista que tuvo actuación destacada especialmente en "El Guante", ese gran diario guayaquileño que combatió trincas y argollas en una actuación destacada que no hemos olvidado. Desde las primeras ediciones Barrera (1) inició el fuego graneado con coraje y valentía y cada cañonazo del bando enemigo era contestado con abundante pólvora por Barrera. Se diría que era una lucha sin cuartel, la que estaba empeñada en toda la línea.

\* \* \*

A través de la historia se descuajan hechos por los cuales ciudadanos de un país hubieron de servir al de otro en determinados cargos públicos, especialmente diplomáticos. Vicente Rocafuerte prestó servicios a México como Secretario de Legación ante la Gran Bretaña y luego, como Encargado de Negocios hasta el año 1829; y, no obstante, conservó siempre su nacionalidad ecuatoriana.

El poeta José Joaquín de Olmedo, gestor y actuante de la revolución del 9 de Octubre de 1820, que fue a Lima a terminar sus estudios y en la Universidad de San Marcos se doctoró el año 1808, fue nombrado, luego, Ministro Plenipotenciario del Perú en Londres; habiendo sido galardonado por el Congreso peruano en 1825 en reconocimiento a los servicios que hubo prestado a dicho país, con el título de "peruano de nacimiento", lo que indujo a Menéndez y Pelayo a calificar a Olmedo como nacido en el Perú, en su Antología de Poetas Americanos. Olmedo, claro está, aceptó tales distinciones, como distinciones que lo fueron de un país al cual había servido.

(1) El señor J. Ricardo Barrera publicó en 1950 su libro "Descalificación Presidencial — El Congreso de 1932", uno de cuyos ejemplares recibimos con galante dedicatoria que agradecemos y del cual hemos tomado importantes datos —los datos de algunos documentos publicados en él— para este relato histórico.



pero su nacionalidad ecuatoriana la conservó siempre y nadie trató siquiera de discutirle este blasón que lo llevó con orgullo por toda la vida.

El general La Mar nació en Cuenca y, no obstante, fue presidente del Perú; pero la situación de La Mar fue diferente, porque al invadir la tierra que le viera nacer, con ejército enemigo, cometió ese año memorable de 1829 la traición más infamante contra su propia Patria. La Mar fue un traidor entonces y el anatema será repetido siempre, de generación en generación, por mucho que hubiere historiadores que quisieran disimular el nefando hecho —que mereció el tremendo castigo de la derrota en Tarqui— con el churrético concepto de que en aquel entonces no estaban formadas aún las nacionalidades definitivamente en nuestra América.

Pero el caso Bonifaz a una centuria de la formación de la Gran Colombia y de la constitución misma del Ecuador como nación libre y soberana, era, en verdad, muy comprometido no sólo para él sino para los dirigentes de su candidatura. Sin embargo el señor Bonifaz y sus amigos declaraban que era ecuatoriano ciento por ciento, pues había nacido en Quito el 29 de diciembre de 1870. Y esta declaración estaba ratificada con la partida de bautizo correspondiente, que textualmente dice:

"Arquidiócesis de Quito.— Parroquia del Sagrario.— Quito, 19 de Setiembre de 1931.— El suscrito Cura de El Sagrario, certifica en debida forma: que en el libro de bautismos, que comienza en el mes de Agosto del año 1868, Tomo 28, folio 244, se encuentra la partida siguiente: "En 29 de Diciembre de 1870 de licencia PARROCHI, yo infrascrito Canónigo de Merced Gabriel Gómez de la Torre, bauticé solemnemente a Manuel José Narciso Neptalí, hijo legítimo del Secretario de la Legación Peruana señor don Neptalí Bonifaz y de la señora doña Josefina Ascásubi Salinas; fueron sus padrinos el señor Coronel Teodoro Gómez de la Torre por comisión del señor Sargento Mayor Enrique Bonifaz y su madrina la señora doña Carmen Salinas, abuela del niño, los que supieron su obligación de que doy fe.— Gabriel Gómez de la Torre.— Doctor Ciro Mestanza".— (hay dos firmas).— Es copia del original.— Luis R. Escalante.— (f.) hay un sello.

\* \* \*

La publicación de la partida de bautizo del señor Bonifaz infundió confianza en los unos y silenció brevemente el ataque de los otros.

Mas la arremetida volvió con fuerza al asegurar que justamente la publicación de la partida de bautizo del señor Bonifaz, estaba diciendo que dicho señor es peruano: si es verdad que ha nacido en Quito, —decían— también es verdad que los hijos de los diplomáticos extranjeros —por sujeción a la ley de extraterritorialidad, de la cual ya se ha hecho jurisprudencia en todas partes para casos análogos como el presente— llevan la nacionalidad tácita del padre. En consecuencia, el señor Neptalí Bonifaz Ascázubi es peruano, por haber sido su padre Secretario de la Legación Peruana en Quito. Y la pelota siguió dando botes por todas partes....

El nudo de este gran ovillo político pasó a manos de abogados. Y cuando los abogados de un bando tomaban la punta del hilo para desenredar el diabólico ovillo, los otros ya estaban apoderados del extremo opuesto para llevar la contraria. Con la lectura de los alegatos de parte y parte, había para quedarse calvos. Los ciudadanos que se han querellado alguna vez, ya han podido darse cuenta que es preferible mil veces entenderse con una suegra demoníaca a participar en algún lío abogadil....

Las prensas de los periódicos sudaron el kilo en el ataque y la defensa de la nacionalidad del señor Bonifaz; pero los coldearios del señor Carlos Freile Larrea se tomaron la delantera y arrollaron a los del bando opuesto en el alegato jurídico. Según el precepto constitucional el señor Bonifaz era ecuatoriano, con todas las de ley, por haber nacido en Quito de madre ecuatoriana. El señor Bonifaz era ecuatoriano, no obstante haber sido su padre Secretario de la Legación del Perú, porque, para la fecha del nacimiento de don Neptalí 29 de diciembre de 1870, su padre ya no lo era desde el 21 de noviembre de dicho año, por cuanto el gobierno de Lima había cambiado en esa fecha el personal de la Legación en el Ecuador.

Pero ¿y el hecho de haber inscrito las partidas de bautismo de sus hijos con la indicación de que lo eran de padre peruano? Esto puede entenderse sólo si se tiene en cuenta ciertos aspectos de la "despreocupada juventud" del señor Bonifaz con origen en la defensa de ciertos intereses familiares. "... Bastaba atenuar y destruir las declaraciones del señor Bonifaz —dice en su libro el señor Ricardo Barrera— hechas antes de llegar a la plenitud de sus deberes, situándonos en el 5 de Junio de 1895. Un abuelo de este caballero, el señor Manuel Ascázubi, desempeñó la Vicepresidencia de la República en determinado período de García Moreno y tocóle el deber de sancionar de acuerdo con la ley a los conjurados del 6 de agosto.

Por tanto, la reacción que advino luego contra la dominación garciana, fue de terribles consecuencias en esos momentos, no sólo para los que llevaban la sangre de los Ascásubi, sino contra todos los que, de un modo u otro, habían prestado su concurso a ese régimen. Represalias, confiscaciones, venganzas, etc., etc., tal fue el nuevo orden en el que pasó su juventud el señor Bonifaz”...

\* \* \*

En el deseo de contribuir a orientar la situación dentro del aspecto legal, el diario “La Prensa” de Guayaquil, —feliz inspiración de su inteligente y dinámico director, señor Pompilio Ulloa R.—, estableció una encuesta entre los jurisconsultos del país, a fin de que expusiesen conceptos de derecho que clarificaren el entredicho en que estaba envuelto el pueblo ecuatoriano. Al llamado del diario liberal porteño, concurrieron los más autorizados abogados de la República y en esas columnas fueron vaciando sus diferentes puntos de vista, vallosos todos ellos, que el pueblo iba, de tarde en tarde, recogéndolos con gran frenesí. Habría sido de nuestro interés jalonar en estas páginas todas esas manifestaciones jurídicas que honran, efectivamente, al foro ecuatoriano; mas, para ello, habría de necesitarse de un libro especial. Y como nuestro afán es sólo formar concepto y entregarlo al público para que lo forme el suyo, tratándose de un asunto de tanta importancia en la historia nacional, permitásenos que extractemos solamente las líneas de sustancia de los principales alegatos jurídicos que se publicaron entonces.

El doctor Honorato Vásquez, en carta de julio 28 de 1932 al Director de “La Prensa”, dice: “... El señor don Neptalí Bonifaz ha nacido en Quito, en casa de su señora madre ecuatoriana doña Josefina Ascásubi. Aunque el padre haya sido peruano, prevalece el “jussoli” a favor de su hijo, el señor don Neptalí. Si antes, este señor, se ha llamado ciudadano peruano, en documentos posteriores ha expresado ser ciudadano ecuatoriano, lo que implica el recobro de la nacionalidad ecuatoriana”....

El doctor Pablo Mariano Borja, en agosto 5, apunta: “... me es grato decirle que, honradamente, no se puede poner en duda que el señor Bonifaz es ecuatoriano. Consta que es nacido en territorio del Ecuador, digase lo que se quiera en contrario, y más aún de madre ecuatoriana; y consta que conforme el Art. 5 de la Constitución de 1869, vigente entonces, son ecuatorianos por nacimiento “los nacidos en el territorio del Ecuador”, sin excepción ninguna, prescindiéndose por completo de la nacionalidad de los padres. Las leyes Constitucionales de un Estado prevalecen sobre cualesquiera otras.

Desde luego, pudo el señor Bonifaz haber adquirido la nacionalidad del Perú, puesto que su padre fue peruano; pero necesitaba para ello cumplir el requisito exigido por la Constitución de esa República, la inscripción correspondiente en el Registro Cívico, requisito que no se ha llenado. Que en alguna ocasión haya dicho el señor Bonifaz que era peruano (lo que él mismo indudablemente reconoce que fue una ligereza), carece en lo absoluto de importancia, porque la nacionalidad no se adquiere por decir que se la tiene".

El doctor Remigio Crespo Toral, en julio 30, sostiene que "el punto discutido es sumamente claro, según el texto de la Constitución, puesto que el señor Bonifaz se halla en actual ejercicio de la ciudadanía ecuatoriana. Por esta gravísima razón de la paz, el Congreso debe resolver el punto conforme al Tít. 1º, Sección VI de la Ley Fundamental. De lo contrario el país entraría de plano en situación extraordinaria, cesando el Congreso y el orden constitucional....".

El doctor Alfonso Moreno Mora, en carta de 1º de agosto, afirma: "... El señor Bonifaz Ascásubi pudo haberse llamado peruano, sin intención de serlo. Queda demostrado que la nacionalidad ecuatoriana adquirida por naturalizarse el individuo por nacimiento, no es susceptible de mutación a no ser por causales previstas de antemano por el legislador; y ella se pierde, según el Art. 10 de nuestra Carta Política: 1º, en otro Estado; 2º, por entrar al servicio de Nación enemiga; y 3º, por cancelación de la carta de naturalización. ¿En cuál de estos casos taxativamente previstos está el señor Bonifaz Ascásubi? El criterio más apasionado responderá: en ninguno....".

El doctor Emilio Clemente Huerta, en carta de 21 de julio, opina: "... He visto la fe de bautismo de este señor, que fue publicada por la prensa; consta en ese documento, que el señor Bonifaz nació en Quito en 1870, de padre peruano y madre ecuatoriana.

Atento el Art. 7º de la Constitución Política del Ecuador de 1928 y 1929 "son ecuatorianos de nacimiento los nacidos en el territorio de la República" y como no consta que el señor Bonifaz se hubiere naturalizado en otro Estado, como lo evidencia el hecho mismo de su elección para Presidente de la República, no cabe dudar que es ecuatoriano....".

El doctor Darío R. Astudillo, en carta de agosto 6, expone: "... Por consiguiente, el señor Bonifaz es ecuatoriano de nacimiento de acuerdo con el citado Art. 7º, y si concurren respecto de él los requisitos determinados en el Art. 73, es indudable que reúne todas las condiciones exigidas por la Constitución para desempeñar el cargo de Presidente de la República. El hecho de que don Neptalí Bonifaz, padre, haya ejercido el cargo de Secretario de la Legación del Perú,

hasta pocos días antes del nacimiento del señor Bonifaz Ascásubi, en nada modifica la nacionalidad de éste, puesto que no constan, en forma alguna, que haya nacido en casa de la Legación....".

El Dr. B. Checa Drouet en carta al Director de "El Día", desde Lima, julio 16 de 1932, extracta las disposiciones de la Constitución del Perú, por las cuales, según el Art. 33, "los peruanos lo son por nacimiento o por naturalización"; y según el Art. 34: "son peruanos por nacimiento: 1º, los que nacen en el territorio de la República; 2º, los hijos de padre peruano o de madre peruana nacidos en el extranjero y cuyos nombres se hayan inscrito en el Registro Cívico, por voluntad de sus padres durante su minoría, o por la suya propia, luego que hubiesen llegado a la mayor edad o hubiesen sido emancipados". El doctor Chéca Drouet, apunta: "Consta de la declaración del Ministro del Perú en Quito que el señor Bonifaz, padre, no inscribió a su hijo en los Registros de la Legación. Dejó, por consiguiente, la opción constitucional del Perú para que fuera usada por el hijo, luego que adquiriere su mayoría de edad. Esta opción fue renunciada tácitamente por el señor Bonifaz, desde luego que no se ha inscrito en los Registros peruanos; y la declaración suya en la partida de nacimiento de dos de sus hijos, envuelve un contrasentido jurídico que no puede explicarse sino por la total ignorancia del derecho constitucional que, en esa época, padeció el señor Bonifaz y desde luego el funcionario que acogió y escribió la declaración".

El doctor Adolfo Páez, en carta a su hijo Federico, agosto 15 de 1932, desde Guápulo, dice: "... El señor Bonifaz ni siquiera ha vivido largo tiempo en el Perú, ni ha manifestado su deseo de ser peruano a cualquiera autoridad; y, en consecuencia, conserva la nacionalidad ecuatoriana, por haber nacido en territorio ecuatoriano, única condición exigida por nuestra Constitución Política. Los adversarios del señor Bonifaz, sintiéndose débiles con el arma de la extraterritorialidad, han apelado a la moral y a la conveniencia nacional para descalificarlo....".

El doctor Cristóbal Tobar Subía, dice: "... y confesamos que si el señor Bonifaz hubiera continuado llamándose peruano con posterioridad a 1914, no tendría disculpa su actuación como candidato; afortunadamente, con posterioridad, dio preferencia a su propia nacionalidad y se denominó ecuatoriano, en varios documentos, uno de los cuales, la carta al señor don Enrique Dorn y de Alzúa, en 1916 (1), es la rectificación de ese error, a más de su residencia y servicios al país como Presidente del Banco Central, sin percibir sueldo alguno".

El doctor Luis F. Borja, en agosto 1º de 1932, opinaba: "... el señor Bonifaz nació en Quito, en la capital del Ecuador, de madre ecuatoriana, y, por lo mismo, de acuerdo con la Ley Fundamental, es

ecuatoriano de nacimiento. La Constitución actual en el Art. 10, dice lo siguiente: "El ecuatoriano pierde su nacionalidad: 1º, por naturalizarse en otro Estado; 2º, por entrar al servicio de nación enemiga; y 3º, por cancelación de la carta de naturalización".— "En el caso preciso que nos ocupa —agrega el doctor Borja— para descontar la nacionalidad ecuatoriana del señor Bonifaz, se requería que se presentasen documentos auténticos de los cuales constase que se naturalizó en otro Estado o que en cualquier tiempo entró al servicio de nación enemiga....".

Con los juicios jurídicos transcritos de abogados tan eminentes y de diferente ideología política como los mencionados hay bastante para formar criterio, sensato e imparcial y llegar a una sola conclusión: el señor Neptalí Bonifaz Ascázubi fue ecuatoriano por nacimiento, ya que su padre no le inscribió tampoco en los registros de la Legación del Perú, ni él jamás optó por la nacionalidad de su padre, sino —como consta de documentos públicos— por la suya propia, la nacionalidad ecuatoriana.

- 
- (1) En dicha carta, el señor Neptalí Bonifaz Ascázubi, le dice: "... Esté Ud. seguro de que si no me considerara ecuatoriano, no me habría dirigido a Ud.; como tampoco me habría dirigido en Londres al consulado ecuatoriano con cuyo pasaporte viajó y en donde hice inscribir a mi último hijo como ecuatoriano, nacido de padres ecuatorianos". Se trata de la carta que escribiera al cónsul del Ecuador en París.

## Descalificación Legislativa

Aseveraciones y desmentidos con los puños en alto.— Política que arde.— Clotario Paz y su "revolucioncita" en El Oro.— La toma del "Manabí" en Tulcán.— Los jurisperitos debaten sobre el punto legal de Bonifaz.— Cartas reveladoras.— La sesión memorable del Congreso Nacional.— La moción descalificadora del doctor Barsallo es aprobada.

El panorama de la República seguía cada vez más tenebroso por donde se lo podía ver. El concepto jurídico de los hombres de la Ley para aclarar situaciones personales y colectivas, fue relegado a segundo término. En el horizonte de la Patria se levantaba un gigantesco torbellino de pasiones diabólicas que lo iba arrasando todo. Y ese torbellino, monstruo de cien cabezas, desfilaba por todos los sectores del territorio nacional sembrando odio en las almas de los ciudadanos. Ya no era la guija que se arrojaba al adversario, sino el adoquín, el molón que hiriéndolo hacía brotar sangre en abundancia. La ciudadanía dividida en dos bandos formidables, atacábase mutuamente con toda clase de armas. La peruanidad del señor Bonifaz era ya nada más que una bandera de lucha de parte de sus opositores; la verdadera razón era otra: impedir la gran reacción ultramontana que, con el señor Bonifaz a la cabeza, ascendía ya las escaleras del Palacio de Gobierno para dar muerte definitiva a las instituciones democráticas, cuyo establecimiento en el Ecuador costara regueros de sangre en los campos de batalla. El bonifacismo defendía su situación legal y aporreaba a las izquierdas con iguales armas, acusando a los iconoclastas en los términos más violentos. El término medio en la palabra y la acción habían desaparecido. Sólo dominaba el odio, el rencor, la provocación sanguinaria por todas partes.

El 7 de enero de 1932 el señor Enrique Baquerizo Moreno, hermano carnal del Encargado del Mando Supremo de la República, doctor Alfredo Baquerizo Moreno, declaraba en Guayaquil: "... el Congreso tendrá que decidir sobre la calificación del Presidente electo: tendrá que decidir sobre la nacionalidad del señor Neptalí Bonifaz, cuya ecuatorianidad no está comprobada: el señor Bonifaz es

peruano, no cabe duda al respecto: nació bajo la bandera peruana en la Legación del Perú en Quito....". El señor Bonifaz le replicó: "... Pasma el desplante con que un jefe de partido se permite aseverar, sin prueba alguna, hechos como los que desmiento".

El doctor José Vicente Trujillo desmentía también las versiones de un corresponsal porteño y apuntaba, con toda franqueza, que como Senador defenderá la causa del señor Bonifaz; y como era entonces rector del Colegio Vicente Rocafuerte, presentó la renuncia del cargo.

El senador Alfredo Coloma, anatematizando a otro corresponsal, manifestaba que su voto en el Congreso será porque se declare electo al señor Bonifaz.

El diputado por Los Ríos, señor Efrén Icaza Moreno, ajustaba su situación a la calificación del señor Bonifaz, advirtiendo que "las agitaciones revolucionarias y complots de que se habla, eran sólo palabras huecas y sin fundamento".

El doctor Leopoldo Izquieta Pérez, en telegrama enviado desde Guayaquil, le retiraba su apoyo y su voto al Presidente electo, quien, en contestación a su carta, la explicaba la causa de haberse atribuido la nacionalidad peruana mucho antes de 1914 "en que se preocupó de su verdadera nacionalidad ecuatoriana".

La situación era, pues, bastante oscura en los hombres del Congreso Nacional que debían calificar al señor Bonifaz.

• • •

Entre la ciudadanía la situación se presentaba más grave cada vez. A mediados de noviembre de 1931 estalló un golpe revolucionario en la provincia de El Oro, dirigido por el señor Clotario E. Paz y el coronel César A. Serrano. Se posesionaron de Machala, Santa Rosa, y Pasaje. Clotario Paz, el caudillo del movimiento, dirigió un telegrama al mismo Presidente de la República, explicándole los motivos del movimiento, "cuyo eje fundamental era la defensa de la libertad". Y agregaba: "Tengo suficiente armamento y dinamita para sostener la campaña reivindicadora e invito al Regimiento Bolívar a tomar la vanguardia para que reciba el bautismo de sangre requerido para tomar parte en las deliberaciones nacionales".

En Quito fueron apresados el comandante Samuel Izquierdo, el mayor Guillermo Burbano y el coronel Juan Manuel Lasso; se ordenó la inmediata captura del comandante Ildefonso Mendoza en Guayaquil. Pero el león no fue tan fiero como lo pintaba el señor Paz, ni tuvo la artillería Bolívar que ir a medir sus armas con las va-



hientes huestes del caudillo orense, porque, con dinamita y todo, fue batido por 15 miembros de la Policía Rural, terminando así la revolución.

El estimable señor Clotario Paz fue apresado por el capitán Bravo, de la Rural, que comandó la operación.

• • •

La Provincia del Carchi no andaba tampoco tranquila. La juventud liberal y socialista de Tulcán apoyó la candidatura de don Modesto Larrea Jijón, en oposición a la del señor Bonifaz. Triunfante éste en las elecciones, los larreístas no se quedaron tranquilos y como en el Carchi no se habla mucho sino que la emoción política se convierte en hechos, los jóvenes tulcanenses se prepararon a dar su "agachadita" en momento oportuno.

Y ese momento llegó en la tarde del 31 de enero de 1932. Aprovechando la hora de comida para la tropa y a una señal dada, atacaron el cuartel del batallón "Manabí" que guarnecía la plaza, cuyo primer comandante era el teniente coronel Alfonso Sáenz, recientemente ascendido. Entre los principales atacantes se hallaban los Narváez, Martínez Acosta, Eduardo N. Martínez y otros conocidos jóvenes de la izquierda carchense. El ataque temerario y audaz duró varias horas, porque la defensa de los del "Manabí" no fue menos valiente. Hubo algunos muertos y heridos y los asaltantes fueron, finalmente, rechazados después de varias horas de lucha.

El parte enviado por el comandante Sáenz al doctor Baquerizo Moreno, dice así: "Ayer a las 5 y cuarto p. m., en momentos en que tomaba su rancho la tropa, atacaron sorpresivamente el cuartel unos cuatrocientos hombres, entre los que había militares retirados, de la Policía y de la Administración de Aduana, al mando del coronel Narváez y los comandantes Martínez Acosta y Ezequiel Borja. Se tomaron el armamento del parque y de la cuarta compañía. Después de tres horas de reñido combate, fueron desalojados en parte los revolucionarios; y posesionados nosotros de las tres garitas, presionamos hasta las 6 a. m., hora en que, previo el armisticio, se rindieron los 48 asaltantes que habían quedado y ahora son prisioneros. Se registraron cinco muertos de tropa y 35 de los asaltantes; heridos 5 de tropa y 12 asaltantes, encontrándose entre éstos el comandante Borja y el teniente López, retirados. Entre los muertos se encuentran el secretario de la Gobernación, Quevedo y el director de la escuela "Colón", señor Vallejo. Los rebeldes se hallaban armados con 200 fusiles y 200 cartuchos cada uno y disparaban por todos los lugares adyacentes al cuartel".

Los sucesos de Tulcán tuvieron gran repercusión en Quito. El gobierno ordenó la salida inmediata del batallón Pichincha que guarnecía Ibarra con rumbo a Tulcán y la artillería Calderón que residía en Riobamba pasó el 2 de febrero con rumbo a Ibarra. En Quito fueron apresados los señores Modesto Larrea Jijón, comandante Maximiliano Dávila, Bolívar Valdivieso Alba, Augusto Yépez y Segundo Abarca, coronel Bartolomé Vinelli y su hijo Augusto, teniente Sierra Paredes y un hijo del coronel Velásquez. Se dio también orden de prisión, contra el coronel Larrea Alba, pues se decía que el movimiento del Carchi no fue aislado sino en combinación con los señores Modesto Larrea en Quito, Larrea Alba en Riobamba y Mendoza en Guayaquil, quienes debían secundarlos en las ciudades indicadas.

Los hechos posteriores no afirmaron el concepto oficial que justificase las prisiones, no obstante el comandante Mendoza tuvo, luego, su "mendozada" en Guayaquil, que fue reprimida por el jefe de Zona, en una forma poco airosa para el ex-jefe del batallón Marañón.

\* \* \*

El 13 de agosto de ese año nefasto que fue el 1932, se realizaron en Quito dos manifestaciones contrapuestas: bonifacista e izquierdista. La primera fue previamente organizada; la segunda, intempestiva, se formó en la plaza del Teatro. Vino el choque con el saldo de un muerto y varios heridos. Hubo palos, piedras y tiros de pistola y la fuerza pública logró disolver ambas manifestaciones. Habló en esa manifestación el señor Bonifaz y dijo: "... Se me tacha de extranjero como medio de combate. En verdad que soy extranjero para los ladrones, pero soy ecuatoriano para los honrados". El muerto era bonifacista, se llamaba Alberto Mendizábal; los dos heridos, Humberto Rivera y Alonso Cevallos.

El 14 de agosto se realizaba en Riobamba una manifestación antibonifacista bastante numerosa, en la cual hicieron uso de la palabra prestigiosos ciudadanos como Leonardo Dávalos, Benigno Moncayo, Carlos Montenegro Aguilar, Gerardo Falconí y el coronel Ricardo Zambrano en términos de elevado matiz patriótico.

El 15 de agosto se realizaba en Guayaquil una manifestación antibonifacista con la participación de unas 3.000 personas que daban vivas al socialismo y a la república socialista. De otro lado, en la mañana del 16, se publicó un manifiesto en que se pedía al Congreso la descalificación del señor Bonifaz. En él firmaban los señores doctor Antonio Campos, Sucre Pérez Castro, Manuel Aguilar, Francisco Ochoa Ortiz y otros.

El mismo día 16 de agosto en Riobamba, se realizaban dos manifestaciones: una bonifacista y otra adversa. De los gritos opuestos de cada una pasaron a los hechos. Hubo choque, aunque sin mayores consecuencias; la efervescencia política era tremenda en esa ciudad.

En Quito, el 16 de agosto por la noche, recorrió las calles una manifestación izquierdista contra el señor Bonifaz. La integraban estudiantes universitarios, maestros de escuela, obreros, militares en retiro, etc., y desfilaron cantando el Himno Nacional. Hablaron en ella el coronel Rafael Puente, el general Enrique Barriga, y los señores doctor Emilio Uzcátegui, Antonio del Campo, Luis Coloma Silva, Antonio Gavilanes, el senador Rosendo Naula y el diputado Gonzalo Sáenz Vera. Los oradores hablaron acerca de "la necesidad de formar un frente único para encauzar a la República en torno a la calificación del Presidente Electo".

El 17 de agosto en Latacunga se efectuó también una manifestación izquierdista, organizada por los universitarios que pasaban sus vacaciones en esa ciudad, con la cooperación de alumnos del colegio Vicente León. Los manifestantes pedían la descalificación del señor Bonifaz.

En Manabí se trató de realizar manifestaciones antibonifacistas, pero sin conseguirlo. Y todo lo contrario, respetables elementos sociales desde Portoviejo, dirigieron al señor Bonifaz el 17 de agosto, el siguiente telegrama: "Aquí circulan rumores sobre su renuncia. Ud. ya no se debe a sí mismo sino a la Patria. En ningún caso debe Ud. renunciar, pues eso sería lanzar al país a la revolución y frustrar las esperanzas de los buenos ecuatorianos de contar con un gobierno honrado. Manabí le ofrece su apoyo".

En Ibarra, en 18 de agosto, la asamblea liberal-radical-socialista resolvió pedir al Congreso que declarase inhábil para el ejercicio del Poder al señor Bonifaz. Luego se organizó una manifestación en la cual hablaron los señores doctor Luis E. Dávila P., Rafael Larrea A., Alejandro Villamar y Luis Almeida.

En El Angel y San Gabriel y otras poblaciones del Cañar, en 18 de agosto, tuvieron lugar manifestaciones a favor del señor Bonifaz, pidiendo al Congreso su calificación inmediata.

No hubo ciudad o región de algún interés en la República que no hiciera presente su emoción cívica en esos momentos, ya en favor del Presidente Electo, ya en contra, lo cual contribuyó, cada vez, a

dar mayor expectación general. Mientras tanto el Congreso seguía escrutando las votaciones de cada una de las provincias. Las últimas, Tungurahua y Bolívar, fueron escrutadas el 18 de agosto.

• • •

En medio de la mayor expectación política que registra la historia, llegó la aurora del 19 de agosto de 1932, entre rumores y presagios nada tranquilizadores.

Presidía las sesiones del Congreso Nacional el doctor Alberto Guerrero Martínez, acusado de ser enemigo político del señor Bonifaz y, como tal, de hacer labor antibonifacista. La Cámara de Diputados, en cambio, estaba presidida por un bonifacista decidido y franco, el doctor Rosendo Santos Alarcón. Hasta en eso las fuerzas políticas estaban más o menos balanceadas.

El señor Bonifaz dio una muestra de evidente respeto al Congreso con su carta dirigida al Presidente de la Compactación Obrera, pidiéndole que prohibiese a sus consocios la concurrencia a las barras, ya que "las pasiones políticas, enardecidas como nunca, se aprestan a una lucha salvaje en las barras del sagrado recinto de las leyes... Por lo mismo que la Compactación es la más fuerte, a ella le toca dar el ejemplo de civismo, respetando profundamente la majestad del Congreso. Es probable —terminaba el señor Bonifaz— que entre los que me atacan, haya hombres de buena fe; su opinión es digna de respeto y, por lo mismo, deben gozar de amplia libertad para emitirla".

El mencionado día 19 de agosto el Congreso Pleno se constituyó en comisión general, a fin de considerar la tirante situación por la que atravesaba la República. Pulsando la opinión de los legisladores asistentes y los votos en favor y en contra del señor Bonifaz se pudo apreciar que dicho señor no tendría el mayor número de votos en el Congreso. Ante tal situación se pensó en la conveniencia de no proceder a la calificación y buscar la medida que viniese a disminuir la tirantez política. Entonces se resolvió "insinuar al señor Bonifaz que presentara la excusa de la opción que podía tener a la Presidencia de la República".

La resolución fue extraoficial y reservada, designando una comisión compuesta de los señores doctor Ricardo del Hierro, Adolfo Gómez Santistevan, Ismael Pérez Pazmiño y doctor Daniel Córdova Toral, a fin de que pusieran el particular en conocimiento del señor Neptalí Bonifaz. La comisión salió a cumplir el cometido y fue cordialmente recibida por el dueño de casa.

Vaciado el objetivo de la visita, el señor Bonifaz habría inquirido detalles y pormenores acerca de los móviles que pudo haber tenido el Congreso para adoptar semejante resolución. Explicados los puntos básicos del problema, el señor Bonifaz accedió a presentar la excusa, pero bajo un pliego de condiciones. La principal era que el doctor Alberto Guerrero Martínez, renunciase la presidencia del Senado y que, en su reemplazo, la ocupare el señor Alfredo Coloma. La comisión se retiró de la casa del señor Bonifaz y fue a dar cuenta del cometido; y la comisión general del Pleno resolvió que el caso fuese tratado en Cámaras separadamente.

Después de breves consideraciones el Senado rechazó la propuesta del electo, por cuanto la estimó ofensiva para su presidente, doctor Guerrero Martínez, además que ella ofendía también la majestad del Congreso Nacional. El doctor Guerrero considerándose ultrajado por la propuesta, manifestó que renunciaba el cargo y para dejar al Congreso en libertad de resolver, abandonó el salón. El Senado designó una comisión para que expresase al doctor Guerrero su aprecio y le pidiese el retorno inmediato a la Cámara. En las primeras horas de la noche y ya bajo la presidencia del doctor Guerrero Martínez, se instaló nuevamente la comisión de Congreso Pleno y resolvió insistir en la petición de excusa al señor Neptalí Bonifaz, mediante la aplicación de una fórmula que salvase el decoro de dicho señor: proceder a la calificación como Presidente Electo, a cambio de que anticipara su renuncia. Una comisión comunicó al señor Bonifaz los pormenores de la fórmula; mas, el señor Bonifaz la rechazó, manifestando que aceptaba los resultados de la calificación.

Sin acuerdo alguno entre las partes, el Congreso resolvió entonces proceder a la calificación parlamentaria, sin fórmula de avenimiento.

\* \* \*

La sesión formal de Congreso Pleno se instaló bajo la presidencia del doctor Alberto Guerrero Martínez. Asistieron el Presidente de Diputados, doctor Rosendo Santos Alarcón; el Vicepresidente del Senado, don Manuel A. Navarro; el Vicepresidente de Diputados, doctor José María Velasco Ibarra.— Senadores: Acosta Soberón, Arias V., Barriga, Bustamante, Coloma, Córdova Toral, del Hierro, Gómez Santistevan, Guerrero, Icaza Moreno, Llor Velásquez, López Arteta, López Nicolás, Maldonado, Mosquera Narváez, Naula, Páez Federico, Páez Luis A., Pérez Pallares, Sáenz Vera, Pérez Pazmiño, Tobar Subia, Trujillo, Utreras Gómez, Uzcátegui, Vela Luis, Vela Pablo y Velloz Luis F.— Diputados: Aguilar, Aguirre, Albornoz, Alvarado, An-

drade C., Barrera, Barsallo, Bastidas, Burneo, Cevallos, Cisneros, Concha A., Cuesta V., Chávez, Checa Drouet, Chiriboga, Dávila Aurelio, Dávila Joaquín, Domínguez, Espinosa Smith, Gallegos T., Grijalva, Guarderas, Guerrón, Icaza V., Izquierda Pérez, López, Maldonado P., Moncayo, Montalván, Montero Vela, Mora Moreno, Muirriaguí D., Murillo O., Navarro Allende, Palacios, Plaza S., del Pozo, Ramos, Romero S., Salem, Sánchez Granados, Santos Chávez, Veintimilla, Terán Lascano, Terán Enrique, Ugarte, Uscocovich, Vásconez y Vega.

El Presidente del Congreso manifiesta que terminado el asunto para cuyo estudio se constituyera en comisión general, declara abierta la sesión con el carácter de reservada con el fin de evitar la concurrencia del público a las barras.

El Presidente de Diputados replica que, en todo caso, habría que consultar al Congreso si cree que el asunto que va a resolver debe ser tratado en forma reservada.

El doctor Guerrero Martínez manifiesta que es facultad de la Presidencia del Congreso, de acuerdo con el reglamento, disponer sobre la reserva o publicidad de las sesiones; pero que si los señores representantes quieren exponerse a los excesos de las barras, no tendrá inconveniente en ordenar que se abran las puertas para que el público pueda entrar. Como el Congreso se pronuncia porque continúe en sesión secreta, así se procede y continúa la sesión.



Señor Don  
Neptalí Bonifaz Ascásubi

La presidencia ordena que se dé lectura al informe de la comisión escrutadora de las votaciones para Presidente de la República realizadas en los días 20 y 21 de Octubre de 1931. La comisión escrutadora la componen los señores doctor Ricardo del Hierro, doctor Alberto Acosta Soberón, doctor Leopoldo Izquierda Pérez y señor

Francisco Guarderas, quienes presentan el detalle de las elecciones con el escrutinio respectivo, que da el siguiente resultado en votos:

Señor Neptalí Bonifaz A. . . . .	28.359
Señor Modesto Larrea Jijón . . . . .	18.863
Comandante Ildefonso Mendoza . . . . .	12.813
Doctor Casáreo Carrera . . . . .	473
Señor Antonio Ruiz F. . . . .	298
Señor J. Federico Intriago . . . . .	16
Y por otros ciudadanos, menor número de votos.	

Después de que el Secretario del Congreso indica que el señor Bonifaz ha obtenido el mayor número de votos y de haber leído el Art. 74 de la Constitución, el Presidente dice: "Habiendo obtenido el ciudadano señor Neptalí Bonifaz la mayoría relativa de votos, consulto al Congreso si se lo declara legalmente elegido para Presidente de la República".

De inmediato el Diputado Barsallo, dice: "Señor Presidente: De acuerdo con el Art. 19 de la Carta Fundamental que dice (lee el Art.) la Corporación que en este caso tiene que hacer la calificación del Presidente de la República es el Congreso, el cual tiene que proceder en este sentido: en primer lugar a verificar el escrutinio; y, en segundo término, a estudiar las condiciones de capacidad, según lo determinado en la misma Constitución, a fin de declarar legalmente electo a quien haya obtenido mayoría de votos. Desde este aspecto, me permito insinuar al H. Congreso que habiéndose cumplido con la primera parte o sea con la función del escrutinio, nos corresponde ahora, de acuerdo con el Art. 120 de la Ley de Elecciones, que dice (lee el Art.) proceder a la calificación de la persona que ha obtenido mayoría. Como se ha producido en la República una situación de opiniones que es menester tomarla en cuenta, por cuanto han llegado a la Secretaría del Congreso sendas peticiones en el sentido de descalificar al señor Bonifaz, y otras peticiones en sentido contrario, me permito, de acuerdo con la disposición de la ley citada, solicitar que el Soberano Congreso proceda a declarar la capacidad legal del señor Neptalí Bonifaz, quien ha obtenido la mayoría de votos en las elecciones verificadas en octubre de 1931, y quien parece no reunir las condiciones determinadas en la Constitución de la República para poder asumir el ejercicio de la Presidencia de la República. Si encuentro apoyo, haría moción en el sentido indicado".

El Diputado Barsallo concreta, luego, sus ideas en la siguiente moción que somete al estudio del Congreso: "Que el Congreso Nacional declare que el señor Neptalí Bonifaz, aunque ha obtenido la mayoría numérica de votos en las elecciones presidenciales últimas, no reúne las condiciones que requieren la Constitución y las leyes

para ejercer el cargo de Presidente de la República". Le apoyan los señores Rosendo Naula, Pablo H. Vela, Plaza Sotomayor, Domínguez y Gallegos Toledo.

En consideración la moción del doctor Barsallo, el Presidente de Diputados, doctor Santos, la califica de inconstitucional, por estar en abierta contradicción con disposiciones expresas de la Carta Fundamental, una de ellas el Art. 151, discurriendo largamente en este sentido.

El senador general Enrique Barriga pide a la presidencia que antes de continuar en el debate, se dé lectura por Secretaría a las comunicaciones que ha presentado en 38 fojas útiles y que servirán para ilustrar el criterio del Congreso. La Secretaría lee las siguientes: Partida bautismal.— Partida de nacimiento de los cuatro hijos del señor Bonifaz.— Poderes conferidos a los señores doctor Francisco Octavio Escudero y Luis Felipe Borja (hijo).— Declaraciones juradas de los señores teniente coronel Alberto Moncayo Andrade y del señor Ing. Francisco Cruz y Manifiesto a la Nación que el señor Bonifaz dirigiera en el mes de julio de 1932.

A una consulta de la presidencia, el Congreso resuelve prescindir de la lectura de los montones de telegramas que han llegado a la Secretaría del Congreso en pro y en contra de la calificación del señor Bonifaz.

La discusión continúa alrededor del problema y con vista de los documentos que se han leído. Los opositores a Bonifaz sostienen que aunque nacido en Quito, él es ciudadano peruano por haberse manifestado así en varios documentos públicos, ya también porque habiendo nacido en el edificio que ocupaba la Legación Peruana en 1870, con la circunstancia de haber sido peruano su padre, él, por el principio de extraterritorialidad llevaba, en consecuencia, la nacionalidad de su padre.

Los partidarios del señor Bonifaz defienden el precepto constitucional de que es ecuatoriano por haber nacido en territorio ecuatoriano, rechazando la interpretación del aspecto de extraterritorialidad que no viene el caso que se debate, porque ese principio no se aplica sino para los asuntos del asilo diplomático.

Un legislador toca un caso nuevo en el debate: según la Ley de Elecciones vigente, la ecuatorianidad puede afirmarse también por el ejercicio del sufragio: si el señor Bonifaz es ecuatoriano, ha debido intervenir en algunas de las elecciones populares del país y esto puede probarlo cualquiera. Puede probar el señor Bonifaz su ecuatorianidad en este caso?...

Como el senador Tobar Subía apelara, en su largo discurso, a la hidalguía del Congreso para dar fin al asunto, sin nuevas provo-



caciones que aticen la hoguera de la guerra civil, el autor de la moción descalificadora, doctor Barsallo, dice: "Señor Presidente: Tócame ahora, como autor de la moción que se discute, manifestar al H. Senador que acaba de hablar y que ha invocado una situación de caballerosidad de parte del Congreso para el señor Neptalí Bonifaz. Magnífico, yo estoy listo a retirar mi moción. El señor doctor Tobar Subía y el doctor Trujillo, según nos indicaba, tenían aquí en el bolsillo la renuncia del señor Bonifaz; presenten esa renuncia y mi moción queda retirada; ésta será la mejor solución al problema y una muestra del gran amor que tiene este caballero a la Patria Ecuatoriana. Ojalá esta indicación sea tomada en cuenta".

Nada se contestó a la insinuación del doctor Barsallo y el debate siguió alrededor de la moción de Barsallo. Habló después el diputado Rosendo López. Luego; el diputado Colón Serrano se refirió a las declaraciones de peruanidad del señor Bonifaz, agregando "...y que sólo haya sido en 1916, es decir cuando dicho señor contaba ya con 45 años de edad, cuando hizo su primera declaración de ser ecuatoriano, por motivos que desconozco (1) pero que quiero suponer respetables....".

El diputado Ramos no cree que el Congreso esté capacitado para juzgar el aspecto moral del señor Bonifaz, y si sólo el aspecto legal del acto eleccionario, en consecuencia presenta la siguiente moción: "Que el Congreso se pronuncie previamente acerca de si tiene o no facultad para juzgar de la capacidad moral de la persona electa, para ejercer el cargo de Presidente de la República; o si so-

---

(1) La carta que va a continuación, dirigida por don Neptalí Bonifaz al distinguido hombre público liberal guayaquileño, doctor Leopoldo Izquieta Pérez, puede hacer luz en el caso concreto mencionado por el doctor Colón Serrano. La carta dice:

"Quito, agosto 1º de 1932.— Sr. Dr. Dn. Leopoldo Izquieta Pérez.— Guayaquil.— Distinguido doctor: Agradezco a Ud. por la franqueza de su telegrama y al felicitarlo por ella, vuelvo a insistir en que hombres como Ud. no pueden negar su colaboración al país.— No tengo interés alguno por ir a la Presidencia. No la he buscado: me la han impuesto a sabiendas de mi conducta pasada.— Respeto la opinión de Ud. y le ruego que la venga a dar en el Congreso, en el que a pesar de todas las calumnias propaladas, gozará Ud. de perfectas garantías. De no haber en la próxima Legislatura elementos como Ud., el país irá a la más horrenda anarquía si se me descalifica. Precisamente

lamente debe juzgar de su capacidad legal". Después de varios razonamientos de algunos representantes, el doctor Ramos retira su moción y también el doctor López Arteta la suya modificatoria.

Como el tiempo avanza y el debate sigue acalorado e interminable, la presidencia del Congreso declara cerrada la discusión y se resuelve que cada legislador escriba su voto razonado y lo entregue a Secretaría para la lectura correspondiente el momento de votar. Así se procede y se da lectura de los votos razonados, algunos en extensos discursos que resultan cansados.

• • •

Entre estos votos, vale la pena parar la atención para los fines históricos que perseguimos, por la ecuanimidad y sensatez que revelan los conceptos, en el voto firmado conjuntamente por los señores don José Rafael Bustamante y doctor José María Velasco Ibarra, quienes, después de amplia argumentación jurídica muy valiosa, terminan la primera parte de ella, con las siguientes líneas: "Las declaraciones realizadas por el señor Bonifaz no han llegado a producir efecto jurídico de hacerle perder la nacionalidad ecuatoriana. Por consiguiente, según nuestra Constitución, el señor Neptalí Bonifaz no tiene impedimento legal para ser Presidente de la República".

La segunda parte del voto razonado de los señores Bustamante y Velasco Ibarra, enfoca el aspecto moral del candidato y lo expresan en los siguientes conceptos: "Por regla general, al legislador no le corresponde apreciar las condiciones morales que afectan a un candidato para la Presidencia de la República. La regla contraria podría hacer imposible que un candidato tome posesión tranquila del

---

para este caso le pido su asistencia.— No pretendo defender mi conducta de años pasados, pero como Ud. le da una amplitud que no tiene, voy a permitirme rectificar los hechos. Mi peruanismo se limita a la época de la dominación de Alfaro, durante la cual, por súplicas de mi madre que quería, como todos los ecuatorianos de entonces, defender sus propiedades, consentí decirme peruano.— Los hechos posteriores que Ud. debe conocer, prueban que ningún interés debía yo tener en ello, mi voluntad de ser ecuatoriano.— Antes de la dominación de Alfaro, todos mis condiscípulos atestiguan que siempre lo fui. Pero, repito que esta explicación no intenta modificar la opinión de Ud. sino poner las cosas en su verdadero punto.— De Ud. atto. y S. S.— (f.) N. Bonifaz".

cargo de Presidente de la República a causa de las condiciones que se les pudiera ocurrir a los legisladores al calificarle. Un procedimiento semejante sería, además, una desautorización ilegal, injusta y peligrosa de la voluntad de los electores. Pero, en casos excepcionales, la situación moral y política del candidato a la Presidencia de la Nación, puede afectar las bases mismas constitucionales, puede implicar situaciones relacionadas directamente con los principios mismos del Derecho Constitucional positivo. En este caso el legislador tiene que hablar y hablar con verdad". Veamos los hechos:

"En el Manifiesto a la Nación del señor Bonifaz del 3 de julio de 1932 —dicen los señores Bustamante y Velasco Ibarra— consta que hasta el año 1914, dicho señor se atribuyó la nacionalidad peruana. En las partidas de nacimiento de su hija Josefina, de 12 de febrero de 1902, consta que el señor Bonifaz se atribuyó la calidad de peruano y de residencia en Quito. En la partida de nacimiento de su hijo Luis César Augusto Bonifaz, de 11 de agosto de 1904, el señor Bonifaz se atribuyó, de nuevo, la calidad de peruano, aunque nacido y residente en Quito. Lo mismo se lee en la partida de nacimiento del niño Cristóbal Alfredo César Enrique, de 6 de mayo de 1907. En el poder conferido en París, el 29 de noviembre de 1912, el señor Neptalí Bonifaz se atribuyó la calidad de ciudadano peruano. En el poder otorgado en El Havre, el 4 de noviembre de 1914, el señor don Neptalí Bonifaz se llamó ciudadano peruano, avecindado en Quito".

"Estas declaraciones precisas, categóricas, reiteradas, sin ningún acto que les contradiga hasta 1914, demuestran la voluntad del señor Bonifaz que, si no consta en la forma que nuestra Ley exige para el cambio de nacionalidad, manifiesta claramente la desvinculación de sus sentimientos con el Ecuador hasta la indicada fecha y han producido ya el hecho de inquietar profundamente el espíritu nacional, creando un ambiente desfavorable para que el primer Magistrado, en cumplimiento de su deber, fomente el bienestar de los asociados y resuelva los más delicados problemas nacionales".

"El anhelo de una Constitución política al enumerar las especiales condiciones que debe reunir el ciudadano a quien se le va a confiar el país, particularmente en una República de carácter presidencial como la nuestra, que acumula en el Presidente tan grande suma de poder e influencia, significa, sin lugar a duda, el deseo de exigir en el Presidente una fuerte raigambre en el ambiente nacional. La Constitución Política del Ecuador no tolera, por ejemplo, que un individuo nacido en suelo extranjero de padre o madre ecuatorianos de nacimiento, que viniere a residir en la República o expresare su voluntad de ser ecuatoriano, puede ser elegido para Presidente de la República. Y la Constitución de la República de Es-

pañía, la más moderna expresión de la conciencia democrática, dice que el Presidente de la República personifica a la Nación".

"Reconocemos que por segunda vez en el Ecuador la libertad de sufragio ha sido respetada y que tal circunstancia, constituye un título limpio para ejercer el Poder. Pero al mismo tiempo tenemos que deplorar que algo tan delicado y poderoso como el sentimiento nacional, herido en muchos ecuatorianos, haya ocasionado una honda y enconada división en el país y sea un gravísimo obstáculo para la paz y la concordia, para la eficacia misma de la acción gubernativa, especialmente en lo relativo a la delicadísima cuestión de límites pendiente entre el Ecuador y nuestra nación hermana, el Perú. Confiamos en el honor del señor Neptalí Bonifaz, pero políticamente su situación no le permitirá tratar con la eficacia necesaria nuestras dificultades internacionales".

"Por tales consideraciones —terminan expresando los dos señores legisladores— es imperioso que nuestro voto exprese, además, el anhelo, sereno y patriótico, de que el señor Bonifaz, a quien no mueve ningún deseo de Poder, abra con actitud caballerosa, el campo para que se efectúe un nuevo plebiscito popular, que debería realizarse con las más amplias y efectivas garantías de libertad electoral, y que se llevaría a cabo, estamos seguros, con unción democrática, dado el fervor patriótico en que vive el país en estos días".

\* \* \*

Pasadas las 11 de la noche la situación del Congreso ya estaba definida, a juzgar por los discursos de sus integrantes. La situación del señor Bonifaz, como poseedor del mayor número de votos en las elecciones, estaba aprobada por legal; no así el aspecto de haberse atribuido la nacionalidad peruana, es decir la parte moral del candidato.

El voto razonado del diputado señor Isaac J. Barrera, sensato y ecuánime, interpretó el sentir verdadero del Congreso en esos momentos.

"Después de este proceso de investigación y convencimiento personal —dijo el señor Barrera en su discurso— he llegado a la conclusión de que la ley le favorece al señor Bonifaz, aun cuando en su contra existe el tremendo cargo de su nacionalidad no definida hasta los 45 años de edad. Por otra parte hay que confesar que el señor Bonifaz es un ciudadano respetable bajo todo concepto y que en la Presidencia de la República sería un gran propulsor del progreso. Pero es indudable que mientras más pase el tiempo, el reparo contra su patriotismo irá creciendo de manera desmesurada y lo que

hoy apenas ha tocado la epidermis del pueblo se convertirá, después de pocos días o de pocos meses, en justo motivo para insurrecciones y tal vez para la disolución de la República".

"El Congreso que tiene el deber de solucionar los conflictos políticos —terminaba el señor Barrera— está en estos momentos en la obligación de velar por la paz pública y por la tranquilidad de la nación. Es indudable que se va a sacrificar a un hombre de gran valía, pero se va también a quitar el pretexto y la causa para la guerra civil, en la que el pueblo ecuatoriano derrame su sangre para provecho tan sólo de los explotadores políticos".

\* \* \*

Contados los votos por Secretaria, se promulgó el resultado: Votaron por la moción del doctor Barsallo, es decir por la descalificación, los siguientes:

General Enrique Barriga.	Dr. Gonzalo Dominguez B.
Dr. Daniel Córdova Toral.	Dr. Arsenio Espinosa Smith.
Sr. Adolfo Gómez Santistevan.	Dr. Camilo Gallegos Toledo.
Coronel Carlos A. Guerrero.	Dr. Leopoldo Izqueta Pérez.
Sr. Efrén Icaza Moreno.	Sr. Alberto Icaza Carbo.
Sr. Eloy Loor Velásquez.	Dr. Rosendo López.
Dr. Fidel A. López Arteta.	Dr. Juan Montalván Cornejo.
Coronel Nicolás F. López.	Dr. Eduardo Mora Moreno.
Dr. Aurelio Mosquera Narváez.	Dr. Carlos Muirriagui Donoso.
Sr. Rosendo Naula.	Dr. Emilio Murillo.
Sr. Ismael Pérez Pazmiño.	Dr. Fausto Navarro Allende.
Dr. Gonzalo Sáenz Vera.	Dr. Jaúuario Palacios.
Sr. Manuel Utreras Gómez.	Sr. Marcos Plaza Sotomayor.
Dr. Emilio Uzcátegui.	Dr. Manuel Romero Sánchez.
Sr. Luis E. Vela V.	Dr. Antonio Sánchez Granados.
Sr. Pablo Hanníbal Vela.	Sr. Atanasio Santos Chávez.
Sr. Luis E. Aguilar.	Lic. Colón Serrano.
Dr. Enrique Aguirre.	Dr. Pablo Terán Lascano.
Dr. Alfredo Albornoz.	Comandante Julio E. Terán.
Dr. Rafael Alvarado R.	Sr. Marcos Uscocovich.
Sr. Isaac J. Barrera.	Ing. Manuel Adrián Navarro.
Dr. Antonlo Barsallo.	Dr. Alberto Guerrero Martínez.
Dr. Jaime Chaves R.	Dr. Juan Maldonado Paz.

Total: 46 votos.

Votaron por la calificación del señor Bonifaz, es decir en contra de la moción del doctor Barsallo, los siguientes legisladores:

Dr. Alberto Acosta Soberón.	Sr. Juan A. Checa Drouet.
Sr. Luis Arias V.	Sr. Miguel Angel Chiriboga.
Sr. José Rafael Bustamante.	Sr. Aurelio Dávila.
Sr. Alfredo Coloma.	Dr. Joaquín Dávila.
Dr. Ricardo del Hierro.	Dr. Luis Felipe Grijalva.
Dr. Manuel T. Maldonado I.	Sr. Francisco Guarderas.
Ing. Federico Páez.	Sr. Rosalino Guerrón.
Sr. Luis A. Páez.	Lic. Hugo Moncayo.
Sr. Fernando Pérez Pallares.	Sr. Jorge Montero Vela.
Dr. Cristóbal Tobar Subía.	Sr. Alfredo Silva del Pozo.
Dr. José Vicente Trujillo.	Dr. Guillermo Ramos S.
Sr. Alberto Andrade Cevallos.	Sr. Julio Teodoro Salem.
Sr. Luis F. Veloz.	Sr. Humberto del Pozo Saltos.
Sr. Manuel Jesús Bastidas.	Dr. Mariano Suárez Veintimilla.
Dr. Alfredo Burneo.	Dr. José Ugarte.
Dr. Medardo A. Cevallos.	Sr. Wenceslao Vásconez Cuvi.
Sr. Segundo Daniel Cisneros.	Dr. Luis A. Vega.
Capitán César Concha Andrade.	Dr. Rosendo Santos.
Dr. Agustín Cuesta V.	Dr. José María Velasco Ibarra.

Total: 38 votos.

La descalificación del señor Neptalí Bonifaz para ocupar la Presidencia de la República, fue sólo cuestión de 8 votos.

La memorable sesión legislativa terminó pasadas las 12 de la noche.

## Bala en los Cuarteles

Del Estado Constitucional al Estado tiránico.— Sin Libertad no hay República y sin República no hay Democracia.— Congresos que actúan al margen de la Ley.— El caso Bonifaz en 1932 y el del doctor Felicísimo López en 1894.— El cuartelazo del 27 de Agosto.— Freile Larrea reemplaza al doctor Baquerizo.— Fracaso de las comisiones de paz.— Preparativos para la batalla.

La República tiene un sistema de gobierno que se mantiene enhiesto sólo cuando todos los ciudadanos le prestan cooperación para el desenvolvimiento de sus nobles postulados; pero se descentra de su eje vital si disienten de ellos con perjuicio de la armonía y el respeto mutuo que deben existir entre los ciudadanos que forman sus fuerzas concomitantes. Cuando esto sucede, cuando la República enferma o sufre de quebrantos, surge el absolutismo, se entroniza la dictadura como sistema de gobierno y sólo flota la autocracia —engendro del abuso ilimitado— como norma y acción de las actividades administrativas. Del silencio de tumba y de tinieblas en que la autocracia suele sumir a la República, con hombres ciegos de ambición, vanidad y odio, surge el Estado tiránico que es demolición y desfreno contra todo lo que crea la comunidad en el régimen de respeto y comprensión.

La Libertad se eclipsa y, herida de muerte, se pierde en las sombras de noche tormentosa, porque el eclipse de la Libertad es retroceso de civilización, insustancia del vivir individual y colectivo y también dolor de espíritu en engendro maléfico de proyecciones indescriptibles. Sin Libertad no hay República y sin República no hay Democracia. Las tres diosas que afirman la esencia vital de un pueblo en su marcha a través del destino, deben ir juntas. Deben ir juntas para que la soberanía popular no se resienta con los cardos del camino ni hagan mella en su vitalidad las gultas de la demagogia o la malquerencia de los perversos.

El pensamiento no muere con las situaciones de fuerza, porque es idea y es espíritu; pero el pensamiento languidece y se refugia, temporalmente, en la materia de cada ser, cuando la tiranía hace su aparición en el Capitolio para amordazarlo, interrumpiendo su vuelo.

Mas, bien pronto reacciona y se alza vibrante sobre las bayonetas para anonadarias, cuando los corazones de los pueblos esclavizados, henchidos de coraje, se lanzan a la lucha en arrebatos incontenibles y apabullan y eliminan las armas desafiantes de los tiranos. Y en esas horas tremendas de exaltación, los pueblos piden cuentas y sancionan duramente a los conculcadores de la Ley y de la Libertad.

Sólo en el respeto y la consideración mutuos de gobernantes y gobernados está la ética, en armonía de entendimiento de las cosas y los procederés. Por eso la República ha dividido la esencia de su vida creadora en tres poderes: el Ejecutivo, el Legislativo y el Judicial.

El Poder Ejecutivo que se encarga de hacer cumplir las leyes a los ciudadanos y de ejercer la forma administrativa para la correcta marcha de la Nación en sus diversas fases, cuida y garantiza el orden, la vida y los intereses de los asociados; y también castiga los deslices y las conculcaciones de los que suelen salirse del marco de la ley. Pero el Ejecutivo ha de sujetar las acciones al cumplimiento del precepto constitucional, tiene que sujetarlas a los dictados de la ley en la marcha de sus funciones; porque él, a su vez, habrá de dar cuenta de estos actos a otro poder, al Poder Legislativo, que juzga y castiga a los magistrados y empleados que suelen festinar sus procedimientos.

El Poder Legislativo —el más alto poder del Estado— tiene la representación genuina y directa de los asociados por voluntad propia, crea la ley y la reforma de acuerdo con el sentir y las necesidades de los pueblos; pero todos sus actos tienen que estar sujetos a los preceptos de la Constitución Política, tiene un marco de acción con facultades legales, de las que no puede salirse en sus deliberaciones y decretos. Si lo hace, cae en el quebrantamiento de las normas legales, para cuyos casos, en el estatuto jurídico de la Nación, hay también sanciones ineludibles.

El Poder Judicial que interpreta la ley y ordena el castigo de sus conculcadores, de acuerdo con las penas estipuladas en los Códigos, no puede tampoco apartarse de la norma jurídica que ellos señalan para el castigo de los culpables de crimen o delito. Y así como el Poder Judicial castiga a los ciudadanos por sus faltas o errores en la marcha de la convivencia nacional, también tiene facultad para castigar a los funcionarios públicos que se extralimitan en la aplicación de sus actividades.

Ningún poder puede, pues, apartarse de las normas legales de una República y menos de las que, específicamente, señala la Constitución Política, que es la ley suprema del Estado.

El abuso, la extorsión de cualesquiera de los poderes contra el vivir jurídico del ciudadano es abuso de autoridad, abuso de poder.



El espíritu popular se lastima con el abuso y viene la protesta, muchas veces la protesta airada de forma colectiva en calles y plazas. Actúa la fuerza pública para acallarla, para disolver a sus actuantes, porque el soldado que "es obediente y no deliberante", obedece y carga. Mas, cuando al soldado se le manda abalear a las muchedumbres, si obedece temblorosamente y de mala gana una vez, no hace lo mismo en la segunda. Al soldado que es también hombre del pueblo, no le gusta matar a mansalva a seres indefensos y desarmados. Allí ya no obedece, se rebela. Se rebela contra las órdenes de mando del jefe, porque entonces ya delibera; y al deliberar, piensa que puede matar a la madre o al padre, al hermano o a la novia, a la mujer o al hijo que, sin duda, habrán de estar entre la muchedumbre. Los casos no son raros, la historia se repite siempre, porque la sicología de las muchedumbres es la misma en todas las épocas y en todas las latitudes.

Lo importante es que los hombres de Estado mediten y pesen hondamente antes de actuar en los grandes problemas en que, ocasionalmente, tiene que resolver la República. Muchas veces los hombres de Estado provocan; y los pueblos responden, también muchas veces, a esas provocaciones, cuando se sienten lesionados en sus intereses, cuando se les defrauda en sus aspiraciones, cuando se les defrauda en sus más caras emociones cívicas. Las grandes hecatombes de la historia se han producido por la miopía, el menosprecio o la intolerancia de las gentes que gobiernan. Los pueblos pueden perdonar a quienes les perjudican en sus intereses económicos, mediante el derroche; pero no perdonan jamás a los que les ofenden en sus íntimas emociones cívicas...

\* \* \*

El año 1932 fue el año negro de la Historia Ecuatoriana. Época en que el Congreso calificaba y descalificaba, a la vez, al hombre que había obtenido el mayor número de votos en elecciones populares libres e impecables, como fue el caso Bonifaz. En que meses después se golpeaba, con afán histérico y cotidianamente, a los Ministros de Estado para sacarles del gobierno con el voto de censura, —en espectáculo grotesco de un cuádrilátero de Wall Street— y botar de su sitio al Presidente de la República, como sucedió con el probo y honrado señor Juan de Dios Martínez Mera, a guisa de haber subido al Poder por elección espúrea. Descalificación por elección popular libre, descalificación por elección espúrea. Descalificación a troche y moche. Palo porque eres malo, palo también porque eres bueno....

El caso Bonifaz en el Congreso de 1932 es muy similar, tiene mucho de parecido al caso Felicísimo López en el Senado de 1894. El doctor López era un joven liberal que admiraba, con gran emoción, las nuevas corrientes ideológicas que emergieran de la revolución francesa y de la revolución norteamericana. Vivía en Manabí y allí fundó un periódico ocasional, en el cual difundió las ideas liberales en artículos que gustaban mucho al pueblo.

Un día el obispo de la diócesis —el obispo alemán señor Shummacker— mandó llamar al joven López y censuró su actuación periodística, previniéndole suspendiese la publicación del periódico, por cuanto estaba difundiendo lecturas inconvenientes y en pugna con las enseñanzas de la Iglesia. El señor López se negó altivamente a aceptar la sugestión del señor obispo y siguió publicándolo. El obispo volvió a la carga y mandó decir a su editor, señor López, que si volvía a sacar el periódico lo excomulgaba. Y, efectivamente, días después, el obispo cumplió con la amenaza. Expidió la carta de excomunión contra el doctor Felicísimo López.

Con la lectura de la carta de excomunión que se daba en los púlpitos de las iglesias de Manabí y Esmeraldas, provincias que comprendían la feligresía del obispo alemán, los pueblos comentaron como injusta la carta del obispo y rodearon de grandes simpatías al joven periodista liberal. Y esa simpatía del pueblo esmeraldeño fue patentizada en el triunfo rotundo que le dieran en las urnas, sacándole Senador por dicha provincia con una votación jamás vista en ella.

El doctor López se vino a Quito y acudió a integrar el Senado de la República en representación de Esmeraldas. Sus papeles estaban en regla, pero considerado su caso de excomunión en un debate de pocos minutos, pasó a estudio de la comisión calificadora que la componían el doctor Julio Matovelle —canónigo inteligente pero violento por su intransigencia política— y el señor Miguel Castillo, ciudadano conservador hermético.

El informe de la comisión se debatió en la sesión de 20 de junio de dicho año. Naturalmente fue adverso al Senador por Esmeraldas. Decía sencillamente que aunque no se podía desconocer que dicho señor ha triunfado en los últimos comicios de Esmeraldas y que, por tal motivo, tiene perfecto derecho a integrar la Cámara, no se le puede aceptar en ella; pues en 3 de noviembre de 1890, el señor obispo de Manabí ha excomulgado al señor López, declarándole "como adversario de la fe y religión católicas, por cuanto se ha valido de la prensa periódica para hacer en el pueblo propaganda de impiedad".

“Los fieles que, sin causa que les justifique violen estas prohibiciones y traten con un excomulgado —decía el informe de los señores Matovelle y Castillo, hablando del significado y disposiciones de la excomunión— se hacen reos de pecado mortal, según la opinión más común de los teólogos. Resulta de las consideraciones anteriores, que el Sr. Dr. Dn. Felicísimo López no puede tener relaciones con la Cámara, ni ésta puede tener con el señor doctor López; y, por lo mismo, no puede el mencionado señor, mientras no sea absuelto legítimamente de la censura antedicha, entrar a formar parte del H. Senado. Y no se diga que las penas antedichas deben surtir sus efectos únicamente en la legislación canónica, pero no en el orden civil y político; todo país, por el hecho de ser católico, se halla estrictamente obligado a cumplir las leyes de la Iglesia, con preferencia a cualesquiera otras que emanan de autoridad puramente humana...” Y finalizaba el informe: “... Por todas estas razones, la Comisión calificadora juzga que el Sr. Dr. Dn. Felicísimo López, no puede ser recibido en el Senado, mientras no sea absuelto debidamente de la excomunión en que ha incurrido, y se reconcilie públicamente con la Iglesia.— Quito, Junio 20 de 1894.— (f) Matovelle.— Miguel Castillo”.

El debate fue acalorado, bien es cierto que sólo seis senadores con ideas liberales defendieron la causa del señor López, causa de la legalidad porque significaba el derecho legítimo de legislador por el voto popular independiente y soberano del pueblo esmeraldeño. Actuación destacada entre los defensores del señor López, tuvo el Dr. Adolfo Páez, quien, en lucida oración defensora de los preceptos legales y de la Constitución de la República, dijo, entre otros conceptos: “El Senado es la más alta de las autoridades que reconocen las instituciones republicanas, y, por lo mismo, no ha de mostrarse al mundo civilizado como una jauría enfurecida que trata de destruirse a dentelladas; antes ha de tener por guía el irrestricto e incondicional respeto de la ley; sus decisiones han de inspirarse en los consejos de la justicia, pero no de esa justicia de partido que envilece, sino de aquella altísima y serena que proclama la razón”.

“Ni la protección debida, ni exclusión de otro culto se lastiman —agregaba el Dr. Páez en su discurso— porque admitamos en el seno de la Cámara a un excomulgado. A tal excomulgado, bueno está que se le niegue, por ejemplo, sepultura eclesiástica, y que el Poder civil se cruce de brazos, y que deje que no se ejercite en él la obra de misericordia de enterrar a los muertos, y que ese cadáver sea presa de los cuervos. Esto sí que sería lo correcto, porque la una potestad, no puede inmiscuirse en aquello que le compete a la otra”... Finalmente, expresó: “...Así, no sólo la justicia y la conveniencia, sino la san-

tividad del juramento que hemos prestado, claman que aturde, porque no se viole la Constitución y se califique de idóneo al Senador señor Lopez”.

Cerrada la discusión el informe fue aprobado por 14 votos contra 6. Entonces el Dr. Páez, poniéndose de pies, expresó violentamente: “Señor Presidente: pido que conste mi voto de protesta por el acto arbitrario que acaba de tener lugar”. El Senador Fernández, en forma igual, y voz sonora, exclamó “que consten en el acta, señor Secretario, estas mis palabras: “Por haber desechado al Sr. Dr. López del seno de esta Cámara, se ha roto la Constitución”.

Un hecho inesperado vino a dar tema para el comentario agudo y picante. El Dr. Federico González Suárez, canónigo entonces que tenía una curul en el Senado, en el momento de la votación se levantó del asiento y embozándose en su capa, con visible ademán como para llamar la atención de todos, salió por la parte central del salón de sesiones del Senado con dirección a la Secretaría. Algunos Senadores —el Dr. Páez, entre ellos— insinuaron desde sus asientos al Sr. González Suárez para que no abandonase el recinto, pero él, sin pronunciar una palabra, lo abandonó y se marchó....

La conciencia siempre rectilínea del gran sacerdote ecuatoriano, le impulsó a dar esa manifestación sensible de protesta muda contra la injusticia e ilegalidad que acababa de cometer el Senado de la República ese día.

\* \* \*

Si la República se levanta sobre el querer del pueblo y su manifestación más genuina es el voto ciudadano, ningún poder, ninguna institución, llámese como se llamare, tiene fuerza legal suficientemente capaz para invalidar y destruir la manifestación más emotiva de un Estado libre, cual es el voto del hombre que vive al amparo de ese Estado y que expresa su íntimo querer y su confianza en el ciudadano que escogió para la dirección de sus destinos o para las más altas funciones democráticas.

El voto popular es sagrado. Es la esencia misma de la República en función de Democracia. Ninguna argumentación tinterillesca puede ser válida para boicotear el voto popular. Y quien se pone de espaldas al reconocimiento de esa elocuente manifestación de los pueblos, con afán de burlar su querer, se pone también al margen de la ley y de la justicia en vituperable acción dictatorial.

Actos ilegales fueron los del Senado de 1894 y del Congreso de 1932, porque desconocieron a dos hombres que habían sido ungidos con el voto mayoritario de la ciudadanía. Aquél, por pudores reli-

giosos de conciencia; éste, por pudores agrandados de patriotismo en anhelos de consolidación de la paz. Pero ambos con resoluciones fuera de la ley, que no hicieron otra cosa que fomentar revueltas con auzación violenta de los ánimos. La actitud del Senado de 1894, llevando la indignación y la protesta a la ciudadanía liberal e independiente, prendió la mecha para el movimiento del 5 de Junio de 1895 en Guayaquil. La del Congreso de 1932, cargó los fusiles de las unidades de Quito para que estallasen en la madrugada del 27 de agosto de ese mismo año....

En 1932 se sacrificó a un hombre por salvar la paz, pero la paz no se salvó y el sacrificio de ese hombre, fue el sacrificio de todo un pueblo que se mataba entre sí bajo una misma bandera: la defensa de la Constitución!....

Cuán errado estuvo el Secretario Privado de la Presidencia de la República al expresar, en telegrama que enviara en clave al gobernador del Guayas en los mismos instantes en que se terminaba la sesión legislativa, que el pueblo alborozado aplaudía al Congreso y que "el Ejército, como un solo cuerpo, demuestra satisfacción y lealtad al gobierno y al Congreso". Sí, cuán equivocado estuvo, porque el cuartelazo de la guarnición de Quito, una semana después, no dijo nada bueno del gobierno ni del Congreso....

. . .

La resolución del Congreso cayó como una bomba en el público. Se produjeron manifestaciones en Quito y otras ciudades de la República, aumentando el ambiente de exasperación que ya existía. El Presidente de la Cámara de Diputados, doctor Rosendo Santos, presentó la renuncia del cargo indicando que lo hacía "porque el Congreso ha roto la Constitución al descalificar al señor Bonifaz". La minoría del Congreso que votó por la calificación del electo, lanzó un Manifiesto al público, acusando que "el Congreso Nacional ha convertido en Tribunal Revisor del sufragio popular, abriendo ancha puerta a la arbitrariedad de la pasión política"....

El doctor José María Velasco Ibarra, fue designado presidente de la Cámara de Diputados en reemplazo del doctor Santos. Y entre la agitación ciudadana y los rumores que nada bueno decían en favor de la paz, saltó una circular del Ministro de Guerra, señor Leonardo Sotomayor y Luna, a todos los jefes de zona que, entre otras cosas decía: "... El Ejército, firme guardián de las leyes y el orden, hoy más que nunca debe mantenerse ecuánime y tranquilo. Los procedimientos de los políticos que pretenden alterar el orden, nos deben ser indiferentes, pues, para nosotros no existe, no puede existir

más guía que la Ley, Ley que en el momento actual, tiene su propia y genuina expresión en el Congreso Nacional".

Varios amigos informaron al señor Bonifaz de su descalificación a quien, según se dijo, no le sorprendió la actitud del Congreso. El día 20 de agosto dicho señor recibió muchas visitas en su casa y, entre ellas la de dos militares. Qué le dijeron los dos militares al señor Bonifaz? No se mencionó cuál fue el objetivo de esa visita. Mas, en el Manifiesto que dirigió a la Nación el ex-candidato y refiriéndose a ella, apuntaba: "... A entrambos les dije que la única salvación que, en medio del naufragio general le quedaba a esta desgraciada tierra, era el Ejército, el cual debía mantener el orden acatando la decisión del Congreso; pues, de no hacerlo así, cometería la misma falta que había cometido éste al desconocer la voluntad nacional, lo cual nos llevaría a la más completa anarquía".

La mañana del día 22 el señor Bonifaz salió para su hacienda después de haber ordenado en su casa que no le mandasen cartas ni periódicos. No quería saber nada de lo que pasaba.

La política giraba sobre quién o quiénes podrían ser candidatos para las nuevas elecciones. En los círculos oficiales se daban nombres y en los corrillos se hablaba de este asunto con pesimismo, aunque nadie creía en la posibilidad inmediata de elecciones, pues el vaticinio general era que algo grave podía suceder cualquier rato con los soldados.

Los días 24, 25 y 26 de agosto fueron de enorme zozobra política. El movimiento oficial, inusitado y alentador del chisme y la bola redonda, estaba a la orden del día. El gabinete deliberaba secretamente, y a veces con determinados legisladores, pero siempre con el Presidente del Congreso, doctor Guerrero Martínez. Había agitación y los semblantes del Ministro de Guerra y de los altos jefes del Ejército cuando salían de las sesiones de Gabinete, no eran tranquilizadores. Indudablemente algo pasaba por lo bajo. Y esta creencia se afirmó más cuando se supo que había llegado al cuartel del Regimiento Bolívar una batería de la Artillería Sucre, al mando del Capitán Víctor M. Balseca y un hermano suyo llamado Gonzalo que tenía el grado de Teniente.

El correo de brujas advirtió más tarde que a esa tropa se la había traído porque el gobierno desconfiaba de aquella unidad, había rumores de que algo estaba pasando con la tropa del Bolívar y era preciso aclarar esa situación, metiendo camaradas de otra unidad.

Un hecho muy claro evidenció que en el Regimiento Bolívar pasaba algo decidor, quizá ya definido. Su primer comandante, el teniente coronel Pástor Casares, el día 28 hizo formar a todo el regimiento y le dirigió una arenga patriótica. Pidió a la tropa el man-

tenimiento del orden, el cumplimiento del deber con lealtad, el respeto a la Constitución que estaba representada por el Congreso Nacional. Los soldados oyeron el discurso de su jefe con frialdad manifiesta y no dijeron nada, pero en las miradas que se intercambiaban, pudieron apreciar los oficiales la ratificación de sus sospechas.

Y la noche del 26 de agosto envolvió entre sus sombras a la ciudad que, con pánico manifiesto, esperaba el desarrollo de acontecimientos fatales que estarían por estallar.

\* \* \*

Un disparo rasgó la tiniebla del firmamento con eco que se prendió en la curiosidad de mozos trasnochadores. Luego otro disparo como para convencer a las gentes de mirada esclerótica que no daban una higa por el cumplimiento de las versiones de la tarde anterior. Los disparos eran de fusil. En una ciudad como Quito, centro de revoluciones y cuartelazos, no es difícil darse cuenta del arma usada para el boche. El eco de cada una de las armas de fuego es tan conocido como si se las captase a ojos vistas. Sí, eran dos disparos de fusil que provenían del sector en que estaba situado el cuartel del batallón Manabí, calle Montúfar, inmediato al teatro Sucre.

Quién o quiénes hicieron esos disparos? Nunca se pudo saber. En todo caso no podía negarse que se trataba de una señal para la iniciación del movimiento que ya estaba convenido, sin duda alguna. Y la verdad fue esa, porque, a los pocos minutos, grupos de civiles se dirigían rumbo al cuartel del Sanatorio. Era las 2 y media de la madrugada del sábado 27 de agosto de 1932.

Una hora después, otros disparos. Y luego de media hora, descargas cerradas de fusilería. Pero esos disparos y las descargas cerradas, ya no venían del Manabí, sino que se producían en el cuartel del regimiento Bolívar, en el Sanatorio Rocafuerte que, antes que sanatorio, era una gran fortaleza militar. Qué pasaba en el Bolívar? Sencillamente que el teniente Balseca, que posteriormente fue ascendido a capitán, armado de un rifle disparaba al grito de ¡viva la Constitución!, ¡viva el Congreso! La oficialidad del Bolívar estaba en pie y la tropa si es verdad que descansaba, no dormía. Al oír los disparos, los soldados saltaron de sus camas y empuñaron los fusiles, colocándose al abrigo de las ventanas del edificio. Como siguieran los disparos del oficial y soldados de la artillería Sucre, la tropa del Bolívar disparó también. Balseca herido de un balazo en el maxilar superior, cayó al suelo y luego, recogido por sus soldados, fue llevado a la enfermería.

El pelotón de la artillería Sucre, armado con 4 piezas, hizo causa común con la oficialidad del regimiento, trabándose un combate con la tropa del Bolívar dentro del cuartel, toda vez que los oficiales también estaban armados de fusiles. La tropa dominó a sus jefes, registrándose bajas de ambas partes. El soldado Constante murió en la faena y entre los heridos, además del teniente Balseca, se constató al teniente Brooks y los sargentos Enríquez y Venegas. Los oficiales de la Bolívar y la batería de la Sucre, dejaron el cuartel y se dirigieron al Sur.

Horas más tarde un grupo de clases y soldados de la Bolívar, declaraba a la prensa que los oficiales de su regimiento, con la fracción de la Sucre, dieron un golpe militar a las 3 y media de la mañana logrando imponerse; pero que la tropa reaccionó y vivó a la Constitución, sacándoles en fuga. Uno de los sargentos añadió que lo que "ellos querían es mantener la Constitución, a favor del presidente electo, señor Neptalí Bonifaz, que representa la voluntad del pueblo".

Los únicos oficiales que quedaron en el cuartel de la Bolívar fueron los tenientes Chiriboga e Izquierdo y el alférez Sandoval; mas al darse cuenta, sin duda, que sus compañeros habían desaparecido, ellos también salieron y tampoco volvieron al regimiento.

\* \* \*

El reloj señalaba las 5 de la madrugada y ya la ciudad se puso en movimiento para darse cuenta de lo que sucedía. Pelotones de tropas insurrectas con grupos de civiles que integraban la Compac-tación Obrera, deambulaban dando gritos en favor de la Constitución y del señor Bonifaz y mueras al Congreso Nacional.

Intertanto, ¿cuál era la situación en las demás unidades? Era primer jefe del batallón Manabí el comandante César Aníbal Maldonado quien, al observar cierta indisciplina y cuchicheos sospechosos en la tropa, desde días anteriores, así como la introducción al cuartel de hojas volantes por miembros de la Compac-tación Obreña, fue en busca del Ministro de Guerra, señor Sotomayor, y le contó todo, y, luego, al Alto Comando el día 23 de agosto, pidiendo a sus componentes que fuesen a los cuarteles y hablasen a las tropas de la lealtad y deberes del soldado, del respeto que deben a la Constitución, etc. Mas, los días se pasaron y nada hicieron hasta que se produjo el cuartelazo. El comandante Maldonado dejó el cuartel y con el capitán Frechou y el subteniente Mittman, partieron al Sur



para unirse a los batallones que habrían de sofocar el movimiento. Los demás oficiales del Manabí, quedaron con la tropa, pues, sin duda, habían estado comprometidos en el golpe.

El comandante César Plaza, primer jefe del batallón Constitución —que actuaba en el cuartel de Santo Domingo— manifiesta que también venía notando, desde días anteriores en la tropa, ciertas manifestaciones de confianza con elementos que pertenecían al bonifacismo. Este movimiento que perturbaba la disciplina se produjo, a raíz de que el Ministro de Guerra, señor Sotomayor, ordenara a los jefes y oficiales de la Guarnición de Quito, visitasen al señor Bonifaz para felicitarle por el triunfo electoral, de todo lo cual se daba perfecta cuenta la tropa. Producido el cuartelazo en la Bolívar, el comandante Plaza hizo formar al batallón en el patio del cuartel y le dirigió una arenga. Le habló de la lealtad del soldado, del respeto a la Constitución y a las leyes, etc. Cuando acabó de hablar, saltó un coro inesperadamente de entre las filas: "Dad a Dios lo que es de Dios y a Bonifaz lo que es de Bonifaz". . . . El jefe quedó como petrificado. No sabía qué decir. Ventajosamente algo repentino le abrió un sendero al tremendo impasse. Le llamaron urgentemente de la prevención. Salió y encontró que llegaban a tomar informes el Inspector General del Ejército y el coronel Alberto Romero. Les conversó lo que acababa de ocurrir. Y en esos momentos llegaron hasta la puerta del cuartel, a fin de introducirse al interior, una comisión de clases de la Bolívar y otra de tropa de la Policía. El jefe de Zona, que ya estaba presente, y el comandante Plaza las rechazaron; mas, la tropa del Constitución reclamó a gritos su entrada y los comisionados penetraron al interior del cuartel, produciéndose inmediatamente el movimiento de solidaridad. Como el Ministro de Guerra había ordenado previamente que los jefes y oficiales que no estuviesen de acuerdo con el cuartelazo se dirigieran al Sur, el jefe del Constitución y la oficialidad salieron de inmediato con tal dirección. Sólo quedó en el cuartel un teniente que había estado comprometido.

El Jefe de Zona, coronel Elizalde, recibió orden de avanzar con el Montúfar, cuyo primer jefe era el comandante Agustín Neira, a la loma de San Juan, a fin de que con el Yaguachi, que estaba bajo el mando del comandante Alberto Enríquez, restablecieren el orden sometiendo a la Bolívar. El Montúfar tomó posiciones, efectivamente, en las lomas de Toctiuco y esperó al Yaguachi para el ataque. Mas, el Yaguachi no llegó. Cuando el general Chiriboga con otros jefes fueron a ver lo que pasaba, encontraron que el regimiento preparaba viaje al Sur, en espera de los acontecimientos. Momentos después también el Montúfar marchaba con la misma dirección.

Cuando el sol hizo su aparición sobre la ciudad inquieta, miembros del Gobierno y altos jefes militares se dirigían a la Casa Presidencial a conferenciar con el Encargado del Poder, doctor Baquerizo Moreno y tomar las providencias del caso para afrontar la situación. La primera fue acudir a las oficinas del telégrafo y dar órdenes a las guarniciones de provincias; mas, a las 6 de la mañana, un piquete de soldados del Manabí al mando de un teniente, se posesionó de las oficinas con varios clases de unidades que eran telegrafistas, los cuales, desde ese momento, tomaron el control de las comunicaciones.

Una inmensa muchedumbre se había situado en la plaza de la Independencia, ansiosa de saber noticias del movimiento. Era las 8 de la mañana y de inmediato se organizaron manifestaciones en favor del señor Bonifaz, precedidas por dirigentes de la Compactación Obrera. Personeros del bonifacismo andaban empeñados en la reunión del Congreso. Comisiones mixtas de civiles bonifacistas y soldados armados, se lanzaron a caza de legisladores para coronar el empeño. Entre los primeros llevados a la Cámara, estuvo el doctor José María Velasco Ibarra, quien, airadamente, manifestó que asistía al Congreso con el ánimo de presentar la renuncia a la Presidencia de Diputados, ya que el movimiento armado implicaba el rompimiento de la Constitución Política; pero, luego de varias explicaciones de amigos que eran partidarios del nuevo orden, cambió de parecer.

El primer paso de la revolución fue designar una comisión para que le pidiera la renuncia al Encargado del Poder, doctor Baquerizo, luego que fuese aceptada la del Ministro de Gobierno, coronel Carlos Flores Guerra, nombrando, a la vez, a otra persona para tal cargo, con la finalidad de que siguese el orden constitucional... La comisión fue integrada por los doctores Velasco Ibarra, José Vicente Trujillo, Mariano Suárez Veintimilla y señor Julio Teodoro Salem.

El Encargado del Poder se había asilado en la Legación Argentina y, después que la comisión de legisladores le expresara el cometido que tenía, el doctor Baquerizo Moreno manifestó que nada tenía que renunciar, porque de hecho había sido depuesto. El coronel Flores Guerra, habíase pronunciado en igual sentido. El desorden era manifiesto. No había gobierno proplamente y los temores comenza-

ban a surgir ante la posibilidad de desenfreno de soldados y civiles con armas.

La Cámara de Diputados sesionó a duras penas a las 12 y media del día y acordó pedir, insistentemente, la dimisión de todos los miembros del gobierno del doctor Baquerizo. En cuanto a la Cámara del Senado, no fue posible reunirla hasta la 1 y media de la tarde. Muchos de los integrantes se negaron a concurrir y otros estaban asilados en varios legaciones.

La acusación que hicieron los soldados de la Bolívar contra sus oficiales en declaraciones para la prensa fue comentada, de boca en boca. Mas, parece que ella se basaba sólo en el supuesto que produjo la violencia del hecho. Ningún dato concreto, ninguna prueba se presentó posteriormente para juzgar que la oficialidad hubiese pretendido dar golpe alguno en su cuartel. Un criterio ecuaníme hace ver las cosas de otra manera, atando cabos con los hechos anteriores. Es muy posible que el teniente Gonzalo Balseca —por orden superior o ya también por sugestión propia— tomó esa actitud a fin de despejar el velo que envolvía la anómala situación y estar a cubierto de una celada de la tropa de la Bolívar, cuya oficialidad, ya inquieta y recelosa desde el momento de la arenga que le dirigiera el primer comandante, apoyaba la valiente actitud de Balseca, quien, semanas después, fue enviado a París para que se hiciese operar la mandíbula, dañada a consecuencia de la herida que recibiera esa madrugada, y en donde, fatalmente murió.

\* \* \*

Como el pueblo y la tropa aclamaban al señor Bonifaz, un grupo de soldados de la Bolívar y varios dirigentes bonifacistas, se trasladaron a la hacienda Guachalá para traerle a Quito. El primer paso del señor Bonifaz ya de retorno en la ciudad, fue concurrir a la Legación Argentina con el objeto de conferenciar con el doctor Baquerizo Moreno que, como ya sabemos, se encontraba asilado en ella.

Ante la insinuación del señor Bonifaz de que presentase la renuncia, el doctor Baquerizo la aceptó, designando, previamente, para Ministro de Gobierno, al señor Carlos Frelle Larrea. La renuncia estaba concebida en los siguientes términos: "Señor Presidente del Congreso Nacional: Ante los acontecimientos desarrollados en esta capital el día de hoy, inspirado por el deseo de evitar mayores com-



Señor Don Carlos Freile Larrea.

Ejecutivo por las unidades militares, cuyos cuarteles y dependencias recorrió en compañía de varios amigos. Luego envió telegramas circulares a los gobernadores y jefes de zona militares, comunicándoles la renuncia del doctor Baquerizo y su nombramiento de Ministro de Gobierno. El señor Larrea se multiplicaba en su nueva situación, a fin de buscar la forma de llegar a un entendimiento con toda clase de elementos que pudieran interesarse por la paz de la República, librándola de la anarquía que ya se presentaba amenazante.

Como se tuviera noticias de que tropas militares actuaban cerca de Tambillo en espera del avance de las guarniciones de Sur y Norte para atacar la capital y someter a las rebeldes, el señor Freile Larrea, a las 12 y media de la noche, despachó comisiones de paz, compuestas por civiles y miembros del Cuerpo Diplomático que se ofrecieran, caballerosamente, para intervenir como mediadores y evitar el ataque a Quito.

La comisión pacificadora que fue al Sur estuvo compuesta por el Ministro de Italia señor Giuseppe Sapupo y los senadores Manuel Adrián Navarro y Luis F. Veloz; la que fue al Norte, por el Encar-

plicaciones a la política del país, presento la renuncia de Encargado del Poder Ejecutivo, cargo que hube de aceptarlo con sacrificio de mi parte, en horas difíciles para la República.— Quito, agosto 27 de 1932.— (f.) Alfredo Baquerizo Moreno'.

El texto de la renuncia del Encargado del Poder, así como el nombramiento del señor Freile Larrea, fueron leídos desde una ventana de la casa del señor Bonifaz al pueblo que se encontraba en esos momentos vitoreándolo. El señor Bonifaz pidió a los ciudadanos confianza y apoyo para el nuevo Ministro de Gobierno que habrá inmediatamente de encargarse del Poder, a fin de controlar la situación de la República.

Minutos después, es decir pasadas las 10 de la noche, el señor Freile Larrea era reconocido en su alta distinción de Encargado del Poder

gado de Negocios de Chile, el senador Federico Páez, el doctor Ricardo Crespo Ordóñez y el señor Eduardo Zaldumbide.

\* \* \*

La noche del 28 de agosto, es decir al día siguiente del golpe militar se pudo, al fin, reunir a los legisladores en Congreso Pleno, el cual aceptó la renuncia del doctor Baquerizo Moreno, aprobando el nombramiento del señor Frelle Larrea para reemplazarlo. La reunión del Congreso vino a calmar un tanto la ansiedad pública, no obstante la gran expectación por las noticias de que tropas no bonifacistas atacarían la Capital.

El nuevo Encargado del Poder nombró al doctor Ricardo del Hierro para Ministro de Guerra; y al señor Alfredo Coloma, para la Cartera de Gobierno. El coronel Carlos Salvador fue designado con el carácter de Jefe de Operaciones de las tropas que actuaban en Quito y Jefe de Brigada, el teniente coronel Juan Ignacio Pareja.

Mientras el público en corrillos que eran todo ojos y boca por los alrededores del Palacio de Gobierno, al observar el ir y venir de elementos oficiales con noticias que se soltaban al oído de las gentes de confianza de funcionarios y empleados, llegó una de esas que hacen abrir los ojos desmesuradamente a los nerviosos por el volumen de su contenido. Llegó la novedad de que las comisiones de paz habían fracasado en sus empeños, tanto en el Sur como en el Norte. Y ante la seguridad del avance sobre Quito de las tropas atacantes, las de la ciudad comenzaron a tomar posiciones en las alturas y sitios estratégicos, a fin de estar listas para la batalla. En estos afanes se confundían soldados y civiles armados con el material bélico que existía en el Parque Militar, bajo custodia del regimiento Bolívar, cuyos clases dieron armas al pueblo desde los primeros momentos de la insurrección. La mayor parte de los civiles en armas pertenecía a la Compactación Obrera que apoyó la candidatura del señor Bonifaz y cuyos dirigentes eran, entre otros, los señores Domingo Romero Terán, Carlos Alarcón Mena y Alfonso Eguliguren.

- La batalla tenía que producirse de un momento a otro. Todas las gestiones para evitarla habían fracasado. Ninguno de los bandos en lucha quería ceder un palmo en sus puntos de vista.

*Alea jacta est.* La suerte estaba echada, como dijera César cuando pasó el Rubicón para batir a Pompeyo....

## El Ejército del Sur

Alto Comando Militar en plenitud de sonrisa política.— El bonifacismo en los cuarteles....— Y luego, el enojo por la rebelión!— Pie de fuerza del Ejército del Sur.— Gestiones diplomáticas de paz.— Bases propuestas por el Comando Militar del Sur: la primera, restauración del gobierno del Dr. Baquerizo Moreno.— Negociaciones fracasadas.— Tropas atacantes a pocos kilómetros de Quito.

En el desarrollo de la vida política de los pueblos, brotan casi siempre los contrastes. Y mientras más emotiva y agitada se presenta, los contrastes son también de mayor volumen. Los hechos se asoman a vista del hombre en una forma, pero muchas veces el alma de esos mismos hechos es diferente al detalle visual del espectador. Por eso que no siempre se puede creer a pie juntillas en todo lo que se ve o se oye. La política tiene muchos recovecos a donde no llega la vista humana y no les es dable a todos los mortales penetrar en el palacio encantado, para alcanzar la caja de sorpresas guardada hasta el final de la comedia...

El cuartelazo del 27 de agosto, ¿fue un hecho inesperado? Se vio venía preparando a espaldas del Alto Mando Militar? Estas interrogantes saltan de inmediato en cualquier mediano criterio, al leer los Antecedentes de la Campaña de los Cuatro Días que escribiera, oportunamente, en el diario El Comercio el señor general don Angel Isaac Chiriboga, entonces Inspector General del Ejército.

"El ambiente quiteño en los primeros meses de 1932 era alarmante —dice el general Chiriboga—. Y agrega: "La actividad política de la llamada Compactación Obrera, la de la Unión Obrera Republicana, volvieron objetivo primordial de sus labores el ganar en los cuarteles adeptos a la causa bonifacista, actitud que obligó, en varias ocasiones, a separar de las Unidades a algunos clases políticos y a prohibir que soldados se afiliaran, por motivo alguno, a esas asociaciones o a cualquiera otra de la misma índole. El señor Bonifaz y los directores de la Compactación, fueron a tiempo advertidos de los grandes peligros de la dañosa acción de los cuarteles".

De manera que la acción de fondo de la Compactación Obrera era ganar los cuarteles por medio de sus adictos, desde comienzos del año? Es realmente sustanciosa la denuncia de estos hechos, tanto más cuanto que por eso separó "a algunos clases politiqueros" el Alto Mando Militar al haberlos conocido en detalle, como habrían sido conocidos también por el señor Bonifaz y los dirigentes de la Compactación. No se ignoraba, entonces, que se hacía política bonifacista en los cuarteles. Sin embargo, lo que sorprende es que sabiendo de estos ajeteos la Superioridad Militar, haya convenido en que algunos jefes y Comandantes de unidades mantuvieran relaciones con el señor Bonifaz —que agrega el general Chiriboga—, tanto más que "a la tropa se le llevaba, día por día, la convicción de los peligros que corría el bonifacismo y la necesidad de salvarlo si era preciso con las armas". Las orejas del lobo estaban, pues, ya a la vista de cualquiera.... Y el Mando Militar las veía también, pero se hacía de la vista gorda... Se hacía política bonifacista en los cuarteles, política de besuqueo ya sin dismulo, pero se mantenía en el servicio a oficiales que estaban en relaciones con el bonifacismo...

Pero esto no es todo. El señor general Chiriboga apunta: "Pocas veces el señor Bonifaz visitó los cuarteles de Quito, donde fue atendido debidamente. En los actos públicos en que concurría el señor Bonifaz se procuró se le guardaran todas las consideraciones y, muy especialmente, desde que los miembros del Gobierno del doctor Baquerizo trataban de alejarse de él después de alguna de sus declaraciones". Cuando se leen estas cosas el comentario sobra. Y a guisa de meter la pata en donde no se debe, lo más que podríamos preguntar es, ¿por qué el señor Bonifaz visitaba los cuarteles de Quito? ¿Quién franqueó las puertas de los cuarteles al señor Bonifaz?...

Y va otra de las del gasto. "En conocimiento de todos estos hechos y acercándose ya la fecha de instalación del Congreso, se pidió y obtuvo el traslado a Quito del batallón de Ingenieros "Montúfar" N° 1, para afirmar un tanto la tranquilidad política de la ciudad. Varios personajes bonifacistas consideraron inútil, sino imprudente, la traída del Montúfar a Quito, asunto que había también causado mala impresión en las tropas. Algunos jefes ratificaron esas impresiones ante el Comando. La Inspección del Ejército recibió, en varias ocasiones, preguntas sobre la razón de la venida del Montúfar y su tiempo de permanencia en Quito, cuestiones que interesaban al señor Bonifaz, según su expresión y la de algún otro jefe. Tratábase de establecer que era un error haber traído al Montúfar y que había que regresarlo a su guarnición, ya que su presencia estorbaba e intranquilizaba".

El señor Bonifaz visitaba los cuarteles. Los amigos del señor Bonifaz intervenían en la movilización de las tropas. Los amigos del señor Bonifaz llevaron a mal la traída a Quito del Montúfar. Es decir que el señor Bonifaz y sus amigos —con la venia del Alto Mando Militar— intervenían ya directamente en la vida del Ejército... Y el señor Bonifaz no era aún el Presidente de la República, era apenas el ciudadano —nada más que el ciudadano sin mando y sin jurisdicción oficial alguna— que había obtenido el mayor número de votos en las elecciones; y, no obstante, ya era como de casa para ciertos altos dirigentes militares.... Entonces, ¿por qué pusieron el grito en el cielo con el cuartelazo del 27 de agosto? Si las puertas de los cuarteles estuvieron francas para el señor Bonifaz y los dirigentes de su política, quienes hasta llegaban a opinar en los cambios de guarniciones, es natural que tal situación de confianza o de influencia en el servicio no podía serle indiferente a la tropa. El contacto entre ella y los visitantes periódicos a los cuarteles tenía que ser efectivo, real y unitario en el momento preciso. Y esas actitudes imprudentes —porque el Alto Mando no podía saber la resolución futura y definitiva del Congreso Nacional— dieron como resultado el escándalo de la rebelión y el drama sangriento de los cuatro días. Oh, qué desastres trae consigo la sonrisa política o, para decir mejor, la política de las sonrisas!...

Bien comprendemos que el autor de la reseña con las declaraciones que anteceden, no ha de haber estado de acuerdo en todo con la política de confianza, casi de compañerismo, del Alto Mando Militar con los dirigentes de la política bonifacista; pero el señor general Chiriboga, en su relación, se manifiesta muy prudente... Nos habría gustado que hubiese descorrido todo el velo, íntegramente, con nombres y apellidos, con el santo y seña, como se dice en jerga militar.

¡Oh, la política de los contrastes!

\* \* \*

Pronunciada ya la rebelión de las tres unidades mencionadas que guarnecían Quito, además del Cuerpo de Policía y armados algunos centenares de civiles de la Compactación Obrera, salieron con rumbo a Latacunga el batallón Montúfar y el regimiento de caballería Yaguachi, así como la oficialidad de las unidades sublevadas. Los altos jefes se reunieron con el Ministro de Guerra, don Leonardo Sotomayor y Luna, y procedieron a formar el personal que habría de dirigir la campaña, juntamente con las unidades respectivas de ataque.



Comandante en Jefe fue designado el Inspector del Ejército, general Angel Isaac Chiriboga; Jefe de Estado Mayor, coronel Alberto C. Romero; y Jefes de Brigada, los coroneles Carlos M. Elizalde y Nicanor Solís.



**Sr. General Dn.  
Angel Isaac Chiriboga.**

El Ejército del Sur estaba integrado por las siguientes unidades: Batallón de Infantería Carchi N° 7; batallones de Ingenieros Montúfar y Chimborazo, Regimiento de Artillería Sucre N° 2 y Regimiento de Caballería Yaguachi. El Batallón Quito y 100 hombres de la Policía de Guayaquil, engrosaron esta fuerza militar desde el 1° de setiembre; y luego, por la tarde de ese mismo día, el batallón Imbabura; además actuó la Columna "Vicente León" de voluntarios de Latacunga.

¿Con cuántos hombres contó, en definitiva, el Ejército del Sur? El coronel Carlos Salvador, Jefe de Operaciones de las unidades que defendían la Capital, calculaba que las tropas atacantes "eran de cuatro a cinco mil hombres bien armadas y municionadas y con posesión de los ferrocarriles de Sur y Norte". El Comandante en Jefe del Ejército del Sur, general Chiriboga, manifiesta que el total de sus tropas, apenas llegaba a dos mil hombres, pues el máximo del pie de fuerza de cada una de las unidades entonces era de 250 hombres, lo que da un total de 1.250 hombres de los primeros cinco batallones, más 500 de los batallones Quito e Imbabura, 100 de la Policía de Guayaquil y 60 muchachos de la columna "Vicente León", aclarándose que el Imbabura no intervino en la lucha, pues apenas llegó de Guayaquil el 1° de setiembre por la tarde, fue destinado como fuerza de reserva y no actuó, por cuanto cesaron los fuegos ese día con la intervención del H. Cuerpo Diplomático.

\* \* \*

De Quito salieron al Sur muchas personas para unirse a las unidades que habrían de combatir a las fuerzas bonifacistas de aquí.

Burlando la vigilancia de soldados que custodiaban las entradas de la ciudad, lograron salir en un auto el presidente del Congreso, Dr. Alberto Guerrero Martínez, el general Enrique Barriga, y los señores Luis Antonio Peñaherrera, Modesto Luque Rivadeneira y Eugenio de Janón Alcívar, quienes avanzaron hasta La Ciénaga y unidos al coronel Juan Manuel Lasso, en dos carros, uno de ellos guiado personalmente por doña María Carrión de Lasso, pistola al cinto y mano al volante, pasaron por Latacunga y llegaron a Ambato.

Y entre otros, el comandante Daniel Regalado. Los cadetes del Colegio Militar, por orden escrita que les dejara en su cuartel el capitán Humberto Rosales, salieron también, aunque es de suponer que no todos, para alistarse en las unidades del sur. Tres de ellos fueron sorprendidos en el Chasqui por un pelotón del Yaguachi que hacía servicio de vigilancia bajo las órdenes del mayor Pablo Borja. Llevados a presencia del primer jefe, el comandante Enriquez les abrazó, les dio caballos, un fusil y un queso a cada uno, teniéndoles desde ese instante a sus órdenes.

En la madrugada del 28 de agosto ya estaba en Latacunga la mayor parte de las tropas de la División del Sur. Se organizó el Mando, se designó el personal que integrarían los comandos, destinando a cada brigada las unidades correspondientes. Se ordenó la marcha de la caballería a Lasso y la constitución de la columna "Vicente León" de voluntarios del lugar. Se dispuso, finalmente, alistar todos los convoyes para el avance sobre la Capital de la República.

Antes de las nueve de la mañana del mismo día se hizo presente al Comando en jefe de la División del Sur la comisión enviada de Quito, integrada por el señor Ministro de Italia y los dos senadores ya mencionados en página anterior, a fin de buscar la forma de que la contienda se resolviese en paz. Después de la argumentación de los visitantes y de los aspectos que ofrecía el problema de parte del Comando Militar, los jefes de las tropas del Sur, presentaron las siguientes bases:

1ª— Restauración del Gobierno del doctor Alfredo Baquerizo Moreno hasta que resuelva lo que a bien tuviere el H. Congreso Nacional. (El Gobierno del Dr. Baquerizo Moreno habría de terminar justamente el 31 de agosto).— 2ª— Reconocimiento total y expreso de los acuerdos y resoluciones del H. Congreso que representa la propia Constitución de la República; es decir, aceptación de la situación

creada al señor Bonifaz.— 3<sup>a</sup>— Disolución del regimiento de Artillería Bolívar N<sup>o</sup> 1, factor principal de la insurrección.— 4<sup>a</sup>— Ocupación de la plaza de Quito por tropas leales que marchan hacia esa ciudad de Norte y Sur.— 5<sup>a</sup>— Entrega inmediata del armamento y municiones que se encuentren en poder de los particulares en los almacenes del Estado.

La Comisión se habría retirado prometiendo regresar unas horas después, pero no regresó ni dio contestación alguna a las bases propuestas.

El día 28 de agosto se impartió la orden de marcha a todo el contingente embarcado en trenes y carros a motor hacia Machachi, en donde habría de esperar informaciones sobre la ocupación de Santa Rosa, la cual ya estaba en poder de tropas del Sur desde el 27. Comprobada la situación de Santa Rosa, continuó el avance del convoy y a las 5 de la tarde del mismo día 28 las tropas del Sur estaban a sólo 18 kilómetros de Quito.

## El Ejército del Norte

Agitación política en Tulcán.— Intercambio de comunicaciones entre los jefes del Pichincha y la Calderón.— “.... no es el Ejército, ni menos parte de éste, quienes pueden dirimir la situación del país....”— Lo que comunicó el Ministro de Guerra.— La Columna 31 de Enero.— Marcha de la División Norte sobre Quito.— Voluntarios del Carchi con machetes y puñaletas.— La presencia del Sr. Modesto Larrea Jijón.— Preparativos para el ataque.

Las poblaciones del norte de la República no eran extrañas, naturalmente, a la inquietud que reinaba en la República, aun antes de la descalificación del señor Bonifaz. Especialmente en Tulcán se comentaban ardorosamente, las versiones que llegaban de la Capital. Para la tarde del 26 de agosto, la inquietud era desconcertante.

La mañana del 27 fue de gran agitación política en la capital del Carchi, con las primeras noticias de haberse producido en Quito un cuartelazo en favor del señor Bonifaz. Especialmente en los sectores liberales y socialistas, la noticia cayó como una bomba y hasta con regocijo, por cuanto uno de los batallones del movimiento en Quito era el Manabí, el mismo batallón Manabí, cuyo cuartel tomaron la tarde del 31 de enero del mismo año, el cual tuvieron que abandonar al siguiente día por la gran resistencia que ofreció la tropa, causando muchas bajas en los atacantes. La herida estaba fresca y se presentaba, pues, la oportunidad de cobrar cuentas enrolándose en la unidad que guarnecía la ciudad para marchar sobre Quito y enfrentarse nuevamente al Manabí. Las armas? Pues con las que se pueda disponer, con las que se pueda conseguir hasta el instante de la marcha. La pelea emociona en el Carchi. Siempre ha emocionado a todas las generaciones. Si no hay fusiles ha de haber machetes o cuchillos, con eso basta para batirse. Así es el hombre del Carchi, lo de las armas es lo de menos. Allá no se pregunta cuántos son, sino dónde están....

\* \* \*

Guarnecía la plaza de Tulcán el batallón Pichincha, al mando del teniente coronel Miguel Angel Tapia, viejo y fogueado soldado

en algunas batallas de tiempos idos, como el Chasqui y otras.

A las 8 y media de la mañana el corneta toca llamada a la tropa. Esta se forma en el patio del cuartel con mayor rapidez que otras ocasiones. La curiosidad era devoradora. Habla el primer comandante del batallón y les informa que acaba de recibir un telegrama de Ibarra del comandante Luis A. Rivadeneira, primer jefe de la artillería Calderón acantonada en esa ciudad, por el cual le comunica que parte de la guarnición de Quito se ha sublevado, pidiendo la reconsideración de lo resuelto por el Congreso Nacional.

El comandante Rivadeneira terminaba así su telegrama: "... Unidad mi mando mantlénesse leal a los dictados del Poder Legislativo; no es el Ejército, ni meños parte de éste quienes pueden dirimir situación del país. Ministro de Guerra púsome Circular, que en esta hora tendrá sus manos. He ordenado regrese tren ordinario por si hubiera necesidad movillización Calderón. Creo yo conveniente que su unidad o parte de ella marchara Ibarra.— Saludo. (f) Comandante Rivadeneira".

Como las oficinas telegráficas de Quito estuvieron el día de la sublevación en poder del gobierno hasta las 6 de la mañana, el Ministro de Guerra, Sr. Sotomayor y Luna, alcanzó a enviar una circular a los comandos de zona y jefes de unidades, dándoles cuenta del movimiento. La Circular del Ministro, decía así: "Telegrama de Quito.— Jefe Pichincha: Acaba de producirse en Quito, en parte de la guarnición, un movimiento político. Aliste sus contingentes para órdenes posteriores. Gobierno ha declarado el Ejército en campaña. Movimiento de carácter bonifacista.— (f) Ministro de Guerra".

Estos partes fueron leídos por el comandante Tapla a toda la unidad. Y luego, continuó: "Ante situación tan difícil, de mutuo acuerdo con el primer jefe de la Calderón, he resuelto movillizar inmediatamente un contingente de cien hombres, al mando del señor mayor segundo comandante". La tropa vivó a su jefe, al Pichincha y al Congreso. Media hora después señalaba a la oficialidad que debía ir con dos Compañías a Ibarra.

Mas, al cabo de una hora, el jefe hizo formar nuevamente a todo el batallón. Leyó un nuevo telegrama del jefe de la Calderón que acababa de recibir y que decía: "Sirviéndonos del telégrafo del ferrocarril hemos llegado informarnos que regimiento Bolívar y Constitución, atacaron batallón Montúfar que encontrábase Quito, viéndose esta unidad obligada replegarse Sur, con probable objeto refor-

zarse con unidades leales; dicen que banda Sucre encontrábase Quito, se retiró Sur buscando su Regimiento. Informan también que movimiento en su mayor parte está dirigido sólo por tropas, sin comando oficiales, quienes abandonan cuarteles; que Regimiento Yaguachi hace valiente resistencia. Esta situación impone rápida movilización tropas. Sin embargo, me parece prudente el esperarlos para acordar disposiciones en acción conjunta. Suplicole trasladarse rápidamente sobre ésta. Señor Gobernador Dávila ha impartido órdenes para que carros avancen hasta el Chota; indíquenos hora deben estar carros en puente.— (f) Comandante Rivadeneira”.

El jefe del Pichincha dirigió a sus tropas una nueva arenga manifestándolas que había resuelto marchar con todo el batallón ante la urgencia que el caso requería. El comandante Tapia terminó así su arenga: “Calderón y Pichincha vamos a marchar unidos, por la Patria y por la Ley”. Luego, interrogó: “Soldados! Estáis reueltos a rendir el tributo de sangre si éste es necesario para mantener incólume el honor de la República?”. En un estentóreo grito de “Sí, mi Comandante”, respondió la tropa en coro. Y a las 2 de la tarde, después del almuerzo, dejaba a Tulcán todo el batallón Pichincha, siguiendo marcha con rumbo a Ibarra en camiones, automóviles y acémilas. A las 4 de la tarde del día 27 de agosto estaba el Pichincha en Ibarra.

Integrando la retaguardia del Pichincha salió de Tulcán, El Angel y San Gabriel, un numeroso contingente de civiles ansioso, como ya lo dijimos, de batirse con el batallón Manabí. Eran voluntarios que formaban la Columna “Vengadores del 31 de Enero”, la mayor parte con sólo machetes y puñaltes, pero con la esperanza de apoderarse, cada cual, de un fusil en los días posteriores. “Dejamos constancia de que enrolado entre los voluntarios carchenses, llegó hasta aquí a compartir la contienda el señor Modesto Larrea Jijón—dice en sus memorias el señor general Chiriboga— con quien, según comunicaciones de archivo, se cruzaron los cablegramas de mutua información desde el campamento de San Bartolo a las ciudades de Tulcán e Ibarra, por la vía Guayaquil-Tumaco. Los cables desde San Bartolo, eran dirigidos por el Ministro de Guerra en campaña”.

De cuántos hombres estaba formada la columna de voluntarios del Carchi? El general Chiriboga dice que de 100 hombres. El comandante Tapia nos ha informado que tenía 184 exactamente; mas, el mayor Murgueytio, segundo jefe del Pichincha, que actuó con ellos, nos dice que fueron 200 ciudadanos. No hay, pues, un criterio fijo en este asunto; pero hemos de quedarnos al informe del mayor Murgueytio, por cuanto él tenía la lista completa del personal para el pago de rancho. Comandando la columna vino el mayor Antonio

Martínez y en sus filas se destacaron Eduardo Martínez, Campo Elías Bravo, Segundo Ramírez, Homero Martínez Acosta, Dr. Neptalí Sosa, Cornello Pozo, y otros.

\* \* \*

Como el plan convenido de antemano era concentrar en Otavalo todas las fuerzas del Norte para acordar, entre los dirigentes de dichas unidades, el avance sobre la Capital, el Pichincha, en la mañana del día 28, siguió a dicho lugar, embarcando el primer escallón, compuesto de dos Compañías en automóviles y camiones y una sección de armas pesadas. A las 10 de la mañana estaba este primer contingente en Otavalo. El resto del batallón arribó a las 11 y media.

La máquina de un tren estaba prendida en Otavalo y daba pitadas agudas, estridentes, anunciando su despedida. Era la máquina que llevaba al Sur al regimiento Calderón, mientras el Pichincha se alistaba para de inmediato continuar la marcha, toda vez que el plan de ataque había sido ya discutido con el primer comandante de la artillería, señor Luis Alberto Rivadeneira.

El Pichincha salió de Otavalo a la 2 de la tarde del mismo día 28 de agosto con dirección a Cayambe, alcanzando Cusubamba a las 9 de la noche, donde pernoctó. "En Otavalo como en Cusubamba —apunta el general Chiriboga— los Tenientes Coroneles Tapia y Rivadeneira, recibieron varias comisiones, ya formadas por congresistas, ya por comisionados por el Gobierno, ya por representantes de las unidades y de los cuerpos voluntarios que ocupaban Quito. Tales comisiones perseguían tratar de paz y lo que es más significativo, querían convencer a los dos dignísimos Jefes del inconveniente de que, con sus oficiales y tropas, avanzaran para cooperar con el Ejército del Sur en la contienda. Toda proposición fue, como era lógico, altivamente rechazada y las unidades siguieron la única ruta que les aconsejaba el deber".

\* \* \*

A las 3 y media de la mañana inicia el Pichincha su marcha el día 29 de agosto y llega a Guayllabamba una hora y media después. En este lugar cede sus camiones al Calderón para que pueda transportar municiones.

La tropa juzga un éxito el haber atravesado Guayllabamba sin contratiempo alguno, ya que con diez hombres que hubiesen sido colocados en esos tremendos desfiladeros, si no se obstaculizaba el

paso de la división del Norte por lo menos la retrasaba en su avance. Esto olvidaron los dirigentes de las tropas de Quito, pero se comprende bien dada la desorganización con que actuaban y la falta de jefes y oficiales que les dirigieran.

El Pichincha hubo de seguir la marcha y a las 3 y media alcanzó Santa Clara de San Millán, iniciándose entonces, desde ese lugar, la distribución de escalones para el ataque, que ya se había previsto de antemano. El comando de las tropas del Sur se comunicaba con el del Norte por la línea cablegráfica Guayaquil-Tumaco-Tulcán; y, a la vez que recibía noticias de la marcha de las tropas norteñas sobre Quito, le informaba de las actividades militares que se desarrollaban en ese sector.

El Ejército del Norte se componía de las siguientes unidades: batallón Pichincha, 250 hombres entre jefes, oficiales y tropa; regimiento de artillería Calderón, 250 hombres; y columna 31 de Enero, que después se llamaba "Columna Generales Arellano", 200 hombres. En total, la División del Norte se componía, pues, de 700 hombres.

Los voluntarios del Carchi seguían en retaguardia a las tropas de línea y el 29 pernoctaron en la hacienda La Remonta, situada en Cayambe. El Pichincha y la Calderón, en la tarde del 29, comenzaron a desarrollar su plan de acercamiento para el inicio del ataque de los objetivos que se les había señalado.



## Atacantes y Defensores

Orden de marcha sobre Quito.— Señálase a cada batallón el objetivo de su ataque.— Noble actitud del Coronel Carlos Salvador.— El cañonazo inicial.— Fuego en todos los frentes.— La toma del cuartel de la Bolívar por el Pichincha, una aventura comentada.— El Armisticio, ¿quién lo hizo fracasar?— La noche del 31 de agosto y el Infierno del Dante.

La aurora del 29 de agosto bañó de luz la faz de la tierra, pero cuando ella se hizo ya las fuerzas contrincantes estaban en movimiento, tomaban posiciones y buscando abrigos en el terreno desigual, sembrado de vericuetos y peligros, que habrá de teñirse en la sangre de hombres que se disponían a la matanza fiera y sin cuartel, sangre ecuatoriana que habrá de derramarse en lucha estéril, apasionada y ciega, porque ambos bandos iban a destrozarse por la defensa de un mismo ideal: la defensa de la Ley....

En la madrugada el Comando del Sur dio la orden de marcha en su avance sobre Quito. El Carchi y el Chimborazo dejaron Santa Rosa a las 3 de la mañana. El regimiento Sucre, el zapadores Montúfar, la caballería Yaguachi y la columna Vicente León, salieron a las 5. El mismo comandante en jefe, general Chiriboga, seguía a pie a la vanguardia de sus tropas, luego de haber confiado importantes cometidos a la caballería. Era preciso observar personalmente los detalles que se presentaban para dictar las medidas inmediatas.

La desorganización de las tropas de Quito era palpable hasta la media noche del 28. La dirección de la resistencia, en su mayor parte o quizá, para mejor decir, en la casi totalidad, la dirigían los clases de unidades, pues ya se sabe que no tenían oficiales en sus filas. En las últimas horas de la noche, un grupo de tropas y civiles armados, concurrió a la casa del coronel Carlos Salvador y le pidió se pusiese a la cabeza de las unidades de Quito para su defensa. En ese mismo instante recibía el nombramiento de Jefe de Operaciones.

Aceptado el pedido, el coronel Salvador salió de su casa a la 1 de la mañana del día 29 para recorrer los cuarteles y dar las órdenes que el caso requería para la defensa. Se dirigió de inmediato a Panecillo y, él mismo, señaló sitios para el emplazamiento de dos

piezas de artillería que habían llevado a dicho lugar soldados de la Bolívar. Siguió luego al Parque Militar en busca de una pieza Wiker Maxim, la consiguió y volvió a subir con ella al Panecillo. La colocó junto al fortín. A las 5 de la mañana estableció una línea de tiradores desde los terrenos de El Sena a las faldas del Pichincha y, luego, se quedó en el Panecillo para dirigir las operaciones.

\* \* \*

La mañana era nublada. Una mañana como para la sorpresa en los campos de lucha. La niebla fue disipándose a las 8. Los artilleros que actuaban en el monte legendario de tantas tradiciones, cargaban sus piezas emocionadamente. A las 8 y 45 minutos se hizo el primer disparo de cañón a la máquina que halaba varios carros con tropas del Sur, en el sector de Cutunlahua, con rumbo a Quito. Era el kilómetro 4 de la línea férrea.

Al oír el disparo las tropas del Sur hicieron un ligero alto. El comando ordenó a la Sucre alistar sus piezas y contestar el fuego. Y el fuego se inició, efectivamente, desde ese momento estableciéndose el duelo de artillería. Y luego, la orden de ataque general sobre las tropas de Quito, señalando, a cada unidad, el objetivo correspondiente, de acuerdo con el siguiente plan: Panecillo, batallones Carchi (comandante Tobías Borja S.) y Chimborazo; Puengasí y hoya del Machángara, batallones Chimborazo (comandante B. Andrade) y Montúfar; apoyo en los flancos, regimiento de Caballería Yaguachi (comandante Alberto Enriquez); la Colmena, Ingenieros Montúfar (comandante Neira) y regimiento Yaguachi; al regimiento Sucre (comandante Víctor N. Rodríguez), se le confió la misión de apoyar con sus baterías el avance de las tropas ya indicadas.

"Anoto que formando en el Carchi —dice el general Chiriboga— actuaron con su tradicional valor el coronel Juan Manuel Lasso Ascázubi, el comandante Daniel Regalado, el mayor E. Pazmiño, el doctor Gregorio Cordero y otros más. Con el Montúfar, el Chimborazo y el Yaguachi combatieron, igualmente, el comandante Baquero, el mayor Pareja y más voluntarios y oficiales de otras reparticiones, como los capitanes Aragundi y Barrezueta que se distinguieron en la toma del puente del Machángara, tanto como los jefes, oficiales y tropas constitucionales, en la de todos los objetivos que se les había señalado".

Mientras tanto, en el norte de la ciudad, se entabló a las 9 y 15 un intenso duelo de artillería entre el regimiento Bolívar, cuyas piezas estaban acondicionadas en su cuartel del Sanatorio y las del regimiento Calderón que actuaban desde el noreste, en Ichimbía.



Piezas del regimiento Bolívar accionaron desde la loma de San Juan para fustigar a las tropas que avanzaban por el Sur, manteniendo enconado duelo con el regimiento Calderón que cañoneaba el cuartel del Sanatorio desde la loma noreste de Ichimbía. La gráfica indica el momento en que un certero cañonazo de la Calderón redujo a pedazos una pieza de la Bolívar.

El combate estaba, pues, generalizado a esa hora en todas las líneas controladas por las tropas de Quito. Un avión de reconocimiento, el R 3, actuó sobre la ciudad a las 9 y 45 minutos, luego se dirigió al Sur y, volando bajo sobre la Villa Flora, arrojó unos papeles: eran los datos que necesitaba el comando del Sur sobre la situación del enemigo. A las 10 de la mañana se combatía con fiereza y heroísmo dignos de mejor suerte en todos los sectores de la ciudad. Y el fuego reñido duró hasta tres horas después del mediodía.

"El impetuoso ataque nuestro —dice el general Chiriboga— obtuvo pleno éxito. A las 3 p. m., todos los objetivos estaban tomados y ocupadas las posiciones contrarias. Las tropas y los civiles de la ciudad de Quito se retiraron, sin ofrecer mayor resistencia a protegerse en muros, calzadas, casas, torres y cuarteles de la ciudad, prosiguiendo desde esos poderosos abrigos su resistencia. Las peticiones sucesivas de refuerzos y municiones desde todas las posiciones alcanzadas por las tropas constitucionales, obligaron al comando a disponer de toda su reserva para alimentar los sectores, en especial, de aquellos en que se consideraba posible un contra-ataque".

El Jefe de Operaciones de las tropas de Quito, coronel Carlos Salvador, informaba: "A las 2 y tres cuartos de la tarde noté que los dos sirvientes de las piezas de artillería, abandonaban sus puestos sacando los clerres y caminaban apresuradamente hacia la Avenida 24 de Mayo, creyendo que el enemigo les había flanqueado. Les detuve en el Fortín y les obligué que volvieran a ocupar sus puestos. Reunidos los artilleros con unos pocos celadores y algunos civiles, se ordenó que se hiciera fuego vivo mientras se salvaban las piezas, continuando el fuego hasta la retirada. En la bifurcación de los caminos del arco de La Magdalena y la calle Ambato, se estableció un nuevo punto de resistencia".

Continúa su informe el coronel Salvador y dice: "A las 4 de la tarde del mismo día, se estableció una segunda línea de tiradores desde la Clínica Pasteur hasta el Panóptico. A las 5 se tocaron dianas. Las tropas que defendían la ciudad desde el puente del Machángara hasta el Censo y las que ocupaban el Ichimbía, no cedieron un palmo de terreno y ocasionaron a las tropas invasoras un crecido número de bajas".

\* \* \*

El comando del Pichincha dio los objetivos de ataque así: colina de Ichimbía y cuartel del Bolívar (Sanatorio) la primera y segunda compañías, atacarían el cuartel del Sanatorio, con una sección de armas pesadas, bajo el comando del segundo jefe, mayor Murgueytio. La tercera y cuarta compañías y una sección de armas pesadas, cargarían en el Ichimbía, a las órdenes del tercer jefe, mayor Narváez; mas, después de breves momentos y atenta la situación que se presentaba, se ordenó que el Pichincha íntegramente atacase el cuartel de artillería Bolívar.

El mayor Murgueytio con sus compañías toma el ala derecha y avanza hacia su objetivo, mientras el mayor Narváez con las suyas, ganada la Avenida Vargas, sigue hasta la altura del Colegio Mejía en construcción. A las 4 de la tarde el avance del Pichincha sobre el

cuartel del Sanatorio es metódico, aunque tropezando con las dificultades que ofrece el terreno desigual y en un sector ya amurallado. Media hora más tarde, el fuego es intenso y el Pichincha sigue avanzando protegido por el fuego de la Calderón, que es contestado por las piezas de la Bolívar, mientras las armas automáticas actúan también desde la terraza del Sanatorio y hay descargas cerradas de fusilería desde las ventanas y azoteas del mismo cuartel, a fin de contener la carga del Pichincha.

Mas, sucede un hecho curioso. Los pelotones del Pichincha que ya están sobre el Mejía y los situados a la derecha sobre el establo, se lanzan al asalto gritando, ¡viva la Constitución!, ¡viva el Pichincha! Los de la Bolívar que defienden el cuartel con Policías y civiles armados, contestan también el grito de ¡viva la Constitución!. Los fuegos cesan inmediatamente y avanzan sin disparar varios hombres de ambos bandos, se abrazan y confundidos gritan nuevamente ¡viva la Constitución!. Las tropas de la Bolívar, embriagadas, sacan los cierres de los cañones y los entregan a los soldados del Pichincha, diciéndoles: "no tengan recelo, somos hermanos y ¡viva la Constitución!...."

En el regimiento Bolívar no había un jefe con quien entenderse. El teniente Luis A. Rueda, que hacía de primer jefe de dicha unidad, se presenta a la llamada del mayor Narváez, quien ha hecho formar a sus hombres sobre la terraza del edificio. Y ante los requerimientos del jefe del Pichincha, Rueda contesta: "el jefe de la Brigada es el comandante Pareja, pero iremos a hablar con el Ministro de Guerra".

El mayor Narváez ordena al teniente Jorge Dueñas que buscase al primer jefe del Pichincha para comunicarle lo que estaba sucediendo. Un corneta desde la terraza del cuartel de artillería, toca llamada a reunión al Pichincha, y en la segunda vez, con seña del primer jefe. Al oír esta llamada, el resto del Pichincha, con el comandante Tapia y el mayor Murgueytio, desconfían de lo sucedido y llegan a dudar de la lealtad de sus compañeros. Para cerciorarse el capitán Ayala con tres clases del Pichincha entran al cuartel del Sanatorio y se dan cuenta de que la situación se tornaba crítica por momentos para los del Pichincha que estaban en dicho lugar, por la llegada de un número cada vez mayor, de militares y civiles de las unidades de Quito. Salta entonces la idea del ardid y los infantes van deslizándose, uno a uno, sin hacer notar a los de la divisa roja su salida. Los del Pichincha han dejado el cuartel del Sanatorio, pero llevándose gran cantidad de municiones y dos armas automáticas.

Mientras tanto, el comandante Tapia, convencido de que los hombres de su batallón que penetraron al Bolívar habían faltado a sus deberes, vuela en una camioneta a Cayambe a impulsar la marcha de los voluntarios del Carchi para atacar con ellos, en tanto las tropas del segundo escalón con el mayor Murgueytio, se replegan al Batán a cubrir al Calderón que tiene en ese lugar emplazadas sus piezas.

\* \* \*

El mayor Narváez en vano esperó el retorno del teniente Dueñas al Sanatorio. Como no volviera, acompañado del capitán Villavicencio y del teniente Rueda de la Bolívar, se dirige al Palacio de Gobierno en busca del Ministro de Guerra, Dr. Ricardo del Hierro. Mas, el Palacio está solitario, no hay ser viviente en él. Conducidos por Rueda van al Hotel Savoy. Les brindan asiento junto a una de las mesas del bar. Luego aparece el señor Freile Larrea e interroga a los del Pichincha si era verdad que se habían decidido a estar por la Constitución.

El comandante Tapia en sus memorias sobre los acontecimientos de su batallón, apunta: "El mayor Narváez dijo al señor Freile Larrea que la Constitución de la República es inviolable, que el único poder era el Congreso y que las provincias del Norte tenían como gran fantasma al bonifacismo... a lo que el señor Freile Larrea había contestado que la personalidad política del señor Bonifaz ya no existía y que él iba a dar libertad de sufragio conforme lo prescribe la Constitución del Estado".

De retorno al cuartel del Sanatorio Narváez y sus acompañantes, encuentran al coronel Salvador con los comandantes Cedeño y Yépez. Salvador pregunta a Narváez: "mayor, ¿qué es del Pichincha?". Y él responde: en el Sanatorio, mi coronel, allí está formado. Como Salvador le dijera que allí no había nadie, Narváez con el capitán Villavicencio, el teniente Rueda y en esta vez el diputado Santos, llegan al Bolívar y se dan cuenta de la verdad: los del Pichincha abandonaron el cuartel y tomaron camino de Guápulo. Entonces Narváez y sus compañeros del Pichincha se dirigieron al Batán a unirse con el resto de la unidad.

Este equívoco ha sido muy comentado cada vez que se ha tratado de recordar los episodios de la batalla de los Cuatro Días. En el comentario salta una interrogante, ¿tenían los integrantes del Pichincha que fueron al Savoy facultad para parlamentar con funcionarios del régimen que no estaba reconocido por la superioridad militar que sitiaba Quito? Si no la tenían, ¿para qué fueron al Savoy?... Salta a la vista el equívoco que sufrieron las dos partes y este hecho

es más problemático si se tiene en cuenta que fueron a buscar jefes de fuerzas enemigas para hablar con ellos. ¿Hablar de qué? Si el engaño era mutuo, lo único aconsejable para un militar subalterno era la prudencia.

El concepto para los de la Bolívar era que el Pichincha se había rendido al grito de viva la Constitución. Para el Pichincha, que habían dominado a la Bolívar, porque ésta secundó su grito de viva la Constitución. Con una bandera de guerra igual para los dos bandos, cualquiera se equivoca...

Este criterio se robustece más cuando se lee el relato del Coronel Salvador que, hablando de este típico enredo, dice: "A las 5 y 40 minutos algunos soldados del Regimiento Bolívar que combatían contra el batallón Pichincha, al norte de la ciudad, alcanzaron a oír que los atacantes gritaban viva la Constitución y respondieron con el mismo grito. Como los gritos conitnuarían cesaron los fuegos. Los del regimiento Bolívar ofrecieron alojamiento a los del Pichincha".

Y así como en el bando atacante se prendió el recelo y la desconfianza de dejar al Pichincha en el cuartel del Sanatorio, también en el de los defensores se introdujo la sospecha de una deslealtad. Lo apunta el mismo coronel Salvador cuando dice: "...Le manifesté (en su visita al Encargado del Poder, señor Frelle Larrea) el peligro de que la tropa pernoctara en la mencionada unidad y la necesidad de sacarla. El número de soldados de la Bolívar era sólo de 98 hombres, cosa que ignoraban los del Pichincha por la obscuridad". Y cuenta que fue al cuartel del Sanatorio y habló con dos oficiales del Pichincha que aun estaban allí y les pidió que cambiasen de alojamiento. Luego supo la dirección que habían tomado oficiales y tropa.

El coronel Salvador dice en su parte de ese día: "Los jefes y oficiales que actuaron valientemente, fueron los comandantes Tomás Yépez y Juan Ignacio Pareja y teniente Luis A. Rueda en el Regimiento Bolívar; tenientes Hurtado y Proaño y subteniente Ponce en el batallón Constitución y teniente Oleas en el Manabí".

Y vino la noche a aumentar con sus sombras el pánico de la población. Noche oscura, noche de sobresaltos, privaciones y lágrimas. Los mercados y tiendas de comestibles habían cerrado sus puertas la víspera y ya escaseaban los víveres en las despensas de las casas. No había luz y en el silencio de la noche, sólo se prendía en el espacio el eco de los disparos que, de rato en rato, hacían los hombres de servicio en las avanzadas de los campamentos....

\* \* \*

Al rayar el alba se reanudó la batalla en todas las líneas de fuego el día 30 de agosto. El intenso tronar de los cañones, el table-



El batallón Manabí tomó posesión del Ichimbía en espera del ataque combinado de Sur y Norte. Estos grupos de soldados apuntan con sus ametralladoras al cuartel del Sanatorio y lanzan sus ráfagas para evitar el avance del batallón Pichincha que está amagando al regimiento Bolívar.

teo de las ametralladoras y las descargas de fusilería, producían un ruido inenarrable y desesperante que aumentaba más el pánico de la población sufriendo por las escenas del día anterior y la falta de víveres.

El batallón Pichincha recibe orden de desalojar al enemigo de la colina de Ichimbía, bajo el comando del mayor Narváez, quien, dándose cuenta de las murmuraciones y recelos del día anterior, a las 4 y media de la mañana hace formar al batallón y le dirige una



arenga manifestando que "el Pichincha está calificado de traidor" y que es preciso cobrar con sangre esta ofensa castigando al enemigo.

A las 5 de la mañana se da la orden de ataque, protegidos por la artillería Calderón. Las tropas posesionadas de la colina, reciben a las del Pichincha con violento fuego de armas automáticas y fusilería, pero éstas avanzan por saltos y ganan el talud del camino de la loma de Ichimbía. Luego entran al asalto, dejando muertos y heridos en ambos bandos. Después de tres horas y media, los atacantes logran desalojar a los defensores de la colina, que está integrada por tropas del Manabí, de la Policía y civiles armados, que dejan fusiles y municiones abandonados. Por la tarde el Pichincha abandonó el campo conquistado y se replegó con sus hombres junto a la Calderón.

"La situación del Ejército del Sur, al amanecer del día 30, no era sólida", dice el comandante en jefe de esas fuerzas. Y agrega: "era poco menos que lineal, no tenía respaldo o puestos de protección. Empleadas todas las reservas, el Mando contaba únicamente con las que se encontraban en viaje desde la costa. Todas nuestras posesiones eran débiles, numéricamente hablando. El frente en general, demasiado extenso para el número de batallones operantes. Además carecíamos de todo servicio de Intendencia. Desde el día 28 las tropas no se rancharon. Lo poco conseguido en la tarde del 29, se reservó para proporcionar algún desayuno en la madrugada del 30. Por ello se ordenó solamente aferrarse al terreno y tratar de mejorar posiciones".

\* \* \*

A las 10 de la mañana del día 30 llamó urgentemente el señor Frelle Larrea al jefe de operaciones de sus tropas. Cuando el coronel Salvador concurrió a la casa del señor Encargado del Poder, encontró a varios diplomáticos y otros caballeros que conferenciaban a fin de buscar la forma de que cesara el fuego. Le pidieron que acompañara a los diplomáticos al campamento enemigo en misión de paz. Momentos después partían rumbo al Sur los señores: Ministro de Estados Unidos, Excmo. William Dawson; Excmo. Louis Le Mailler, Ministro de Francia; Excmo. Enrique G. Abrahams, Ministro de Panamá; y los Honorables señores don Robert M. Kohan, Encargado de Negocios de Inglaterra y doctor Marlo Luque del Agulla, Encargado de Negocios de Cuba. "Ibamos por la fábrica de tejidos del señor Palacios —dice el coronel Salvador— cuando alcancé a ver que unos soldados preparaban sus fusiles contra mí y que el caso

era fatal; mas, la casual presencia del coronel Juan Manuel Lasso, impidió que dispararan sus armas y salimos ilesos".

La gestión diplomática fue aceptada por el comando que atacaba la ciudad y se acordó la cesación del fuego a las 2 de la tarde, en tanto se tratara de los pormenores con el comando de Quito. La conferencia, según convenio, tuvo lugar a las 3 de la tarde en la Estación del Ferrocarril del Sur. Luego de las presentaciones de estilo, tomaron asiento los señores Carlos Freile Larrea, Dr. Ricardo del Hierro y señores Alfredo Coloma y Alfonso Escudero; al frente los señores Leonardo Sotomayor y Luna, general Angel I. Chiriboga, coroneles Alfonso Darquea, Nicanor Solís, Carlos M. Elizalde, el Dr. Hidalgo Nevárez, representante de las tropas del Norte y el mayor Joaquín Samaniego.

Planteados los diversos aspectos en orden a conseguir la finalidad que se perseguía se convino en lo siguiente entre los delegados de ambas partes y el documento fue suscrito por los concurrentes:

1º—Que se nombre al Dr. Humberto Albornoz, previa su aquiescencia, Ministro de Gobierno, el que será Encargado del Poder Ejecutivo;

2º—Reconocimiento total y expreso de los acuerdos y resoluciones del H. Congreso Nacional que representa la Constitución de la República;

3º—Encarecer a las autoridades correspondientes el juzgamiento de los militares y civiles que hubieren contravenido a las leyes respectivas;

4º—Procurar la entrega, por inventario, en los almacenes del Estado, de todo el armamento que ha sido puesto en manos particulares.— Firmaban los actuantes del convenio: L. Sotomayor Luna.— Carlos Freile Larrea.— A. I. Chiriboga N., General.— Ricardo del Hierro.— A. Darquea.— Nicanor Solís.— Carlos M. Elizalde".

Al convenio que antecede, se agregó una acta por la cual se dejaba constancia de la intervención gentil del H. Cuerpo Diplomático y el acuerdo de las bases de un armisticio "para librar a la noble ciudad de Quito de las fatales consecuencias de la guerra, civil; y, en general, a la Patria Ecuatoriana del hondo malestar político por el que atraviesa; se resuelve comunicar: a las diversas guarniciones de esta plaza, que han cesado de manera absoluta las hostilidades y que, en consecuencia, se abstengan de continuar toda acción bélica entre las fracciones contendientes". El acta fue suscrita a las 4 y 35 minutos.

El Dr. Humberto Albornoz aceptó el nombramiento teórico con noble espíritu conciliador y gran entereza para afrontar la situación. De inmediato visitó los puestos de Mando de los contingentes en lu-

cha, pero sus buenas intenciones se perdieron en la incomprensión y falta de seriedad de quienes aceptaron y firmaron un pacto caballeroso para no cumplirlo o para no poder hacerlo cumplir. Por qué fracasó el convenio de paz? Quién o quénes tuvieron la culpa para que siguiera el desangre y la lucha entre hermanos? Ambos bandos se acusaban mutuamente de no haber cumplido las estipulaciones contractuales del armisticio.

El comandante en jefe de las tropas que amagaban la Capital, señor general Chiriboga, dice: "En Quito, ni las tropas ni los compactados, habían aceptado las bases del armisticio que suscribieron sus personeros. Soldados y ciudadanos se negaron a la paz y la lucha hubo de reanudarse nuevamente. El señor Freile Larrea ni siquiera había llegado a nombrar al doctor Humberto Albornoz, conforme a su compromiso seriamente aceptado. El 31 ya llegaron nuestras reservas y, como desde Quito, intempestivamente, se reanudaron los fuegos que causaron varias víctimas, entre otras la del maquinista Royal y los artilleros Mena y Lara, aun cuando interrumpido constantemente por la llegada de comisiones de Quito, se imprimió mayor actividad a nuestro ataque, presionando en todo el frente"

El jefe de operaciones de las tropas de Quito, coronel Carlos Salvador, apunta: "A la 1 de la tarde fui llamado por el Ministro de Guerra (el Dr. Ricardo del Hierro para el gobierno de Quito), quien me informó de la Comisión de Paz, la cual había acordado una ligera tregua que permitiera pasar a la ciudad una delegación compuesta de oficiales generales. A las 2 llegó la comisión y conferenció con el Encargado, en el Hotel Metropolitano, sin ningún resultado. A las 3 regresaron a su campamento. Con todo, como se realizó una tregua que aseguraba la suspensión de todo acto hostil y la absoluta inmunidad para los combatientes, el batallón Montúfar, una de las unidades que disponía el general Angel Isaac Chiriboga, realizó un avance sin peligro de ninguna clase hasta el Yavirac y las inmediaciones, hasta la colina del Panecillo; pero advertidas las tropas, abrieron fuego obligando al Montúfar a hacer un alto. Así obtuvieron las tropas invasoras su primer avance a la ciudad. A las cuatro de la tarde, se combatía con ardor"

De parte de quién está la verdad? Sería muy candoroso averiguarlo a estas horas. Naturalmente no es el primer caso de informes contradictorios en relación con un hecho comprometedor consumado en los frentes de lucha. En la mayor parte de las guerras ha sucedido y sucede lo mismo. Cada cual quiere ganarse la parte más ancha del sayal....

\* \* \*

Con la salida del sol se reanudó la lucha el día 31 de agosto. La batalla se trabó ya no sólo en los frentes de lucha, sino aún dentro de la ciudad. Las calles de la Capital eran un campo de desolación porque la guerra desencadenaba su poder destructor. De varias ventanas de las casas también se disparaba. Contra quién se disparaba? Pues se disparaba contra el enemigo, según el criterio de cada cual. Se disparaba contra las tropas de Quito y contra las tropas que trataban de ocuparla y que ya se las veía en las afueras de la urbe en su avance metódico.

"Llegó en ese día al campamento en momentos en que nos encontrábamos en el puesto del Ministro de Guerra en Campaña, el comandante Juan Ignacio Pareja —dice el general Chiriboga— quien había sido llamado al servicio por el señor Carlos Freile Larrea y nombrado Jefe de Zona. El comandante Pareja venía acompañado del señor Ministro de Francia y amparado por la bandera de esa nación. Con el comandante Pareja se habló de condiciones que impondríamos para entrar a Quito. El comandante se comprometió a dictar medidas para el acuartelamiento pasivo de las fuerzas regulares de Quito. Nos expresó temores fundados, según él, de no ser obedecido, caso en el cual enviaría una carta en la noche, sirviéndose de la Cruz Roja, por tratarse de una misión de paz".

"De 6 a 7 de la noche —agrega el general Chiriboga— nuestro campamento volvió a ser visitado por el señor Ministro de Francia, que llegaba esta vez con el señor coronel Carlos Salvador, el comandante Héctor Cedeño y el teniente Rueda, jefes de las tropas insurrectas. Se nos presentó un pliego firmado por todos estos señores, proponiéndonos nuevos tratados y formación de comisiones, inclusive de sargentos, para que conferenciaran sobre la entrada a la ciudad con otros camaradas de los cuerpos insurrectos. Rechazamos sin vacilar esta propuesta, que no armonizaba con los vínculos disciplinarios, y la comisión portadora tomó su ruta y volvió a Quito, quedando nosotros en espera únicamente de la carta que nos enviaría el comandante Pareja".

Dice el señor coronel Salvador que a las 7 concurrió donde el Encargado del Poder y le comunicó "que las tropas invasoras no habían adelantado un paso". El Encargado del Poder, a la vez, dijo al coronel Salvador que había aceptado la renuncia del Ministro de Guerra y que él, constitucionalmente, "cesaba en sus funciones a las 12 de la noche de ese día", el 31 de agosto.

Es de suponer el golpe que habría sufrido en su ánimo el coronel Salvador al ser notificado con que ya no había Ministro de Gue-

rra y que el mismo Encargado del Poder terminaba sus funciones a la media noche, y por consiguiente, abandonaría el puesto. Por eso, el abnegado jefe, apunta: "A las 8 de la noche me despedí muy contrariado. A las 9 con el comandante Yépez, recorrimos las unidades encontrando buenas impresiones. La moral de los soldados no había sufrido quebranto. En esa noche, con el Ministro de Estados Unidos y don Leopoldo Seminario, Presidente de la Cruz Roja y el comandante Yépez, nos trasladamos a la casa del doctor Humberto Albornoz. Nos dijeron que se hallaba en casa del doctor Cevallos León, en la calle Chile. Nuestra sorpresa fue grande al encontrar en esta casa sendas delegaciones por las tropas defensoras de la ciudad. Las había reunido el doctor Cevallos para evitar mayor derramamiento de sangre y llegar a un acuerdo de paz".

"Los individuos reunidos —agrega el coronel Salvador— eran: Enrique Vargas y Alejandro Herrera, por el Regimiento Bolívar; José Salazar y Leopoldo Williams, del Manabí; Alfonso Obando y César Robalino, del Constitución; José Fernández y José Estévez, de la Guardia Republicana. Luego de ardua discusión, en acta suscrita, se dió al coronel Salvador amplias atribuciones para que se entendiera con los representantes de las tropas que atacaban la ciudad. En avanzadas horas de la noche y con los caballeros nombrados, luego de vencer muchas dificultades, fuimos al sur y llegamos a la Estación a las 12 y media. Hablamos con el señor Leonardo Sotomayor y Luna y varios jefes durante hora y media, sin ningún resultado".

De otro lado, a las 9 de la noche del mismo 31 de agosto, el general Chiriboga recibía la carta enviada por el comandante Pareja. El contenido de ella era una versión inequívoca de la anarquía reinante en Quito. El general Chiriboga entregó dicha carta al Ministro de Guerra en campaña, trasladándose en el mismo carro de la Cruz Roja que la trajo. Mas, dos horas antes de recibirla, el Estado Mayor General, por orden superior, preparaba planes para entrar a la ciudad en cualquier forma, pues se consideraba urgente definir la situación anómala por la que atravesaba la población. Así, pues, toda la noche del 31 de agosto, pasó el Estado Mayor en la elaboración de órdenes de ataque para el día siguiente, coordinándola con la acción de las tropas del Norte.

\* \* \*

La noche del 31 de agosto fue espeluznante para los pobladores de los barrios del norte de la ciudad. Los artilleros de la Bolívar decían saber que el Píchincha con los voluntarios del Carchi se hallaban estacionados en la arboleda de la Quinta Miraflores, a poca

distancia del Sanatorio. La noche era como una boca de lobo y los artilleros —que ya desconfiaban del Pichincha por los sucesos del 29— temían una nueva sorpresa. Lo natural era no dormirse y ellos, efectivamente, no durmieron.

El alerta de los artilleros era anunciado con el tronar de los cañones. Cada vez que el cañón retumbaba en la negrura de la noche, una lengua de fuego terrorífica, horrible, rasgaba la tiniebla y pasaba rozando las paredes de las casas para ir a caer en el bosque de la mencionada quinta Miraflores. Los niños de las casas del barrio América, cada vez que tronaba el cañón, se amparaban en el regazo materno con alaridos de espanto, mientras la lengua gigantesca de fuego pasaba veloz en busca de víctimas. Los padres de familia, hacían planes buscando mentalmente algún reducto, bajo la tierra, para llegar allá en caso de que alguna de esas balas destructoras, echasen al suelo las pequeñas casitas de ese barrio aún en formación. Tétrico era el aspecto de miseria y dolor de tenduchas donde familiares desarrapados velaban a sus muertos, lanzando ayes desgarradores y, de rato en rato, imprecaciones duras contra los causantes de la tragedia. Qué noche aquella! Con menos de eso, había para pensar en el Infierno del Dante!....

## Lo que mis ojos vieron.....

Avizorando en la lejanía, frente al torbellino del drama.— Zona amagada por tropas enemigas.— Fuego por todos los puntos cardinales.— Ataque del Pichíncha y resistencia heroica de la Bolívar.— Niño de 12 años con fusil en mano.— Nido de ametralladoras que sembró de cadáveres una calle.— Espeluznante duelo a la bayoneta.— Nuevo armisticio que fracasa.— Y al fin, la cesación de los fuegos y la paz.

La vida del hombre es una cinta de celuloide que alimentada por la acción del presente nos va enseñando, en cada rollo, los relieves del pretérito. Y ese pretérito tiene muchas veces la virtud de poner grandes calores en el alma, de hacernos vivir los días idos con la emoción incomparable de los años mozos; o de traernos hondas congojas ante el desfilar de las cosas grises que formaron, en las tardes sin sol, el torbellino de hechos dramáticos. La mirada del hombre se pierde entonces en el avizoramiento de la lejanía, como si quisiese dar más luz a los sucesos que se fueron en un ayer de esperanzas y dolores. En todo caso, el recuerdo siempre tiene de grandes halagos para el hombre, porque —con pesimismo y todo— "cualquiera tiempo pasado fue mejor", como dijera el poeta.

Los hechos más notables de la historia suelen ofrecernos recuerdos que acarician, que nos hacen vivir con sus hombres, con sus cosas, con sus anécdotas sazonadas de costumbrismo y de novedad que no mueren con el transcurso de los años. En los hechos políticos y en las guerras, siempre hay algo de sensacional y típico. El tablado de Arlequín no se excluyó de los actos de mayor seriedad protocolaria, ni de aquellos donde las lágrimas pusieron su nota de fatalidad en el corazón humano.

Qué pesada sería la historia de un pueblo si en sus páginas sólo se recogiesen versiones o hechos consumados de sucesos espeluznantes con héroes y mártires, con prescindencia de la anécdota y el diálogo que dicen del sentir íntimo y genuino de los hombres!.... Porque la historia de un país no es solamente la versión del suceso colectivo, del hecho englobado en cláusulas de oropelia artificiosa que interesan al bando político del historiador o de aquellas de marco troglodita que se cubren con turgencias funestas en el relato de la

vida de alternativas que tiene en su marcha todo pueblo de la tierra. Hacer la historia de un pueblo es saber dar preferencia a la presentación singular del hombre, del habitante de ese pueblo con sus defectos y sus taras, con sus emociones íntimas de hombre y de ciudadano, con sus canciones y costumbres, con el chascarrillo que matiza el vivir político en sus arrebatos de iracundia y desasosiego. Lo menudo, lo típico, lo que refleja la acción del instante en los momentos culminantes del ser; he ahí el condimento indispensable para el hombre que narra los grandes hechos de la Patria.

\* \* \*

Situada mi propiedad en la parte más alta del barrio América, entre las calles La Paz (ahora Rlofrío), Nueva York y Buenos Aires, era un escenario magnífico para observar el desarrollo de los sucesos bélicos, especialmente el 19 de setiembre, en el sector norte de la ciudad. Amagada la zona por tropas beligerantes, gentes humildes del barrio, temerosas de los abusos que traen consigo las guerras, llegaron hasta mí para que les diese hospedaje bajo el techo de mi casa, en donde creían hallar seguridad y respeto para sus personas.

Rotos los fuegos en la mañana del 29 de agosto en la sección Sur de la ciudad, ocupamos una pieza del piso bajo, con anchas paredes y ángulos fuertes, a fin de defendernos del tiroteo que habrá de producirse, forzosamente, en días sucesivos; pues suponíamos que estando la casa a inmediaciones del cuartel de la Bolívar, tenía que sufrir, fatalmente, los rigores de la buena vecindad...

En horas de la tarde las previsiones de la mañana ya comenzaban a cumplirse. El fuego se extendió al sector norte con el arribo a Quito del regimiento Calderón y el batallón Pichincha. Después del tiroteo lejano, las descargas cerradas de fusilería, el tableteo de las ametralladoras y el ronco tronar del cañón, estuvieron muy cerca de nosotros.

El fuego cesó repentinamente. Qué será? Qué habría pasado? Nada y nada. Las calles eran un cementerio... De pronto un ruido como si algo cayese de lo alto junto a una de las taplas de la quinta. Salí del reducto y observé. Era un soldado de infantería que penetraba a la casa después de saltar la tapla, armado de su fusil. Yo eché mano a mi revólver y le interrogué.

—Es mi marido, señor, gritó la cocinera. Y corrió a abrazarlo.

Era un hombre joven, vestido con uniforme kaki y divisa de infante. Estaba sereno, aunque su semblante pálido y su mirar inquieto, denotaban preocupación y hambre.

—Soy soldado del batallón Pichincha —dijo— y como sé que aquí está trabajando mi mujer, he venido a verla, señor; eso es todo



y Ud. disculpe.

—Pero Ud. por aquí?....

—Sí, señor, es que acabamos de tomarnos el cuartel de la artillería Bolívar.

—Que han tomado Uds. el cuartel del Sanatorio?

—Sí, señor, hace pocos momentos estuvimos allí en las terrazas del cuartel que fue capturado por los del Pichincha.

—Pero Ud. me está hablando en serio?

—Muy en serio, señor. Es que como nosotros peleamos por la Patria y por la Ley, avanzamos sobre el cuartel al grito de ¡viva la Constitución! Los de la Bolívar se rindieron contestando el mismo grito, y luego ya nos dimos las manos....

—Va Ud. a quedarse aquí?

—No, señor, después de breves momentos me marché al Batán, porque allí está el resto de nuestra unidad y tenemos que estar todos reunidos.

El soldado entró a la cocina, se le dió de comer y, luego, se marchó, saltando una de las tapias que dan a la calle Buenos Aires.

Yo quedé meditando en la información que me había dado el soldado. Será posible que el Pichincha haya tomado el cuartel de la Bolívar y no siquiera todo el batallón, sino apenas una parte de él. Difícil era creer la versión, aunque se nos hubiese jurado a pie juntillas. Sin embargo, los hechos dijeron después que tal informe no carecía en absoluto de verdad....

\* \* \*

Los sucesos del día siguiente constituyeron un rompecabezas con los informes que nos diera el soldado del Pichincha la víspera. El fuego se desarrolló en todos los frentes desde muy por la mañana y la Bolívar y el Pichincha seguían actuando en bandos diferentes, seguían matándose en todos los sectores que les había tocado enfrentarse. Y los días y las horas pasaron así, viendo luchar frente a frente a las dos unidades, hasta que llegó el 1º de setiembre, con agotamiento y cansancio en ambos bandos, pero con firmeza en los puntos de vista y convicciones de cada cual, con firmeza y abnegación hasta el sacrificio.

A las 4 de la mañana del día 1º de setiembre, el comando del sur impartió órdenes y aprovisionó de municiones a las unidades que tenía a disposición. Las tropas que actuaban en el sector norte recibieron órdenes por medio de aviones o personeros de confianza. Los refuerzos llegados de Guayaquil, el batallón Quito y 100 hombres de la Policía del Puerto, fueron aproximados durante la tarde del 31-a La Magdalena para fines de resolución posterior.

La orden de movilización y ataque para ese día, puede resumirse así, dada por el comando de las tropas sitiadoras: las unidades de todo el frente dejando núcleos de resistencia en los lugares más importantes, gravitarían hacia la derecha: Panecillo y Cima de la Libertad. El batallón Quito y la Policía, descendiendo desde San Diego, avanzarían hacia el Oriente. El Carchi y el Chimborazo, secundarían el ataque del Quito, desde el Panecillo en avance frontal.

Luego diéronse a todas las tropas objetivos militares, en la siguiente forma: Al batallón Quito, cuartel del Constitución; a la Policía de Guayaquil, el cuartel de la Policía de Quito; al Chimborazo, el Palacio de Gobierno; al Carchi, el cuartel del Manabí; el regimiento de Artillería Sucre, apoyaría con sus fuegos el avance; el regimiento de caballería Yaguachi, cubriría la retaguardia, atacando a las tropas rebeldes apostadas en el cementerio de San Diego y del Pichincha al Panóptico. Las piezas de montaña del regimiento Sucre, desde el Panecillo y Puengasí, batirían la artillería contraria, donde se presentase. Una sección conducida a brazo seguiría con el comando, formando en la reserva para destruir núcleos de resistencia cercana.

Las tropas del norte recibieron orden de atacar el cuartel de la artillería Bolívar en un movimiento combinado del Pichincha, la Calderón y la columna de voluntarios carchenses y, asimismo, a las fuerzas del batallón Manabí donde ellas se encontrasen.

En el sector sur se rompieron los fuegos en las primeras horas de la mañana y la resistencia fue tenaz y sangrienta. El comandante en jefe de las fuerzas sitiadoras, apunta: "...de los techos de casas, de ventanas, de torres, se hacía fuego. La ciudad parecía inexpugnable. Con todo, el ataque continuaba valeroso, incontenible, violento, produciéndose escenas de heroísmo de parte y parte, pero al fin la victoria fue nuestra".

A su vez, el jefe de operaciones de las fuerzas de Quito, coronel Salvador, informa: "Fue un día de intenso fuego como los anteriores. Desde las 5 y media de la mañana se combatía en todas las líneas. A esto se añade el fuego arrojado desde las casas y azoteas contra todo ser mortal que transitaba por las calles. Todo era desolación y tristeza. Profundamente consternado el Ministro de Francia por la terrible mortandad y la desesperada situación de los habitantes de la Capital, debido a un sitio que no registra otro los anales de la Historia Patria, había creído de su deber continuar en sus gestiones y agotar todo esfuerzo en bien de la pacificación. Con una delegación de las unidades que defendían la Capital, se presentó a las 8 de la mañana y lleno de interés me invitó a un viaje al campamento enemigo, a fin de nuevamente conferenciar con el Alto Co-

mando y ver la forma de concertar un armisticio que permita un arreglo de paz”.

“A las 10 estuvimos con el Alto Comando —agrega el coronel Salvador— y fuimos cortesmente recibidos. Se acordó verbalmente una tregua: cesación de los fuegos; concentración de las tropas defensoras de Quito en sus cuarteles; permanencia fija, sin que pudieran adelantar un paso las tropas invasoras en sus posiciones que ocupaban en ese momento; inmediata comunicación de lo pactado a los comandantes de brigada para su fiel cumplimiento. Regresamos a contar la buena nueva”.

El Armisticio se hizo. A las 12 del día se ordenó silenciar los fuegos en toda la línea.

\* \* \*

En el sector norte de la Capital propiamente la mañana no se combatió, si se descuenta un breve duelo de artillería entre la Bolívar y la Calderón. Las tropas esperaban las órdenes escritas del comando y los objetivos que debían atacar; luego vinieron las horas del Armisticio, mientras se realizaban gestiones para la paz.

Era una hermosa mañana de sol, de un sol esplendoroso y prometedor. No había bala en las calles de los barrios del norte y esto emocionó a las gentes que salieron de sus guaridas para recibir las caricias del áureo baño que bien lo necesitaban. Ya abrí el portón de mi casa para saber lo que pasaba por esos lugares. En la calle La Paz, delante de mi casa, había una línea de tiradores civiles: eran de la Compactación Obrera y actuaban tras de un barranco. Alguno de ellos me había conocido y charlamos.

—Sí, señor, me llamo Munive y soy sastre.

—Por qué está peleando Ud.?

—Pelemos en defensa de la Constitución y porque suba a la Presidencia el señor Bonifaz, pues el Congreso tendrá que rectificar la traición que le hizo.

—Y cómo van las tropas de Uds.?

—Muy bien, señor, estamos ganando en donde trabamos combate. Otros compañeros están peleando en San Diego contra los de Panecillo y nosotros aquí tenemos orden de estar junto con la Bolívar.

—Y ahora?

—Ahora, vamos a dar bala a los del Pichincha que ya mismo suben por aquí, dizque quieren tomarse el cuartel de la Bolívar, pero les vamos a hacer mascar el ajo...

—Y este muchacho?

—Es mi hijo, señor. Es muy pegado a mí y no quiso quedarse

en casa cuando nos llamaron a tomar las armas en la Bolívar. Y yo le traje para que se haga hombre y aprenda dende chiquito a defender la Patria.

Efectivamente, junto a este hombre sencillo y sincero en sus apreciaciones, se hallaba un muchachito de unos 12 años, llevaba a espaldas un fusil cuya culata le llegaba a los talones.

—Pero, tú, muchacho, puedes disparar ese fusil que llevas?

—Bueno, así no más sobre mis brazos, las fuerzas no me dan para sostener el rifle. Pero apoyando en este montón de tierra, claro que puedo disparar. Mi papá me ha enseñado cómo se dispara. Todo consiste en ajustar el gatillo y la bala sale no más....

—Y tú, qué defiendes?

—Pues yo defiendo a la Patria y al señor Bonifaz, contra esos masones del Congreso....

—Y quién les atiende en la comida? —interrogué nuevamente al padre del chico.

—Nadie, señor. Se come cuando se puede....

Mientras la sirviente pasaba unos sánduches al pobre chico y a su padre, yo me retiré contristado de escena tan dolorosa. Un niño que no podía tener en sus brazos el fusil, estaba armado e instruido para matar a la gente enemiga....

Seguí caminando por la misma calle y me di cuenta que un pedazo de esquina de mi casa servía de abrigo a una ametralladora que estaba bajo el cuidado de dos artilleros que apuntaban hacia el norte. Les busqué un mejor abrigo en la calle Nueva York, inmediata: unos pencos les quedaba mejor. Ellos convinieron en el cambio de sitio y yo pude librar a mi casa de que los atacantes la destruyesen....

El tiempo había transcurrido más de lo que yo creía en la interesante charla con los soldados. Encontré en todos los sitios hombres decididos a la lucha y a la muerte, con un convencimiento digno de mejor causa, un sacrificio digno de mejor situación.

\* \* \*

Almorzábamos. Y estábamos almorzando de pavo, porque felizmente el baleo del día anterior le quitó a la cocinera el trabajo de matar unas tantas aves que se necesitaban para pasar el mal rato. Las pobrecitas picoteaban la yerba de los sembrados y les cogió la muerte sin ser bonifacistas ni izquierdistas....

Pasadas las 2 de la tarde un nuevo tiroteo se dejó oír por el centro de la ciudad. En qué quedó, pues, el nuevo Armisticio? —me dije— y puse el oído atento. No me engañaba. Efectivamente, volvieron a romperse los fuegos. El coronel Salvador acusaba, luego, al

batallón Chimborazo de haber disparado al carro en que iba él con el Ministro de Francia en las gestiones de paz, cuando atravesaba el Parque de la Independencia. Dice que indignado increpó por tal proceder al jefe de la unidad, quien se disculpó manifestando que no había sido notificado con la existencia del Armisticio.

Las unidades del norte reanudaron el fuego; pues, al oír las descargas del sur, juzgaron que había fracasado nuevamente el convenio de paz. El coronel Salvador ante la inesperada situación, siguió al sur para comunicar al Alto Comando lo que estaba sucediendo; mas, al llegar al lugar donde estaba la primera brigada, se le informó que el general Chiriboga y el coronel Romero habían pasado al norte. Regresó entonces el coronel Salvador en compañía del capitán Cabrera Carrasco y fueron al cuartel del Manabí, donde había 200 hombres para atacar con ellos por retaguardia a los que combatían a la Bolívar.

El coronel Salvador, afirma que el Ministro de Francia le dijo: "Si ellos han roto el armisticio no es dable que Ud., coronel Salvador, lo quebrante" y agrega que se limitó a sacar un corneta para hacer tocar alto el fuego".

\* \* \*

El plan de ataque del comando del Pichincha sobre el cuartel de la Bolívar fue el siguiente: la primera y cuarta Compañías, atacarán por la derecha, a fin de tomar por la espalda el cuartel artillero; la tercera Compañía, por el frente, entrando por la Ciudadela Larrea; la segunda Compañía, actuará de refuerzo y gravitará más sobre la tercera Compañía. Al oír los disparos que se hacían por el sur de la ciudad, el Pichincha entró en acción, siempre protegido por el fuego de la artillería Calderón.

El fuego de fusilería contra los atacantes era intenso, materialmente había una verdadera lluvia de balas de la artillería enemiga. Especialmente el ataque sobre las tropas del Pichincha que comandaba el mayor Murgueytio en el ala derecha, fue tremendo. Civiles armados parece que ocuparon varias casas de la llamada Ciudadela América, y bien cubiertos daban fuego sin descanso a los de la divisa amarilla, "sobre todo desde la quinta Miraflores donde, había varias ametralladoras enemigas que diezmaban a los atacantes por el frente muy extendido, desde la esquina de la Virgen hasta la esquina del Parque de Mayo, por lo cual se pierden constantemente los contactos", según refiere el primer jefe del Pichincha, comandante Tapia.

El Pichincha ataca con los voluntarios del Carchi y siguen avanzando en el terreno señalado. El ala derecha, luego de vencer tenaz resistencia de una fracción policial en la calle Vargas, frente a los muros del Seminario Mayor, trepa, en parte, hacia el occidente y domina el fuego que es lanzado de las casas situadas en las riberas de la quebrada Miraflores.

En medio del fragor hay algo que paraliza el fuego de los atacantes: se les ha concluido los cartuchos. Mas, a pocos minutos, subsana el inconveniente el mayor Rafael Astudillo que en un automóvil se encarga del reparto a los combatientes. La lucha se reanuda. Sigue la fracción más al occidente, logra salvar la quebrada y avanza.

Las tropas del frente después de cruzar la calle Vargas, suben rodeando hasta la plaza de la Ciudadela América para tomar contacto con la derecha. "Es un ataque confuso y sangriento —dice el primer jefe del Pichincha en su versión de los hechos— y se ven prodigios del Eloy Alfaro (la columna de voluntarios del Carchi, a la cual le dan varios nombres), apoyando al Pichincha.

A las 4 y 30 de la tarde suena la corneta con señal del Pichincha. El comando ordena dar el último asalto sobre los barrancos que circundan el cuartel de la Bolívar. El intenso tronar de los cañones ha desencadenado una fuerte lluvia. Una lluvia inesperada en pleno verano. Lluvia de agua y de granizo que paraliza por un momento el combate en ciertos lugares, en tanto que en otros, sin hacer caso del agua, siguen matándose con una furia sin parecido.

Heridos y muertos van quedando en el campo húmedo, mientras los demás avanzan o repelen desde sus barricadas. La lluvia gruesa e insistente forma riachuelos y pequeños esteros y éstos, se matizan bien pronto de color rojizo con la sangre de las víctimas que brota de las heridas para correr, en hilos incontenibles, a mezclarse con las aguas que se estancaban en dichos lugares.

Por la calle Panamá de fuerte gradiente, serpenteada de barrancos y zanjas, trepan varios hombres, en su mayor parte civiles, ansiosos de ganar la loma que les hará alcanzar el terreno, detrás del Sanatorio, para la toma del cuartel enemigo. Los audaces van trepando la pendiente sin un tiro del enemigo que les pudiese contener. Y ya cerca de la esquina para continuar el camino casi plano, salen de sus abrigos y se lanzan a coronarla satisfechos del éxito. Mas, de un montón de adobes y ladrillos, situado en la mencionada esquina (Panamá y La Paz, hoy Ríofrío) sale una verdadera lluvia de balas que elimina en pocos minutos a unos cuantos valientes pupos, mientras los demás van rodando, heridos o desengañados, por la tremenda pendiente de la calle Panamá. Era un nido de ametralladoras,



**Desolación y ruina en el Sanatorio, cuartel entonces del regimiento Bolívar y hoy Hospital Militar. La vista que ofrecemos dice bien claro de la destrucción que sufrió dicho cuartel por el impetuoso ataque del enemigo, mientras un grupo de soldados heroicos del heroico Regimiento de artillería Bolívar resiste hasta los últimos momentos.**

custodiado por tres soldados de la Bolívar que dejaron avanzar al enemigo silenciosamente, por esa tortuosa y falaz vía del martirio.

\* \* \*

El sargento Carlos Puma, uno de los protagonistas de este combate, como integrante del batallón Pichincha, en su folleto "Evocaciones de una Tragedia", pinta uno de los cuadros reales, efectivos,

de la acción del 1º de setiembre del trágico año 1932, en las siguientes líneas:

"La Terrible Parca paseaba triunfalmente... Y sin embargo, avanzábamos, pero avanzábamos lentamente... Muchos iban quedándose... Sels o siete alcanzamos un pequeño muro derruido... Nos cubrimos por él, y disparamos furiosos, incesantes... Y luego... ¡Oh, terror...! Tronó fiero en mis oídos el plomo cruel... Me asusté, me conmoví... Se me heló la sangre... Temblaba... Qué terrible es sentir a la muerte tan cercana...! Volví a sobreponerme... Junto a mí un poco al costado, estaba el cabo Jaramillo abriendo el "cierre del fusil". Se le ha ido el tiro, pensé furtivamente... Le increpé duramente, severamente... Vaciló el clase... Confudido, miró el fusil... Y luego:

"No he disparado, mi Primero, me dijo: no tengo cartuchos".

Observé, miré ansioso, convulso, azorado... Era verdad, no tenía cartuchos...

Concentré la mirada en torno... A pocos centímetros de mi cabeza estaba la huella humeante... Había atravesado todo el muro superficialmente. —¡Continuar el fuego! —ordené.

Todos continuamos:

El ataque era furioso... La defensa tenaz, heroica...

Las ametralladoras tableteaban incontenibles... El momento era álgido, desesperado... Hasta nosotros llegó el capitán César Alfaro. Estaba en traje de civil. Lo reconocimos... Su presencia nos infundió valor... Qué atrayente es el ejemplo de un superior que en el combate se adelanta...! Entusiasma... El capitán se adelantó a un montón de piedras e hizo señales de "avance". Avanzamos... De ahí saltamos a una pequeña excavación cercana... Nos cubrimos con la tierra removida y con los adobes almacenados, húmedos... Algunos se quedaron... Habían presentido... Caímos en un atolladero... No podíamos levantar la cabeza... La muerte cerníase amenazante... Los de la "Bastilla", ebrios de terror, desesperados, recurrieron a su último recurso, disparaban "tarros de metralla" que explotaban muy cercanos, con un estruendo desmorallizador... El fuego de la fuerza atacante hizose más denso... El combate violentísimo, cruento, mortífero... Hasta la naturaleza mostrábase horrorizada ante la furia de la batalla monstruosa...!"

El escenario de estos hechos, como ya lo hemos dicho, era la Ciudadela América y sus alrededores.

\* \* \*

En la tarde del 1º de setiembre era voz pública que muchos soldados de la artillería Bolívar se habían marchado del cuartel, decep-



clonados de la situación que les circundaba. Sin embargo, los hechos de resistencia y, a veces de ofensiva, prueban lo contrario. Cuántos hombres existían en el cuartel la tarde aquella? Su jefe de operaciones, coronel Salvador, manifiesta que hubo 123 soldados que afrontaron el ataque de las tropas del norte. Su resistencia fue tenaz y heroica. Tan heroica y tenaz que hasta el día 2 de setiembre en que el general Chiriboga llegó al cuartel, "un resto de artilleros mantenía su resuelta actitud bravía. No se creían vencidos —dice— porque no habían sucumbido"....

El toque de alto el fuego paralizó la furia del ataque a las 5 de la tarde, gracias a la actitud diligente y humanitaria del señor Ministro de Francia, que exigió a los combatientes el cumplimiento del Armisticio acordado con el Alto Comando Militar. Cesaron, pues, las hostilidades desde ese momento y el batallón Pichincha se replegó a su campamento del Batán.

Unos pocos soldados del Pichincha y civiles que peleaban a su lado, habían alcanzado la cima que domina, por el lado occidental, el cuartel de la artillería Bolívar, o sea la parte alta del barrio América. Posiblemente estos hombres buscaron refugio en algunas casas del lugar en espera de que ascendiera mayor número para atacar por la retaguardia al regimiento, como ya estaba previsto. El toque de alto el fuego desarmó todos los planes y esperanzas de continuar la lucha. Y luego, de uno en uno, fueron descendiendo de la loma a reunirse, sin duda, con sus compañeros en sus cuarteles o campamentos.

\* \* \*

En una esquina de las calles Montevideo y Panamá un soldado del Pichincha encontró a un artillero de la Bolívar. Se miraron fíeramente, y luego:

—Traicionero!, —le gritó al pasar el artillero al infante.

Este se paró e indignado le repuso: traicioneros son los que pelean contra la Constitución y, luego, se derrotan en el campo del honor....

—Cómo? Pues aguanta si eres hombre.

—Listos! Ataca que te paro —repuso el soldado del Pichincha.

Los dos habían terminado sus cartuchos, pero calaron los yata-ganes en sus fusiles y se pusieron en guardia, dispuestos, cada cual, a dar y a recibir. El lance fue decidido. Salto adelante y salto atrás. La tierra mojada contribuía al percance del duelo tremendo. Cada vez que uno resbalaba, recobraba de inmediato el equilibrio, burlando la acometida. Como cesaron los disparos varias mujeres habían salido a las calles, y al ver el lance fiero, la acometida iracunda de los contendores, gritaban de terror....

Ellos no hacían caso a las súplicas de las gentes que espectaban el duelo. Seguían atacándose a la vez que pronunciaban palabras duras de anatema, mutuamente. Habían pasado unos minutos, y ninguno de ellos tenía un rasguño. Y, al fin, ante la manifiesta fatiga, cedió indudablemente la resistencia física. Los dos cayeron cosidos a bayonetazos cuando ya entraba la noche... Quiénes eran? Cómo se llamaban? Nadie los conocía por ese barrio. Eran dos héroes más. Dos héroes ignotos que entregaron sus vidas en defensa del honor militar de cada uno. En defensa del criterio personal, pero ambos en defensa de la Constitución, en defensa de la Ley, en esa noche horrenda y larga de las Incomprensiones que fue la Batalla de los Cuatro Días...

\* \* \*

Como consecuencia del armisticio —y que por el hecho circunstancial que se menciona en líneas anteriores fue quebrantado en la tarde del 1º de setiembre— a la noche de este día —según afirma el coronel Salvador— con la presencia del teniente Rueda (que hacía de primer jefe de la artillería Bolívar), "se conferenció con el Alto Comando sobre las bases del tratado de paz, el que llegó a concluirse a las 8 de la noche del mismo día, con los siguientes puntos:

1º— Que no habrá vencedores ni vencidos;

2º— Los representantes de las tropas beligerantes se darán un abrazo de concordia y confraternidad;

3º— Las tropas defensoras de Quito, seguirán ocupando los respectivos cuarteles;

4º— Las tropas del general Chiriboga, al día siguiente, viernes, 2 de setiembre, a las 10 de la mañana, entrarán a la ciudad en formación y se alojarán en estos establecimientos: Escuela Militar, Academia de Guerra, Escuela de Artes y Oficios, Escuela 10 de Agosto y en los Conventos;

5º— Se abrirá una información sumaria para descubrir a los autores del movimiento suscitado en el regimiento Bolívar la noche del 27 de agosto;

6º— Los que resultaren culpables, como única sanción, serán dados de baja de la unidad".

Llegó a suscribirse, en verdad, y se cumplió este tratado en todas sus partes?

El comandante en jefe de las tropas constitucionales, señor general Chiriboga, no habla en sus publicaciones ni apuntes de este tratado, solamente menciona que como hubo fracasado el armisticio por parte de las tropas sublevadas, ya que cuando fue el comandante Pa-

reja con el Ministro de Francia, a su campamento y se enteró con el Alto Mando Militar, sólo "se habló de condiciones que impondríamos para entrar a Quito y el comandante se comprometió a dictar medidas para el acuartelamiento pasivo de las fuerzas regulares de Quito"....

Según las líneas que anteceden la cosa estaba, pues, terminada. Luego vino la batalla de ése día en que el señor general Chiriboga da cuenta del heroísmo de los combatientes y concluye: "pero, al fin, la victoria fue nuestra"....

Esa misma noche el batallón Constitución se encerró en su propio cuartel; el Manabí, en el suyo; y los pocos hombres que quedaban de la Bolívar, en el Sanatorio. El batallón Pichincha, se encuarteló en el local del Colegio 24 de Mayo, juntamente con los voluntarios del Carchi.

## Lágrimas y Duelo

La guerra, el peor flagelo de los pueblos.— Un panorama de dolor a la vista.— Corazones sangrantes y hogares desolados por todas partes.— Después del baleo, odio y sangre en las calles.— Muertos recogidos en camionadas depositados en enormes zanjas.— El nuevo Gobierno.— El fin de la artillería Bolívar y sus compañeros de lucha.— El pueblo de Quito es bueno!....— Graves problemas que tuvo que afrontar luego la población.

Al día 2 de setiembre de 1932 pudo con justicia habersele llamado el día de la liberación. Cuatro días que la ciudad prócera y gentil sufrió los rigores de la guerra, de una guerra de odio y ansiedad de sangre, entre las huestes que se disputaban la primacía de principios ideológicos, la satisfacción de sus rencores políticos o el triunfo de aspiraciones bastardas con idéntico grito de guerra, no son para describirlos a cabalidad espiritual, no obstante el cuarto de siglo transcurrido desde entonces...

La aurora de ese memorable día no llegó ya acompañada del tremendo castigo de los cañones ni de las descargas de fusilería. ¡Qué felicidad no escuchar el insistente traqueteo de la muerte que asecha en los oídos! Sólo cuando una población se ha encontrado varios días sumida en el terror y la privación de todos los medios de vida, se puede apreciar las ventajas y la bondad de la paz. Es preciso pasar los hechos para darse cuenta de su magnitud. La pena y el desasosiego general, el llanto del niño que tiene hambre y no es posible mitigarla por falta de subsistencias, la faz cadavérica del anciano que languidece bajo su pobre techo por falta de alimento, el acento dolorido del enfermo que se muere por falta de nutrición y de medicinas, la voz lánguida de consuelo y de promesa de la madre que se ve rodeada de los hijos que le piden pan, son suficientes para pensar, con hondura de sentimiento, en la magnitud del sacrificio de una ciudad envuelta en los rigores de la guerra. Y así estuvo Quito en esos cuatro días fatales del año 32.

En las primeras horas de la mañana las gentes ganaron las calles, ansiosas de conocer detalles de la situación, y un poco de sol

que bien lo necesitaban para desentumecer los miembros ateridos de frío y humedad contaminados en los refugios —generalmente de los pisos bajos de las casas, preferidos en razón de seguridad —a que habían sido condenadas por las circunstancias de tan penosa situación.

Y brota la alegría en el corazón de las gentes; la amenaza y el martirio, al fin, habían sido eliminados del ambiente emponzoñado de pasiones que hubo flotado tantos días en la pacífica urbe. Pero esa satisfacción humana —que no era propiamente alegría— se manifestaba apenas con una leve sonrisa en los rostros de los pobladores. No se podía reír. Ni menos lanzar la carcajada suelta de otras ocasiones, tan natural y blanca, en las gentes de Quito. Había una pena oculta que oprimía los corazones. Una pena profunda, gigantesca, en gran parte irreparable. Esa pena inenarrable que nace del propio dolor ante la contemplación de cuadros y escenas, cuyos protagonistas constituyen el alma de nuestra propia alma o llevan la sangre de nuestra propia sangre. Y si esto no hubiese para muchos, no será menos el dolor ante la contemplación de la miseria, de la imprecación y el llanto del dolor ajeno.

\* \* \*

Quito era una ciudad espiritualmente desenterrada. El clamor y el anatema en todas las voces. El detalle lastimero, la referencia fatal del drama propio, los hechos de bravura que habían contemplado desde las ventanas o azoteas de las casas en los bandos combatientes, eran la comidilla de todo conciliábulo.

En las calles, los muertos dormían el sueño eterno a la vera de las calzadas y en las afueras, los que perdieron la vida en el mantenimiento de un ideal acariciado aunque incomprendido, estaban clavados ante la madre tierra en vericuetos y zanjas, en pampadas o lomas quebradizas, porque los carros ambulancias no se alcanzaban para recoger a todos y darles sepultura. El trabajo era intenso, los hombres y los carros se multiplicaban en número y en afán de servicio, pero, así y todo, era poco ante la magnitud del esfuerzo que era preciso realizar.

¿Quiénes han muerto? ¿Cuántos son los muertos? Eran preguntas que brotaban a flor de labios entre los contertulios. Pero preguntas que nadie podía contestar, curiosidad o necesidad que nadie podía complacer. En el cementerio de San Diego, en el cementerio de El Tejar, se abrieron grandes zanjas para depositar en ellas a los hombres que habían rendido la jornada fatal y cuyas carnes ya estaban en descomposición en algunos casos. Y los carros de la Cruz



Un espacio de la Avenida 24 de Mayo, donde puede verse cadáveres de militares y civiles abandonados, fruto de la lucha encarnizada que mantuvieron los dos bandos. La foto fue tomada junto al monumento de los Héroes Ignotos.

Roja y los camiones particulares contratados para la triste faena, recogían a los muertos en las calles y en las cimas de Quito y se los llevaban, cada vez que el camión estaba colmado de cadáveres para arrojarlos en bloque, en masa compacta, en las enormes excavaciones de los cementerios. Terminado el viaje regresaban a seguir con la misma tanda, regresaban a seguir llenando de muertos el carro para llevárselos al zanjón y cubrirlos de tierra. Y regresar otra vez a lo mismo, hasta que llegue la noche...

Y no obstante, faltaba espacio en los cementerios para dar cumplimiento a la cristiana misión de enterrar a los muertos. Y faltaba tiempo para recoger a todos. Fue preciso hacer una gran excavación fuera de los cementerios, a fin de aligerar la penosa tarea. En la manzana situada entre las calles Bogotá y 10 de Agosto, en esa gran planicie donde está levantándose el edificio para la Caja del Seguro y su terreno adjunto, se abrió, justamente, un gran zanjón, gracias al esfuerzo de muchos hombres. Allí fueron arrojados los cadáveres de numerosos ciudadanos, de aquellos que seguían recogiendo los camiones en calles y lomas de la ciudad.

¿Quiénes fueron los infelices que recibieron colectivamente sepultura en ese sitio? Tampoco lo supo nadie. No era posible identificar a tantos muertos. La faena tenía que hacerse de apuro, porque la ciudad estaba expuesta a una nueva fatalidad: la peste, que tenía que producirse fatalmente por la descomposición de la materia... Los familiares no pudieron dar a sus queridos muertos el último adiós, ni siquiera recogerlos en el seno cariñoso del hogar querido....

La extracción de cadáveres de las quebradas fue obra de romanos. Hombres que cayeron con el rifle humeante a las profundidades, allí se quedaban para alimento de los buitres y solamente eran sacados —es verdad con grandes sacrificios y afanes— sólo cuando esos cadáveres comenzaban a infestar los barrios de la ciudad con sus emanaciones mefíticas. Tal fue, por ejemplo, el caso de la quebrada de las Cuatro Estacas, inmediata a la Quinta Miraflores, en cuyas profundidades espeluznantes habían caído varios combatientes, manando sangre de sus heridas o ya sin vida. Hasta el 6 de setiembre se sacaba muertos de una que otra quebrada de la ciudad. Y en la Sociedad Funeraria Nacional cuando se inquirió por el número de muertos, se manifestó que no les era posible calcular, pues no todos habían sido conducidos al cementerio de San Diego, pero que la mayor parte de los inhumados allí eran sastres de profesión.

Con los heridos también hubo que hacer mucho. En el hospital civil no había camas para recibir más heridos, y los que seguían llegando eran alojados en corredores o pasadizos. Para poder penetrar a este establecimiento, era menester abrirse campo a empellones o codazos, venciendo a una compacta muchedumbre que lloraba a sus puertas y tomaba informes sobre el estado de sus allegados o dando nombres de sus íntimos por si estuviesen allí.

Muchas lágrimas se regaron. Muchos ojos se nublaron de tanto llorar y de tanto esperar llorando por los seres queridos que no apreciaban por ninguna parte. Y esas lágrimas jamás fueron recompensadas con la emoción íntima del abrazo del hijo, del esposo o del hermano que retorna cualquier rato desde sitios ignorados. Esas lágrimas jamás fueron recompensadas con la emoción acariciante del ser íntimo que llega, porque ese ser no llegó nunca... Muchos hombres desaparecieron sin que nadie pudiese dar informe alguno de ellos. Desaparecieron en la vorágine de la vida, tan llena de incomprendiones y asechanzas. Ellos fueron los héroes ignotos de una marejada política sin parecido. Y como ignotos, se mezclaron en el conglomerado humano que fue a parar en los grandes zanjones abiertos, al acaso, en los cementerios o en los llanos donde la madre tierra les recibió en su retorno a la nada...

\* \* \*

Quedaba otro gran problema por resolver. Las viudas y huérfanos que deambulaban por calles y plazas pidiendo limosna, con lágrimas en los ojos, para poder subsistir, para no morir de hambre, ya que la muerte o la postración habían eclipsado a los sostenedores de muchos hogares.

En los hospitales los cirujanos no se daban punto de reposo cortando piernas, brazos u otros miembros engangrenados ya, a fin de salvar unas cuantas vidas. Cuadros aterrantísimos por todas partes. Cuadros de miseria y dolor por donde se iba.

El Congreso decretó duelo nacional el día 3 de setiembre en memoria de las víctimas caídas en los combates de los Cuatro Días, izando la bandera nacional a media asta y destinó dos días de dietas para fondo de socorro. El Gobierno destinó \$/ 25.000,00 para los deudos de las víctimas, cuyo reparto lo haría la Cruz Roja.

El diario El Comercio de Quito en un artículo pleno de espiritualidad, hizo un llamamiento a la sociedad para que contribuyese con su óbolo a llevar un poco de lumbre y consuelo a los hogares que yacían en el ayuno y la orfandad, destinando como base una apreciable cantidad. La sociedad de Quito que sabe de la hermosa virtud de compartir su pan con el necesitado, acudió al humanitario llamado del diario y fue repartido, efectivamente, en uno de los días posteriores, algún auxilio económico a muchas mujeres que pudieron comprobar su miseria y abandono, así como a algunos heridos que yacían en el lecho del dolor.

Entre las personas muertas en la lucha y las que no intervinieron, pero que el destino cargó con ellas en una forma circunstancial o como fruto de viejas malquerencias que en estos casos se cobran cobardemente, se recuerda aún a las siguientes: al mayor Alfredo Fierro, militar estudioso, perteneciente al Servicio Geográfico Militar que murió en los momentos más empeñados de la lucha, en la cima del Panecillo; Mr. Royal, tan cumplido y honrado empleado del ferrocarril del Sur, donde prestaba sus servicios como conductor de trenes, cayó a pocos pasos de la máquina que guiaba y con la cual había llegado a la Estación, fulminado por una granada que fuera disparada por soldados de la artillería Bolívar desde el Panacillo, con el objeto de contener a las tropas que asediaban a la ciudad; el joven Cristóbal Ojeda, conocido compositor de fecunda inspiración musical que nos dejara el alma como herencia en sus sentimentales obras que han enriquecido el folklore ecuatoriano, murió cuando un grupo de hombres armados penetraba a casa de la familia Dávila en busca del teniente Humberto Vizuete, disparando indistintamente en





Muertos colocados en hilera en el cementerio de San Diego, para ser depositados luego en las grandes zanjas que se abrieron, ya que no era posible darles sepultura individualmente. Familiares buscan con ansiedad a sus deudos en escenas inenarrables de dolor.

todas direcciones; el señor Jorge Velasco, aprovechado estudiante de medicina, fue muerto por una bala que le llegó a la cabeza en momentos que la sacaba por una ventana de su casa, al atisbar lo que estaba ocurriendo en la calle; y otros, y muchos más, jóvenes de esperanzada fe en el éxito del futuro, ciudadanos de diversa actividad en el colmenar cotidiano de la Patria, fueron víctimas de la incomprensión, el odio o las circunstancias del momento fatal.

\* \* \*

Las tropas de sur y norte entraron a los cuarteles que se les había destinado y, a las 10 de la mañana del día 2 de setiembre, luego de conferencias reservadas entre los personeros de los dos bandos militares. El escribano señor Rómulo Tamayo, acompañado de una fracción del batallón Chimborazo, corrió el primer bando, leyendo el Decreto Ejecutivo por el cual el Dr. Alberto Guerrero Martínez, Presidente del Senado, asumía el Poder, por cuanto se había terminado el período presidencial que, por prescripción constitucional, señalaba, efectivamente, el 31 de Agosto y de acuerdo con los artículos 81 y 76 de la Carta Política del Estado.

En el mismo decreto se nombraba al señor Leonardo Sotomayor y Luna, para Ministro de Guerra, Marina y Aviación, encargándole, a la vez, los Portafolios de las demás Carteras, mientras fuesen nombrados los titulares. Luego de una hora y media, se expidió otro decreto, disponiendo que los empleados públicos continuasen en sus cargos, hasta que fuesen legalmente reemplazados. Al día siguiente fueron nombrados Ministros de Hacienda y de Educación Pública, los señores Juan de Dios Martínez Mera y Dr. Benjamín Carrión. Posteriormente, para la Cartera de Gobierno, el señor Carlos Zafabrano Crejuela, quien hubo llegado recientemente al país, procedente de Hamburgo donde desempeñaba el consulado ecuatoriano. Secretario Privado de la Presidencia de la República, fue designado el Dr. Teodoro Alvarado Oleas. Y días después la Cartera de Relaciones Exteriores, se puso en manos del Dr. Catón Cárdenas.

Constituido ya el Gabinete procedió a designar autoridades provinciales y fue tomando medidas destinadas a restablecer el orden y la confianza popular. Una de esas medidas, la de procurar a todo trance la captura de los presos del Panóptico que andaban prófugos, después de la sublevación producida aprovechando de los combates.

Los presos se vistieron de paisanos y asaltaron la puerta principal del presidio. La guardia que hacía el servicio en la prevención, les recibió a balazos, matando a 5 e hiriendo a 8 reclusos. Entre los heridos se mencionó al mayor Félix Urresta, quien había recibido 5 balazos. No obstante, lograron evadirse 45 condenados, entre los que se contaba a Justo Silva, Jacinto Carriel Pincay, Naún Briones y otros que cumplían sentencias de reclusión mayor extraordinaria. La mayor parte de ellos fue capturada en los días sucesivos. El mayor Urresta fue el tercer jefe del Manabí y murió el 4<sup>a</sup> a las 5 de la tarde.

La evasión de los presos del Panóptico constituía una amenaza para los sufridos moradores de Quito, pero había otra amenaza aún más grave; muchos civiles andaban armados por las afueras de la ciudad, la mayor parte de ellos en estado de embriaguez. La policía y las comisiones militares estuvieron activas en la caza de esos hombres. El mismo día 3 de setiembre, fue capturado un centenar de civiles armados y conducidos al cuartel de Policía.

Otro decreto ejecutivo, bien recibido por su oportunidad, fue aquel que dispuso la entrega de fusiles, municiones y más armas del estado y material de guerra que estuvieron en poder de particulares. Se señalaba penas para quienes no acataren la disposición, pero también se señalaba premios para los que entregaren las armas. Por cada fusil se daría 10 sucres y por cada proyectil, cinco centavos.

Además se dio el alerta a la ciudadanía respecto a las granadas que no habían explotado y que se encontraban en tal estado, posiblemente muchas de ellas, en terrenos particulares. En verdad no eran pocas las granadas que estaban en tal situación y los ciudadanos debían dar parte inmediatamente a la Policía, caso de encontrarlas en sus propiedades, para que soldados experimentados se encargasen luego de llevárselas al parque con los cuidados de rigor. No obstante, se produjo una que otra desgracia por la explosión de tales granadas que habían sido tomadas por los muchachos.

En la mañana del día 4 se corrió por bando la convocatoria a elecciones presidenciales para el período 1932-1936 señalando los días 30 y 31 de octubre próximo. En el mismo decreto se disponía que "inmediatamente de efectuadas las elecciones, las Juntas Parroquiales deberán enviar las actas a los Consejos Provinciales y éstos al Congreso actual para que verifique el escrutinio y posea inmediatamente al Presidente Electo. Con este objeto el Congreso prolongará su período de sesiones hasta cumplir con este deber".

\* \* \*

El Congreso Nacional concedió al Ejecutivo, en sesión de 2 de setiembre, las Facultades Extraordinarias y éste las delegó a algunos gobernadores de provincias. En la Intendencia de Policía de Quito se estableció un sumario para la investigación de las muertes producidas intencionalmente durante los combates de los cuatro días y fueron capturados varios individuos.

Otro sumario se inició para descubrir autores y cómplices de la sublevación de las tropas de la guarnición de Quito en la madrugada del 27 de agosto. Varias personas conocidas fueron apresadas y conducidas al Panóptico. Además entre soldados, policías y civiles se contaba a 100 personas que guardaban prisión en el cuartel policial.

A su vez el Ministro de Guerra ordenó al Fiscal Militar de la Zona de Quito, la instrucción del sumario para descubrir a los autores y cómplices del movimiento militar. El Juzgado de Instrucción de Zona llamó a declarar a los jefes de unidades de la guarnición de Quito en la fecha del movimiento, así como también a varios soldados, especialmente de la artillería Bolívar. Al 7 de setiembre, guardaban prisión en el Panóptico con los tenientes Rueda y Mariscal, 60 soldados de la Bolívar, 42 del Constitución y 42 del Manabí.

El regimiento de artillería Bolívar que tantas páginas de gloria había alcanzado durante su vida y que supo afrontar la situación en la batalla de los cuatro días con entereza y heroísmo, el querido regimiento de los artilleros quiteños, materialmente había desaparecido, estaba eliminado en fuerza de las circunstancias. Además de los 60 soldados que guardaban prisión en el Panóptico, muchos habían pedido la ba'a cuando entraron las fuerzas sitiadoras y no quedaban en el cuartel sino 18 individuos. En la tarde del 9 de setiembre, fue expedido el decreto de disolución del regimiento Bolívar, destinando a los oficiales a otras unidades.

Con los batallones Constitución y Manabí sucedía igual cosa. Los restos integraron el batallón España, que se creó justamente para formar una unidad con ellos. El batallón España fue alejado inmediatamente de Quito; se lo envió a Esmeraldas. Así quedaban, pues, materialmente disueltas, eliminadas, las unidades del movimiento militar del 27 de agosto.

En la misma fecha el Ministro de Guerra disponía la evacuación de tropas de la Capital, señalando sus acantonamientos. El batallón Quito y la Policía de Guayaquil, marcharon al Puerto en un tren expreso; el batallón Imbabura, también fue a Guayaquil, aunque posteriormente; la artillería Sucre y el batallón Carchi, fueron enviados a Riobamba; el batallón Chimborazo, retornó a la ciudad de Ambato; y de guarnición en Quito quedaron el regimiento Calderón, que ocupó el cuartel del Sanatorio, el batallón Pichincha, el Montúfar y la caballería Yaguachi. La columna de voluntarios carchenses partió de guarnición a Ibarra y, luego, fue convertida en batallón de línea con el nombre de Eloy Alfaro, aunque, como es de suponer, con un personal nuevo, porque los jóvenes voluntarios, en su casi totalidad, separáronse una vez cumplido el objetivo que les trajo a Quito.

El 13 de setiembre fue creado el regimiento de artillería Tarqui, designando para su primer jefe al comandante Ruperto Guerrero. Y mientras se organizaba así el plantel militar con sus respectivas guarniciones, la Policía continuaba en su afán de recoger el armamento perdido. Según el registro respectivo, a la indicada fe-

cha, había recaudado 700 fusiles y cerca de 20.000 proyectiles. Pero, según cálculos, faltaban por recaudarse unos 1.200 fusiles.

\* \* \*

Los días subsiguientes no fueron tranquilos para el ambiente nacional. El odio entre los ex-combatientes era manifiesto y se lo podía apreciar en las diversas actuaciones de la vida diaria, lo cual intranquilizaba a la ciudadanía.

En el Panóptico seguían presos muchos soldados, especialmente clases de las unidades que se rebelaron el 27 de agosto. El Juez Tercero de Letras de Pichincha, doctor Primitivo Yela, seguía en su despacho la causa criminal para descubrir a los autores y cómplices de la subversión del orden público. El 10 de octubre, el mencionado juez, envió un deprecatorio al comisario de Cayambe, a fin de que citase al señor Neptalí Bonifaz, que se hallaba en su hacienda "Gualchala" y se presentare a rendir declaración en el mencionado juicio. Diligencia igual se efectuó también con otras personas.

Las declaraciones se producían unas tras otras. El proceso era ya voluminoso. El mismo 10 de octubre la Cámara de Diputados tuvo una sesión acalorada. El Juez de Letras, Dr. Yela, pedía autorización a la Cámara para enjuiciar a los diputados Dr. Rosendo Santos y señor Julio Teodoro Salem por creérseles comprometidos en los hechos que se investigaban. El Dr. Santos agradeció a los colegas porque sabía que varios de ellos habían pedido que se devolviese el oficio sin darle el trámite del caso, y solicitó que dicho oficio siguiera el curso legal y se concretasen los cargos. Luego acusó al juez de ser un prevaricador, porque no afrontaba la cuestión con legalidad. El señor Salem hizo suyas las palabras del Dr. Santos, acusando duramente al Encargado del Ejecutivo. El diputado Dr. Mariano Suárez Veintimilla, pidió ser incluido en la acusación, junto a los diputados Santos y Salem, y agregó: "He declarado que la actitud de la guarnición de Quito, al defender a la Capital contra el salvaje ataque de que fue víctima, la conceptúo yo tan noble y recomendable, que no puedo menos que solidarizarme con esa actitud. Esta circunstancia y mi simpatía y admiración por el señor Neptalí Bonifaz, me colocan en el mismo caso que mis distinguidos colegas Santos y Salem, y creo de justicia que yo corra la misma suerte que ellos". El Presidente de la Cámara dispuso que el oficio del juez pasare a estudio de una comisión especial.

Los tenientes Juan J. Mariscal y Luis A. Rueda, presos en el Panóptico, se dirigieron al Congreso Nacional, en 19 de octubre, pidiendo se les concediese la libertad. Los mencionados oficiales mani-

festaban "que ambos sirvieron a un gobierno reconocido por el Congreso, y que ninguno de los dos tuvo participación alguna en las gestiones iniciales de la revuelta del 27 de agosto".

Damas conocidas de la sociedad de Quito se dirigieron también al Congreso pidiendo la libertad de los detenidos políticos; y el Congreso, en breves días más, expidió el Decreto de Amnistía para todos los enjuiciados y presos por causas políticas.

Así terminó ese ruidoso proceso que fue como un prolegómeno de intranquilidad y temor en el tremendo Drama de los Cuatro Días.

\* \* \*

Un documento militar que logró recoger en esos días la nómina de los muertos y heridos de los integrantes de las diversas unidades del Ejército que actuaron en los cuatro días de batalla, contiene, por unidades, el siguiente detalle:

**Servicio Geográfico Militar.**— Mayor Alfredo Flerro, muerto.

**Batallón Quito.**— Muertos: Teniente Alfonso Prado, Sargento Segundo Manuel Escudero; Cabo Primero Alfredo Toral; Soldado Alberto Zambrano.— Heridos: Sargento Segundo César Cepeda; Cabos Primeros Luis Cabrera y Segundo Rosero; Soldados José Donoso, Pedro Bayas y Hugo Vargas.

**Batallón Pichincha.**— Muertos: Soldados Rafael A. Delgado, Luis Armendáriz, Vicente Delgado, Noé Escobar, Segundo Insuasti, Camilo Burbano, Carlos E. Yépez, Guillermo Castillo y Jorge Rueda.— Heridos: Tenientes Enrique Jiménez, Gonzalo Rosero, Guillermo Durán y Climaco Narváez; Sargentos Primeros Víctor Cifuentes y Manuel López; Sargentos Segundos Francisco Gallardo, Miguel Gómez, Juan M. Torres, Segundo Chiriboga, Alberto Cifuentes y Julio Arellano; Cabos Primeros Alfonso Arcos, Bernardo Jaramillo y Segundo Cadena; Cabo Segundo Jorge Mantilla; Soldados Miguel Rueda, Luis Rueda, Ernesto Avellaneda, Darío León, Francisco Vásquez, José C. Vallejo, Alfredo Moya, Benjamín Araujo, Segundo Ruano, Julio M. Arias, Enrique Navarro, Pedro Vásconez, José A. Paz, Enrique Vargas y José Gualutuña.

**Batallón Carchi.**— Muertos: Teniente César Herrera; Cabo Primero Luis Simbaña; Soldados José E. Pozo, Julio Cadena y Gerardo Vázquez.— Heridos: Soldados Manuel Benavides y Octavio Heredia.

**Regimiento Sucre.**—Muertos: Soldados Rafael Narváez, Luis A. Rodríguez, Segundo Tello y Juan Lara.— Heridos: Teniente Luis G. Zúñiga; Soldados Luis Cobo M., Luis Cárdenas y Carlos Cárdenas.

**Regimiento Calderón.**— Muertos: Francisco de la Cruz, José J. Sánchez y Juan G. Grijalva.— Heridos: Teniente Hernán Dávila; Soldados Pedro Villegas, José L. Alvarez, José M. Alvarez y Luis D. Contento.

**Batallón Chimborazo.**— Muertos: Cabos Primeros Carlos Castillo y Alfonso Toledo; Soldados Serafín A. Cueva, Pedro A. Cumba y Felipe Vasco.— Heridos: Soldados Francisco Benavides, Luis Grijalva y Segundo Pozo.

**Batallón Montúfar.**—Muertos: Soldado César Herrera.— Heridos: Sargentos Segundos Segundo Yépez, Telésforo Enríquez y Juan Ubidia; Soldados Luis Cruz, Luis Males y Segundo Bedón.

**Regimiento Yaguachi.**— Muertos: Soldados Rafael Troya y Julio C. Falconí.— Heridos: Cabo Primero Rafael Checa; Soldados Miguel Ramos, Víctor J. Flores, Virgilio Bastidas y Antonio Benavides.

**Ministerio de Guerra.**— Herido: Capitán Efrén Barrezueta.

**Inspección del Ejército.**— Herido: Soldado Elías Mena.

**Policía de Guayaquil.**— Heridos: Celadores Arturo Lasso y Reinaldo Mantilla.

**Columna Vengadores del 31 de Enero.**— Muertos: Subteniente Serafín Villarreal y voluntarios Segundo Ortega, Carlos Fierro, Manuel Gutiérrez, Manuel Revelo y Florentino Guerrón.— Heridos: Teniente Alberto Jaramillo y voluntario Segundo Narváez. Esta columna de voluntarios tuvo la siguiente nómina de jefes y oficiales: Primer Jefe, Mayor Antonio Martínez (retirado); Segundo Jefe, Capitán Benigno Cárdenas; Teniente Waldino Villarreal y Subteniente Serafín Villarreal (retirados). Los oficiales designados para la marcha, fueron: Heriberto del Hierro y Napoleón Saa, Capitanes: Mario Obando R., Carlos T. Arcos y Alberto Jaramillo, Tenientes; Segundo E. Ramírez y José A. Rosero Jara, Subtenientes.

La nómina que antecede nos ha sido proporcionada por el señor Segundo E. Ramírez N., desde Tulcán, por intermedio de nuestro especial amigo señor Víctor Hugo Narváez, a quienes agradecemos cumplidamente.

De manera especial habríamos deseado tener a nuestro alcance la nómina de muertos y heridos de los batallones que en Quito sostuvieron la lucha de los cuatro días de batalla. Pero nada más difícil, mejor dicho imposible, que colmar este anhelo nuestro tratándose del heroico regimiento Bolívar y de los batallones Constitución, Manabí y Policía de Quito. Abandonadas estas tropas por sus jefes y oficiales que, como ya sabemos, marcharon al sur a integrar las filas de las unidades constitucionales, cada cual de ellas actuó como pudo, sin dirección que afirmara la disciplina dentro de las normas y preceptos reglamentarios. Parece que se prescindió de todo asunto escrito, como órdenes generales y partes de guerra con las novedades de cada día, como es de rigor en un ejército organizado. Todo era verbal y al apuro, porque las circunstancias y la misma desorganización en que actuaba cada unidad, así lo exigían. Y se entiende, entonces, por qué no fue posible tener la lista completa y exacta de las bajas de cada batallón.

Los muertos y heridos de las unidades que se mencionan en las líneas que anteceden, en realidad de verdad, no alcanzan a cifras mayores dada la intensidad de la lucha en los cuatro días de batalla; y no se compadece tampoco con la afirmación general del concepto de mortandad, epíteto que pareciera exagerado para calificar el volumen de los hechos; pero que no lo es si se tiene en cuenta que solo en el primer viaje que hicieron los carros al cementerio de San Diego, se llevaron 193 cadáveres a la fosa común el día 2 de setiembre. Llevar 193 muertos en una sola tanda, sí es para horrorizar a cualquiera persona...

El caso es que el soldado sabe cómo pelea, pero el hombre del pueblo, no. El soldado lo primero que hace, antes de disparar, es buscar el terreno indispensable para cubrirse y, luego, entra en acción con su fusil. El civil dispara apenas ve al enemigo, sin procurarse la defensa previa de su persona. Y se deja matar así, por inexperiencia y falta de serenidad. Con estos antecedentes no será, pues, exagerado decir que, posiblemente, el 80 por ciento de los muertos y heridos en la Batalla de los Cuatro Días, correspondió al elemento civil.

\* \* \*

Y antes de cerrar este Capítulo vale la pena parar atención hacia un hecho importante, relacionado con la psicología del pueblo de Quito. Nunca como en aquellos días de batalla se pudo apreciar la nobleza, la santidad de este pueblo de gallardía legendaria que hizo del respeto y la consideración a sus semejantes el más noble



apostolado de su vida. Francamente no hay pueblo en el mundo que encontrándose con las armas en la mano y sin control alguno de autoridades, no se entregue a desmanes y excesos contra las personas y los bienes ajenos. Un pueblo en armas promueve y ejecuta masacres, incendia casas y poblaciones enteras, se dedica al saqueo de poblaciones indefensas, a la violación de domicilios y el ultraje de las mujeres, etc. Pero el pueblo de Quito, con armas o sin ellas, siempre es el mismo: noble, respetuoso, amante de la ley, defensor de la mujer y de todo ser indefenso.

En los cuatro días el pueblo de Quito empleó las armas sólo para defensa de sus ideales políticos, oponiendo resistencia tenaz al enemigo de frente y con espíritu de heroicidad, hasta caer en la demanda. Pero no empleó las armas en amenaza para obtener segundas intenciones o desarrajando puertas de almacenes para robarlos. Claro que siempre se produjo uno que otro hecho reprochable, pero esos hechos fueron realizados por gentes maleantes que suelen inmiscuirse, con fines proditorios, en toda demanda armada de carácter colectivo; pero, algunos de ellos fueron, más tarde, sancionados por la ley. Nunca como en la batalla de los cuatro días, el pueblo de Quito dio muestras de honradez a toda prueba y de consagrado respeto para todos los ciudadanos y sus bienes, gesto de dignidad que la historia ha de recoger para presentarlo como ejemplo de cultura y buenas costumbres entre todos los pueblos de la tierra.

## Después de la Tragedia

Secretos del corazón humano.— La clave de los propósitos y los hechos.— Caudillos y revoluciones: la bandera de lucha.— El fin justifica los medios?— El Congreso Nacional de 1932.— El señor Bonifaz y el cuartelazo del 27 de agosto.— Por qué fracasó la revolución bonifacista?— Los que prendieron el fuego y escondieron la mano.— Tropas abandonadas a su suerte.— Enseñanzas que nos dejó la tragedia....

Un eminente estadista muy conocedor del corazón humano por lo mucho que había viajado, cuando le conversaban los pormenores de un hecho, sin poner mayor atención al detalle saltaba al final y ya tenía la clave. Gusto de alejarme un tanto del largo detalle de las cosas —decía— porque prefiero llegar a la solución del hecho. Lo importante en estos casos es saber a quién aprovecha un suceso, quién sale ganando con él.

Naturalmente este principio de sicología es muy interesante en la práctica de la vida, sobre todo cuando se investiga el beneficio del actor mediante el empleo de los procedimientos. Y este principio es lógicamente aplicable a la política. La revolución es sólo un medio para la captación del poder para o por determinada persona o círculo que hacen la agitación colectiva con ese fin preconcebido; para lograrlo, precisa disfrazar las cosas con la oropelia patrioterica y rimbombante del medio, no importa si con ese medio ha de llegarse al crimen o la consecución de acciones vedadas para el sentido humanístico. Por algo se ha dicho que "el fin justifica los medios"....

Cualquiera que sea la finalidad política, toda revolución tiene un caudillo y ese caudillo orienta y dirige la faena bélica, levanta una bandera de lucha y dicta las normas precisas a que han de sujetarse los partidarios en el empleo de la acción; y yo me pregunto, después de un cuarto de siglo, los hombres de los sucesos de 1932 en el Ecuador, ¿tuvieron caudillo? La rebelión de los batallones que guarnecían la Capital de la República en la madrugada del 27 de agosto de 1932, ¿fue un medio que levantó la bandera del caudillaje en provecho y bajo la dirección de determinada persona que anhelaba captar el Poder? El Congreso Nacional de ese año que después de haber call-

ficado al señor Neptali Bonifaz como el ciudadano ecuatoriano que había obtenido el mayor número de votos en elecciones libres, lo declaró inmediatamente inhábil para el ejercicio de la Presidencia de la República, ¿lo hizo por una finalidad política preconcebida que debía favorecer a determinada persona que manejaba los hilos subterráneamente para fines caudillistas?

Esto es lo que precisa analizar en este Capítulo final que trata de reunir en un solo bloque la realidad de los hechos con la documentación estudiada, a fin de que el público juzgue sobre los responsables de la tragedia y pueda dar a cada cual la parte que le corresponda en la responsabilidad moral, si tal es el caso.

La conculcación del derecho de sufragio, el derecho de primogenitura para hacer Presidentes de la República que se atribuyera un grupo reducido de magnates guayaquileños, el abuso de Poder manifestado en la acción administrativa con perjuicio evidente de los intereses populares, formaron una montañía abominable que era preciso destruir a toda costa en anhelos de reivindicación nacional. Y esa destrucción tenía que producirse por golpe revolucionario o por los cauces democráticos en las lides del sufragio libre.

Fracasada la revolución jullana por sus teorías románticas, ajenas a la realidad ecuatoriana, advino una época que prometía encontrar el camino de la mejor comprensión ciudadana para el ejercicio de sus derechos cívicos en orden a la conquista esperanzada de sus destinos.

El Poder Público llamó al pueblo a elecciones. Y prometió que las elecciones serían libres. La promesa emocionó los corazones y vinieron los conciliábulos. Era preciso buscar ahora un ecuatoriano que se hubiera mantenido lejos de trincas y compromisos subterráneos. Un respetable sector de opinión con actividades ajenas a los intereses oficialistas, en reuniones periódicas de sus dirigentes, fue seleccionando nombres y, entre ellos, encontró uno que llenaba esas aspiraciones, uno que era capaz de dar nueva orientación al gobierno por su honradez y energía. Y ese hombre fue el señor Neptali Bonifaz. Fue lanzada la candidatura del señor Bonifaz por respetables y conocidos ciudadanos independientes, por algunos de filiación liberal y por muchos campatrilotas que pertenecían al partido conservador.

La emoción se prendió en el alma ecuatoriana. La lucha cívica fue acalorada y agresiva. Llegaron los días de elecciones y el señor Bonifaz obtuvo la mayor votación nacional en las urnas.

\* \* \*

Y se produjo el caso más insólito que se ha podido apreciar en la vida política ecuatoriana. En vez de disminuir el volumen de agi-

tacon con el triunfo de uno de los candidatos fue subiendo, día a día, hasta constituir un fantasma que amenazaba la tranquilidad y la paz públicas. El señor Bonifaz fue acusado por los sectores de izquierda de ser el representante de la reacción conservadora para alcanzar el Poder. El aludido manifestó que no era conservador y que haría un gobierno para todos los ecuatorianos, declaración que fue bien recibida por los sectores independientes. Mas, bien pronto, el señor Bonifaz, era objeto de una acusación de mayor bulto: le acusaron de ser ciudadano peruano. Así lo había declarado él en varios documentos públicos, fue hijo de un diplomático peruano y había nacido en la casa que ocupaba la Legación del Perú....

El señor Bonifaz se defendió — y cuando él no lo hizo, le defendieron amigos y partidarios— incluso se publicó la partida de nacimiento, por la cual se comprobaba que dicho señor era ecuatoriano por haber nacido en Quito. Sinembargo, quedó flotando la duda hasta en sectores independientes. Y este caso de la peruanidad atribuida para sí por el señor Bonifaz, fue, para los días sucesivos, el nudo gordiano de todo el problema.

Entusiasta partidario del señor Bonifaz fue el destacado liberal guayaquilleño doctor Leopoldo Izquieta Pérez quien, al leer los documentos que publicaba la prensa de oposición a tal candidatura, en los cuales el candidato triunfante se declaraba ciudadano peruano, le dirigió una carta conminatoria para que hablase sobre punto de tanta importancia para el sentimiento patriótico nacional; y el señor Bonifaz satisfizo al peticionario, en carta que reproducimos en una de las páginas que anteceden. "Mi peruanismo —dijo el señor Bonifaz— se limita a la época de la dominación de Alfaro, durante la cual, por súplicas de mi madre que quería, como todos los ecuatorianos de entonces, defender sus propiedades, consentí decirme peruano".

La respuesta no satisfizo al doctor Izquieta Pérez y, desde entonces, le retiró su apoyo. Quedó flotando en el ambiente, por lo menos, la falta de vigor y de interés en el señor Bonifaz para mantener la nacionalidad ecuatoriana. Prefirió optar la nacionalidad de su padre para defender los bienes familiares, a cambio de la ecuatoriana, por la cual los ciudadanos que nos honramos con tal distinción, cuando el caso llega, no sólo sacrificamos bienes materiales sino hasta la vida misma, en aras de la dignidad y la gloria de este querido suelo que nos vio nacer.

\* \* \*

Y vino la reunión del Congreso Nacional que debía escrutar las votaciones. La comisión respectiva después del trabajo de varios días presentó su informe, con el detalle numérico de los votos que había

obtenido cada uno de los ciudadanos que fueron exhibidos candidatos a la Presidencia. El Congreso aprobó el informe que reconocía como Presidente Electo al señor Bonifaz por haber obtenido el mayor número de sufragios populares. Con la aprobación del informe, ya el señor Bonifaz estuvo calificado como tal. Mas, vino de seguida la moción descalificadora y la aprobación ilegal de ella. Calificó y descalificó a la misma persona y en la misma sesión. Y ésta fue la falta grave que cometió ese Congreso, porque al descalificar al señor Bonifaz se fue contra los preceptos constitucionales.

Grave situación, en verdad, para los componentes de la legislatura de entonces. Tuvieron que afrontar el aspecto legal y el aspecto moral del candidato triunfante. El aspecto legal lo había ganado el bonifacismo: el señor Bonifaz era ecuatoriano de nacimiento y esto nadie lo podía negar y, como tal, había obtenido el mayor número de votos en elecciones libres. El aspecto moral, aquello de la peruanidad mantenida convencionalmente por el señor Bonifaz durante 45 años, era lo grave del problema. El debate fue largo y acalorado. La lucha de conciencias debía haber sido también difícil y dura para cada uno de los legisladores. Los componentes del Congreso formaron parte de la marejada y siguieron por la misma ruta hasta encontrarse en un callejón sin salida: un callejón oscuro, tenebroso, asfixiante. Para poder respirar tuvo que romper el muro y abrir una claraboya por donde entrase el aire, provocando el desastre.... Y el señor Bonifaz fue declarado inhábil para el ejercicio de la Presidencia de la República.

Habría sido mejor que el Congreso hubiese cambiado el orden de los factores. Considerar primero la situación moral del agraciado y declarar su inhabilidad, si tal era la resolución que se tenía subrepticamente; entonces, no había para qué hablar de triunfo electoral. Esta habría sido una medida menos dura para los interesados en el triunfo del señor Bonifaz; una medida menos vejatoria para la dignidad legislativa de la República. En el primer caso, había de por medio el sentimiento patriótico; en el segundo, calificar y descalificar, una burla sangrienta para quienes ungieron con sus votos genuinos y legales al ciudadano que creyeron merecedor de ellos en libertad de afanes constitucionales.

\* \* \*

La rebelión militar del 27 de agosto de 1932, tuvo una bandera: la defensa de la Constitución. Y trajo una finalidad específica: la reconsideración del acuerdo del Congreso Nacional que descalificara al señor Bonifaz. Se dio el caso típico de una revolución que defen-

día la ley, cuando la revolución, en sí misma, es desconocimiento de la ley. Una revolución que defendía la Carta Política del Estado —que la aprueba y la expide el Congreso—, mientras se retaba al mismo Congreso, con las armas en la mano, para obligarle a que reconsiderase una resolución expedida por él. Se defendía y se atacaba a la vez, al más alto poder del Estado....

Puede la institución militar, parcial o totalmente, rebelarse contra una disposición del Congreso Nacional? Le es facultativo a cualquiera institución civil desconocer las resoluciones del Congreso Nacional? Ni la institución militar ni ninguna otra, sea del carácter que fuese, pueden hacer esto dentro de la marcha jurídica que sigue una nación. A las corporaciones y al pueblo en general, les asiste el derecho de protesta, por medio de la palabra o por escrito, individual o colectivamente contra las resoluciones de cualquier poder del Estado, incluso contra las resoluciones del Congreso; pero nada más que la protesta, la manifestación pública del disgusto. Sólo hasta allí van las facultades constitucionales de los asociados, por mucho que ese poder hubiera abusado de sus atribuciones. El disgusto, el derecho de protesta puede expresarse en anhelo de que se rectifique una resolución, pero siempre con acatamiento legal de ella, buena o mala. **Dura lex, sed lex!... Dura es la ley, pero es ley!...**

Cuando la protesta verbal o escrita se va por el atajo de la revolución, la ley desaparece el instante en que la revolución estalla y sólo quedan al margen de la situación los hechos dictatoriales. Por eso nos pareció siempre un contrasentido la bandera que levantaran las tropas de la guarnición de Quito en aquella mañana memorable, cuando se disparaba los fusiles al grito de viva la Constitución.

Con la revolución —si así hemos de llamar a esos golpecitos de cuartel que se producen ocasionalmente en nuestro país— no se saca nada. Se piensa enderezar entuertos y la verdad que lo único que sale al margen es un cúmulo de desgracias, de vergüenza y desprestigio nacional. Ese gran apóstol del catolicismo ecuatoriano que fue Federico González Suárez, censuró duramente la legislación que se puso en práctica a raíz de la revolución liberal de 1895. Mas, cuando se le insinuara para que ayudase a la revolución conservadora que atacó a Tulcán en mayo de 1900 con la invasión de los enganchados en el sur de Colombia, el entonces Obispo de Ibarra, contestó: "Yo amo la paz, yo venero la paz y tengo a la guerra civil como el mayor de los males sociales que le puede sobrevenir a un pueblo". Estas palabras fueron como un tremendo vaticinio para lo que había de pasar la martirizada ciudad de Quito en los días memorables de la batalla de los cuatro días.

\* \* \*

Toda revolución tiene un líder que la dirige, un caudillo que manda y ordena. Toda revolución tiene su plan preconcebido de acción, sus actores militares que dirigen las operaciones bélicas en determinados sitios del sector en que debe actuar cada cual. No se concibe golpe de cuartel sin un plan previo para la acción. El movimiento del 27 de agosto de 1932, ¿tuvo caudillo? Fue el señor Bonifaz caudillo de ese movimiento? Conoció el señor Bonifaz lo que se preparaba en los cuarteles?

Estas interrogantes son ya fáciles de contestar, después de la investigación de tantos años y con vista de los hechos y declaraciones personales de actuantes en esos días de la mareada del odio y la sangre. Y se puede aseverar —con evidencia plena— que el señor Bonifaz no fue caudillo, ni siquiera conoció del movimiento armado que estalló el mencionado día en Quito. Un distinguido caballero que patrocinó dicha candidatura, en charra coincidental de estos días, nos conversaba en respuesta a interrogantes parecidos que le hicieramos, que en vísperas de que estallara el movimiento se acercó al señor Bonifaz el señor Carlos Alarcón Mena y le habló de “un rumor que estaba circulando con insistencia por las calles: que la guarnición de Quito le iba a proclamar jefe supremo de la República”. “El señor Bonifaz —agregaba nuestro amigo— le replicó indignado al señor Alarcón que prohibía siquiera hablar de eso a sus amigos, pues él jamás iría a la Presidencia por ese medio vedado”...

Y este modo de pensar lo confirmó el señor Bonifaz en días posteriores. Efectivamente, producido el cuartelazo el grupo de soldados de la artillería Bolívar con varios civiles que viajó a la hacienda Guachalá para traer a Quito a dicho señor, no fue bien recibido por él. Les dijo que él no había autorizado a nadie para que se tomara su nombre como jefe de ese movimiento de cuartel ni como agraciado para ocupar el Palacio de Gobierno. Luego aceptó venir a Quito no como líder de esa trastada, sino para buscar la forma de evitar que se produjese la anarquía. Los soldados regresaron muy resentidos con el señor Bonifaz.

Al saber que ya estaba en Quito el mencionado señor Bonifaz, el mismo día 27 de agosto, por la noche, el pueblo se aglomeró frente a su casa y le pidió que hablase, a insistentes gritos. “No he venido a Quito —dijo el señor Bonifaz desde uno de los balcones de su casa— a hacer una revolución sino para evitar los desórdenes. Jamás subiré yo a la Presidencia de la República por medio de la fuerza; si el Congreso mantiene su decisión, no iré al Poder”.

Las palabras del orador cayeron como una tempestad de nieve en el ánimo de sus entusiastas partidarios, sobre todo entre los soldados que estaban presentes. Abrigaban la esperanza de que el señor Bonifaz ya en Quito se pondría a la cabeza de la situación y con sus amigos la afrontaría decididamente. Mas, era preciso conocer su temperamento para no hacerse tales ilusiones. No era, efectivamente, para circunstancias tumultuarias el señor Bonifaz. Y este es el gran error, el error imperdonable que cometieron algunos de sus partidarios al meterse en travesuras de cuartel a sabiendas que dicho señor no las aprobaría, menos que les prestaría su apoyo para llegar a la finalidad que ellos perseguían...

El señor Bonifaz fue calificado de cobarde por alguno o algunos partidarios suyos, ante la actitud que él asumiera en esos momentos; mas, el concepto quizá fue exagerado. Si era ese su modo de pensar, si él hubo reprobado hasta el rumor de un golpe cuartelario en su favor, pues no hay de qué acusarle. El señor Bonifaz procedió de acuerdo con su conciencia, absteniéndose de patrocinar ese movimiento bélico y eso es todo.

A los pocos instantes de haber llegado a Quito fuese a la legación Argentina para ver al Encargado del Poder, doctor Baquerizo Moreno, que, hasta ese momento, se obstinaba en no renunciar. "No es posible dejar en acefalia una ciudad como Quito —le dijo al Dr. Baquerizo el señor Bonifaz—; si Ud. no quiere salir del asilo, renuncie en favor de quien usted quiera, pero constituya una autoridad".

El Dr. Baquerizo trató de renunciar en favor del Dr. Velasco Ibarra; mas, cuando este nombre se enunció al pueblo, lo rechazó, haciendo igual cosa los soldados; pues le acusaban de haberlos ofendido en un discurso de ese mismo día, en el seno del Congreso Nacional. Se mencionaron entonces los nombres de los señores Alfredo Coloma, Dr. José Vicente Trujillo, Carlos Frelle Larrea y don José Rafael Bustamante. El Dr. Baquerizo se decidió por el señor Frelle Larrea y es así como este distinguido quiteño tuvo que sacrificar algunas horas de su tranquilidad para actuar como Encargado del Poder, en anhelo de buscar una solución en el gran problema que se había creado a la Capital de la República.

El señor Bonifaz permaneció en Quito hasta el día 28, confiriendo con legisladores y autoridades en el arreglo de las comisiones pacificadoras que fueron a Sur y Norte. Fracasadas las gestiones de paz el señor Bonifaz retornó a su hacienda en la tarde de ese mismo día, dejando indicado que no le comunicasen nada, ni le enviasen siquiera periódicos, "pues no quiere hablar de política ni lo volverá a hacer jamás". El momento de la despedida el señor Bonifaz agregó: "Creo que la República se agita estérilmente en un mar



escuela de tolerancia, consideramos a los hombres como seres humanos, susceptibles de errores. Todos erramos en la vida. Unos en una forma, otros de diversa manera; pero todos erramos al fin. Sabemos quiénes actuaron en esa descabellada aventura reprobada por el mismo señor Bonifaz y por los más circunspectos dirigentes de su política, pero no hemos querido dar nombres exponiéndoles a la censura y a la malquerencia perenne.

Nuestro propósito al escribir estas páginas llegó sin prejuicio, sin odio para nadie. Por qué habíamos de tenerlo? A Dios gracias no actuamos en ninguno de los bandos políticos de entonces, conservamos nuestra independencia personal, justamente para poder enjuiciar a los hombres y a las cosas con entera libertad, libres de sugerencias interesadas o de intereses partidistas.

Como ya lo dijimos anteriormente, sólo hemos querido recoger los hechos para que no se pierdan en los vendabales de la jornada. Recoger los hechos no como necesidad de anatema contra los responsables de la tragedia, más bien como una severa lección de experiencia, como una severa lección aprendida y sufrida en carne propia; para que las nuevas generaciones sepan meditar —sincera y hondamente— antes de dar pasos difíciles y peligrosos en el desarrollo de nuestra política, tan llena siempre de incomprendiones lamentables; para que la juventud sepa dirigir sus energías por los cauces constructivos de la Patria, pero nunca por los que agostan la vitalidad dejando al margen de los hechos desazones, desprestigio y lágrimas.

Tenemos fe en que las grandes incomprendiones del pretérito, habrán de trazar el nuevo sendero a los hombres sanos de todas las clases sociales del Ecuador, para que las multitudes sigan la marcha de sus destinos por una ruta de amplia comunicación y tolerancia entre todos sus componentes. Mejor es construir que destrozarse lo que encontramos al paso de nuestra vida. Actuar en todas partes con amor y comprensión mutua; porque sólo el amor edifica, el odio lo destruye todo. El amor engendra las más nobles aspiraciones del hombre con la voz acariciante de la esperanza; el odio eclipsa las más caras ilusiones. El amor conmueve y levanta el ánimo de los hombres y de los pueblos hacia las grandes conquistas del mañana; el odio, embrutece a los hombres y los lleva al crimen y al dolor.

## BIBLIOGRAFIA CONSULTADA

Obras Públicas Ecuatorianas . . . . .	Dr. Carlos A. Rolando
Historia de la República . . . . .	Oscar Efrén Reyes
La Campaña de 1900 . . . . .	Coronel Elías Troncoso
Bayardo o el General Julio Andrade . . . . .	Eduardo N. Martínez
Album Biográfico Ecuatoriano . . . . .	Camilo Destruge
El Libro de la Ciudad . . . . .	Dr. Emilio Gangotena
Diccionario Biográfico del Ecuador . . . . .	B. Pérez Merchant
Descalificación Presidencial. — El Congreso de 1932 . . . . .	J. Ricardo Barrera
La Campaña de los Sels Días . . . . .	Gral. Angel I. Chiriboga
Operaciones del Batallón Pichincha . . . . .	Cmdte. Miguel A. Tapia
Batalla de Quito. — Evocaciones de una Tragedia . . . . .	Tupac Yupanqui
Informe sobre la actuación de las Tropas de Quito . . . . .	Cñel. Carlos A. Salvador

## OBRAS DEL AUTOR

- La Vida en las Selvas (relato). — Viaje a Iquitos por la región oriental. — Vía Pastaza-Marañón . . . . . 1916
- La Cuestión Penal en el Ecuador. — Análisis de nuestros sistemas Penal y Carcelario y sugerencias para la reforma (ensayo) . . . 1921
- El Año Ecuatoriano. — Análisis de la vida de la República (anuario) 1952-1953.
- El Año Ecuatoriano. — Análisis de la vida de la República (anuario) 1953-1954.
- El Año Ecuatoriano. — Análisis de la vida de la República (anuario) 1954-1955
- El Año Ecuatoriano. — Análisis de la vida de la República (anuario) 1955-1956
- El Año Ecuatoriano. — Análisis de la vida de la República (anuario) 1956-1957
- El Año Ecuatoriano. — Análisis de la vida de la República (anuario) 1957-1958